

LOS PROCESOS CONTRA OSCAR WILDE



El Club Diógenes
valdemar

LOS PROCESOS CONTRA OSCAR WILDE

TRADUCCIÓN:
ULISES PETIT DE MURAT

VALDEMAR
1996

MCP
and
PR

VK

DIRECCIÓN EDITORIAL:
RAFAEL DÍAZ SANTANDER
JUAN LUIS GONZÁLEZ CABALLERO
CON LA COLABORACIÓN DE AGUSTÍN IZQUIERDO

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:
CRISTINA BELMONTE PACCINI & VALDEMAR ©

ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA:
OSCAR WILDE Y LORD ALFRED DOUGLAS

© DE LA TRADUCCIÓN: ULISES PETIT DE MURAT
© DE ESTA EDICIÓN: VALDEMAR [ENOKIA S.L.]
GRAN VÍA 69
28013 MADRID
TELÉFONO Y FAX: (91) 542 88 97

ISBN: 84-7702-168-6
DEPÓSITO LEGAL: M-24.161-1996

PRINTED IN SPAIN

PR
5823
A.35
T7518
1996

ÍNDICE

9	PRÓLOGO
15	DEMANDA CONTRA QUEENSBERRY
133	PRIMER PROCESO
273	SEGUNDO PROCESO

PRÓLOGO

Un hombre de 41 años está sentado durante horas en una estación de Londres, esperando el ferrocarril que le llevará a la prisión de Wandsworth. Tiene las manos esposadas y viste el grotesco uniforme de los penados. Una chusma morbosa se divierte insultándole, escupiéndole. De la cárcel de Wandsworth le trasladan a la de Reading. Su identidad, durante los dos años en que sus uñas se quiebran y sangran sus dedos en la torpe tarea impuesta por la condena que soporta, se fija así; C.3.3.

Es Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde. El tres de enero de 1895 triunfaba en el Haymarket Theater con *Un marido ideal*. El seis de abril, a raíz de su arresto, se suspenden las representaciones. El Criterion Theatre la repone durante catorce días más. El escándalo del proceso desanima a los empresarios. *La importacia de llamarse Ernesto*, estrenada el catorce de febrero, es retirada de la cartelera el ocho de mayo. No sería repuesta en el mismo teatro, el Saint-James, hasta dos años después de la muerte de Oscar Wilde en París.

Del brillante poeta, novelista y dramaturgo Oscar Wilde al C.3.3. de Reading media la tensa iniquidad de un proceso. Únicamente por esporádicas menciones incluídas en las citas de sus biógrafos, se conocía la tempestad de hipócrita mogigatería desatada por la

burocracia judicial victoriana. En un paseo por Charing Cross, ojeando un día una vieja colección de revistas dedicadas al fuero criminal, encontré la letra viva, día a día, de ese proceso tantas veces aludido. Lo traduje, sin soslayar una sola frase, sin abreviar una sola de las heladas fórmulas donde se coagulan cosas que tienen que ver con el más íntimo, con el más lacerado latido del ser humano. Su desnudo, dramático valor testimonial resulta incomparable. Llegamos sin aliento al instante en que un juez pomposo, hueco, cruel, pronuncia su sentencia con esas frases despojadas de piedad, que ya anuncia toda la atroz dimensión de la justicia en su primaria, insultante vindicta.

El juez engolado está macerando al hombre que cuatro años antes, en el prefacio de *El retrato de Dorian Gray*, había proclamado leyes estéticas perdurables, afirmando que no existe una cosa tal como un libro moral o inmoral, sino que los libros están bien o mal escritos, proporcionándoles un escudo a los que después de él lucharán contra la estupidez infinita de la censura. No hay en la gente que ese juez representa ni el menor atisbo de duda que les haga reflexionar que se encuentran frente a un neurótico o un individuo diferente o a la víctima de una enfermedad extraña, nada que investigar o empeñarse en curar. La única reacción es pensar en un castigo: el breve camino personal, o social, que llevaba al fondo de los pozos colmados de serpientes venenosas a todos aquellos *endemoniados* que hoy trata la psiquiatría y el psicoanálisis. Tampoco piensan ni por un instante en la proporción entre el delito y la pena impuesta. Han desenterrado una vieja ley para sumir a Oscar Wilde en la ignominia, y lo único que lamentan—fariseos de dudosa virilidad, exhi-

biendo la virtud de sus filacterias— es la benignidad de esa ley.

Los elegidos son aquellos para quienes las cosas bellas significaban sólo belleza, había dicho Wilde, durante la primavera de 1884, cuando iba a visitar a su amigo el pintor Basil Hallward. Posaba para el artista un joven de tal belleza que era conocido por el mote de *Radiante Juventud*. Con pena le dijo a Hallward:

—Es una lástima que una criatura tan maravillosa llegue alguna vez a envejecer.

En Wilde, normalmente casado y con hijos, empezaba a adquirir fuertes caracteres la lucha interior entre el ángel y la bestia, a la que ninguno de los que llamó Sófocles *seres efímeros* puede escapar. Lo malo es que se dejó arrastrar por una corriente intoxicante de salones brillantes, hombres y mujeres refinadas, drogas y alcohol, anegando en parte las posibilidades de un talento magnífico. Aunque rayando con su última obra teatral, *La importancia de llamarse Ernesto*, a la altura de Sheridan y Congreve, no es Oscar Wilde, sino C.3.3. el que produce las más grandes obras: *La balada de la cárcel de Reading* y *De Profundis*, según tituló su amigo Ross al manuscrito que contiene la estremecedora confesión final. La venganza de una sociedad temblorosa ante la perspectiva de que se evidenciaran sus múltiples vicios secretos, no pudo, en definitiva, cumplirse. En la cárcel de Reading se extinguió el dandy, cuya conversación llegaba a superar una burla atroz, y se acentuó lo que la cárcel, hostigando su sensibilidad, torturando su mente, se proponía corregir. Es memorable el instante en que otro homosexual, Claude de Lorraine, contesta a su saludo diciéndole:

—Yo nó soy su amigo.

Melancólicamente, responde Wilde:

—Es cierto. Los hombres como usted y yo no podemos tener amigos sino amantes.

El castigo se prolonga. André Gide, que hiciera en *Corydon* una caprichosa defensa de la homosexualidad que jamás se permitió el depurado esteticismo de Wilde, confiesa que cuando se encontraba con él, trataba de evitarlo, sobre todo en París. Sus hijos son autorizados a usar el apellido materno, él mismo, durante su residencia en el norte de Francia, cambia su nombre, y el que desató el proceso, el bello y luciferino Alfred, más tarde Lord Douglas, le ocasiona un disgusto tras otro. Parece haber olvidado que incitó a Wilde a entablarle juicio a su padre, el marqués de Queensberry, por haberle dejado en su club una tarjeta sin sobre en la que escribió *A Oscar Wilde que alardea de sodomita*. El marqués de Queensberry, muy relacionado en los bajos fondos londinenses por su afición al boxeo —en ese tiempo un deporte que los nobles ingleses no distinguían demasiado de la riña de gallos o de las feroces peleas de bull-dogs—, contraatacó, extrayendo sus testigos entre la hez de la canalla, donde reclutaba a la gran mayoría de sus boxeadores. Sin duda un homosexual en potencia, que afectaba una extrema hombría rayana en la brutalidad y que odiaba a Wilde tanto como su hijo Alfred le odiaba a él. Sabía que Wilde no dejaría que el muchacho fuera implicado en el proceso. Y no paró hasta obtener su mezquino triunfo. De pronto, el estilista de los cuentos que como un constante fuego de artificio hacía del ingenio una especie de juego de suprema inocencia, o que, más allá del fácil melodramatismo argumental de algunas de sus co-

medias, creaba el renovado y profundo goce de la paradoja, o mostraba una concepción nueva de la estética en *Intenciones*, se vio reducido, en la soledad central de una cárcel del sur de Inglaterra, a escribir unas cuartillas (cuando se lo permitieron, después de muchas súplicas) que su guardián no sabía de qué trataban:

—Nunca se me ocurrió preguntarle —manifestó después de la muerte de Wilde—. Mientras estuvo en prisión, escribía y escribía...

En las estrofas últimas de *La balada de la cárcel de Reading* está todo dicho con una desgarradora serenidad. Devorado por su ardiente mortaja de cal viva, yace en silencio el hombre que fue ejecutado por matar aquello que amaba. *Todos los hombres* —continuaba el Wilde que se hizo C.3.3. para escribir versos inmortales— *matan lo que aman*. Algunos lo hacen con una mirada amarga, otros con una palabra encantadora, el cobarde con un beso y el hombre valiente con una espada. Oscar Wilde amaba hasta el delirio al Oscar Wilde joven, brillante, ávido de todo lo que alimenta al mundo. Cuando comenzó a dejar de serlo, tuvo que matarlo. Se valió de los otros, de los que, para su eterna vergüenza, le situaron en lo más espeso del desprecio y el insulto. De cómo sucedió esto, hablan, horrible, minuciosamente, las páginas que siguen.

ULISES PETIT DE MURAT

DEMANDA CONTRA EL MARQUÉS
DE QUEENSBERRY

NOTA A LA DEMANDA CONTRA EL MARQUÉS DE QUEENSBERRY*

En la época del primer encuentro de Lord Alfred Douglas y Oscar Wilde, Douglas tenía veintiún años y había estado dos años en Oxford. Era el tercer hijo del octavo marqués de Queensberry y vivía con su madre, que estaba divorciada de su esposo. Más que amistad, lo que surgió entre Wilde y Alfred Douglas fue una verdadera obsesión mutua: se veían con mucha frecuencia y cuando estaban separados se escribían con regularidad. Visitaron París, Florencia y Argel juntos, y su amistad fue un tema de discusión dondequiera que la gente se reunía a murmurar. Fue también un motivo de escándalo, pues la «sociedad bienpensante londinense» empezaba a no ver con buenos ojos las frecuentes cenas de Wilde en el hotel Savoy con jóvenes, a menudo de baja extracción, de cuya compañía disfrutaba y a los que obsequiaba generosamente. Con estos antecedentes, el padre de Douglas no tardó en entrar en escena.

El marqués de Queensberry era, por decirlo de modo caritativo, un loco: es decir, quería que el mun-

* Para la elaboración de las notas que preceden a cada proceso, seguimos los datos que facilita Hesketh Pearson en su biografía de Oscar Wilde. (Nota de los editores.)

do se rigiese de acuerdo con las reglas de los Queensberry, y cuando sus habitantes no se mostraban inclinados a satisfacer sus deseos, perdía la paciencia. Para una cabal comprensión de esta historia sería interesante referirse al trato que Queensberry prodigaba a su tercer hijo, lord Alfred Douglas. Empezó por decirle al muchacho que Wilde no era un compañero adecuado para él y que aquella amistad debía cesar. Como Douglas se consideraba mayor de edad y su padre apenas se había preocupado de su vida hasta entonces, y como, además, no tenía intención de que nadie le escogiese sus amigos, respetuosa pero firmemente, se negó a seguir el consejo de su padre, quien al principio le calificó de tonto y de niño, y no mucho tiempo después le amenazó con retirarle la asignación. Despechado por la negativa, el marqués se paseaba por el West End de Londres jurando vengarse de Wilde, difamando su carácter y amenazando con pegarle un tiro, liarse a golpes (la única contribución conocida del furibundo marqués al acervo cultural es el reglamento moderno del boxeo), acometerle, arruinarle, deshonorarle... Wilde le obsesionaba por completo.

Al final, tras hervir a fuego lento durante un año, su furia rebosó y decidió entrar en acción haciendo una desagradable visita al domicilio de Oscar Wilde (cuyos detalles se encontrarán en la vista de la demanda posterior del dramaturgo contra Queensberry.) No contento con esta intervención, Wilde fue informado, al regresar de un viaje por Argelia en compañía de Alfred Douglas, de que Queensberry había adquirido una localidad en el St. James Theatre para el estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*, con la intención de organizar un escándalo. George Alexander, empresario

del teatro, enterado de las intenciones del marqués, anuló la entrada. Pero Queensberry no era hombre al que pudiera ponerse fácilmente fuera de combate, y el día del estreno se presentó llevando lo que Sherard llama un *phallic bouquet* (un «ramo fálico»), es decir, un ramo de zanahorias y nabos, que intentaba arrojar al autor cuando saliese a escena al final de la obra. Dos fornidos individuos apostados al efecto negaron el paso al marqués, cortés pero resueltamente. Al día siguiente, los periódicos de la mañana describían el éxito arrollador de la obra, lo que colmó el frenesí del airado marqués.

Tres días después, para mayor precisión, a las cuatro y media de la tarde del 18 de febrero, Queensberry se presentó con un testigo en el Albemarle Club (club frecuentado por Wilde), sacó una tarjeta de visita y escribió en ella: «A Oscar Wilde, que alardea de sodomita»; a continuación se la entregó al portero del vestíbulo con estas palabras: «Entregue esto a Oscar Wilde» y se fue. Durante los siguientes doce días, el marqués esperó sumido en un estado de febril inquietud, hasta que Oscar Wilde hizo acto de presencia en el mencionado club. Wilde quiso saber si el portero había leído la tarjeta, entregada sin sobre, y éste confesó que sí, pero que no la había entendido. Nadie más la había visto, le aseguró el empleado a Wilde, pues la había metido enseguida en un sobre. Wilde debió haber emulado la discreción del portero y dejado al marqués que esperase indefinidamente una respuesta. Pero no lo hizo: cogió un coche y se dirigió al hotel Avondale, en Picadilly, donde dejó una nota a su amigo Robert Ross, rogándole que fuera a verle a las once y media de aquella noche. «No veo ahora más salida que una

querella criminal», le escribió. «Mi vida entera parece perturbada por este hombre. La torre de marfil es asaltada por esa cosa sucia. Mi vida se derrama sobre la arena. No sé qué hacer.»

El resultado de esta reunión fue una visita a la mañana siguiente al abogado de Ross, Charles Humphreys, quien quiso saber, antes de encargarse del caso, si había algo de verdad en la difamación. Como Wilde le aseguró que no, Humphreys accedió a actuar en su defensa. El primero de marzo, Wilde solicitó un mandamiento judicial; el marqués fue detenido y trasladado al tribunal de policía de la calle Marlborough, el 2 de marzo, siendo aplazado el caso por una semana. El 9 de marzo, Wilde, acompañado de lord Alfred Douglas y el hermano de éste, lord Douglas de Hawick, llegó al Tribunal en un coche de dos caballos. El magistrado obligó a lord Alfred a que abandonase la sala enseguida. Se vieron las pruebas y quedó claramente comprobado que el ministerio público no tenía nada serio que esgrimir en contra de Wilde, excepto algunas cartas que había escrito a Douglas. Queensberry fue debidamente requerido a juicio y puesto en libertad bajo una fianza de 500 libras. La vista de la causa Queensberry comenzó en el Old Bailey el 3 de abril de 1895.

Este proceso se desarrolló en el Tribunal Criminal Central, Old Bailey, en Londres, a partir del miércoles 3 de abril de 1895. Presidió el juez Collins. Fueron abogados del demandante, Mr. Oscar Wilde, Sir Edward Clarke, Q. C.; M. P.*; Mr. Charles Willie Matthews y Mr. Travers Humphrey, por mandato de la oficina de procuración de los señores C. O. Humphreys hijo y Kershaw. Los abogados del demandado, marqués de Queensberry, fueron: Mr. Edward Carson, Q. C.; M. P.; Mr. Charles Frederick Gill y M. Arthur Gill, por mandato de la oficina de procuración de los señores Day, Russell y Cía. Los abogados de Lord Alfred Douglas y de Lord Douglas de Hawick fueron: Mr. Edward Besley, Q. C., y Mr. John Lionel Monckton, por mandato de la oficina de procuración de los señores C. O. Humphreys hijo y Kershaw.

* Del Consejo de la Reina y Miembro del Parlamento

PRIMER DÍA

(Miércoles 3 de abril de 1895)

El secretario del tribunal leyó la siguiente acusación:

PRIMER CARGO: Tribunal Criminal Central. A saber: Los jurados por nuestra señora la Reina, bajo juramento, denuncian que John Sholto Douglas, marqués de Queensberry, tramando e intentando maliciosamente injurias contra Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde, e incitándole a cometer una perturbación del orden público y llevarle al desprecio, escándalo y deshonra pública, el 18 de febrero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos noventa y cinco, y dentro de la jurisdicción de dicho tribunal, ilícita, malvada y maliciosamente escribió y publicó y fue causante de que se escribiera y publicara de él, el dicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde, un falso, escandaloso y malicioso libelo difamatorio, en la forma de una tarjeta escrita al susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde, de acuerdo con el texto y comprobación siguiente, que dice: «Para Oscar Wilde, que alardea de sodomita», queriendo decir con ello que el susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde había cometido y tenía el hábito de cometer el abominable crimen de un trato infame con la humanidad, con gran escándalo

y deshonra para el susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde y másimo ejemplo de todos los otros en el mismo caso, con ofensa y contra la paz de Nuestra Señora la Reina, su corona y su dignidad.

SEGUNDO CARGO: Y los jurados ya mencionados, bajo juramento ya mencionado, aducen, además, que el susodicho John Sholto Douglas, marqués de Queensberry, tramando y maliciosamente intentando injuriar al susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde y despojarle de su buen nombre, fama, crédito y reputación y provocar al susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde, incitándole a cometer perturbaciones del orden público y llevarle al desprecio, escándalo y deshonra públicos, el 18 de febrero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos noventa y cinco; dentro de la jurisdicción de dicho tribunal, ilícita, malvada y maliciosamente, escribió y publicó y fue causante de que se escribiera y publicara de él, el dicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde, de acuerdo con el texto y comprobación siguiente, que dice: «Para Oscar Wilde, que alardea de sodomita», queriendo decir que el susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde había cometido y tenía el hábito de cometer el abominable crimen de corruptor de la humanidad, con gran escándalo y deshonra para el susodicho Oscar Fingel O'Flahertie Wills Wilde y másimo ejemplo para todos los demás en el mismo caso, con ofensa y contra la paz de Nuestra Señora la Reina, su corona y su dignidad.

John Sholto Douglas, marqués de Queensberry, niega la acusación y dice también que el libelo era cierto y que debía ser publicado en beneficio público.

(El jurado presta juramento).

DISCURSO DE APERTURA DEL PROCESO

SIR EDWARD CLARKE: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Ustedes han oído los cargos en contra del demandado, que consisten en haber publicado un falso y malicioso libelo contra el señor Oscar Wilde. Ese libelo fue publicado en forma de una tarjeta, dejada por Lord Queensberry en un club al cual pertenece el señor Oscar Wilde. Era una tarjeta de visita de Lord Queensberry, con su nombre impreso, y tenía escritas ciertas palabras que forman el libelo motivo de la actual querrela. En esa tarjeta Lord Queensberry escribió: «Para Oscar Wilde, que alardea de sodomita». Desde luego, es un asunto muy serio que semejante libelo pueda estar relacionado de algún modo con un caballero que ha conquistado una elevada reputación en este país. Las palabras del libelo no constituyen una acusación directa de haber cometido la más grave de todas las ofensas. La insinuación consiste en que no hay culpa actual en lo que respecta a esa ofensa, pero que ya sea en una u otra forma, la persona de quien se ha escrito esas palabras aparece, más aún, desea aparecer y alardea de ser una persona culpable o inclinada a cometer la gravísima ofensa. Ustedes podrán apreciar que el haber dejado semejante tarjeta abierta en manos del portero de un club es un asunto serio y lo bastante grave como para afectar la posición de la persona a la que se hacen estas injuriosas acusaciones. Si tuviéramos que luchar sólo con la publicación, bastaría simplemente con la pregunta de si el libelo fue publicado o no. Pero el asunto no termina con la cuestión de si la tarjeta fue entregada o no, o si

el demandado puede justificarse en alguna forma, alegando tener fuerte sensibilidad —sensibilidad equívoca— para haber hecho semejante declaración. Por la acusación que el demandado ha traído ante el tribunal, se ha originado un asunto más grave. El demandado ha dicho que la acusación es cierta; que se ha hecho en beneficio público y ha dado detalles en su alegato, por los que afirma que esta acusación es verdad en lo referente al señor Oscar Wilde. El alegato no les ha sido leído a ustedes, caballeros del jurado. No hay ninguna afirmación en el alegato de que el señor Oscar Wilde haya sido culpable del delito de que ya he hablado, pero hay una serie de acusaciones en él que mencionan nombres de personas. Y se dice con respecto a esas personas que el señor Oscar Wilde las ha invitado a cometer con él el grave delito. Y que ha sido culpable con cada una de ellas y con todas ellas de prácticas indecentes. Se podía colegir, de los términos del alegato, que el señor Wilde ha estado solicitando, infructuosamente, a esas personas, que cometan el delito con él. Y que, a pesar de que no se alega que el delito se haya cometido, se afirma que el señor Wilde ha sido culpable de prácticas indecentes. Corre por cuenta de aquéllos que han tomado sobre sí la responsabilidad de poner en el alegato tan serias acusaciones el darles satisfacción a ustedes, caballeros del jurado, si pueden, por medio de testigos veraces o evidencias que ellos piensen dignas de consideración y dignas de ser creídas, de la verdad de esas acusaciones. Yo no alcanzo a comprender cómo esas declaraciones han sido formuladas así. Porque las personas a las que se puede citar para sostener esos cargos son personas que, necesariamente, tendrán que admitir, al ser interrogadas,

que ellas mismas han sido culpables del más grave de los delitos.

El señor Oscar Wilde es un caballero de treinta y ocho años de edad, hijo de Sir William Wilde, un cirujano y oculista irlandés muy renombrado, quien prestó grandes servicios públicos, como presidente de la Comisión de Censos de Irlanda. Sir William Wilde murió hace unos años, pero la señora Wilde aún vive. El señor Oscar Wilde fue en primera instancia al Trinity College, en Dublín, donde se distinguió notablemente por sus conocimientos clásicos, ganando algunas de las más altas recompensas instituidas para sus alumnos por esa distinguida Universidad.

Su padre deseaba que fuera a Oxford, así que fue al Magdalen College, en Oxford, donde hizo una carrera brillante, obteniendo el premio Newdigate para poesía inglesa. Después de abandonar la Universidad se dedicó a la literatura, en su rama artística. En mil ochocientos ochenta y uno publicó un volumen de poemas. Escribió artículos sobre temas artísticos y estéticos. Hace años ya, se convirtió en una personalidad prominente, atacado por algunos, pero apreciado por muchos, como representante de un estilo de literatura artística que se imponía por sí misma a muchas de las mentes más adelantadas y a la gente más cultivada. En mil ochocientos ochenta y cuatro tuvo la buena suerte de casarse con una hija del conocido señor Horacio Lloyd, Q. C. y, desde ese día hasta el presente, ha vivido con su mujer, que le ha dado dos hijos, en la calle Tite, en Chelsea. Es miembro del club Albemarle. Entre los amigos que concurren a su casa, en la calle Tite, se encuentra Lord Alfred Douglas, un hijo joven de Lord Queensberry. En mil ochocientos noventa y uno,

Lord Alfred Douglas fue a la calle Tite, presentado por un amigo del señor Wilde. Desde esa época, el señor Wilde ha sido amigo de Lord Douglas, así como también de su señora madre, Lady Queensberry, de quien, a su petición, se ha divorciado el marqués de Queensberry.

El señor Oscar Wilde ha sido una y otra vez huésped de Lady Queensberry, en sus casas de Wokingham y Salisbury, habiendo sido invitado allí a reuniones de familia. Lord Alfred Douglas ha sido un huésped bienvenido en la casa del señor Wilde, en la calle Tite; y en Cromer, Goring, Torquay y Worthing, cuando la señora y el señor Wilde paraban allí. Lord Douglas los visitaba con frecuencia y siempre en calidad de invitado. Hasta mil ochocientos noventa y tres el señor Wilde no tenía otro conocimiento con el demandado que el haberse encontrado por casualidad, una sola vez, alrededor del año mil ochocientos ochenta y uno. En noviembre de mil ochocientos noventa y dos, el señor Wilde y Lord Alfred Douglas estaban almorzando juntos en el café Royal, en la calle Regent. Lord Queensberry entró al local. El señor Wilde estaba enterado de que, debido a circunstancias en las cuales no tenía nada que ver —a causa de desgraciados asuntos de familia, lo cual menciono por ser absolutamente necesario— existían relaciones tirantes entre Lord Alfred Douglas y su padre. El señor Wilde sugirió a Lord Douglas que ésa era una buena oportunidad para hablar con su padre y concertar con él una cita amistosa. Lord Alfred Douglas, haciendo caso de la sugerencia del señor Wilde, se acercó a Lord Queensberry, le habló y tuvieron una amistosa conversación. Lord Alfred Douglas trajo a Lord Queensberry a la mesa donde él y Wilde almor-

zaban. Allí fue presentado el señor Wilde al marqués de Queensberry y se estrecharon las manos. Lord Queensberry le hizo recordar al señor Wilde la circunstancia de haberse encontrado ambos, hacía doce años, en la casa de un amigo común. Lord Queensberry se sentó y almorzó con los dos caballeros. Lord Alfred Douglas se vio obligado a retirarse más o menos a las dos y media, y Lord Queensberry permaneció conversando con el señor Wilde. Wilde le dijo que él también iba a Torquay, a dar una conferencia, y le rogó a Queensberry que fuera a oírle. Lord Queensberry no fue a Torquay y le escribió una carta al señor Wilde, diciéndole que no iba a ir. El señor Wilde no volvió nunca a encontrarse con Lord Queensberry, hasta principios de mil ochocientos noventa y cuatro.

Entre estas dos fechas, el señor Wilde se enteró de que se habían hecho algunas declaraciones en contra de su reputación. Aclaro que no quiero decir que fueran hechas por Lord Queensberry. El señor Wilde se enteró en la forma que voy a exponer. Había un hombre llamado Alfred Wood, a quien el señor Wilde había visto una o dos veces, pero del cual sabía muy poco, en realidad. Lord Douglas había dado algunas ropas al señor Wood, y éste declaró que en uno de los bolsillos de un abrigo de los que le habían dado, encontró cuatro cartas que el señor Wilde le había escrito a Lord Alfred. Si en realidad él las encontró en el bolsillo, o si las robó es un asunto sobre el cual sólo podemos especular. Pero, sea lo que fuere, Wood se dirigió al señor Wilde a principios de mil ochocientos noventa y tres y exigió al señor Wilde dinero por las cartas, diciéndole que estaba en un gran apuro y dificultad y quería irse a América. El señor Wilde le dio

quince o veinte libras para pagarse el pasaje. Wood le entregó entonces tres cartas comunes, que el señor Wilde le había escrito a Lord Douglas. Pero, como sucede generalmente cuando la gente cree haberse apoderado de cartas importantes, las cartas sin importancia se entregaron y aquella que se supuso importante, fue retenida. Así sucedió la cosa. Los que tomaron parte en estas transacciones eran unos hombres llamados Wood, Allen y Cliburn, y algo se ha averiguado sobre esta clase de gente. Ahora bien, en mil ochocientos noventa y tres el señor Wilde escribió una obra de teatro, que tuvo gran éxito en el teatro Haymarket, *Una mujer sin importancia*, y mientras esta obra estaba siendo preparada para su representación, llegó a las manos del señor Beerbohm Tree, el empresario de ese teatro, un trozo de papel que simulaba ser, o mejor dicho, que era, una copia de la carta que había sido retenida por las personas antes nombradas, cuando entregaron las otras cartas. En este papel estaba escrito: «Le ruego entregue esto al señor Oscar Wilde y se lo agradeceré». Luego seguían unas iniciales. Poco después Allen visitó al señor Wilde y le dijo que tenía el original de la carta. Le dijo al señor Wilde que le diera algo por ella. El señor Wilde rehusó, absoluta y perentoriamente, diciendo: «Tengo una copia de esa carta y el original no significa nada para mí. La considero una obra maestra. Me hubiera gustado poseerla; pero ya que ustedes han sido tan amables como para enviarme una copia, no necesito el original». Despidió entonces a Allen, dándole diez chelines. Casi inmediatamente se le presentó al señor Wilde, Cliburn, diciendo que Allen había apreciado tanto la bondad del señor Wilde que le enviaba la carta. El hombre le entregó entonces

la carta y el señor Wilde le recompensó con medio soberano por su molestia.

Una vez que tuvo el original en su poder, el señor Wilde lo conservó. Dijo entonces y dice ahora que considera esa carta como una especie de poema en prosa. Le dijo a Allen que probablemente la haría aparecer en forma de soneto y, en efecto, lo hizo. El cuatro de mayo de mil ochocientos noventa y tres apareció una publicación llamada *The Spirit Lamp*, revista estética, literaria y crítica, editada por Lord Alfred Douglas. En la primera página había un soneto en francés*, descrito como «Una carta escrita en prosa poética por Oscar Wilde a un amigo y transformada en poseía rimada por un muchacho sin importancia». La obra no era una reproducción exacta de la carta, sino una paráfrasis. Bien, ésta es la carta: «Muchacho mío: Tu soneto es hermoso y es una maravilla que esos labios tuyos, rojos como pétalos de rosa, hayan sido hechos tanto para la música del canto como para la locura de los besos. Tu alma delicada y áurea marcha entre la pasión y la poesía. Yo sé que en los días griegos tú eras Jacinto, a quien Apolo amó con locura. ¿Por qué estás solo en Londres, y cuándo partes para Salisbury? Ve para entibiarte tus manos en la penumbra gris de las cosas góticas y ven aquí cuando quieras. Es un hermoso lugar. Te echa de menos; pero ve a Salisbury primero. Siempre tuyo, con eterno amor, Oscar».

Las palabras de esta carta, caballeros del jurado, podrán parecer extravagantes a aquéllos que tienen el hábito de escribir cartas comerciales (*risas*) o esas cartas

* El traductor fue el conocido escritor francés Pierre Louÿs.

comunes, que las necesidades de la vida le obligan a uno a escribir todos los días; pero el señor Wilde es un poeta y la carta es considerada por él como un poema en prosa. No se avergüenza de esa carta en modo alguno. Está dispuesto a mostrarla en cualquier parte, como la verdadera expresión de su sentir poético, sin ninguna conexión con las odiosas y repulsivas insinuaciones expuestas en los informes de este caso.

A principios de mil ochocientos noventa y cuatro, Lord Queensberry volvió a encontrar al señor Wilde y a Lord Alfred Douglas en el Café Royal. Poco después el señor Wilde se enteró de que el demandado estaba escribiendo cartas que afectaban a su reputación y contenían insinuaciones injuriosas sobre él. Aunque razonablemente podía —y lo hubiese hecho, de estar en juego tan sólo sus propios intereses— haber llevado el asunto al conocimiento público, se abstuvo de hacerlo por razones que yo no estoy autorizado a establecer, pero que estoy seguro que serán conocidas antes de que este proceso haya ido muy lejos. Así transcurrió mil ochocientos noventa y cuatro. En una entrevista celebrada durante ese año, el señor Wilde declaró que Lord Queensberry no sería admitido en su casa, cosa que llegó a oídos del demandado.

En febrero último, otra pieza teatral del señor Oscar Wilde, *La importancia de llamarse Ernesto*, estaba dispuesta para ser estrenada en el teatro Saint-James. En el transcurso de ese día —catorce de febrero— llegaron noticias a los empresarios de ese teatro y a otras personas, acerca de ciertas intenciones de Lord Queensberry. Es del dominio público la dramática historia de que durante la representación de una obra de teatro escrita por el desaparecido y laureado poeta, Lord

Kennyson, *La promesa de mayo*, Lord Queensberry hizo algunas observaciones en pleno teatro.

—SIR CARSON: No veo que esto pueda ser una evidencia.

—JUEZ COLLINS: Podría ser pertinente, como explicación de los extravagantes actos del señor Wilde contra Lord Queensberry.

—SIR EDWARD CLARKE: En aquella ocasión Lord Queensberry se puso de pie en el teatro. Y basándose en su reputación de agnóstico, objetó la representación escénica de un agnóstico, personaje a cargo de Hermandad, Veizin. Denunció a este personaje desde su asiento en la platea. Por supuesto, un disturbio en la noche del estreno es un asunto muy serio para el autor y los actores. Y hubiera sido, especialmente serio si, como probablemente hubiera acontecido, derivaba en un ataque personal a la reputación privada del señor Wilde. Lord Queensberry reservó una localidad en el teatro Saint-James, pero se le devolvió el dinero, y la policía fue prevenida en su contra. Lord Queensberry hizo su aparición en el curso de la velada, llevando consigo un gran cesto de verdura (*risas*). Si Lord Queensberry era responsable de sus actos es un asunto acerca del cual ustedes, caballeros del jurado, pueden tener dudas antes de que este caso haya concluido. En lugar de escribir a la comisión de alguno de los clubs del que era socio el señor Wilde, pidiendo una investigación, consiguió un manjo de verduras y acudió al teatro en la noche del estreno de la nueva obra del señor Wilde. Al serle rehusada la entrada en la taquilla, se dirigió a las escaleras de la galea. Pero allí también la policía había recibido órdenes. Viéndose imposibilitado de entrar, Lord Queensberry se retiró.

El veintiocho de febrero el señor Wilde acudió al club Albemarle y allí recibió de manos del portero la tarjeta que había dejado Lord Queensberry el dieciocho del mismo mes. Mientras tanto, las acusaciones se habían realizado por medio de cartas dirigidas a los miembros de la familia del propio Lord Queensberry. En ese momento el señor Wilde pudo, de haber sido su deseo, haber procedido. Pero no quiso sacar a relucir las relaciones de Lord Queensberry con su familia, cosa que no haría tampoco ahogar de poderlo evitar.

El primero de marzo se solicitó una orden de arresto y, al día siguiente, Lord Queensberry fue detenido. De allí arrancan los procedimientos criminales.

Hay dos cargos al final de este alegato del demandado que son extremadamente curiosos. Se dice que en el mes de julio de mil ochocientos noventa el señor Wilde publicó o hizo publicar con su nombre en la carátula del libro, cierta obra inmoral e indecente, con el título de *El retrato de Dorian Gray*, libro que tenía la intención de que sus lectores le comprendieran, al descubrir las relaciones, intimidades y pasiones de ciertas personas culpables de prácticas contra natura. Y en segundo lugar, que en diciembre de mil ochocientos noventa y cuatro, fue publicado cierto trabajo inmoral en *The Chamaleon*, relativo a las prácticas de personas de hábitos antinaturales. Y que el señor Wilde había contribuido a la publicación de *The Chamaleon*, con su nombre como principal colaborador, bajo el título de *Frases y citas filosóficas para el uso de los jóvenes*. Las dos últimas imputaciones son muy groseras: Desafío a mi versado colega a deducir de la mencionada colaboración algo hostil a la reputación del señor Wilde. *The Chamaleon*, volumen primero, número uno, fue pu-

blicado por los señores Gay y Bird de la calle Chandos número cinco. Fueron impresos sólo cien ejemplares. Si el señor Wilde colaboró con *Frases y citas filosóficas para el uso de los jóvenes*. En las tres primeras páginas hay cierto número de notas epigramáticas, semejantes a aquellas que muchos de nosotros hemos saboreado al disfrutar de una obra como *Una mujer sin importancia*. Esas frases dan brillo y efecto al diálogo y hasta reemplazan a la sabiduría de una forma muy ingeniosa. El señor Wilde no es responsable del resto de la revista, fue editada por un hombre de Oxford, que pidió la colaboración del señor Wilde*.

En cuanto el señor Wilde vio la revista, advirtió que en ella había un relato llamado *El sacerdote y el monaguillo*, que constituye una vergüenza para la literatura. Es asombroso que alguien lo haya escrito. Y aún más asombroso que alguien haya permitido la publicación bajo su nombre**.

Inmediatamente después de ver este vergonzoso y abominable relato, el señor Wilde se comunicó con el editor. Indignado, insistió en que fuera suprimido y la revista retirada de la circulación.

Es verdaderamente extraño, en consecuencia, encontrarse con esa publicación, traída, especialmente para justificar la acusación contra el señor Wilde.

En cuanto al volumen llamado *El retrato de Dorian Gray*, puede ser adquirido en cualquier librería de Londres. Tiene el nombre del señor Wilde en la portada y ha sido publicado hace cinco años. El argumento de

* F. Bloxam, un estudiante sin título, del Exeter College.

** El relato estaba firmado X., pero era un secreto sabido en ese tiempo que había sido escrito por el propio editor de la revista.

este libro se refiere a un joven de buena familia y gran belleza personal, que es retratado por un amigo. Dorian Gray expresa el deseo de poder permanecer como en el retrato, mientras el retrato envejece con los años. Su deseo le es concedido. Pronto se da cuenta de que las marcas de las preocupaciones y de su mala vida van apareciendo sobre el retrato y no sobre su cara. Al final apuñala el retrato y muere. El retrato recobra su belleza primitiva, mientras que sus amigos encuentran en el piso el cuerpo de un viejo depravado. Me sorprendería que mi versado colega de la defensa encontrara algún pasaje en ese libro que hiciera otra cosa que describir, como los novelistas y dramaturgos pueden —es decir debén— describir las pasiones y las costumbres de la vida. Los testigos que probarán la publicación del libro serán llamados. A mi versado colega corresponde la tarea de convencerlos a ustedes de que lo alegado por la defensa como justificación es verdadero.

DECLARACIONES EN EL PROCESO

SIDNEY WRIGHT, (*interrogado por Sir Edward Clarke*): Soy portero de dicho club Albemarle. El señor Wilde y su esposa son socios del club. El dieciocho de febrero el marqués de Queensberry me entregó la tarjeta que ha sido exhibida en esta sala. Antes de entregármela, Lord Queensberry escribió algunas palabras en ella. Lord Queensberry dijo que deseaba que se la entregara al señor Wilde. Leí la tarjeta, pero no la entendí. Anoté al dorso la fecha y la hora en que me había sido entregada. La puse en un sobre que dirigí al señor Wilde.

Cuando el señor Wilde vino al club, el veintiocho de febrero, se la entregué, diciéndole que Lord Queensberry me había pedido que se la entregara, (*El testigo no fue vuelto a interrogar*).

OSCAR WILDE, (*interrogado por Sir Edward Clarke*): Yo soy el demandado en este proceso. Tengo treinta y nueve años de edad. Mi padre fue Sir William Wilde, cirujano de Dublín y presidente de la Comisión de Censos. Murió en mil ochocientos setenta y seis mientras yo estaba en Oxford. Fui alumno del Trinity College, donde obtuve una beca en Clásicos y medalla de oro en Griego. Fui entonces al Magdalen College, en Oxford, donde recibí otra beca en Clásicos, un sobresaliente en Moderno, un sobresaliente en Antiguos y el premio Newdigate para poesía inglesa*. Me gradué en mil ochocientos setenta y ocho y volví a Londres enseñando.

Desde ese momento me he dedicado al arte y a la literatura. En mil ochocientos ochenta y uno publiqué un volumen de poemas. Después di conferencias en Inglaterra y Norteamérica. En mil ochocientos ochenta y cuatro contraí matrimonio con la señorita Lloyd. Y desde esa fecha, hasta ahora, he vivido con ella en la calle Tite, en Chelsea. Tengo dos hijos, el mayor de los cuales cumplirá diez años en junio y el segundo, nueve años en noviembre.

CLARKE: ¿Conoció usted a Lord Alfred Douglas en mil ochocientos noventa y uno?

WILDE: Sí. Vino a mi casa acompañado por un amigo mío. Antes había trabajado conocimiento con Lady Queensberry, de quien he sido huésped muchas veces.

* Por su poema *Ravena*.

También conocía a Lord Douglas de Hawick y al desparecido Lord Drumlanring. Lord Alfred ha cenado conmigo de tiempo en tiempo en mi casa y en el club Albemarle, del cual mi esposa es miembro, y también ha sido huésped nuestro en Cromer, Goríng, Worthíng y Torquay. En noviembre del mil ochocientos noventa y dos, mientras almórzaba con él en el Café Royal, encontramos a Lord Queensberry. Ante mi sugerencia, Lord Alfred se dirigió a él, dándole un apretón de manos. Yo estaba enterado de que había un distanciamiento entre ellos. Lord Queensberry se unió a nosotros. Lord Alfred tuvo que retirarse temprano y Lord Queensberry permaneció conversando conmigo. Poco después aludí a Torquay y quedó convenido que Lord Queensberry me visitaría allí, pero no vino. Desde el tres de noviembre de mil ochocientos noventa y dos, hasta marzo de mil ochocientos noventa y cuatro no volví a ver a mi demandante, pero en mil ochocientos noventa y tres tuve noticias de que algunas cartas que había dirigido a Lord Alfred Douglas habían caído en manos de ciertas personas.

CLARKE: ¿Le dijo alguien que había encontrado cartas suyas?

WILDE: Sí. Un hombre llamado Wood me vio en las habitaciones del señor Alfred Taylor y me dijo que había encontrado algunas cartas entre un montón de ropas que Lord Alfred Douglas había tenido la bondad de darle.

CLARKE: ¿Le pidió algo?

WILDE: En realidad no me pidió nada directamente.

CLARKE: ¿Qué sucedió?

WILDE: Cuando entró al cuarto dijo: "Supongo que pensaré muy mal de mí". Le contesté: "He oído que

usted tiene cartas mías a Lord Alfred Douglas, que por cierto debería haber devuelto". Me alcanzó tres o cuatro, y me dijo que habían sido robadas el día anterior, por un hombre llamado Allen, y que él (Wood) se había visto en la necesidad de contratar un detective para conseguirlas. Yo leí las cartas y le dije que no creía que tuvieran importancia alguna. Me dijo: "Tengo mucho miedo a permanecer en Londres, pues este hombre y otros me están amenazando. Necesito dinero para irme a Norteamérica". Le pregunté qué oportunidad se le presentaba para poder trabajar mejor en Norteamérica que en Inglaterra. Me respondió que estaba ansioso por salir de Londres, para escapar del hombre a quien le había quitado las cartas. Me rogó vehementemente que le ayudara. Dijo que no encontraba ninguna ocupación en Londres. Le pagué quince libras. Las cartas permanecieron en mi mano todo el tiempo.

CLARKE: ¿Vino poco después algún hombre con otra carta?

WILDE: Un hombre me vino a ver y me dijo que la carta, una copia de la cual había sido enviada al señor Beerbohm Tree, no estaba en su poder. Su nombre era Allen.

CLARKE: ¿Qué sucedió en esa entrevista?

WILDE: Presentí que era el hombre que quería dinero de mí. Le dije: "Supongo que usted ha venido a hablar de mi hermosa carta a Lord Alfred Douglas. Si usted no hubiera sido tan tonto como para mandar una copia de ella al señor Beerbohm Tree, gustosamente le hubiera pagado una gran suma de dinero por la carta, ya que la considero una obra de arte". Él dijo: "Esa carta se puede interpretar de una manera singular". Le contesté: "El arte es pocas veces comprensible

para las clases criminales”: Me dijo: “Un hombre me ofreció sesenta libras por ella”. Le contesté: “Si usted quisiera seguir mi consejo, iría a ese hombre y le vendería mi carta por las sesenta libras. Ni yo mismo he recibido nunca suma tan importante por ningún trabajo en prosa de esa extensión, pero me alegró saber que hay alguien en Londres que considerará que una carta vale sesenta libras”. Tal vez mi contestación le cogió desprevenido y dijo: “El hombre no está en la ciudad”. Le repliqué: “Seguramente volverá”, y le aconsejé que aceptara las sesenta libras. Entonces cambió un poco de tono, diciendo que no tenía un sólo penique y que había tratado en muchas ocasiones de encontrarme: Le dije que no podía responder por lo que había gastado en coches, pero que gustosamente le daría medio soberano. Cógio el dinero y se fue.

CLARKE: ¿Se dijo algo sobre un soneto?

WILDE: Sí. Le dije: “La carta, que es un poema en prosa, va a ser publicada pronto en forma de soneto en una encantadora revista y le voy a enviar a usted un ejemplar”.

CLARKE: La carta, ¿era en realidad la base de un poema francés que fue publicado en *The Spirit Lamp*?

WILDE: Sí.

CLARKE: Está firmado Pierre Louÿs. ¿Es ése el *nom de plume* de un amigo suyo?

WILDE: Sí, un joven poeta francés de gran renombre, amigo mío, que ha vivido en Inglaterra.

CLARKE: ¿Se fue entonces Allen?

WILDE: Sí. Y a los cinco minutos llegó Cliburn. Salí a su encuentro y le dije: “No puedo perder más tiempo en este asunto”. Sacó la carta del bolsillo, diciendo: “Allen me ha pedido que se la devuelva”. No la cogí in-

mediatamente, sino que pregunté: “¿Por qué Allen me devuelve esta carta?” Allen me contestó: “Bueno, dice que usted fue amable con él y que es inútil tratar de vender la carta, dado que usted no hace más que reírse de nosotros”. Cogí la carta y le dije: “La acepto. Agradezca a Allen, de mi parte, el interés que ha demostrado por ella”. Miré la carta y vi que estaba extremadamente manoseada. Le dije: “Me parece imperdonable que no hayan tenido más cuidado con un manuscrito original mío”. (Risas). Dijo que lo sentía mucho, pero que había pasado por muchas manos. Le di medio soberano por sus molestias y le dije: “Mucho me temo que usted está llevando una admirable mala vida”. Me contestó: “En cada uno de nosotros está el bien y el mal”. Le dije que era un filósofo de nacimiento, y después se fue.

CLARKE: ¿Ha quedado la carta en su poder, desde ese momento?

WILDE: Sí. La presenté aquí, hoy.

CLARKE: Ahora paso a finales de mil ochocientos noventa y tres. ¿Fue Lord Alfred Douglas a El Cairo, en esa época?

WILDE: Sí, en diciembre de mil ochocientos noventa y tres.

CLARKE: ¿A su regreso estaban ustedes almorzando juntos en el Café Royal, cuando Lord Queensberry entró?

WILDE: Sí. Nos dio la mano. Se sentó con nosotros y conversamos amigablemente sobre Egipto y otros temas variados.

CLARKE: ¿Fue poco después de ese encuentro cuando usted se enteró de que él estaba haciendo insinuaciones acerca de su reputación y comportamiento?

WILDE: Sí. Esas insinuaciones no me las mandaba a mí por escrito. A finales de junio de mil ochocientos noventa y cuatro tuve una entrevista con Lord Queensberry, en mi casa. Vino a verme sin haber sido invitado, alrededor de las cuatro de la tarde, acompañado de un caballero al que yo no conocía. La entrevista tuvo lugar en la biblioteca. Lord Queensberry estaba de pie, junto a la ventana. Me dirigí a la chimenea y él me dijo: "Siéntese". Le contesté: "No le permito a nadie que me hable de esa forma, ni en mi casa ni en ningún otro lado. Supongo que ha venido a disculparse por las apreciaciones que sobre mi persona y la de mi mujer ha vertido usted en las cartas a su hijo. Podría demandarle en cualquier momento por haber escrito semejante carta".

Él dijo: "La carta era privada. Fue escrita a mi hijo". Yo dije: "¿Cómo se atreve a afirmar que haya semejantes cosas entre su hijo y yo?" Él dijo: "En cuanto se dieron cuenta de su conducta ofensiva, ambos fueron expulsados del Hotel Savoy". Yo dije: "Eso es falso". Él dijo: "Usted ha alquilado un piso amueblado para Alfred, en Piccadilly". Yo le contesté: "Alguien le ha estado contando a usted una absurda sarta de mentiras sobre su hijo y sobre mí. Yo no he hecho semejante cosa". Él me dijo: "He oído que le han chantajeado con una desagradable carta suya a mi hijo". Le dije: "Era una carta muy hermosa y yo no escribo nunca

* Las cosas existían, según declaraciones posteriores, fuera del proceso, en escritos literarios de André Gide y Frank Harris, y confesiones directas de Alfred Douglas, después de su conversión al catolicismo, religión dentro de la cual, según Ross, también murió Oscar Wilde.

como no sea para publicar". Entonces le pregunté: "Lord Queensberry, ¿usted nos acusa seriamente, a su hijo y a mí, de tener una conducta impropia?" Me contestó: "No digo que la lleven, pero parece". (Risas).
JUEZ COLLINS: Haré desalojar la sala si oigo el menor disturbio otra vez.

WILDE: "...Pero parece. Y usted alardea de serlo, lo que es tan malo como serlo. Si los encuentro juntos otra vez a usted y a mi hijo en cualquier restaurante público, los zurraré". Le contesté: "No sé cuáles serán las reglas de los Queensberry, pero la de Oscar Wilde es disparar sobre el blanco". Entonces le ordené a Lord Queensberry que abandonara mi casa. Me dijo que no lo haría. Le contesté que le haría echar por la policía. Me dijo: "Será un escándalo desagradable". Le dije: "Si así fuese, usted y nadie más sería el responsable del escándalo". Entonces salí al vestíbulo y, señalándoselo a mi criado, le dije: "Este es el marqués de Queensberry, el más infame bruto de Londres. Nunca debe permitirle que entre otra vez en mi casa". No es cierto que yo haya sido expulsado alguna vez del Hotel Savoy. Tampoco es cierto que haya alquilado habitaciones para el hijo de Lord Queensberry. Yo estaba en el teatro la noche del estreno de la obra *La importancia de llamarse Ernesto*, y fui llamado a escena. La obra fue un éxito. Lord Queensberry no consiguió entrar al teatro. Ya conocía el hecho de que Lord Queensberry había llevado consigo un manojo de verduras.

CLARKE: ¿Cuándo oyó por primera vez que se estaba atentando contra su reputación? ..

WILDE: Yo había visto correspondencia de Lord Queensberry, no a su hijo, sino a terceras personas, miembros de su familia y de la familia de su mujer.

Acudí al club Albemarle el veintiocho de febrero y recibí de manos del portero la tarjeta que ya ha sido exhibida. El primero de marzo se dictaminó una orden de detención.

CLARKE: Se ha sugerido que usted es responsable de la publicación de la revista *The Chamaleon*, en cuya portada aparecen algunos aforismos suyos. Aparte de enviar esa colaboración, ¿tuvo algo que ver en la preparación o publicación de la revista?

WILDE: No; de ninguna manera.

CLARKE: Antes de ver el número de *The Chamaleon*, ¿conocía usted algo sobre el relato *El sacerdote y el monaguillo*?

WILDE: Nada en absoluto.

CLARKE: Al ver ese relato impreso, ¿se comunicó usted con el editor?

WILDE: El editor vino a verme al Café Royal, para hablarme de eso.

CLARKE: ¿Aprueba usted el argumento de *El sacerdote y el monaguillo*?

WILDE: Me pareció malo e indecente. Lo desaprobé con energía.

CLARKE: ¿Fue esa desaprobación expresada al editor?

WILDE: Sí.

CLARKE: Las otras preguntas son relativas al libro *Dorian Gray*. ¿Fue publicado primero por entregas?

WILDE: Se publicó primero en *Lippincott*, y después en forma de libro, con algunos capítulos adicionales. Fue muy criticado.

CLARKE: ¿No le han llamado la atención las acusaciones que se le hacen en los alegatos con referencia a diferentes personas e impugnando su conducta con ellas?

WILDE: Sí.

CLARKE: ¿Hay algo de cierto en cualquiera de esas acusaciones?

WILDE: No hay nada de verdad en ninguna de ellas.

EDWARD CARSON, (*abogado de Queensberry, interrogado a Wilde*): Usted ha declarado tener treinta y nueve años. Yo creo que tiene más de cuarenta. ¿No nació usted el dieciséis de octubre de mil ochocientos cincuenta y cuatro?

WILDE: No deseo aparentar ser joven. Tengo treinta y nueve o cuarenta. Usted tiene mi documento y eso aclara la cuestión.

CARSON: ¿Pero el haber nacido en mil ochocientos cincuenta y cuatro no le hace de más de cuarenta años?

WILDE: Ah, muy bien!

CARSON: ¿Qué edad tiene Lord Alfred Douglas?

WILDE: Lord Alfred Douglas tiene alrededor de veinticuatro años. Estaba entre los veinte y veintiuno cuando le conocí. Hasta el momento de mi entrevista con Lord Queensberry en la calle Tite, Lord Queensberry fue amistoso. Yo no recibí ninguna carta el tres de abril en la cual Lord Queensberry manifestase deseos de que terminase mis relaciones con su hijo. Después de la entrevista no tuve ninguna duda de que tal era el deseo de Lord Queensberry. A pesar de las protestas de Lord Queensberry mi intimidad con Lord Alfred Douglas ha continuado hasta el presente.

CARSON: ¿Usted ha estado con él en varios lugares?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿En Oxford? ¿Varias veces en Brighton? ¿En Worthy?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Usted nunca alquiló habitaciones para él?

WILDE: No.

CARSON: ¿Estuvo en otros lugares con él?

WILDE: Sí; en Cromer y Torquay.

CARSON: ¿Y en varios hotelés de Londres?

WILDE: Sí. En uno de la calle Albemarle, en otro de la calle Dover y en el Savoy.

CARSON: Además de tener su casa en la calle Tite, ¿alquilaba habitaciones?

WILDE: Sí, en el diez y el once de la Plaza Saint-Jamés. Tuve las habitaciones desde el mes de octubre del noventa y tres hasta finales de marzo del noventa y cuatro. Lord Alfred Douglas se ha alojado en esas habitaciones, que no quedan lejos de Piccadilly. He estado en el extranjero varias veces con él y, últimamente, hasta en Monte Carlo. Con referencia a los escritos que aquí se han mencionado, no fue en Brighton, en la calle King Road número veinte donde escribí mi artículo para *The Chamaleon*. Hago saber también que Lord Douglas colaboró también en ella. Pero tampoco sus colaboraciones fueron escritas en Brighton. Las he visto: Las considero unos poemas extremadamente hermosos. Uno se titulaba *El elogio de la vergüenza* y el otro *Dos amores*.

CARSON: Esos amores, ¿eran de dos muchachos?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Un muchacho llama a su amor «amor verdadero» y el otro «vergüenza»?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿No le pareció que allí se hacía alguna sugerencia impropia?

WILDE: No, ninguna.

CARSON: ¿Usted leyó *El sacerdote y el monaguillo*?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿No tiene ninguna duda de que ése era un relato indecente?

WILDE: Desde el punto de vista literario, era altamente indecente. Es imposible, para un hombre de letras, juzgarlo de otra forma que no sea literariamente, por su significación, elección de tema, y lo demás. La realización me pareció una porquería y el tema una porquería.

CARSON: Según creo yo, ¿usted tendrá la opinión de que no hay libro inmoral?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Puedo tomar esto como que usted cree que *El sacerdote y el monaguillo* no era inmoral?

WILDE: Era peor. Estaba mal escrito.

CARSON: ¿No era un relato acerca de un sacerdote que se enamora del monaguillo, quien es descubierto por el rector en el cuarto del sacerdote, originándose un escándalo?

WILDE: Lo leí sólo una vez, en noviembre, y nada me inducirá a leerlo otra vez. No me preocupa. No me interesa.

CARSON: ¿Cree usted que el relato es blasfemo?

WILDE: Creo que violaba todos los cánones artísticos de la belleza.

CARSON: Ésa no es una respuesta.

WILDE: Es la única que puedo dar.

CARSON: Quiero ver cuál es la posición que adopta usted.

WILDE: Creo que no debería decir eso.

CARSON: No creo que haya dicho nada fuera de lo común. Quiero saber si usted encontró el relato blasfemo.

WILDE: La historia me llenó de disgusto. El final era equivocado.

CARSON: Conteste a lo que se le pregunta, señor. ¿Consideró o no consideró blasfemo el relato?

WILDE: Me pareció desagradable.

CARSON: Me doy por satisfecho con eso. ¿Usted sabe que cuando el sacerdote le administra veneno al niño usa las palabras del sacramento de la Iglesia de Inglaterra?

WILDE: De eso me he olvidado por completo.

CARSON: ¿Considera eso una blasfemia?

WILDE: Pienso que es horrible. "Blasfemia" no es una palabra que yo use.

CARSON: (*Leyendo un pasaje de El sacerdote y el monaguillo*). «Poco antes de la consagración, el sacerdote sacó un diminuto frasco del bolsillo de la sotana; lo bendijo y vertió el contenido en el cáliz. Cuando llegó el instante de recibir el contenido del cáliz, lo alzó hasta sus labios, pero no lo probó. Administró la sagrada hostia a la criatura y, luego, le tomó la mano. Se volvió hacia él. Pero cuando vio resplandecer su hermoso rostro, volvió de nuevo la cara hacia el crucifijo, exhalando un sordo lamento. Por un momento, el coraje le falló. Luego se volvió de nuevo hacia el pequeño y sostuvo el cáliz contra sus labios: "La sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que fue derramada por ti, guarde tu cuerpo y tu alma hasta la vida eterna"». (*Encarándose nuevamente con Wilde*). ¿Usted aprueba esas palabras?

WILDE: Creo que son desagradables, un perfecto disparate.

CARSON: Yo creo que usted debe admitir que cualquiera que diese su beneplácito a tal artículo puede aparecer como culpable de prácticas indecentes.

WILDE: No lo creería de ningún otro colaborador de la revista. Demostraría muy mal gusto literario. Yo

protesté enérgicamente contra todo el relato. No tengo reparos en expresar mi desaprobación a *The Chameleon*, porque pienso que hubiera estado muy por debajo de mi dignidad como hombre de letras en ser cómplice de la composición de un estudiante de Oxford sin grado alguno. Me he enterado de que la revista, al parecer, ha circulado entre los estudiantes de Oxford. No creo que ningún libro u obra de arte haya tenido nunca influencia sobre la moralidad.

CARSON: Digo bien al decir que usted no cree en las consecuencias que pueden crear la moralidad o la inmoralidad?

WILDE: Naturalmente, no creo.

CARSON: En lo concerniente a sus trabajos, ¿usted alardea de que no le importa la moralidad o la inmoralidad?

WILDE: No sé si usa el término "alardea" en un sentido especial. Es su palabra favorita, ¿no es cierto? Yo no he tomado posición, en ese asunto. Cuando escribo un libro o una obra de teatro me interesa únicamente la literatura, es decir, el arte. Yo no hago mal o bien, sino que trato de hacer algo que tenga alguna cualidad de belleza.

CARSON: Escuche señor. Aquí está una de las *Frases y citas filosóficas para el uso de los jóvenes*, que usted escribió: «La maldad es un mito inventado por la gente buena para dar un fundamento a la curiosa fuerza atractiva de otros». ¿Usted cree que eso es cierto?

WILDE: Raramente pienso que lo que escribo sea cierto.

CARSON: «Las religiones mueren cuando se demuestra que son verdaderas». ¿Es eso cierto?

WILDE: Sí, sostengo eso. Es una insinuación hacia

una filosofía de absorción de la religión por la ciencia. Pero es una cuestión muy extensa para debatirla ahora.

CARSON: ¿Piensa que era un axioma digno de dar a conocer para la filosofía de los jóvenes?

WILDE: Muy estimulante.

CARSON: «Si uno dice la verdad, es seguro de que tarde o temprano será descubierto».

WILDE: Es una paradoja benévola, pero yo no le doy mucha importancia como axioma!

CARSON: ¿Es buena para la juventud?

WILDE: Todo lo que estimula el pensamiento en cualquier edad es bueno.

CARSON: ¿Ya sea moral o inmoral?

WILDE: No existe la moralidad o la inmoralidad en el pensar. Hay sensibilidad inmoral.

CARSON: «El placer es la única cosa por la que uno debería vivir».

WILDE: Creo que la realización de sí mismo es la principal aspiración de la vida, y realizarse uno mismo a través del placer es más hermoso que hacerlo a través del dolor. En ese punto estoy por completo de acuerdo con los antiguos, con los griegos. Es una idea pagana!

CARSON: «Una verdad deja de ser verdadera en el momento en que más de una persona cree en ella».

WILDE: Perfectamente. Ésa sería mi definición metafísica de la verdad; algo tan personal que la misma verdad nunca podría ser valorada por dos mentes diferentes.

CARSON: «El estado de perfección es la ociosidad, meta de perfección de la juventud».

WILDE: Oh, sí; lo creo así. La mitad de ello es cierto. La vida de contemplación es la más elevada y así lo reconocí el filósofo.

CARSON: «¡Hay algo trágico en el enorme número de jóvenes que comienzan su vida bien orientados y terminan por adoptar una ocupación práctica».

WILDE: Pensaría que esos jóvenes tienen suficiente sentido del humor.

CARSON: ¿Cree usted que eso es una broma?

WILDE: Pienso que es una paradoja divertida y un divertido juego de palabras.

CARSON: ¿Qué diría cualquiera de *Frases y citas filosóficas*, en conexión con un artículo tal como *El sacerdote y el monaguillo*?

WILDE: Es indudable que fue por la idea que podía formarse por lo que hice enérgicas objeciones en contra de ese relato. Vi, de inmediato, que esas máximas, que eran perfectamente desatinadas, paradójicas o lo que usted quiera, podían ser leídas en conexión con él.

CARSON: Después de las críticas que se le hicieron a *Dorian Gray*, ¿lo modificó mucho?

WILDE: No; se le hicieron agregados. En una ocasión se señaló —no en un periódico ni algo por el estilo, sino por el único crítico del siglo cuya opinión tengo en gran estima, el señor Walter Pater— que cierto pasaje podría ser propenso a mala interpretación y le hice un agregado, para aclararlo.

CARSON: Ésta es su introducción a *Dorian Gray*: «No existe cosa tal como un libro moral o inmoral. Los libros están bien o mal escritos». ¿Esto expresa su punto de vista?

WILDE: Mi punto de vista en arte, sí.

CARSON: ¿Entonces debe deducir que, en su opinión, por inmoral que sea un libro, si está bien escrito, es un buen libro?

WILDE: Sí, si estuvieta tan bien escrito como para

dar una sensación de belleza, que es la sensación más elevada de que es capaz el ser humano. Si estuviera mal escrito produciría una sensación de desagradó.

CARSON: ¿Entonces un libro bien escrito que sugiera puntos de vista perversos puede ser un buen libro?

WILDE: Ninguna obra de arte sugiere puntos de vista. Los puntos de vista pertenecen a gente que no es artista.

CARSON: Una novela perversa ¿puede ser un buen libro?

WILDE: No sé qué quiere decir usted con eso de "novela perversa".

CARSON: ¿Entonces puedo sugerirle *Dorian Gray* cómo una novela sujeta a ser interpretada de esa forma?

WILDE: Podría serlo, tan sólo, para brutos e ignorantes. Los puntos de vista en arte de los filisteos son incalculablemente estúpidos.

CARSON: ¿Una persona ignorante, al leer *Dorian Gray*, podría interpretarla de esa forma?

WILDE: Los puntos de vista en arte de los ignorantes son inexplicables. A mí me concierne solamente mi punto de vista en arte. Me importa un bledo lo que otra gente piense de ello.

CARSON: ¿La mayoría de las personas caen bajo su definición de filisteos e ignorantes?

WILDE: He encontrado algunas maravillosas excepciones.

CARSON: ¿Cree usted que la mayoría de las personas ocupan el nivel que les está dando?

WILDE: Me temo que no están lo suficientemente cultivadas.

CARSON: ¿No cultivadas lo suficiente como para poder distinguir entre un buen libro y un mal libro?

WILDE: Por supuesto que no.

CARSON: ¿El afecto y el amor del artista de *Dorian Gray* podrían llevar a un individuo corriente a creer que tenía ciertas inclinaciones?

WILDE: No, tengo conocimiento de los puntos de vista de individuos corrientes.

CARSON: ¿No impidió usted que los individuos corrientes compraran su libro?

WILDE: Nunca los desanimé.

CARSON: (Lee pasajes de El retrato de Dorian Gray, en los cuales el pintor Basil Hallward relata a Lord Henry Wotton sus primeras encuentros con Dorian Gray. Las citas son de la versión original de la obra, tal como apareció en la revista mensual Lippincott, de julio de 1890).

La historia es ésta: Hace dos meses fui a una de las reuniones de Lady Brandon. Usted sabe que nosotros, los pobres pintores, debemos mostrarnos de vez en cuando en sociedad, para recordarle al público que no somos salvajes. Con un frac y una corbata blanca, como usted me dijo una vez, cualquiera, incluso mi corredor de Bolsa, puede ganar reputación de civilizado. Bien; después de haber estado en el salón alrededor de diez minutos, hablando con enormes viudas excesivamente adornadas y aburridos académicos, de golpe tuve la sensación de que alguien me miraba. Me volví y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestros ojos se encontraron, me sentí palidecer. Un extraño terror instintivo me poseyó. Supe que me encontraba cara a cara con alguien cuya sola personalidad era tan fascinante que con sólo permitirle absorbería todo mi ser, toda mi alma, mi mismo arte. No deseaba ninguna influencia externa en mi vida. Ya sabe usted, Henry, lo independiente que soy por naturaleza. Mi

padre me destinaba al ejército. Insistí en ir a Oxford. Entonces me hizo ingresar en el Middle Temple. Antes de haber ingerido media docena de comidas abandoné los tribunales, y anuncié mi decisión de dedicarme a la pintura. He sido siempre mi propio dueño; al menos siempre deseé serlo, hasta que encontré a Dorian Gray. Entonces... Pero no sé cómo explicárselo. Algo pareció decirme que me hallaba al borde de una terrible crisis en mi vida. Tuve la extraña sensación de que el destino me reservaba alegrías y penas exquisitas. Supe que si le hablaba a Dorian Gray, me consagraría absolutamente a él. Supé que no debía hablarle. Sentí miedo y me volví, para abandonar el salón. No fue la conciencia lo que me hizo actuar en esa forma: fue cobardía.

»No trato de disculparme por haber querido escapar.

»Escrupulosidad y cobardía son realmente la misma cosa, Basil. La conciencia es la marca de fábrica de la firma. Eso es todo.

»No creo eso, Harry. Sin embargo, cualquiera que fuese el motivo —podría ser orgullo, porque solía ser muy orgulloso—, lo cierto es que me encontré forcejeando hacia la puerta. Allí, por supuesto, tropecé con Lady Brandon: “No se irá a escapar tan pronto, señor Hallward”, chilló; “Recuerda usted la voz terriblemente penetrante que tiene?”

»Sí. Es un pavo real en todo, menos en belleza —dijo Lord Henry, reduciendo a pedazos la margarita; con sus dedos largos y nerviosos.

»No me pude librar de ella. Me llevó hasta realezas y gente con estrellas y condecoraciones y maduras damas con gigantescas tiaras y narices ganchudas. Hablé de mí como de su más querido amigo. Solamente la había encontrado una vez, pero se le metió en la cabeza

que era así. Creo que algún cuadro mío había tenido gran éxito en ese entonces o, por lo menos, que había sido comentado en los diarios de un penique, que son los pilares de la inmortalidad en el siglo diecinueve. De golpe, me encontré cara a cara con el joven, cuya personalidad me había perturbado tan extrañamente. Estábamos muy cerca, casi tocándonos. Nuestros ojos se encontraron. Fue una locura, pero le pedí a Lady Brandon que me lo presentara. Tal vez no haya sido una locura tan grande, después de todo. Era, simplemente, inevitable. Nos habíamos hablado, sin ser presentados. Estoy seguro de eso. Dorian me lo dijo después. Él también presintió que estábamos destinados a conocernos.

»... Dígame algo más sobre Dorian Gray. ¿Lo ve muy a menudo?

»Todos los días. No podría ser feliz si no le viera diariamente. Claro que a veces es sólo por unos minutos. Pero unos pocos minutos con alguien a quien uno adora significan mucho.

»¿Pero le adora usted, realmente?

»Sí.

»¿Qué extraordinario! Yo pensaba que usted no se preocuparía nunca por otra cosa que no fuera su pintura, su arte, diría. ¿Arte suena mejor, no es así?

»Dorian es ahora todo el arte para mí. A veces pienso, Harry, que hay sólo dos eras de alguna importancia en la historia del mundo. La primera es la aparición de un nuevo medio de arte, y la segunda la aparición de una nueva personalidad para el arte. Lo que la invención de la pintura al óleo fue para los venecianos y el rostro de Antonio para la escultura griega de la decadencia, será para mí, algún día, el rostro de Dorian

Gray. No es solamente que me sirva de modelo para pintar o dibujar. Por supuesto que he hecho todo eso. Ha posado como Paris, revestido de una delicada armadura, y como Adonis, con la capa de cazador y un pulido venablo. Coronado con pesados capullos de loto, se ha sentado en la barca de Adriano, mirando el verde y turbio Nilo. Se ha inclinado sobre el tranquilo charco de algún monte griego, y contemplado en la plata silenciosa del agua la maravilla de su propia belleza. Pero es mucho más que eso, para mí. No voy a decirle que no tenga relación con mi trabajo, ni que su belleza sea tal que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y yo sé que mi trabajo, desde que encontré a Dorian Gray, es bueno, lo mejor que he hecho en mi vida. Pero, en cierto modo —no sé si me comprenderá— su personalidad me ha sugerido otra forma de arte, una modalidad de estilo completamente nueva. Veo ahora las cosas de un modo distinto, las concibo diferentemente. Puedo rehacer la vida en una forma que hasta ahora me había estado oculta. “Un sueño de forma en días de pensamiento...”, ¿quién ha dicho esto? Lo he olvidado; pero esto es lo que ha sido para mí: Dorian Gray. La nueva presencia visible de este muchacho —pues para mí, a pesar de haber cumplido los treinta, no pasa de ser un muchacho— su simple presencia visible... ¡Ah! ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Inconscientemente define para mí las líneas de una nueva escuela, una escuela que tiene en sí toda la pasión del espíritu romántico y toda la perfección del espíritu griego. La armonía del alma y el cuerpo, ¡nada menos! Nosotros, en nuestra demencia, los hemos separado, inventando un realismo que es vulgaridad, un idealismo que es vacío. ¡Ay,

Harry, si supiera lo que Dorian Gray significa para mí! ¿Se acuerda de aquel paisaje mío, por el que Agnew me ofreció un precio tan exorbitante, y del que no quise desprenderme? Es una de las mejores cosas que he hecho. ¿Y sabe por qué? Pues porque mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado junto a mí.

WILDE: ¡Basil! ¡Esto es extraordinario! Es preciso que conozca a Dorian Gray.

(*El interrogatorio continúa*);

—Ahora le pregunto, señor Wilde, ¿considera un sentimiento decoroso o indecoroso la pasión descrita de un hombre hacia un adolescente?

WILDE: Me parece que es la más perfecta descripción de lo que un artista sentiría al encontrar una hermosa personalidad, que era necesaria, en cierto modo, para su arte y su vida.

CARSON: ¿Usted cree que ese es el sentimiento que un joven debe tener hacia otro?

WILDE: Sí, como artista.

CARSON: (*Empieza a leer otro párrafo del libro. El testigo pide una copia. Se le entrega una versión original. Llama la atención del testigo Wilde, hacia la página 56, del volumen XVI de la revista mensual Lippincott*). Me parece que esto ha sido suprimido de la versión expurgada.

WILDE: Yo no la llamo expurgada.

CARSON: Sí, ya lo sé; pero veremos: (*Prosigue la lectura*). «Sentémonos, Dorian —dijo Hallward, pálido y dolorido—. Sentémonos. Yo me sentaré en la sombra y tú en plena luz. Nuestras vidas son así. Responde, tan sólo, a una pregunta: ¿Has visto en el retrato algo que no te haya gustado? ¿Algo que, probablemente, al principio, no te llamó la atención pero que, de repente, te fue revelado?

«—¡Basil! —gritó Dorian, asiendo a los brazos del sillón con manos trémulas, y mirándole con ojos ardorosos y extraviados.

«—Veo que sí. No hables. Espera a oír lo que tengo que decirte. La verdad es que te he adorado con sentimientos mucho más románticos de los que un hombre dispensa a un amigo. Nunca he amado a una mujer. Supongo que no tuve tiempo. Tal vez, como Harry dice, una pasión realmente grande es el privilegio de aquellos que no tienen nada que hacer; y ése es el destino de las clases ociosas de un país. Bien; desde el momento en que te conocí, tu personalidad ejerció sobre mí la más extraordinaria influencia. Admito que te he adorado locamente, lujosamente, absurdamente. Me sentía celoso de todo aquel a quien dirigías la palabra. Quería tenerte para mí solo. Sólo me sentía feliz cuando estabas a mi lado. Y cuando estabas lejos de mí, continuabas presente en mi alma. Todo era equívocado y tonto. Y es equivocado y tonto aún. Claro que yo nunca te dí a entender nada de eso. Hubiera sido imposible. Tú no lo habrías comprendido; no lo comprendo yo mismo. Un día decidí pintar un espléndido retrato tuyo. Tenía que ser mi obra maestra, es mi obra maestra. Pero, mientras lo pintaba, cada pincelada y cada partícula de color, parecían revelar mi secreto. Empecé a temer que el mundo supiera de mi idolatría. Sentí, Dorian, que había dicho demasiado. Entonces fue cuando decidí no permitir nunca que se expusiera el retrato. Tú te fastidiaste un poco. Pero en aquel entonces no comprendiste todo lo que eso significaba para mí. Harry, a quien le hablé de ello, se burló de mí. Pero no me importó. Cuando terminé el retrato y me senté a solas con él, sentí que yo tenía razón. Sin em-

bargo, al cabo de pocos días, cuando salió el retrato de mi estudio y apenas me vi libre de la intolerable fascinación de su presencia, me pareció que había sido un estúpido, en imaginar que había expresado algo en él, aparte de que tú eras extremadamente hermoso y de que yo sabía pintar. Aún ahora no puedo dejar de sentir que es un error pensar que la pasión que uno siente al crear se muestra realmente en la obra creada. El arte es más abstracto de lo que nos imaginamos. La forma y el color nos hablan de forma y color; eso es todo. A veces pienso que el arte oculta más al artista de lo que revela. Así, cuando recibí este ofrecimiento de París, decidí hacer de tu retrato el máximo acontecimiento de mi exposición. Nunca se me ocurrió que rehusarías. Ahora veo que tenías razón. El retrato no debe ser expuesto. No me guardes rencor, Dorian, por todo lo que te he dicho. Como le dije una vez a Harry, tú estás hecho para ser adorado». (*Carson continúa interrogando a Wilde*). ¿Quiere usted decir que ese pasaje describe los sentimientos naturales de un hombre hacia otro?

WILDE: Describe el influjo producido por una hermosa personalidad.

CARSON: ¿Una hermosa "persona"?

WILDE: Dije "una hermosa personalidad". Usted puede describirlo como quiera. Dorian Gray era una hermosa personalidad.

CARSON: ¿Debo pensar que usted, como artista, no ha conocido nunca los sentimientos descritos en esta obra?

WILDE: Nunca he permitido a ninguna personalidad dominar mi arte.

CARSON: ¿Entonces no ha experimentado nunca los sentimientos que describe?

WILDE: No. Es una obra de ficción.

CARSON: En lo que concierne a usted... ¿No tiene experiencia de ello como un sentimiento natural?

WILDE: Me parece que es perfectamente natural para cualquier artista admirar intensamente y amar a un joven. Es un episodio en la vida de casi todo artista.

CARSON: Volvamos sobre ello, frase por frase. «Admito que te he adorado locamente». ¿Qué dice usted de esto? ¿Alguna vez ha adorado usted locamente a un joven?

WILDE: No, no locamente. Prefiero el amor, que es una forma más elevada.

CARSON: Dejemos eso: ¿Seguimos en el plano en que estábamos?

WILDE: Nunca he adorado a nadie más que a mí. *(Risas fuertes)*.

CARSON: ¿Le parece que eso es muy ingenioso?

WILDE: De ningún modo.

CARSON: ¿Entonces usted no ha experimentado nunca ese sentimiento?

WILDE: No. La idea fue copiada de Shakespeare, lamentando decirlo. Sí, de los sonetos de Shakespeare.

CARSON: ¿Ha escrito usted un artículo para demostrar que los sonetos de Shakespeare sugerían un vicio antinatural?

WILDE: Al contrario. He escrito un artículo para demostrar que no*. Me opuse a semejante perversión atribuida a Shakespeare.

* El retrato de "Mr. W.H.", que apareció en el *Blackwood's Edinburgh Magazine*, en julio de 1889. Una versión corregida y aumentada de este ensayo fue anunciada por los editores de Wilde, pero el manuscrito, que le había sido devuelto el día de su arresto,

CARSON: «Te he adorado lujosamente». ¿Quiere sugerir de forma derrochadora?

WILDE: ¡Oh, sí, derrochadoramente!

CARSON: ¿Acaso cree que estamos hablando de finanzas?

WILDE: Yo no sé de qué está hablando.

CARSON: ¿No lo sabe? Bueno, espero, ser bastante claro antes de terminar. «Me ponía celoso de cualquier cosa con quien hablaras». ¿Ha estado celoso alguna vez de un joven?

WILDE: Nunca en la vida.

CARSON: «Quería tenerle para mí sólo». ¿Tuvo alguna vez ese sentimiento?

WILDE: No. Lo consideraría un intenso fastidio, un intenso aburrimiento.

CARSON: «Temía que el mundo se percatara de mi idolatría». ¿Por qué temía que el mundo la conociera?

WILDE: Porque hay gente en el mundo que no puede comprender la intensa devoción, afecto, y admiración que un artista puede sentir por una maravillosa y hermosa personalidad. Ésas son las condiciones, bajo las cuales vivimos. Yo las deploro.

CARSON: Esa gente infortunada que no tiene la comprensión superior, que usted tiene, ¿podría interpretar mal esos afectos?

WILDE: Indudablemente, en todos los puntos que eligieran para hacerlo. No me interesa la ignorancia de los demás.

desapareció misteriosamente, sin duda robado durante la venta de los efectos de Wilde en su bancarrota. Apareció años después, en Nueva York, donde fue publicado en 1921.

CARSON: En otro pasaje Dorian Gray recibe un libro. El libro al que usted se refiere; ¿es un libro moral*?

WILDE: No estaba bien escrito, pero me dio una idea.

CARSON: El libro que está a su consideración, ¿no era de cierta tendencia?

WILDE: Me niego a ser interrogado sobre el trabajo de otro artista. Es una impertinencia y una vulgaridad**.

(Dado que el testigo admitió que se trataba de la novela francesa Al revés, Carson insistió en conocer el punto de vista de Wilde sobre la moral de este libro. Clarke apeló. Y el juez Collins se opuso a que se hiciera ninguna otra referencia al libro).

CARSON: *(Lee un nuevo pasaje de El retrato de Dorian Gray; se trata de una conversación entre el pintor y Dorian).* «Me parece que es conveniente que sepas que las cosas más horribles se dicen de ti en Londres. Cosas que apenas me atrevo a repetirte.

«Pues yo no tengo el menor interés en saberlas. Me gusta enterarme de los escándalos ajenos, pero los escándalos míos no me interesan. No tienen el encanto de la novedad.

«Deben preocuparte, Dorian. Todo hombre debe

* *Al revés*, de Joris Karl Huysmans, en el que están inspiradas muchas de las exquisiteces de *El retrato de Dorian Gray*. Huysmans, al convertirse al catolicismo, dejó de lado esta obra y *Allá lejos*, que es más importante.

** Al referirse a la obra de Huysmans y a su protagonista, Wilde dijo en *Dorian Gray*: «...amando, por mera artificiosidad, esas renuncias que los hombres, neciamente, han llamado virtud, tanto como esas rebeliones naturales, que los sabios llaman pecado».

preocuparse por su buen nombre. Tú no querrás que la gente hable de ti como de un ser vil y degradado. Ciertamente tú tienes posición, y dinero, y todo lo demás. Pero la posición y el dinero no lo son todo. No necesito decirte que yo no creo en ninguno de esos rumores. Por lo menos, cuando te veo, no puedo creerlos. El vicio es algo que el hombre siempre lleva escrito en el rostro. Nada hay que lo oculte. La gente habla de vicios secretos. No existen tales vicios secretos. Cuando un hombre perverso tiene un vicio, se delata a sí mismo en las líneas de su boca, en sus párpados caídos, hasta en la forma de sus manos. Alguien, cuyo nombre no diré pero que tú conoces, vino a mi estudio el año pasado a encargarme su retrato. Yo no lo había visto nunca antes, ni había oído decir nada de él, aunque desde entonces hasta ahora he oído no poco. Me ofreció un precio exorbitante. Rehusé. Había algo en la forma de sus dedos que se me hizo odioso. Ahora sé que estaba en lo cierto en mis suposiciones sobre él. Su vida es desastrosa. Pero tú, Dorian, con ese rostro puro, brillante e inocente, y tu juventud maravillosa y transparente... No, no puedo creer nada contra ti. Y sin embargo, apenas te veo ahora. Nunca vienes a mi estudio. Y cuando estoy lejos de ti, y oigo todas esas abominaciones que la gente murmura acerca de tu conducta, no sé qué contestar. ¿Cuál es la causa, Dorian, de que un hombre como el duque de Berwick salga del salón de un club cuando tú entras? ¿Por qué hay tantas personas en Londres que no van a tu casa, ni te invitan a la de ellos? Tú fuiste amigo de Lord Cawdor. La semana pasada me encontré con él en una cena. Casualmente se pronunció tu nombre a propósito de las miniaturas que enviaste a la exposición de Dudley.

Cawdor torció el gesto y dijo que tú podías tener los mejores gustos artísticos, pero que no eras hombre para ser presentado a ninguna muchacha decente, ni que pudieras estar en la misma habitación que cualquier mujer honrada.

»Le recordé que yo era amigo tuyo y le rogué que me explicara qué quería decir con eso. Me lo dijo. Me lo dijo delante de todo el mundo. ¡Fue horrible! ¿Por qué tu amistad es fatal a los jóvenes? Está ese desgraciado muchacho que servía en la Guardia y se suicidó. Tú eres gran amigo suyo. Está Sir Henry Ahton, que tuvo que irse de Inglaterra, deshonorado para siempre. Tú y él erais inseparables. ¿Y aquel Adrián Sengleton, que acabó tan trágicamente? ¿Y el único hijo de Lord Kent, con su cañera perdida? Ayer encontré a su padre en la calle Saint-Jarvis. Parecía destrozado por el dolor y la vergüenza. ¿Y el duque de Perth? ¿Qué clase de vida lleva ahora? ¿Qué caballero se acercaría a él? Dorian, Dorian: tu reputación es infamante...»

(Carson termina su cita y reanuda el interrogatorio).

¿No sugiere este pasaje una acusación de vicio contra la naturaleza?

WILDE: Describe a Dorian Gray como un hombre de influencia corruptora, aunque no hay ninguna afirmación acerca de la naturaleza de esa influencia. Pero, desde mi punto de vista, no pienso que una persona pueda influenciar a otra, ni creo que exista algo como mala influencia en el mundo.

CARSON: ¿Un hombre nunca corrompe a un joven?

WILDE: Creo que no.

CARSON: ¿Nada podría corromperle?

WILDE: Si se refiere a la diferencia de edades...

CARSON: No, señor. Estoy hablando con sensatez.

WILDE: No creo que ninguna persona influya a otra.

CARSON: ¿No le parece que adular a un joven, haciéndole el amor, sería, en realidad, corromperlo?

WILDE: No.

CARSON: ¿Dónde se encontraba Lord Alfred Douglas cuando usted le escribió esa carta?

WILDE: En el Savoy. Y yo estaba en Babbacombe, cerca de Torquay.

CARSON: ¿Era una carta en respuesta a algo que él le había enviado?

WILDE: Sí, a un poema.

CARSON: ¿Por qué un hombre de su edad se dirige a un joven de casi veinte años, diciéndole «muchacho mío»?

WILDE: Estaba encariñado con él. Siempre lo estuve.

CARSON: ¿Usted le adora?

WILDE: No. Pero siempre me ha gustado. Pienso que la carta es muy hermosa. Es un poema. Al hacerlo yo no escribía una carta común. Usted puede interrogarme acerca de si el *Rey Lear*, o un soneto de Shakespeare son más decentes.

CARSON: Apartándonos del arte, señor Wilde...

WILDE: No puedo contestar, apartándome del arte.

CARSON: Suponiendo que un hombre que no fuera un artista hubiese escrito esta carta, ¿diría usted que es una carta decente?

WILDE: Un hombre que no fuera un artista no podría haber escrito esa carta.

CARSON: ¿Por qué?

WILDE: Porque nadie más que un artista puede escribirla. Por supuesto no podría usar ese lenguaje, a menos que fuera un hombre de letras...

CARSON: ¿Me permite sugerirle, en bien de su reputación literaria, que no hay nada de maravilloso en eso de «esos labios tuyos, rojos como pétalos de rosa»?

WILDE: Depende mucho de la forma en que se lee.

CARSON: «Tu alma delicada y áurea vaga entre la pasión y la poesía». ¿Es ésta una frase hermosa?

WILDE: No como la lee, señor Carson. Usted la lee muy mal.

CARSON: Yo no pretendo ser un artista, pero cuando le oigo declarar a usted, estoy contento de no serlo.

CLARKE: Me parece que mi colega no debería expresarse así. (*Dirigiéndose a Wilde*). Le ruego que no critique más la manera de leer de mi colega.

CARSON: Esta carta, ¿no es excepcional?

WILDE: Yo diría única.

CARSON: ¿Era ésa la forma habitual de su correspondencia?

WILDE: No. Pero le he escrito así a Lord Alfred Douglas con frecuencia, aunque nunca le he escrito a ningún otro joven en la misma forma.

CARSON: ¿Ha escrito a menudo cartas con el mismo estilo?

WILDE: No. Nunca repito.

CARSON: Aquí hay otra carta que creo que también le escribió usted a Lord Alfred Douglas. ¿Quiere leerla?

WILDE: No. Rehúso. No veo por qué debería hacerlo.

CARSON: Entonces lo haré yo: «Hotel Savoy. Victoria Embankment. Londres. Al más querido de todos los muchachos: Tu carta era deliciosa, vino blanco y tinto para mí; pero estoy triste y descontento. Bosie, no debes hacerme escenas. Me matan. Destruyen la hermosura de la vida. No puedo verte, tan griego y grácil, desfigu-

rado por la ira. No puedo oírte decirme cosas abominables con el gesto torcido. Preferiría... a verte amargo, injusto, odiando. Debo verte pronto. Tú eres eso divino que deseo y eso grácil y hermoso. Pero no sé cómo hacerlo. ¿Debo ir a Salisbury? Mi cuenta aquí suma cuarenta y nueve libras por semana. Tengo, también, un nuevo salón... ¿Por qué no estás aquí, mi querido, mi maravilloso muchacho? Tempo verme obligado a abandonar esto sin dinero, sin crédito y con un corazón como plomo. Tuyo, Oscar». (*Carson, terminada la lectura, se encara con Wilde*). ¿Es ésta una carta común?

WILDE: Todo lo que yo escribo está fuera de lo común. ¿Yo no alardeo de ser común, gracias a Dios? Pregúnteme lo que quiera, acerca de eso.

CARSON: ¿Es éste el tipo de carta que un hombre escribe a otro?

WILDE: Era una tierna expresión de mi gran admiración por Lord Alfred Douglas. No era, como la otra, un poema en prosa.

CARSON: ¿Vivía en el Savoy?

WILDE: Sí. Estuve allí durante un mes, más o menos. Tenía, también, mi casa en Tite. Lord Alfred estuvo viviendo conmigo en el Savoy, antes de que yo escribiera esa carta.

CARSON: ¿Hacia mucho que conocía a Wood?

WILDE: Me parece que le conocí a finales de enero de mil ochocientos noventa y tres. Le conocí en el Café Royal, donde le mandó que me buscara Lord Alfred Douglas, que había teleografiado desde Salisbury. Lord Alfred me pidió que hiciese lo que pudiera por Wood, que buscaba empleo. No sé dónde vivía entonces. Taylor vivía en la calle Little College, número trece, y yo he estado allí varias veces, en reuniones a la hora del té.

Eran reuniones de hombres solamente, pero no todos eran hombres jóvenes. Llevé a Wood a cenar al restaurante Florence, en la calle Rupert, porque Lord Alfred me había pedido que fuera amable con él.

CARSON: ¿Quién era Wood?

WILDE: Hasta donde yo sé, no tenía ocupación, pero andaba buscando trabajo. Me dijo que había tenido una oficina. En esa época tenía, más o menos, veintitrés años de edad.

CARSON: ¿Entonces debo entender que la primera vez que se encontró con Wood le invitó a cenar?

WILDE: Sí, porque se me había pedido que fuera amable con él. Por otra parte fue muy aburrido.

CARSON: ¿Estaba Taylor o alguien más?

WILDE: No.

CARSON: ¿Tuvo algún tipo de relación particular con el nombrado Wood?

WILDE: ¿Qué quiere decir?

CARSON: Una relación que significara no haber observado una conducta decente con Wood.

WILDE: Niego absolutamente cualquier insinuación sobre ese punto.

CARSON: Bien; ¿tenía usted una habitación privada en el Florence?

WILDE: Sí. Fui allí para tratar de hacer efectivo un cheque, ya que al día siguiente era domingo.

CARSON: ¿Cuánto le dio a Wood, entonces?

WILDE: Dos libras.

CARSON: ¿Por qué?

WILDE: Porque Lord Alfred me pidió que fuera amable con él. No me interesan las diferencias sociales.

CARSON: ¿Debo pensar que primero tuvo usted relaciones inmorales con él y luego le dio dinero?

WILDE: Es completamente incierto.

CARSON: ¿Se dio cuenta de que pensaba chantajearle?

WILDE: Me di cuenta y decidí afrontarlo.

CARSON: ¿La forma que tomó su decisión de afrontarlo fue entregarle quince libras para que se fuera a América?

WILDE: Ésa es una descripción inexacta. Y que las cartas no tenían ningún valor. Le di dinero, después de hacerme un relato penoso sobre sí mismo, tontamente, tal vez, pero sólo por pura bondad.

CARSON: Sugiero que usted le dio treinta libras. ¿Le dio cinco libras más al día siguiente?

WILDE: Sí. Me dijo que después de pagar su pasaje a Norteamérica se quedaría sin un centavo. Le di cinco libras.

CARSON: ¿Tuvieron ustedes un almuerzo de despedida en el Florence?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Fue después del almuerzo cuando usted le dio cinco libras?

WILDE: Sí.

CARSON: Después de irse Wood a Norteamérica, ¿le volvió a pedir dinero?

WILDE: No.

CARSON: ¿Llamaba a Taylor por su nombre de pila?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Wood le llamaba Oscar?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Cómo llamaba usted a Wood?

WILDE: Su nombre es Alfred.

CARSON: ¿No le llamaba "Al"?

WILDE: No. Nunca uso abreviaturas.

CARSON: ¿No le pareció curioso que un hombre con

quien mantenía relaciones tan íntimas tratara de chantajearle?

WILDE: Me pareció infame. Pero Wood me convenció de que esa no había sido su intención, aunque era la intención de otras personas. Wood me aseguró que había recobrado todas las cartas.

CARSON: ¿Y entonces apareció Allen con una carta cuya posesión usted sabía que había sido conseguida indecorosamente?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Qué era Allen?

WILDE: Me dijeron que era un chantajista.

CARSON: ¿Y era un chantajista?

WILDE: Nunca he oído referirse a él sino como chantajista.

CARSON: ¿Entonces usted empezó a explicarle al chantajista que enorme pérdida era la desaparición de ese manuscrito?

WILDE: Lo describí como una hermosa obra de arte.

CARSON: ¿Me permite preguntarle por qué le dio a ese hombre, que usted sabía que era un conocido chantajista, diez chelines?

WILDE: Se los di como señal de desprecio.

CARSON: ¿Entonces usted demuestra su desprecio regalando diez chelines?

WILDE: Sí; habitualmente, sí.

CARSON: Supongo que a él le complació su desprecio.

WILDE: Sí. En apariencia estaba satisfecho de mi bondad.

CARSON: ¿Cliburn apareció en la puerta unos minutos después?

WILDE: Sí. Allen le había hablado de mi bondad para con él.

CARSON: ¿Había conocido antes a Cliburn?

WILDE: Le había visto en la puerta de salida de artistas del Haymarket, el veintiuno de abril. Allí me dijo que deseaba hablarme sobre una carta que tenía Allen. Le dije que tenía ensayo y no podía ser molestado, y que la carta no me importaba ni dos peniques. Entonces desistió de hacerme chantaje.

CARSON: Pero usted fue enseguida bondadoso con él.

WILDE: Sí. Le di medio soberano.

CARSON: ¿Y se puso a discutir con él sobre qué hermoso manuscrito y qué hermosa obra de arte era la carta?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Le dijo a ese chantajista que la carta se publicaría en forma de soneto?

WILDE: Sí; se lo dije a Allen, pero no a Cliburn. Le dije que sería publicado en una revista de Oxford, *The Spirit Lamp*. Fue para mostrarle mi indiferencia.

CARSON: ¿Pero usted había conseguido la carta?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Le dijo usted: "Mucho me temo que esté llevando una admirable mala vida"?

WILDE: Sí. Me refería al hecho de verle mezclado en la tentativa de chantajearme.

CARSON: ¿En alguna ocasión transformó en soneto alguna de sus hermosas cartas, fuera de la que se ha exhibido aquí?

WILDE: Antes de contestar, solicito que se lea una buena cantidad de poesía moderna.

CARSON: Vamos, señor. Contesté a la pregunta. ¿Puede usted decirme si alguna, aparte de la citada, fue transformada en soneto?

WILDE: Bueno, en este momento no recuerdo otra.

CARSON: ¿Le pidió alguna vez a Lord Alfred Douglas que guardara esa carta?

WILDE: No.

CARSON: Por lo tanto nunca pensó en transformar esa carta en un soneto, hasta que fue descubierta.

WILDE: Nunca la convertí en un soneto. Cuando la copia le llegó al señor Beeribohm Tree y la vi, enseguida pensé en transformarla en un soneto.

CARSON: ¿Paraba usted en el Hotel Albemarle, alrededor del veintiséis de febrero de mil ochocientos noventa y dos?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿En aquella época eran sus editores los señores Elkin Mathews y John Lane?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Se encariñó usted con el muchacho de la oficina de ellos?

WILDE: Considero que ésa no es una forma decente de dirigirme una pregunta. Niego que el señor Edward Shelley, que es a quien usted se refiere, haya hecho una afirmación semejante.

CARSON: ¿Qué edad tenía el señor Shelley?

WILDE: Creo que alrededor de veinte. Le encontré por primera vez en octubre, cuando tramitaba la publicación de mis libros. Le invité a cenar conmigo en el Hotel Albemarle.

CARSON: ¿Fue con el propósito de tener un placer intelectual?

WILDE: Bueno, para él, sí. Cenamos en mi propio salón. Allí estaba otro caballero. (*Wilde escribió en un papel el nombre de Maurice Schwabe, un notorio invertido, sobrino político de Sir Frank Lockwood, alcanzándosele al abogado.*)

CARSON: ¿En esa ocasión tenía un salón comunicado con un dormitorio?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Le dio *whisky* con soda?

WILDE: Me parece que se sirvió todo lo que deseaba. No lo recuerdo. No se quedó toda la noche, como se dice en el alegato del marqués de Queensberry, no le abracé. Niego terminantemente haber mostrado con Shelley la menor conducta indecente. Le invité a mi casa y cenó conmigo y mi mujer. Expresó gran admiración por mis trabajos. Le llevé a la exposición de Earl Court, al Club Lírico, al Café Royal, al Kettner, y también al estreno del Teatro Independiente, y es posible que estuviera con él en el club Hogarth, del que no soy socio.

CARSON: ¿Le dio dinero alguna vez?

WILDE: Sí; en tres ocasiones... La primera vez, cuatro libras; la segunda, el precio del pasaje en tren hasta Cromer, donde le había invitado para que conociera a mi mujer y a mi familia; y, la tercera vez, cinco libras.

CARSON: Shelley no fue a Cromer, pero se guardó las tres libras.

WILDE: No, no fue. Le escribí diciéndole que no tenía que devolverme el dinero.

CARSON: ¿Le parece que ese joven de dieciocho años era una compañía adecuada o natural para usted?

WILDE: Por supuesto.

CARSON: ¿Le regaló un ejemplar autografiado de la primera edición de *Dorian Gray*?

WILDE: Sí.

CARSON: (*Tiende a Wilde un ejemplar de La comedia de los pecadores, con la dedicatoria: «Del autor al querido Edward Shelley».*) ¿Es ésta su letra?

WILDE: Simplemente, fue una tontería. Yo no era el autor del libro.

CARSON: ¿Llegó a intimar con un muchacho llamado Alphonse Conway, en Worthing?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Vendía periódicos en el quiosco del muelle?

WILDE: Nunca le había oído que su única ocupación en esa época fuera vender diarios. Es lo primero que oigo acerca de su conexión con la literatura.

CARSON: ¿Qué era?

WILDE: Llevaba una vida ociosa y feliz.

CARSON: ¿Era un vago, en suma? ¿Qué edad tenía?

WILDE: A mí me parece, tan sólo, que disfrutaba de la vida. Era un joven de alrededor de dieciocho años.

CARSON: ¿Cómo le conoció?

WILDE: Cuando Lord Alfred Douglas y yo estábamos en Worthing, acostumbábamos a salir en bote. Un día, cuando los pescadores estaban lanzando un bote al agua en la playa alta, Conway y otro muchacho ayudaban a empujar la embarcación. Le dije a Lord Alfred Douglas: "¿Los invitamos a navegar?". Él asintió, y los llevamos. Después de eso Alphonse y yo nos hicimos grandes amigos, y es verdad que le invité a cenar conmigo. También ha cenado en mi casa y ha almorzado conmigo en el hotel Marine.

CARSON: ¿Su conversación era literaria?

WILDE: Al contrario: simple y fácil de comprender. Había ido a la escuela, donde, naturalmente, no había aprendido mucho.

CARSON: ¿Era un simple muchacho del campo?

WILDE: Era una criatura agradable y encantadora. Su madre tenía una casa de huéspedes y su deseo era viajar por mar. No es cierto que le haya citado una tar-

de y que le haya llevado a Lancing, besándole y permitiéndome familiaridades durante el viaje.

CARSON: ¿Le dio, usted algo?

WILDE: Oh, sí. Pero no dinero.

CARSON: ¿Le dio sumas que llegaran a quince libras?

WILDE: Nunca. Le regalé una cigarrera en la que colqué una nota, que decía: «Para Alphonse, de su amigo Oscar Wilde». Yo le llamaba Alphonse, pero él no me llamaba Oscar. Le di también mi fotografía, en la que escribí: «De Oscar Wilde a Alphonse». Le regalé también un libro llamado *El naufragio del Grosvenor*. (Se exhiben a los jurados la cigarrera, el libro, y también un bastón con empuñadura de plata).

CARSON: ¿Se encariñó con ese muchacho?

WILDE: Por supuesto. Fue mi compañero durante seis semanas.

CARSON: ¿Llevó al muchacho a Brighton?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Y le proveyó de un traje de sarga azul marino?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Y de un sombrero de paja con una cinta azul y roja?

WILDE: Creo que esa fue exactamente su desgraciada elección.

CARSON: ¿Pero usted pagó todo?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Vistió así a ese quiosquero, para llevarle a Brighton?

WILDE: No. Lo hice porque no deseaba que se avergonzara de sus ropas andrajosas. Me contó que su padre era técnico electricista y que había muerto joven.

CARSON: ¿Le vistió así para que pareciera su igual?

WILDE: Oh, no; no podía parecerlo. No. Le prometí que antes de abandonar Worthing le llevaría a alguna parte, a algún lugar donde deseara ir, como premio por haber sido una compañía tan agradable para mí y para mis hijos. Eligió Portsmouth, pues estaba ansioso por ir al mar. Pero le dije que era muy lejos. Así que fuimos a Brighton. Cenaímos en un restaurante y pasamos la noche en el hotel Albion, donde tomé un salón y dos dormitorios. No estoy seguro de que los dormitorios se comunicarán por una cortina de bayeta verde. Regresamos al día siguiente. Nunca he llevado a ningún otro muchacho al Albion. Estoy seguro de eso.

(El juez Collins levanta la sesión del tribunal hasta el día siguiente).

SEGUNDO DÍA

(Jueves 4 de abril de 1895)

CARSON (*interrogando a Oscar Wilde*): ¿Me dijo ayer que tenía intimidad con Taylor?

WILDE: Yo no le considero un amigo íntimo. Era, tan sólo, un amigo. Fue Taylor el que arregló mi encuentro con Wood, por el asunto de las cartas, en la calle Little College número trece. Conozco a Taylor desde principios de octubre de mil ochocientos noventa y dos. Solía venir a mi casa, a mi piso, y al Savoy. Yo he ido varias veces a su casa, tal vez siete u ocho veces.

CARSON: ¿Solía ir usted a sus tés?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Cuántas habitaciones ocupaba Taylor?

WILDE: Ocupaba la parte alta de una casa de dos pisos. Tenía un dormitorio, una sala, un baño y una cocina. Me parece que no tenía sirvientes.

CARSON: ¿Cocinaba él su propia comida?

WILDE: No lo sé. Creo que no hacía nada malo.

CARSON: ¿Açaso he sugerido yo que lo hiciera?

WILDE: Bueno, el cocinar es un arte.

CARSON: ¿Otro arte? ¿Le abría él siempre la puerta?

WILDE: No. Algunas veces lo hacía él, otras sus amigos.

CARSON: ¿Le llamaron la atención sus habitaciones por alguna particularidad?

WILDE: No. Con excepción de que en ellas se veía más lujo que lo usual.

CARSON: ¿Había en esas habitaciones muebles muy trabajados, no es cierto?

WILDE: Sí. Las habitaciones estaban amuebladas con muy buen gusto.

CARSON: ¿Es cierto que nunca dejaba entrar la luz del día en ellas?

WILDE: En realidad no sé qué es lo que quiere decir.

CARSON: Bueno. Quiero decir si había siempre luz de vela o de gas en ellas.

WILDE: No.

CARSON: ¿Vio alguna vez las habitaciones iluminadas por alguna otra cosa que no fuera gas o luz de vela, de noche o de día?

WILDE: Sí, por supuesto.

CARSON: ¿Vio alguna vez las cortinas descorridas en la sala?

WILDE: Cuando iba a ver a Taylor era generalmente en invierno, alrededor de las cinco, a la hora del té, pero tengo la impresión de haberle visto temprano, cuando había luz natural.

CARSON: ¿Está dispuesto a declarar que ha visto las cortinas de alguna otra forma que corridas?

WILDE: Sí, creo que sí.

CARSON: Entonces, ¿no sería exacto decir que Taylor tenía un doble juego de cortinas corridas sobre las ventanas, y las habitaciones iluminadas artificialmente de día y de noche?

WILDE: No, creo que no.

CARSON: ¿Puede usted declarar que nunca dejaban entrar la luz del día en las habitaciones?

WILDE: No; no podría decir tanto.

CARSON: ¿Quién estaba cuando fue con luz de día?

WILDE: Me parece que estaba Taylor solo.

CARSON: ¿Puede recordar con precisión si vio la luz del día entrar en esos cuartos?

WILDE: Sí. Fue un domingo, en marzo. Nadie más estaba allí. En el invierno las cortinas pueden muy bien haber estado corridas.

CARSON: ¿Estaban las habitaciones fuertemente perfumadas?

WILDE: Sí. Me enteré de que Taylor quemaba perfumes. No podría decir que las piezas estuvieran siempre perfumadas. Yo mismo tengo la costumbre de quemar perfumes en mis propias habitaciones.

CARSON: ¿Encontró a Wood alguna vez allí?

WILDE: Vi a Wood allí solamente, en una ocasión, a la hora del té.

CARSON: ¿Encontró allí alguna vez a un hombre llamado Sidney Mavor?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Qué edad tenía?

WILDE: Alrededor de veinticinco o veintiséis.

CARSON: ¿Es amigo suyo aún?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Cuándo le vio por última vez?

WILDE: Desde que cenó conmigo, hará un año, no le veo.

CARSON: ¿Dónde está ahora?

WILDE: No tengo la menor idea. El domingo pasado le pedí al señor Taylor que fuera a ver a la madre de Mavor y le dijera que deseaba verlo. Me dijeron que estaba fuera, pero no me dijeron dónde había ido.

CARSON: ¿Le dijeron a usted que Mavor había desaparecido durante la última semana?

WILDE: No.

CARSON: ¿Le ha encontrado usted desde entonces?

WILDE: No sé qué quiere decirme con eso de "encontrarle". El señor Mavor no ha venido a verme, a pensar de que yo deseaba verle.

CARSON: ¿Sabía usted que Taylor tenía un traje de mujer, un disfraz de mujer, en sus habitaciones?

WILDE: No.

CARSON: ¿Alguna vez le vio con uno puesto?

WILDE: No; nunca supe que tuviera semejante traje. Es un hombre de buen gusto e inteligente, y sé que se educó en un buen colegio inglés.

CARSON: ¿Taylor es literato?

WILDE: Nunca he visto un trabajo suyo.

CARSON: ¿Hablaban ustedes de literatura?

WILDE: Taylor solía escucharme. Era una persona de temperamento artístico y muy agradable.

CARSON: ¿Era un artista?

WILDE: No en el sentido creador. Era extremadamente intelectual e inteligente, y me agradaba mucho.

CARSON: ¿Tiene el hábito de comunicarse constantemente con él por telégrafo?

WILDE: No; le he teleografiado, sí. Era amigo mío.

CARSON: ¿Le hacía organizar cenas en las que podía encontrar muchachos jóvenes?

WILDE: No.

CARSON: ¿Pero usted ha cenado con jóvenes?

WILDE: Muchas veces. Diez o doce veces. En el Kettner, en el Solferino y en el Florence.

CARSON: ¿Siempre en salones reservados?

WILDE: Generalmente. No siempre. Prefirió una habitación privada.

CARSON: ¿Le mandó este telegrama: «Alfred Taylor,

calle Little College número trece, S. W. ¿Puede venir al Savoy, a las seis? Oscar?»

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Para qué le llamaba?

WILDE: Le necesitaba porque había recibido un apó-
nimo, diciéndome que Alfred Wood pensaba chanta-
jearme, con motivo de ciertas cartas robadas a Lord
Alfred Douglas.

CARSON: ¿Otra vez telegrafió usted de Goring: «No
puedo arreglar la cena para mañana. Lo siento mucho.
Oscar?»

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Le mandó este telegrama a Taylor: «Estoy
obligado ver Tree, cinco horas, así que no venga al Sa-
voy. Comuníqueme enseguida lo que sepa de Fred.
Oscar?»

WILDE: No lo recuerdo.

CARSON: ¿Quién era Fred?

WILDE: Un joven que me fue presentado por el ca-
ballero cuyo nombre se escribió aquí ayer. Su apellido
era Atkins.

CARSON: ¿Qué es lo que quería saber de él?

WILDE: No recuerdo.

CARSON: ¿Se comportaba familiarmente con él?

WILDE: Me agradaba. Nunca me preocupó mucho.

CARSON: ¿Atkins le llamaba Oscar?

WILDE: Sí. Yo le llamaba Fred porque siempre llamo
por sus nombres de pila a la gente que me agrada. A la
gente que me desagradaba la llamo de otra forma.

CARSON: Ahora bien, ¿sabía que Taylor era vigilado
por la policía?

WILDE: No; nunca me enteré de eso.

CARSON: ¿Sabía que Taylor y Parker fueron arresta-

dos durante un registro policial en la calle Fitzroy, el año pasado?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Conocía usted a Parker?

WILDE: Sí. No creo haberle visto nunca en las habitaciones de Taylor en la calle Little Colledge, pero le he visto en la calle Chapel, donde se mudó.

CARSON: Bien; ¿sabía que Taylor era conocido por presentar jóvenes a hombres de más edad?

WILDE: En mi vida oí semejante cosa. Me ha presentado jóvenes a mí.

CARSON: ¿Cuántos jóvenes le ha presentado?

WILDE: ¿Se refiere usted a los mencionados en este caso?

CARSON: No. Jóvenes con los cuales intimó después.

WILDE: Alrededor de cinco.

CARSON: ¿Eran jóvenes a los cuales llamaría por su nombre de pila?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Eran todos hombres de alrededor veinticinco años?

WILDE: Sí. De veinte a veintidós años. Me gusta la compañía de hombres jóvenes.

CARSON: ¿Cuál era la ocupación de ellos?

WILDE: No sé si esos muchachos tenían alguna ocupación especial.

CARSON: ¿Les ha dado dinero?

WILDE: Sí. Creo que a los cinco..., dinero o regalos.

CARSON: ¿Le dieron ellos algo a usted?

WILDE: ¿A mí? ¿A mí? ¡No!

CARSON: ¿Entre esos cinco, le presentó Taylor a Charles Parker?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Se hizo amigo suyo?

WILDE: Sí. Fue uno de los que me hice amigo.

CARSON: ¿Sabía que Parker era un ayuda de cámara sin trabajo?

WILDE: No.

CARSON: Pero si lo hubiera sabido, ¿habría sido, de todas maneras su amigo?

WILDE: Sí. Yo sería amigo de todo lo humano que me agradara.

CARSON: ¿Cuántos años tenía?

WILDE: Realmente... no llevo un censo.

CARSON: No se preocupe por el censo. Dígame cuántos años tenía.

WILDE: Diría que alrededor de veinte. Era joven y ese era uno de sus atractivos.

CARSON: ¿Tenía una personalidad literaria?

WILDE: ¡Oh, no!

CARSON: ¿Era un intelectual? ¿Era un hombre educado?

WILDE: La cultura no era su punto fuerte. No era un artista. La educación depende del medio en que uno actúa.

CARSON: ¿Dónde está ahora?

WILDE: No tengo la más mínima idea. Le he perdido de vista.

CARSON: ¿Cuánto dinero le dio a Parker?

WILDE: Durante el tiempo que le traté, cuatro o cinco libras.

CARSON: ¿Por qué? ¿Por qué razón?

WILDE: Porque era pobre y me agradaba. ¿Qué mejor razón podía tener?

CARSON: ¿Le preguntó usted cuál había sido su anterior ocupación?

WILDE: Nunca investigo el pasado de las personas.

CARSON: ¿Tampoco su futuro?

WILDE: Oh, eso es problemático.

CLARKE: No es necesario discutir eso.

CARSON: ¿Dónde le encontró por primera vez?

WILDE: En el Kettner... Le fui presentado por el señor Taylor.

CARSON: ¿Se hizo amigo del hermano de Parker?

WILDE: Sí. Fueron mis invitados y, como tales, me hice amigo de ellos.

CARSON: ¿Eso ocurrió la primera vez que los vio?

WILDE: Sí. Era el cumpleaños de Taylor y le invité a cenar, pidiéndole que trajera a alguno de sus amigos.

CARSON: ¿Sabía usted que uno de ellos era un ayuda de cámara y el otro un lacayo?

WILDE: No lo sabía, pero, aunque lo hubiera sabido, eso habría carecido de importancia para mí. No me importa los peniques lo que fueran. Me apasiona civilizar a la comunidad.

CARSON: ¿Qué placer encontraba en divertir a cocheros y lacayos?

WILDE: El placer que me proporcionaba el estar con gente joven, despierta, feliz, sin preocupaciones y libre. No me gusta ni la gente sensiblera, ni la gente vieja.

CARSON: ¿Taylor aceptó su invitación llevando a cenar con usted un ayuda de cámara y un lacayo?

WILDE: Ésa es su información, no la mía.

CARSON: ¿Eran realmente gente de esa clase?

WILDE: Me sorprende su afirmación. No parecían pertenecer a esa clase de gente. A mí me parecieron personas agradables y correctas. Me hablaron de su padre en Datchet como de una persona de buena posición... bueno, no de buena posición, pero de alguna

fortuna. Charlie Parker, me dijo que ansiaba actuar en el teatro:

CARSON: ¿Le llamaba Charlie?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Qué cenaron ustedes?

WILDE: En realidad me he olvidado del menú.

CARSON: ¿Fue una buena cena?

WILDE: Kettner no es tan suntuoso como otros restaurantes, pero siempre es Kettner.

CARSON: ¿Tomaron los mejores vinos de Kettner?

WILDE: Sí, por supuesto.

CARSON: ¿Todo eso para un ayuda de cámara y un lacayo?

WILDE: Agasajé a Taylor y a sus dos invitados.

CARSON: ¿En un salón privado, naturalmente?

WILDE: Sí, por supuesto.

CARSON: ¿Les daba un trato intelectual?

WILDE: Parecían profundamente impresionados.

CARSON: ¿Durante la cena intimó usted más con Charlie que con el otro?

WILDE: Me agradaba más.

CARSON: ¿Charles Parker le llamaba Oscar?

WILDE: Sí. Me agradaba que me llamara Oscar, no señor Wilde.

CARSON: ¿Tomaron vino?

WILDE: Por supuesto.

CARSON: ¿Consumieron mucho *champagne*?

WILDE: Bueno; en realidad no los obligaba a beber.

CARSON: ¿Despilfarraba con ellos?

WILDE: ¿Qué caballero sería capaz de economizar con sus invitados?

CARSON: ¿Qué caballero despilfarraría con un ayuda de cámara y un lacayo?

WILDE: Protesto por esta forma...

CLARKE: Mi colega debería dejar de lado toda ironía.

CARSON: Bien. Después de la cena, ¿dijo usted, refiriéndose a Charles Parker, en presencia de Taylor y de William Parker, el hermano: "Este muchacho es para mí"?

WILDE: Por supuesto que no.

CARSON: ¿Y le preguntó a Charles Parker: "Viene conmigo"?

WILDE: No. Después de la cena volví al hotel Savoy, pero no llevé a Charles Parker conmigo.

CARSON: ¿No le condujo al Savoy?

WILDE: No. No vino para nada conmigo al Savoy.

CARSON: ¿Algunos de esos hombres que le visitaban en el Savoy, bebían *whiskies* con soda y *champagne* helado?

WILDE: No podría decir lo que tomaban.

CARSON: ¿Tomaba usted *champagne*?

WILDE: Sí. *Champagne* helado es mi bebida favorita, a pesar de la fuerte oposición de mi médico.

CARSON: ¿Nunca hace caso de las órdenes de su médico, señor?

WILDE: Nunca. Una semana después Charles Parker y Taylor cenaron conmigo en el Kettner, otra vez. La segunda cena en Kettner fue organizada por mí. Le di dinero por primera vez a Parker en diciembre de mil ochocientos noventa y tres. No le pregunté a Taylor qué eran esos jóvenes amigos suyos. Era suficiente para mí que fueran sus amigos. Charlie Parker deseaba actuar en las tablas. Lo que ambicionaba su hermano no lo supe nunca. Taylor no me dijo que los había conocido en la casa de hospedaje de Saint-James. Taylor me escribió diciéndome que Charlie Parker estaba en la

ciudad y yo le contesté invitándole a tomar el té. Lo tomamos en la tetraza. Parker vino a tomar el té allí unas cinco o seis veces.

CARSON: ¿Qué hacía allí?

WILDE: Visitarle. Me gustaba su compañía. Algunas veces venía con Taylor; otras solo. Le hice un regalo de Navidad. Era una pitillera de oro, no un anillo de oro, como se dice en el alegato. También le di tres o cuatro libras, ya que andaba apurado por falta de dinero y me preguntó si podía dárselo. Creo que nunca estuvo en mi dormitorio, a menos que fuera cuando me estaba poniendo el abrigo o algo por el estilo.

CARSON: ¿Se cometían acciones incorrectas, allí?

WILDE: No. De ninguna manera.

CARSON: Cuando Parker fue a tomar el té, ¿qué hizo durante todo el tiempo?

WILDE: ¿Qué es lo que hacía? Pues tomar el té, fumar y supongo—divertirse.

CARSON: ¿Qué había en común entre ese joven y usted? ¿Qué atractivo tenía para usted?

WILDE: Me encanta la compañía de gente más joven que yo. Me gustan esos que podrían llamarse holgazanes y desaprensivos. Yo no admito ninguna diferencia social. Para mí la juventud, el mero hecho de la juventud es tan maravilloso que preferiría hablar con un joven durante media hora antes que... bueno, ser interrogado en el tribunal.

CARSON: ¿Quiere decir con eso que hasta un joven que recogiera en la calle podría resultarle una compañía agradable?

WILDE: Hablaría con placer hasta con un golfillo.

CARSON: ¿Conversaría con un golfillo?

WILDE: Si él me hablara, sí. Con placer.

CARSON: ¿Y le llevaría a sus habitaciones?

WILDE: Podría ser. Recuerdo que Parker vivía en Camera Square número siete, en Chelsea. No le procuré ropas. Ha almorzado conmigo en el Café Royal y en mi alojamiento de Saint-James. Nunca fui con él a Camera Square. Es muy diferente que él viniera a tomar té conmigo, a que yo fuera a tomarlo con él. No hubiera sido tan interesante, para él, verme a mí, como para mí, verle a él. Recuerdo que Charles Parker estuvo en una cena que di en el restaurante Solferino. No había nadie más presente y cenamos en el comedor común.

CARSON: ¿Le escribía usted hermosas cartas?

WILDE: No creo haberle escrito nunca.

CARSON: ¿Tiene cartas tuyas?

WILDE: Solamente una.

CARSON: (*Lee la carta de Parker*): «¿Puedo tener el gusto de cenar con usted esta noche? Si acepta contésteme por favor con un mensajero o telegráfico a la dirección al dorso. Espero que pueda y así podremos pasar una velada agradable». La carta está firmada: «Devotamente suyo».

CLARKE: Me gustaría ver la carta.

CARSON: Ya veremos todo. El propio Parker estará aquí, lo que es mejor. (*Se encara de nuevo con Wilde*). ¿En marzo o abril del año pasado fue a ver a Parker a Park Walk número cincuenta, alrededor de las doce y media de la noche?

WILDE: No.

CARSON: ¿Park Walk está más o menos a diez minutos de la calle Tite?

WILDE: No lo sé. Nunca camino.

CARSON: Supongo que cuando hace visitas siempre toma un coche.

WILDE: Siempre.

CARSON: ¿Y cuando visita deja el coche esperando?

WILDE: Sí, cuando es un buen coche.

CARSON: ¿Cuándo vio a Parker por última vez?

WILDE: No creo haberle visto desde febrero del año pasado.

CARSON: ¿Supo alguna vez qué había sido de él?

WILDE: Supe que había estado en el ejército, como soldado raso.

CARSON: ¿Leyó en los diarios el arresto de Taylor y Parker?

WILDE: Sí. Leí que habían sido arrestados.

CARSON: ¿Sabe que estaban acusados de prácticas perversas?

WILDE: No sabía nada de esos cargos.

CARSON: ¿Sabía que cuando fueron arrestados estaban acompañados de varios hombres vestidos de mujer?

WILDE: Leí en los diarios que dos hombres, con trajes de mujer, artistas de variedades, fueron a la casa, y los arrestaron fuera.

CARSON: ¿No le parece grave que el señor Taylor, un gran amigo suyo, y Charles Parker, otro gran amigo suyo, fueran arrestados en un registro de la policía?

WILDE: Me sentí muy afligido en ese momento, y le escribí. Pero los magistrados lo vieron bajo un punto de vista diferente, porque dejaron sin efecto la acusación. No cambió mi amistad por ellos.

CARSON: ¿Fue este mismo Taylor el que almorzó con usted el martes último?

WILDE: No almorzó. Vino a mi casa a verme.

CARSON: ¿Cuándo encontró usted a Atkins por primera vez?

WILDE: En octubre de mil ochocientos noventa y

dos. Me dijo que estaba en relación con una firma de editores. Tenía alrededor de diecinueve o veinte años. Me fue presentado en el piso de un caballero, en la calle Margaret, que arranca de la calle Regent. No le conocí haciendo apuestas. No le invité a cenar el primer día que le conocí. Le encontré en una cena dada por otro caballero, en cuyo piso le conocí primero. En esa ocasión me hice amigo suyo. Le llamé Fred y él me llamó Oscar. Estaba empleado, pero se disculpó, diciendo que descuidaba su trabajo. Sí; me pareció un holgazán. Pero ambicionaba entrar en el music-hall. No hablé con él de literatura. No se lo hubiera permitido. Hablé del arte del music-hall, que es hasta donde había llegado.

CARSON: ¿Le pidió que fuera a París con usted?

WILDE: Debo explicar eso. Un día le vi a él y al caballero antes mencionado almorzando en el Café Royal. Yo iba a ir a París por mi cuenta, con motivo de la publicación de un libro. Ese caballero también se iba a París a hacerse cargo de un puesto en la Agencia Dalziel. Se sugirió que podríamos ir todos juntos, ya que él había prometido llevar a Atkins. Se convino en que saldríamos un lunes, pero luego el caballero se encontró con que no podría ir hasta el martes o miércoles. Como Atkins se mostraba muy desilusionado, el caballero me preguntó si no le llevaría yo a Fred. Yo le dije: "Con el mayor placer", y le llevé. Hacía dos semanas que conocía a Atkins. Fuimos juntos en el tren. Yo le pagué el billete, pero el dinero me fue reembolsado después por el caballero. Yo no le sugerí a Atkins que pasara como secretario mío... es ridículo, es una niñería preguntar tales cosas. Le llevé a las mismas habitaciones que ocupaba yo en el hotel, en el boulevard de

los Capuchinos, número veintinueve. Tomé tres dormitorios, reservando uno. Todos se comunicaban entre sí. Nunca le pedí a Fred, que me copiara ningún manuscrito. Le llevé a almorzar al café Julien. Prácticamente era mi invitado. Yo actuaba en representación del caballero mencionado.

CARSON: ¿Después del almuerzo le sugirió a Atkins que debía ondularse el pelo?

WILDE: Se lo sugirió él mismo. Yo le dije que era una tontería hacerlo, una cosa absurda. Que me enfadaría mucho si hacía tal cosa.

CARSON: Bien; ¿no se hizo rizar el cabello en Pascal, el peluquero que está en la planta baja del Grand Hotel?

WILDE: Creo que no.

CARSON: ¿Cenó con él?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿Le dio una cena excelente?

WILDE: Nunca he hecho otra cosa. Yo siempre lo hago todo excelentemente.

CARSON: ¿Le dio comida y vino en abundancia?

WILDE: Como he dicho antes, a nadie que cene en mi mesa se le restringe la bebida. Si usted quiere decir que le atiborré de vino, le diré: ¡No! Es monstruoso y no lo acepto.

CARSON: Yo no lo he sugerido.

WILDE: Pero lo sugirió antes.

CARSON: ¿Después de cenar le dio un soberano para que fuera al Moulin Rouge?

WILDE: Sí. Me parece que esa noche yo fui al Teatro Francés, y cuando volví al hotel Atkins se había acostado. No cometí ninguna indecencia con Atkins en París. Cualquiera que afirme eso dice una mentira infame.

CARSON: ¿El caballero refetido anteriormente llegó al otro día?

WILDE: Llegó el miércoles y todos volvimos juntos. Le regalé a Fred una pitillera. Encontré en él un compañero muy agradable y de muy buen humor, pero no le vi mucho después de mi llegada a París, ya que tenía asuntos que solucionar. Poco después de volver a Londres caí en cama, y escribí al caballero que le pidiera a Atkins que fuese a verme a la calle Tité. No creó que fuera espontáneamente.

CARSON: ¿Le hizo prometer que no diría nada acerca de la ida a París?

WILDE: No. Pensé que era el acontecimiento de su vida, como lo era. Supe, antes de ir a París, que Atkins vivía en Pimlico. Le he escrito varias cartas a Atkins este año; en una de ellas le incluía localidades para mi obra en el teatro. Fui con Atkins a tomar el té en febrero de mil ochocientos noventa y cuatro. En esta ocasión había otro caballero allí, un actor. Fue en la calle Osnaburgh. Atkins tiene alrededor de veinte años.

CARSON: ¿Le dio dinero a Atkins?

WILDE: Sí. Tres libras quince chelines para comprar su primera canción para el music-hall. Me dijo que los poetas que escriben para el music-hall nunca reciben menos. Tuve el placer de encontrarme con uno de esos poetas.

CARSON: ¿Consideraba usted respetable a Atkins?

WILDE: ¿Respetable? Sí. Me parecía joven y agradable. Era de un buen natural e iba progresando en los escenarios de music-hall. Le he escuchado cantar. Era interesante.

CARSON: ¿Estaba solo cuando fue a verlo a Saint-James?

WILDE: No; me parece que estaba acompañado por el joven actor. Juraría que Atkins no estaba solo conmigo en la habitación. No hubo nada incorrecto entre Atkins y yo.

CARSON: ¿Conoció usted a un hombre llamado Ernest Scarfe?

WILDE: Sí. Me fue presentado por Taylor. Es un joven de alrededor de veinte años; sin ocupación. Había estado en Australia, en las excavaciones de oro.

CARSON: ¿Sabía que era ayuda de cámara y que lo sigue siendo?

WILDE: No. Nunca le he encontrado en sociedad, a pesar de que ha estado en mi sociedad, lo que es más importante.

CARSON: ¿Cómo le presentó Taylor a Scarfe? ...

WILDE: Bien; Taylor me dijo que conocía un joven que, a bordo de un buque que iba a Australia, había encontrado a Lord Douglas de Hawick. Se lo habría presentado a Lord Alfred Douglas en la pista de patinaje. Le pedí a Scarfe que cenara conmigo y con Taylor en el Kettner. No le llevé después a mis habitaciones de Saint-James. Nunca le he abrazado, ni besado, ni acariciado.

CARSON: ¿Por qué le invitó a cenar?

WILDE: Porque tengo una bondad natural. Es una buena acción invitar a cenar a aquellos que están por debajo de nuestro nivel social. Nunca le di dinero. Le regalé una cigarrera. Me costó cuatro libras. Siempre acostumbro a regalar pitilleras. Vi a Scarfe por última vez en febrero, cuando cenó conmigo en el hotel Avondale.

CARSON: ¿Cuándo conoció a Sidney Mavor?

WILDE: En septiembre de mil ochocientos noventa y

dós. Mé'fué presentado por el mismo cáballero que me presentó a Atkins. No sé dónde se encuentra ahora ese cáballero. No he sabido más de él desde hace dieciocho meses o dos años. Nunca le di dinero a Mavor, ni se lo di a Taylor para que se lo entregase. Me parece que no le regalé ni una pitillera, pero podría ser cierto que el tres de octubre hubiera ordenado a la casa Thornhill de la calle Bond' que le enviara una de' cuatro libras, once chelines y seis peniques.

CARSON: ¿Pero hacía sólo un mes que le conocía?

WILDE: Lo suficiente para sentir interés por él.

CARSON: ¿Por qué le regaló una pitillera cuando hacía sólo un mes que le conocía?

WILDE: Yo hago los regalos que quiera a las personas que quiera. Mavor se quedó una noche conmigo en un hotel de la calle Albemarle, en octubre de mil ochocientos noventa y dos. Le rogué que se quedara a acompañarme; por placer y diversión. Me gusta que la gente se quede conmigo. Tomé dos dormitorios. Uno para Mavor y otro para mí. No se quedó conmigo ninguna otra noche. En esa ocasión estaba de paso en Londres y yo quería su compañía, ya que era un muchacho despierto y agradable.

CARSON: ¿Y encontró placer en su compañía, esa noche?

WILDE: Sí; esa noche y durante el desayuno. Le divertía y agradaba que le hubiera pedido ser mi huésped en un hotel tan lindo y encantador. (*Carson muestra a Wilde una fotografía de Mavor*). ¡Ah! Esta fotografía fue tomada en una época anterior a cuando yo le conocí. (*Le muestran una pitillera*). No; realmente no podría. He regalado tantas que no podría reconocerla.

CARSON: ¿Conoce usted a Walter Granger?

WILDE: Sí: Tenía alrededor de dieciséis años cuando le conocí. Era sirviente en una casa de la calle Haig, en Oxford, donde Lord Alfred Douglas ocupaba habitaciones. Me he quedado varias veces allí. Granger servía la mesa. Nunca cené con él. Si el deber de uno es servir, debe servir. Y si el placer de uno es cenar, debe cenar.

CARSON: ¿Le besó alguna vez?

WILDE: Oh, no. Era un muchacho especialmente ordinario. Por desgracia era extremadamente feo. Le tenía lástima por eso.

CARSON: ¿Fue esa la razón por la cual no le besó?

WILDE: ¡Oh, señor Carson! ¡Usted es insolente a propósito!

CARSON: ¿Dijo usted eso para sostener su aseveración de que nunca le besó?

WILDE: No. Es una pregunta infantil.

CARSON: ¿Dijo usted eso como una razón para no besar al muchacho?

WILDE: De ninguna manera.

CARSON: ¿Por qué, señor, mencionó que el muchacho era extremadamente feo?

WILDE: Por esta razón: si me preguntara por qué no besé a un felpudo, diría que es porque no me gusta besar felpudos. No sé por qué dije que era feo, a menos que haya sido picado por la pregunta insolente que usted me hizo y la manera en que me ha insultado durante esta audiencia. ¿Voy a ser interrogado para esclarecer por qué no me gusta?

CARSON: ¿Por qué mencionó su fealdad?

WILDE: Es ridículo imaginarse que semejante cosa podría haber ocurrido bajo tales circunstancias.

CARSON: Entonces, le pregunto, ¿por qué mencionó su fealdad?

WILDE: Tal vez porque usted me insultó mediante una pregunta insultante.

CARSON: ¿Era esa una razón para decir que el muchacho era extremadamente feo?

WILDE: Esto... Ehm...

CARSON: ¿Por qué? ¿Por qué?

WILDE: Esto... porque...

CARSON: ¿Por qué? ¿Por qué agregó usted eso?

WILDE: Usted me hiere, me insulta y trata de enervarme. Admito que a veces, cuando uno debería hablar seriamente, dice cosas petulantés.

CARSON: ¿Entonces usted lo dijo petulantemente?

WILDE: ¡Oh, sí! Fue una respuesta petulante. Ninguna indecencia tuvo lugar entre Granger y yo. Fui en junio de mil ochocientos noventa y tres a vivir en un chalet de Goring. Llevé a Granger de mayordomo. Me había rogado que le consiguiera una colocación. Nunca le pedí que fuera a mis habitaciones. No sé donde está ahora mi ex mayordomo.

CARSON: ¿Conoce a un masajista del Savoy, llamado Anthony Migge?

WILDE: Sí. Solía darme masajes por la mañana. Estuve en el Savoy en marzo de mil ochocientos noventa y tres, pero nunca, en esa ocasión, introduje muchachos en mi dormitorio.

CARSON: ¿Llevó alguna vez muchachos a sus habitaciones del hotel en París?

WILDE: Nunca.

CARSON: ¿Y a su salón?

WILDE: ¿Qué quiere usted decir con eso de muchachos?

CARSON: ¿Muchachos de dieciocho o veinte?

WILDE: Oh, sí. Muchos vinieron a verme.

CARSON: ¿Algunos lo hicieron tarde, a la noche, entre las doce y la una y se quedaron hasta las cuatro de la mañana?

WILDE: Por supuesto que no.

CARSON: ¿Es cierto que hubo un escándalo en el hotel Savoy?

WILDE: No. Nunca, nunca pasó nada.

CARSON: ¿El penúltimo día, antes de su retorno a Londres, le regaló a Atkins una pitillera de plata?

WILDE: Le di una en París.

CARSON: ¿Dijo usted que él le visitó en la calle Tite poco después?

WILDE: Efectivamente. Vino con un caballero conocido mío. Pensé que Atkins era muy amable al venir. No todo el mundo es agradecido.

CARSON: ¿Le pagó usted su almuerzo en París?

WILDE: Por supuesto que pagué su almuerzo.

CARSON: ¿No podía pagarlo él mismo?

WILDE: Claro que no. Por lo menos no la clase de almuerzo que a mí me gustaba.

CARSON: ¿Cuándo usted almorzó con Wood en el Florence, antes de su partida para Norteamérica, tomaron *champagne*?

WILDE: *Champagne* no. Nunca bebo a mediodía.

CARSON: ¿Cuándo encontró por primera vez a Charles Parker?

WILDE: En el restaurante Kettner.

CARSON: ¿Quién le presentó?

WILDE: El señor Taylor. No sé donde está Parker ahora.

CARSON: ¿Nunca le preguntó qué edad tenía?

WILDE: Me parece una vulgaridad averiguar la edad de las personas. Podría haber tenido dieciséis o cuaren-

ta y cinco. No me lo pregunten. ¿Qué objeto tiene interrogarme sobre cosas que no sé?

CARSON: ¿El dinero que le entregó, se lo dio todo de una vez?

WILDE: Sí; todo de una vez. Sí; le di una pitillera de plata.

CARSON: ¿Qué hizo cuando fue a tomar el té con usted?

WILDE: ¿Me pregunta usted qué es lo que haría un joven?

CARSON: ¿Qué hacía Parker allí?

WILDE: Nada.

CARSON: ¿Tuvo usted alguna vez un sirviente llamado Ginger?

WILDE: Oh, no.

CARSON: ¿Conoció alguna vez a un hombre llamado Preston, que estuvo mezclado en el escándalo de la calle Cleveland*?

WILDE: Nunca he oído hablar de él.

CARSON: Le regaló un bastón a Alphonse Conway ¿no es cierto?

WILDE: Sí.

CARSON: ¿No era un bastón demasiado elegante para un muchacho de su clase?

WILDE: A mí no me parece que fuera un bastón tan bonito.

* Fue el resultado de un artículo aparecido en un periódico que se llamaba *La Prensa* del Norte de Londres, fechado el 16 de noviembre de 1889. Allí se alegaba que la casa de la calle Cleveland núm. 19, en Tottenham Court, era frecuentada por ciertos aristócratas con propósitos homosexuales. Se dieron nombres. Pero el editor no pudo probar todos sus cargos y fue encarcelado.

CARSON: ¿Sigue usted negando que hiciera rizar el pelo a Atkins en París?

WILDE: Le dije que era una tontería y sigo pensando que tenía razón.

CARSON: ¿Cómo le presentó Taylor a Scarfe?

WILDE: ¿Tengo que decírselo? Le llevó a mis habitaciones en Saint-James Place.

CARSON: ¿El honor era inesperado?

WILDE: No me chocó, pero no le esperaba. Fue temprano, a la tarde. Los cité para cenar conmigo al día siguiente. He olvidado si fue en un salón público o privado.

CARSON: ¿Qué era Scarfe?

WILDE: Estaba empleado en el cementerio de Saint Paul.

CARSON: Sólo una pregunta más. ¿Conocería usted al criado del hotel del boulevard de los Capuchinos, en París?

WILDE: Sí, creo que podría.

CLARKE: (*Vuelve a interrogar a Oscar Wilde. Le alcanza, previamente, varias cartas*). ¿Fue por estas cartas que usted supo que Lord Queensberry no aprobaba la amistad entre usted y Lord Alfred Douglas?

WILDE: Sí.

CLARKE: (*Pasa a leer la carta*). «Hotel Carter. Calle Albemarle, W. I. Domingo primero de abril de mil ochocientos noventa y cuatro. Alfred. Me resulta extremadamente penoso tener que escribirte en este tono. Pero, por favor, entiendo que me niego a recibir ninguna respuesta tuya. Después de las últimas, histéricas e impertinentes, rehusó ser molestado con ellas, y me niego a leer cualquier otra carta. Si tienes algo que decir, ven aquí y dilo en persona. En primer lugar,

¿debo entender que habiendo dejado Oxford como lo hiciste, con descrédito para ti —las razones de lo cual me fueron explicadas plenamente por tu tutor— ahora te propones haraganear y tirarte por ahí sin hacer nada? Durante todo el tiempo que perdiste en Oxford, o fui engañado con la aseveración de que, finalmente, irías al servicio civil o al ministerio de Estado, y luego fui engañado con la aseveración de que irías a los tribunales. Me parece que tu intención es no hacer nada. Me niego terminantemente, de todas maneras, a proporcionarte los medios suficientes para poder vagabundear por ahí. Te estás labrando un porvenir miserable, y sería cruel y equivocado de mi parte el fomentar eso en ti. En segundo lugar, y llego a la parte más penosa de esta carta, tu intimidación con ese hombre, Wilde, o debe cesar o te repudiaré y no te suministraré más dinero. No voy a tratar de analizar esta intimidación y no hago acusaciones, el hacer alarde de algo es tan malo como serlo. Con mis propios ojos os he visto a los dos en el más abominable y desagradable trato, manifestado en las maneras y en las expresiones de ambos. Nunca en mi vida había visto un espectáculo semejante al que ofrecían vuestras horribles fisonomías. No en balde la gente habla como lo hace. También he oído de buena fuente, pero esto puede ser falso, que su mujer ha solicitado el divorcio, por sodomía y otros delitos. ¿Es eso cierto? ¿No sabes nada de ello? Si supiera que todo esto es cierto, y se hiciera del dominio público, estaría completamente justificado que le matara a primera vista. Estos cobardes cristianos ingleses —hombres, como ellos se llaman— necesitan un escarmiento. Con disgusto, tu padre, Queensberry». *(Termina Clarke la lectura y continúa preguntando).*

¿Existe alguna base para afirmar que su esposa había solicitado el divorcio?

WILDE: Ni la más mínima.

CLARKE: *(Lee la segunda carta de Lord Alfred Douglas)*: «Tres de abril, de mil ochocientos noventa y cuatro. Joven mequetrefe impertinente: Te exijo que no me envíes semejantes mensajes por telegrama».

CARSON: Lea el telegrama de Lord Alfred Douglas a su padre.

CLARKE: *(Lee el telegrama que le alcanzan)*: «Dos de abril de mil ochocientos noventa y cuatro. A Queensberry. Hotel Carter. Calle Albemarle. ¡Qué hombrecillo, tan cómico y mezquino eres! Alfred Douglas». *(Continúa la lectura de la segunda carta)*. «Si me envías otra vez semejantes telegramas o vienes con alguna impertinencia, te daré la paliza que te mereces. Tu única excusa es estar loco, y eso justificaría en parte lo que ha sucedido. Si te agarro otra vez con ese hombre organizaré un escándalo público como nunca has soñado. Ya es un escándalo oculto. Prefiero uno a puertas abiertas, y sea como fuere, no seré culpado de permitir que siga adelante este estado de cosas. A menos que cese esa relación, llevaré adelante mi amenaza y suprimiré mis suministros. Y si no tratas de hacer algo te voy a reducir a una mera pitanza, así que ya sabes lo que te espera». *(Clarke lee la carta a Alfred Montgomery, padre de la primera mujer de Lord Queensberry, de la que estaba divorciado)*. «Hotel Skindles. Maidenhead. Seis de julio de mil ochocientos noventa y cuatro. Señor: He cambiado de idea, y como no estoy nada bien a causa del trastorno que he sufrido por lo acontecido en estos últimos diez días, no veo por qué debo hacerle antesalas. Su hija es la persona que está apoyando a mi hijo para

que me desafie. No me escribe, pero me telegrafía sobre ese asunto. Anoche, después de tener sus noticias, recibí de ella un mensaje muy falso y sofisticado, diciendo que el muchacho negaba haber estado en el Savoy durante el último año. Pero, ¿para qué mandar el telegrama, a menos que pudiera negar el haber estado allí con Oscar Wilde? Por lo pronto, estuvo y ha habido un escándalo hediondo. Se me dijo que fueron exhortados a abandonar el hotel, aunque el propietario se negaría a confesarlo. Este repugnante escándalo ha durado años. Su hija debe estar loca, a juzgar por la forma en que procede. Evidentemente busca demostrar que estoy tramando algo contra mi hijo. No es cierto. Lo estoy tramando contra Oscar Wilde y le he acusado cara a cara. Si estuviera seguro del caso, mataría a ese individuo a primera vista, pero sólo puedo acusarle de alardear. En manos de ellos está el que me sigan desafiando. Su hija parece estar dándoles alas para que lo hagan, aunque mucho dudo de que pueda hacerlo. No creo que ahora Wilde se atreva a desafiarme. Mostró bien a las claras su calaña cuando le agarré el otro día, condenado y vil cobarde de la ralea de los Roseberry. En cuanto a este llamado hijo mío, ya no es mi hijo, y no quiero saber nada de él. Puede morir de hambre en lo que a mí concierne, después de su comportamiento conmigo. Su madre puede apoyarlo, pero no podrá hacer eso aquí, en Londres, con este escándalo en marcha. La conducta de su hija es injuriosa. No estoy completamente convencido de que el insulto tipo Roseberry-Gladstone-Royal, que se me envió por medio de mi otro hijo, no fuera preparado por ella. Al principio creí que era usted. He visto a Drumlanring, aquí, en el río, lo que me contrarió mucho. Se sabrá

algún día que Roseberry no solamente me insultó mentando a la reina —lo que hace a mi mujer tan perversa como Drumlanring y Gladstone— sino que también ha entablado una pelea de por vida entre mi hijo y yo».—(Clarke lee un carta del Marqués a su hijo Alfred). «Escocia, agosto veintiuno de mil ochocientos noventa y cuatro. He recibido una tarjeta, que presumo es tuya, pero como la escritura es completamente ilegible para mí, he sido incapaz de sacar en limpio una sola frase. Mi propósito de no recibir ninguna comunicación tuya por escrito, sigue intacto. Todas tus futuras tarjetas irán a parar al fuego sin ser leídas. Presumo que éstos son los jeroglíficos del club de alardeadores de O. W., del cual tienes la reputación de ser una atracción tan brillante. Te felicito por tu ortografía. Es hermosa; podría ayudar a mantenerte, no sé como qué, digamos, como barrendero. El amigo con el cual estoy ha sacado algo en limpio de tu carta y ha querido leérmelo, pero me he negado a escuchar una sola palabra. De todas maneras, y de acuerdo a su consejo, la guardaré como muestra y también como protección en caso de que alguna vez me sienta tentado de darte la paliza que te mereces. ¡Reptil! No eres hijo mío ni nunca pensé que lo fueras. Queensberry». (Clarke lee otra carta de Queensberry a su hijo Alfred). «Veintiséis Portland Place. W. Veintiocho de agosto, mil ochocientos noventa y cuatro. Miserable criatura: He recibido tu telegrama por correo, desde el Carter, y les he pedido que no les den más curso, como no sea para romperlos, como hice con el tuyo, sin leerlo, en cuanto me di cuenta de quién provenía. Te debe sobrar el dinero, para gastarlo en tales porquerías. He aprendido, gracias a Dios, a tomar con tranquilidad las más agudas penas, porque,

¿qué podría ser más aguda que la de que se me haya atribuido un hijo como tú? De cualquier modo, siempre hay una luz detrás de cada nube y, sea lo que sea, es luz. Si tú eres mi hijo, ésa es una prueba que me confirma, si hubiera necesitado alguna, cuán acertado estuve al encarar cada miseria y horror que he cometido, en vez de correr el riesgo de traer al mundo más criaturas como tú. Y ésa fue la única razón de mi ruptura con tu madre como esposa, tan intensamente estaba disconforme con ella como madre de mis hijos, particularmente de ti, sobre quien lloré desde que eras una criatura las más amargas lágrimas que un hombre ha derramado, por haber traído semejante ser al mundo, y haber cometido semejante crimen inconscientemente. Si tú no eres mi hijo, y en este país cristiano lleno de hipócritas, es un padre sabio el que conoce a su hijo, no hay que extrañarse de los principios que usan para seguir teniéndolos, pero el estar prevenido le da a uno un arma. No es de extrañar que hayas caído en las garras de ese horrible bruto. Tengo lástima de ti como ser humano. Bien; si no eres mi hijo, es una satisfacción para mí, porque entonces el crimen no sería mío. Como ves soy un filósofo y saco fuerzas de cualquier cosa pero, de veras, me das lástima. Debes ser demente. Hay locura por parte de tu madre. Y, en realidad, en este país cristiano pocas familias están libres de ella, si bien se mira. Pero, por favor, deja de molestarme, porque no mantendré correspondencia contigo. No recibiré ni contestaré cartas. Y, en cuanto al dinero, me enviaste una carta de un abogado, diciéndome que no aceptarías nada de mí. De todas maneras, hasta que cambies tu vida, te rehusaré cualquier suma. Depende de ti el que yo te reconozca nuevamente, después de tu

comportamiento. Seré indulgente. Creo que estás demente y estoy muy apenado por ti. Queensberry». (Clarke se encara con Wilde). ¿Su amistad con Lady Queensberry y con su otro hijo continúa hasta el presente, señor Wilde?

WILDE: Sí. En vista de la índole de las cartas, me pareció bien no hacer ningún caso de los deseos expresados en ellas. Las cartas fueron puestas en mi conocimiento hace algún tiempo, por las personas que las recibieron.

CLARKE: ¿Qué dice usted ahora sobre *El retrato de Dorian Gray*?

WILDE: El señor Walter Pater me escribió varias cartas sobre ese libro. Y, a causa de lo que decía en ellas, modifiqué un pasaje. El libro fue ampliamente revisado, incluso por el mismo señor Pater. Escribí una contestación a las críticas que aparecieron en el *Scott Observer*.

CLARKE: (Lee unos pasajes de *Dorian Gray* de acentuación opuesta a los leídos por Carson; enseguida leyó unos párrafos de la carta de Wilde al director del *Scott Observer*, con fecha 9 de julio de 1890). «Su crítico, señor, mientras admite que el relato en cuestión es francamente un trabajo de un hombre de letras, el trabajo de alguien que tiene cerebro, arte y estilo, sugiere, sin embargo, con toda seriedad, que se ha escrito con el propósito de que sea leído por los más depravados miembros de la clase ignorante y delictuosa. Ahora bien, señor; yo no creo que la clase delictuosa e ignorante lea otra cosa que no sean los diarios. Naturalmente, no estarían capacitados para entender nada mío. Así que dejémoslo pasar. Y sobre la amplia cuestión de por qué un hombre de letras escribe, a pesar de

todo, déjeme decirle esto: El placer que se siente en crear una obra de arte es un placer puramente personal, y es por esa causa que uno crea. El artista escribe con miras a ese objetivo. Nada más le interesa. Lo que la gente dirá después ni siquiera se le ocurre pensarlo. Está fascinado por lo que tiene entre manos. Es indiferente a los otros. Yo escribo porque al escribir me da el más grande deleite artístico. Si mi trabajo gusta a unos pocos, me doy por satisfecho. Si no les gusta, no me causa dolor. En cuanto a la chusma, no deseo ser un novelista popular; es demasiado fácil serlo. Su crítico entonces, señor, comete el crimen absolutamente imperdonable de tratar de confundir al artista con el tema. Para esto, señor, no existe perdón alguno. De un escritor que es la más grande figura de la literatura mundial desde los días de Grecia, Keats recalcaba que tenía tanto placer en concebir la maldad como en concebir el bien. Deje que su crítico, señor, considere el valor de la fina crítica de Keats, porque es bajo esas condiciones que un artista trabaja. Uno está muy lejos del tema. Cuanto más lejos está, más libremente puede un artista trabajar. Su crítico sugiere que no aclaro bastante si prefiero la virtud a la maldad, o la maldad a la virtud. Un artista, señor, no tiene ninguna simpatía ética. La virtud y la maldad se le aparecen tan simplemente como los colores, en su paleta, a un pintor, ni más ni menos. Sabe que por ellos puede lograr algún efecto artístico y trata de hacerlo. Yago puede ser moralmente horrible, e Imógena inmaculadamente pura. Shakespeare, como dijo Keats, sentía tanto placer al crear al uno como a la otra. Era necesario, señor, para el dramático desenvolvimiento del relato, rodear a Dorian Gray de una atmósfera de corrupción moral. De

otra manera no hubiera tenido ningún significado y la trama ningún fin. Conservar esta atmósfera vaga, indeterminada y maravillosa, era la aspiración que tenía el artista que escribió el relato. Declaro, señor, que ha triunfado. Cada hombre ve su propio pecado en Dorian Gray. Cuál es el pecado de Dorian Gray nadie lo sabe. El que lo descubre lo lleva en sí». (*Clarke se encara con Wilde*). ¿Cuándo encontró usted al señor Taylor?

WILDE: Le conocí por intermedio del caballero del que ya se ha hecho mención aquí. Hace ya dos años que ese caballero está en Inglaterra y no le he visto en todo ese tiempo.

CLARKE: ¿Es ése un caballero conocido y de buena posición?

WILDE: Sí. Un caballero de buena cuna, conocido. He sabido que Taylor perdió una cantidad de dinero que había heredado, pero que aún tenía una parte de él en cierto negocio. Sabía que se había educado en el colegio Malborough.

CLARKE: ¿Tenía algunas aptitudes?

WILDE: Sí. Tocaba el piano muy agradablemente.

CLARKE: ¿Tenía usted en el momento de serle presentado o a partir de entonces, alguna razón para creer que era una persona inmoral y despreciable?

WILDE: Ninguna. Comprendí que el cargo contra Taylor y los otros en relación con el registro en la calle Fitzroy, era por la asistencia prestada, con fines ilícitos y perversos. Taylor me dijo que en esa ocasión se realizaba una función de beneficencia y habían solicitado su asistencia para tocar el piano. Leí la acusación en el *Daily Chronicle*.

CLARKE: ¿Se dio cuenta usted de lo que se les acusaba?

WILDE: Oh, sí, sí.

CLARKE: ¿Cuál era la acusación?

WILDE: Por lo que pude colegir, estaban culpados de estar allí con fines ilícitos.

CLARKE: ¿Le afectó mucho?

WILDE: Sí.

CLARKE: ¿Le escribió Taylor una carta?

WILDE: Me dijo que le habían dado una entrada para la función. Dos hombres, vestidos de mujer, se presentaron a tomar parte en ella. Pero la policía irrumpió de inmediato y arrestó a todos los presentes.

CLARKE: ¿No le quedó la impresión de que Taylor tenía algo de culpa?

WILDE: Por supuesto que no. Me pareció algo monstruoso.

CLARKE: ¿Quién le presentó a Shelley?

WILDE: Fui presentado al joven Shelley por el señor John Lane, cuya firma, Mathews y Lane, iba a publicar uno de mis libros. Aprecié en Shelley una personalidad muy atrayente. Estaba sediento de información y tenía gustos literarios. Admiraba mis obras y yo se lo agradecía mandándole ejemplares.

CLARKE: Parece que en los ejemplares que se han exhibido, los márgenes han sido arrancados. ¿Escribió usted en esos ejemplares o en cualquier otro libro algo que no deseaba que fuera visto por todo el mundo?

WILDE: Nunca en mi vida.

(El tribunal suspende la sesión para almorzar).

(Al reiniciarse la sesión, Oscar Wilde se hizo esperar diez minutos).

WILDE: *(Al juez)*. Ruego a Su Señoría me excuse por llegar tarde a mi lugar de testigo. Se debe a que el reloj estaba mal en el hotel donde almorcé.

CLARKE: *(Lee una carta de Shelley)*. «Después de ver *El abanico de Lady Windermere* debo decirle que tal belleza de forma y arte añade un nuevo aliciente a la vida. ¿Qué miserablemente pobre parece todo a su lado, con excepción de sus libros! Pero sus libros son parte de usted mismo». *(Clarke se encaró con Wilde)*. ¿Ayudó usted a Shelley?

WILDE: Sí, animándole y con dinero. En respuesta a una carta de Shelley le mandé cinco libras para ayudarle a cambiar de aire.

CLARKE: ¿Hubo alguna relación entre usted y Edward Shelley, aparte de las epistolares con un hombre, y que admiraba su poesía y obra y con el que estaba en contacto?

WILDE: Nunca, en ninguna oportunidad.

CLARKE: ¿Qué dice usted sobre Alphonse Conway?

WILDE: El muchacho expresó su deseo de ir al mar. Consulté a un amigo mío que tenía varios barcos, y escribí a Conway contándole el resultado de mis averiguaciones.

CLARKE: ¿Vio la señora Wilde a Conway?

WILDE: Ah, sí, muy a menudo. El muchacho se hizo gran amigo de mis hijos. Solía salir a pescar, navegar y bañarse conmigo, mis hijos y los amigos de mis hijos.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo se quedó usted en Worthing?

WILDE: Cerca de dos meses. Pero no estuve allí todo el tiempo. En Worthing alquilo una casa con muebles. Mi mujer y mis hijos se quedaban allí casi todo el tiempo. No he visto a Conway desde que dejé Worthing, pero le escribí, refiriéndome a su salida como grufnete, en un barco. No he tenido con él ninguna práctica ilegal.

CLARKE: ¿Cuándo vio usted por primera vez a Wood?

WILDE: A finales de enero de mil ochocientos noventa y tres. Fue en el Café Royal. Tenía entendido que había trabajado de secretario. Lord Alfred Douglas me pidió que hiciese lo que pudiera por él, y lo hice. No tenía la más mínima idea de cuál había sido la ocupación de Charles Parker y la de su hermano. Nunca en mi vida vi a Charles Parker en el Savoy. En cuanto a Walter Granger, estuvo a mi servicio alrededor de tres meses. Estuvo mal de salud gran parte de ese tiempo.

CLARKE: Ahora bien, con relación a todas estas personas a las cuales usted fue presentado, ¿tuvo alguna razón para pensar que eran personas inmorales o despreciables?

WILDE: No, de ningún modo. Fuera de haber leído las acusaciones en los diarios, con motivo del registro de la policía en la calle Fitzroy, nunca tuve ningún indicio de que hubiera nada inmoral en la naturaleza de estos jóvenes. En aquel caso, además, los hombres fueron absueltos.

CLARKE: ¿Cómo es que después de la entrevista con Lord Queensberry, el treinta de junio, y de las cartas que llegaron a su conocimiento, usted no dio ningún paso en contra de Lord Queensberry?

WILDE: A causa de la fuerte presión ejercida sobre mí por la familia Queensberry, a la que no me sentía capaz de resistir. El miércoles siguiente al sábado en que Lord Queensberry me visitó, tuve una entrevista con un miembro de la familia Queensberry, un caballero que es también miembro del parlamento.

CARSON: Deseo que se lea esta tarjeta que Lord Alfred Douglas envió a Lord Queensberry.

CLARKE: Me opongo.

JUZG. COLLINS: Puede ser leída.

SECRETARIO: «Como devuelves mis cartas sin abrir, me veo obligado a escribirte en una tarjeta postal. Escribo para informarte que tomo tus absurdas amenazas con absoluta indiferencia. Desde que tuvo lugar tu representación en casa de O. W., he tomado por costumbre el aparecer con él en muchos restaurantes públicos, como el Berkeley, el Willis, el Café Royal, etc., y seguiré yendo a cualquiera de esos lugares cuando quiera y con quien quiera. Soy mayor de edad y mi propio dueño. Me has repudiado por lo menos una docena de veces y, mezquinamente, me has privado de dinero. No tienes, por lo tanto, ningún derecho sobre mí, ni legal ni moral. Si O. W. te demandara ante los tribunales por difamación, te caerían siete años de trabajos forzados por tus ultrajantes calumnias. A pesar de lo que te detesto, ansío evitar esto por el bien de la familia; pero si tratas de atacarme me defenderé con un revólver cargado que siempre llevo conmigo; y si te mata, él te mata, estaremos completamente justificados por haber actuado en defensa propia contra un bruto violento y peligroso. Creo que una vez muerto no te echaría de menos mucha gente. A. D.»

CLARKE: Si hubiera sabido que la tarjeta era legible, no me hubiera opuesto. A continuación leeré la correspondencia intercambiada entre los procuradores del señor Wilde y el marqués de Queensberry: «Giltspur Chambers, Holborn Viaduct, E. C., once de julio de mil ochocientos noventa y cuatro. Milord: Hemos sido consultados por el señor Oscar Wilde con motivo de ciertas cartas escritas por su excelencia, en las cuales usted le ha calumniado de forma repugnante e infa-

mante a él y a su hijo de usted, Lord Alfred Douglas. En esas cartas su excelencia ha mencionado eminentes personalidades. El señor Wilde no desea herir los sentimientos de esas personalidades, publicando su carta. Nos ha dado instrucciones para concederle a usted la oportunidad de retirar sus aseveraciones e insinuaciones por escrito, con sus excusas por haberlas hecho. Si esto se hiciera enseguida, podría evitarse un litigio. Pero si no se hiciera inmediatamente no quedaría otro camino que el de aconsejar a nuestro cliente el mejor procedimiento para reivindicar su reputación». Lord Queensberry contestó así: «Señor: He recibido su carta con considerable asombro. Obviamente no presentaré ninguna excusa al señor Oscar Wilde por las cartas que he escrito a mi hijo. No he hecho ninguna acusación directa al señor Oscar Wilde, pero deseo interrumpir esa asociación, en lo que a mi hijo concierne». Y esta otra carta, también de Lord Queensberry a los procuradores: «Después de verle esta mañana, me enteré de que el revólver fue dejado de lado. Por lo tanto no insistiré en llevar a cabo mis amenazas de dar parte a las autoridades policiales mañana por la mañana. De todas maneras, si continúan estos escándalos en público, provocados por el señor Oscar Wilde y mi hijo, no me quedará más remedio que cumplir mis amenazas y denunciar a Scotland Yard lo que sucede».

PRESIDENTE DEL JURADO: ¿El editor de *The Chameleon* era amigo personal del testigo?

WILDE: No, no lo era. Sólo lo encontré una vez. No le volví a ver desde que me escribió de Oxford para pedirme que colaborase en la revista. Posteriormente le encontré, en el mes de marzo, en las habitaciones de un amigo. La primera vez le escribí diciéndole que no

tenía nada para darle. Más tarde le comunicué que le entregaría algunos aforismos sacados de mis obras. Algunos de ellos eran inéditos. Parte de los citados ayer están sacados de una obra que en la actualidad se está representando en el Haymarket, *Un marido ideal*. El público no se ha quejado de la moralidad de la obra.

PRESIDENTE DEL JURADO: ¿*The Chameleon* circula privadamente?

WILDE: ¡Oh, no!

.. CLARKE: Le alcanzaremos un ejemplar. Solamente se iban a imprimir cien ejemplares. Eran para el público.

PRESIDENTE DEL JURADO: ¿Estaba el señor Wilde enterado del carácter del relato *El sacerdote y el monaguillo*?

WILDE: No lo estaba. Me chocó profundamente.

CLARKE: (*Después de leer varias cartas que habían circulado entre Lord Queensberry y los procuradores del demandante, Oscar Wilde, que tendían a demostrar que las "eminentes personalidades" nombradas no lo habían sido con motivo de los cargos que substanciaban en el proceso*). Su Señoría, la prueba de la acusación queda cerrada por el momento.

.. CARSON: Me opongo a esa calificación.

.. CLARKE: Desde luego, me reservo el derecho de llamar para nuevas declaraciones en caso de que se presentara cualquier asunto de improviso.

JUEZ COLLINS: Después de haber sido expuesta con amplitud, la prueba queda cerrada para la acusación, pero, a mi discreción, admitiré otros testimonios.

ALEGATO DEL ABOGADO
DE LORD QUEENSBERRY

CARSON: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del Jurado: Al aparecer en este litigio en representación de Lord Queensberry, no puedo menos de sentir que pesa sobre mí una grave responsabilidad. En lo que concierne a Lord Queensberry, a cualquier acto suyo, a cualquier carta que haya escrito, o en el asunto de la tarjeta, que le ha llevado a este proceso, no se retracta de nada.

Ha hecho todo lo que ha hecho con absoluta premeditación y determinación, afrontando todos los riesgos y azares, para tratar de salvar a su hijo. Ustedes tienen, probablemente, hasta cierto punto, información sobre la que pueden fundamentar un juicio, estuviera Lord Queensberry en lo cierto o no. Debo decir, en favor de Lord Queensberry, a pesar de los muchos elementos de prejuicio que mi ilustre colega, Sir Edward Clarke, creyó adecuado introducir en el proceso en su alegato de presentación, que la conducta de mi representado ha sido absolutamente consistente durante todo su curso, y si los datos que él ha expuesto en sus cartas con respecto a la reputación y los actos del señor Wilde son exactos, entonces no solamente estaría justificado por hacer todo lo que pudo por cortar de raíz lo que probablemente hubiera llegado a ser una amistad desastrosa para su hijo, sino también por haber dado todos los pasos que pensaba necesarios para llevar adelante una investigación sobre los actos y hechos del señor Wilde.

Se ha dicho que en las cartas de Lord Queensberry

han sido mencionadas personas distinguidas y eminentes. Se ha sugerido que los nombres de esas distinguidas personas están mezclados, de algún modo, en los cargos que hace Lord Queensberry en contra de Wilde. Me satisface mucho que esas cartas hayan sido leídas, y creo que mi ilustre colega ha dado el curso que se debía al asunto al leer esas cartas, porque así se prueba que esos nombres distinguidos han sido citados en ellas de una forma que se ve no tiene relación alguna con los cargos que se hacen en ellas al señor Oscar Wilde. Esos nombres fueron insertados en esas cartas, en relación con asuntos puramente políticos motivados por el hecho de que el difunto Lord Drumlanring, el hijo mayor del marqués, fue nombrado miembro de la Cámara de los Lores, de la cual su padre no era miembro. Razonable o equivocadamente, Lord Queensberry se sintió agraviado porque el honor le hubiera sido conferido a su hijo y no a él. Así fue como llegaron a ser mencionados los nombres de eminentes políticos y hombres de Estado.

Caballeros; del principio al fin, Lord Queensberry en su proceder con el señor Oscar Wilde fue movido por una sola esperanza: la de salvar a su hijo. En cuanto al señor Wilde, ¿cuál fue su procedimiento? El demandante ha dicho que, hasta cierta fecha, estaba en términos de amistad con Lord Queensberry. Por lo tanto no hay circunstancias que tornen susceptible a Su Excelencia de ser acusado de que lo que hizo en el presente litigio fuese hecho con malicia originada en una desavenencia. Lord Queensberry se enteró de la reputación del señor Wilde, de los escándalos ocurridos en el Savoy, de que el demandante andaba con jóvenes que no eran sus iguales ni en posición ni en edad, y que había

estado relacionado con hombres que, como será probado sin lugar a dudas, son algunos de los personajes más inmorales de Londres. Me he referido anteriormente al sujeto Taylor, el más notorio de ellos —como la policía informará al tribunal—, que ocupaba habitaciones que no eran ni más ni menos que un tugurio vergonzoso. Existiera o no la intervención de Taylor en el sentido de suministrar sus habitaciones para fines especiales, lo cierto es que el martes último, dos de abril, estaba con el señor Wilde en la casa de este último en la calle Tite, y que no ha sido llamado a declarar por la acusación. Taylor ha sido la mano derecha del señor Wilde en todas las orgías en que han tomado parte artistas y valets. Si hubiera existido la oportunidad de interrogarle, al menos hubiera sido posible sacar algo en limpio de lo que aconteció en Fitzroy Square la noche del registro, el año pasado. Taylor es, en realidad, el eje de este caso, por la sencilla razón de que, cuando sean llamados los diferentes testigos de la defensa para ser interrogados —y desgraciadamente será necesario— acerca de las prácticas del señor Oscar Wilde, se verá que era Taylor el que le presentaba los jóvenes al demandante. El señor Oscar Wilde ha intentado probar lo suficiente como para mandar a Lord Queensberry a prisión y señalarle como si fuera un delincuente, pero es interesante hacer constar que el único testigo que podría haber sostenido la aseveración de la inocencia del señor Wilde, no ha sido llamado. Taylor es aún amigo del señor Wilde y no ha sucedido nada, dijo el demandante, para interrumpir esa amistad. Será doloroso solicitar a los diferentes testigos que serán citados, la descripción del modo con que el señor Wilde actuaba con respecto a ellos, pero, antes de que

la-*causa* termine, se verán ustedes obligados a oír muchas cosas más acerca del tugurio que Taylor mantenía en la calle Little College. En consecuencia, es necesario, ante todo, cuando tanto se ha probado por lo que él mismo ha admitido, que el señor Wilde traiga cualquier testigo que pueda para sostener sus propias explicaciones. Hemos oído mucho acerca del caballero cuyo nombre se dio por escrito. Cada vez que ha sido conveniente presentar a alguien, el nombre de ese caballero fue el que el señor Wilde dio, porque se encuentra fuera del país. Pero Taylor está aún en el país. ¿Por qué no fue citado?

Resulta llamativa la posición asumida por el señor Wilde con respecto a sus libros, que son para la gente selecta y no para la gente ordinaria, y la posición que asumió con respecto a los jóvenes que le eran presentados, o los que él mismo recogía. Sus libros son escritos por un artista para los artistas; sus frases no son para los filisteos o los ignorantes. Comparen esto con la forma usada por el señor Wilde para elegir a sus compañeros. Eligió a Charles Parker, un ayuda de cámara cuyo hermano era otro ayuda de cámara; a Alphonse Conway, que vendía diarios y libros en el muelle de Worthing, y a Scarfe, otro sirviente. Sus excusas ya no fueron de que se trataba de gente que habitaba las regiones del arte, sino que tiene un alma tan noble y democrática (*risas*) que no repara en diferencias sociales y que para él era igual el placer que le daba almorzar o cenar con un joven barrendero, que recogía en la calle, que hacerlo con el más grande literato o artista.

A mi juicio, si el proceso descansara sólo en la literatura de Wilde, Lord Queensberry estaría perfectamente justificado por el paso que dio. Lord Queensberry se

ha propuesto probar que el señor Wilde ha hecho alarde de ser culpable de ciertos vicios.

El señor Wilde nunca se quejó de la inmoralidad del relato *El sacerdote y el monaguillo*, que apareció en *The Chamaleon*. Parece no conocer la diferencia entre la moralidad y la inmoralidad de un libro. No le importa si el relato está escrito en términos blasfematorios o no. Todo lo que el señor Wilde dice es que no aprobó el relato tan sólo desde un punto de vista literario. ¿Cómo es ese relato? Es la historia de amor de un sacerdote por el monaguillo que le ayudaba a decir misa. Exactamente la misma idea que corre entre las líneas de ese relato, corre entre líneas en las dos cartas escritas a Lord Alfred Douglas, y también a través de *El retrato de Dorian Gray*. Cuando el niño fue descubierto en la cama del sacerdote, éste hizo exactamente la misma defensa que ha hecho el señor Wilde, que el mundo no comprendía la hermosura de este amor. La misma idea corre a través de esas dos cartas que Wilde ha llamado hermosas, pero que yo llamo un abominable trozo de desagradable inmoralidad. Además hay en ese mismo *The Chamaleon* un poema que justifica en algo la temerosa expectativa que Lord Queensberry mantenía con respecto a su hijo. El poema fue escrito por Lord Alfred Douglas y fue visto por el señor Wilde antes de su publicación. ¿No es terrible que un joven en los umbrales de la vida, que durante varios años ha sido dominado por Oscar Wilde, como lo prueban las dos cartas, mostrara así la tendencia de su mente con respecto a este espantoso asunto? ¿Cuál no sería el horror de cualquier hombre cuyo hijo escribiera un poema semejante?

Pasemos a *El retrato de Dorian Gray*. Es la historia de

un hermoso hombre joven, quien, a través de la conversación de alguien que tiene gran poder literario y habilidad para hablar en epigramas —exactamente igual a las que tiene el señor Wilde— y quien, por leer una cosa exactamente igual a *Frases y citas filosóficas para el uso de los jóvenes*, abre sus ojos a lo que ellos se complacen en llamar las delicias del mundo.

.. Si *Dorian Gray* fuera un libro del que pueda probarse concluyentemente que defiende el vicio imputado al señor Wilde, ¿qué respuesta se debería dar, entonces, al litigio planteado como defensa por Lord Queensberry?

El transformar una de las cartas de Wilde a Lord Douglas en un poema, es apenas una velada tentativa de encubrir su verdadero carácter. Una tentativa tan débilmente velada de encubrir el verdadero carácter de una cosa, no se ha hecho nunca ante un tribunal de justicia. Me es muy difícil comprender por qué mi ilustre colega, Sir Clarke, se ha referido a esa carta. Tal vez ha creído que la defensa tenía esa carta y que era mejor dar una explicación de ella. Pero si es así resulta inconsistente, porque, para la carta que la defensa exhibió, mi ilustre colega no tiene explicación.

Mi ilustre colega se ha referido a un hombre llamado Wood, de quien se supone que robó del bolsillo de Lord Alfred Douglas correspondencia cambiada entre él y Wilde. Pero, ¿quién es Wood? ¿Cómo es que es también Fred, un compañero del alma de Wilde, amigo de Taylor, uno de los del lote de la calle Little College? ¿Cuáles eran, entonces, las causas de las relaciones forzosas entre Taylor y Wilde? ¿Por qué le dio Wilde dieciséis libras a Wood? Cuando yo les aclare que, previamente a la posesión de esas cartas, Wood estuvo

mezclado en ciertas prácticas con Wilde, tendrán ustedes la clave de toda esta situación.

Ésta es la razón por la cual estaba Wilde ansioso de conseguir las cartas a cualquier precio. Ésta es la razón de que, cuando Wood apareció planteando su chantaje, el señor Wilde se mostrara tan ansioso de que aquel hombre abandonara el país. De modo que le pagó el pasaje y, después de un almuerzo de despedida, le embarcó con destino a Nueva York. Supongo que lo hizo con la esperanza de no verle nunca más. (*Pausa larga*). Pero, caballeros del jurado, en realidad Wood está aquí y será interrogado en presencia de ustedes. (*Gran agitación*).

El nombre del señor Beerbohm Tree ha sido incluido en esta causa, con motivo de lo que yo llamaría "la carta sonetizada". Esta mañana recibí un telegrama del señor Beerbohm Tree, en el que menciona el hecho de que la asociación de su nombre con este caso ya se ha publicado en Norteamérica. El señor Tree ha dado una explicación igual a la del señor Wilde. Modestamente pienso que la forma en que actuó el señor Tree, al recibir una copia de la carta, fue perfectamente correcta.

CLARKE: Estoy de acuerdo con usted.

JUEZ COLLINS: No existe ninguna duda acerca de la conducta del señor Beerbohm Tree. Actuó en este asunto con la más perfecta corrección.

CARSON: Doy las gracias a Su Señoría. Mi parecer es que obró exactamente como debía. (*Continúa su discurso*). Debo decir que el señor Tree mandó buscar al señor Wilde y le dio una copia de la carta. Wilde, entonces, cuando la carta había sido descubierta, comenzó a pensar cómo podría librarse de ella. Poco después Allen, el chantajista, apareció y tuvo la más extraordi-

naria de las conversaciones con Wilde, quien dijo entonces que tenía pensado publicar la carta en forma de soneto. ¿Cuándo decidió esto? No cuando se la envió a Alfred Douglas, porque no le pidió que la conservara. Caballeros: les envidio su credulidad, si ustedes creen que esa abominable composición fue escrita como se escribe un soneto. En cuanto al hermoso soneto, ocurrió, que fue revelado al público. Los otros tres fueron destruidos. El otro fue dado a conocer al público mandándosele al señor Tree, y es algo extraordinario que fuera la única carta que el señor Wilde tuviera intención de transformar en un soneto. Personalmente no encuentro ninguna diferencia entre esa carta y la que el señor Wilde escribió desde el hotel Savoy, donde, se va a probar, se comportó incorrectamente.

No estoy aquí para decir que haya pasado algo entre Oscar Wilde y Lord Douglas. ¡Dios me libre de ello! Pero todo indica que el joven se encontraba en una posición peligrosa, al estar sometido al dominio del señor Wilde, hombre de gran habilidad y alcances. Contra esta carta escrita por el señor Wilde al hijo de Lord Queensberry protestó Lord Queensberry. Y quiero saberlo, caballeros del jurado: ¿Por esta protesta, van ustedes a enviar a Lord Queensberry a la cárcel? Lord Queensberry estaba determinado a solucionar este asunto. ¿Qué otro camino estaba abierto para él, que no fuera el que ha elegido?

Antes de que condenen a Lord Queensberry les pido que lean la carta de Wilde y piensen si la voz de cualquier padre no se alzaría en las mismas circunstancias. Quiero que tengan presente que el hijo de Lord Queensberry estaba tan dominado por Wilde que amenazó con matar a su propio padre. Caballeros:

Lord Queensberry hizo lo que hizo deliberadamente y no teme sufrir por el enjuiciamiento a que lo han llevado frente a este tribunal. Cuando ustedes hayan escuchado la declaración de Wood, toda la historia del pago de esas sumas de dinero por Wilde, y el misterio de esas cartas quedará explicado. La sugerencia de que eran meros manuscritos que Wilde deseaba obtener se disipará. En realidad Wilde sabía que teníamos todas las pruebas y prefería invalidarlas, adelantándonos.

TERCER DÍA

(Viernes 5 de abril de 1895)

CARSON: (*Continúa su alegato, iniciado el día anterior*). Con permiso de Su Señoría. Caballeros del jurado: Ayer, cuando llegó la hora de suspender la audiencia del tribunal, yo había luchado, tan intensamente como era mi intención, por demostrar que el asunto de la relación del señor Wilde con la literatura y las dos cartas que han sido exhibidas aquí, justificaban a Lord Queensberry a llegar a un extremo, como lo hizo, en la cuestión de las relaciones de su hijo con Oscar Wilde. Casi tenía la esperanza de habérselo demostrado suficientemente. Desgraciadamente, ahora tengo que dar entrada a una parte aún más dolorosa de este caso. Será mi penoso deber el traer ante ustedes, uno después de otro, a jóvenes que cayeron en manos del señor Wilde, para que relaten su penosa historia. Esto es, para un abogado, una tarea muy desagradable. Pero dejemos que aquellos que están inclinados a condenar a estos jóvenes, por haber sido dominados, seducidos y corrompidos por el señor Wilde recuerden la posición en que estaba cada una de las partes. Dejemos que digan si no se ha pecado en contra de estos jóvenes más de lo que ellos mismos pecaron. No voy a entrar en mayores detalles para criticar las declaraciones del señor Wilde, en relación con los muchos asuntos sobre

los que fue interrogado. Pero existen algunas observaciones generales aplicables a todos los casos que se han acumulado en contra del señor Wilde. En lo tocante a este asunto hay una alarmante similitud entre todos los casos, admitida por el propio Wilde, que los llevará, caballeros del jurado, a sacar las más dolorosas conclusiones. La realidad es que en ninguno de estos casos, bajo ningún concepto, los implicados estaban en igualdad de condiciones con el señor Wilde. Ninguno de los implicados es el tipo de persona educada con la cual podría haberse relacionado naturalmente y tampoco esas personas son sus iguales en edad. Pero, por otra parte, observarán, caballeros, la curiosa similitud de las edades de todos ellos.

El señor Wilde afirma que hay algo hermoso, algo encantador en la juventud, que lo llevó a adoptar la conducta que adoptó. Pero, ¿es que el señor Wilde era incapaz de encontrar compañeros más adecuados y, al mismo tiempo, jóvenes y encantadores, en su propia esfera? Por supuesto, el asunto es absurdo. Sus excusas como testigo son, tan sólo, una parodia de la realidad. ¿Quiénes son estos jóvenes, estos muchachos? Allí está Wood. Sobre su historia el señor Wilde nos dice que nada sabe. Todo lo que sabía el señor Wilde es que Wood era un empleado sin trabajo. ¿Quién es Parker? El señor Wilde declaró tener la misma ignorancia en cuanto a este joven. ¿Quién es Scarfe? Exactamente en la misma forma, el señor Wilde no sabía nada de él. Sólo sabía que no tenía trabajo. A Alphonse Conway le eligió al azar en la playa de Worthing. Todos los jóvenes que fueron presentados al señor Wilde tenían, más o menos, de dieciocho a veinte años. La forma de su presentación y la forma en que eran tratados posterior-

mente, con dinero y regalos, todo lleva a la conclusión de que había algo fuera de lo natural en las relaciones entre el señor Wilde y esos muchachos. Tomemos el caso de Parker. ¿Cómo conoció el señor Wilde a este joven? Parker era un ayuda de cámara sin ocupación. ¿Qué idea tendría Taylor de los gustos del señor Wilde, cuando, al ser invitado por Wilde a llevar amigos a una cena de cumpleaños, presentó como anfitriones a un lacayo y un ayuda de cámara? Si fuera verdad, como parece serlo, que Taylor encontró por primera vez a los dos jóvenes en un restaurante de Piccadilly, ¿por qué, si sabía que el señor Wilde era un literato y un artista, y, lo que es más, un hombre recto, llevó a la pareja a cenar con él? No hay ninguna otra explicación que ésta: que Taylor era quien le procuraba jóvenes al señor Wilde, como es indudable que se los procuraba.

Parker será llamado para relatarnos su desgraciada historia, su historia de que estaba sin dinero y sin ocupación y cayó víctima del señor Wilde. Ya, en la primera ocasión que el señor Wilde encontró al ayuda de cámara Parker, le llamó Charlie. Y Charlie llamaba Oscar a Wilde, el distinguido dramaturgo, cuyo nombre, en esos momentos, se mencionaba en los más altos círculos de Londres, por sus obras de teatro y sus trabajos literarios.

No quiero discutir las teorías de Wilde, como ésa de poner fin a toda diferencia social. Un hombre de instintos nobles y generosos puede ser capaz de romper esas barreras sociales. Pero sólo hay una cosa clara en este asunto. Y es que la conducta del señor Wilde con los jóvenes que le eran presentados no era instigada por ningún instinto generoso. Si el señor Wilde deseaba ayudar a Parker, si estaba interesado en él, si quería

conseguirle empleo, ¿le hacía un bien al muchacho llevándole a un restaurante y cebándole con *champagne* y buena comida? ¿Es ésa la obra de caridad y simpatía que uno esperaría de un hombre de la posición del señor Wilde, hacia otro de la posición de Parker? Todas las ridículas explicaciones del señor Wilde no soportarían una aclaración de un minuto acerca de lo que hacía en su serie de habitaciones del Savoy. El Savoy es un lugar amplio, con suficiente espacio para moverse libremente. No existe la menor duda de que el señor Wilde, sin despertar ninguna clase de sospechas, podía llevar jóvenes a sus habitaciones.

Parker les dirá que cuando fue al Savoy con el señor Wilde tomó *whiskies* con soda, y *champagne* helado, ese *champagne* helado que el señor Wilde se permite en contra de las indicaciones de su médico. Parker les dirá más, al relatarles los actos chocantes que fue llevado a perpetrar en esa ocasión, por el señor Wilde. Al señor Wilde se le preguntó, durante el interrogatorio: “¿No es cierto que hubo un escándalo en el Savoy?” “Ninguno”, respondió el señor Wilde. Pero acerca de ese extraordinario asunto se ha referido Lord Queensberry, en su carta fechada el seis de julio de mil ochocientos noventa y cuatro. Pudiera ser que nadie hubiese visto al señor Wilde cuando le arrojaban a la calle, pero un chisme semejante no podría haber salido a la luz sin divulgarse y ser relatado en los círculos en los que Lord Queensberry alternaba. Lo fantástico no es que ese chisme llegara a Lord Queensberry, sino que, después de ser conocido, este sujeto, Wilde, fuera tolerado, durante el tiempo que lo ha sido, por la sociedad de Londres.

Muy bien; probaré que el señor Wilde llevaba mu-

chachos, al hotel Savoy. El masajista de ese establecimiento —un hombre muy respetable— y otros servidores, serán los llamados a demostrar el carácter de las relaciones de Wilde con sus visitantes. ¿Acaso es extraordinario que las noticias del escándalo del Savoy llegaran a Lord Queensberry, cuyo hijo vivía una parte de su tiempo en ese hotel?

El señor Wilde no se ha aventurado a negar que Parker ha cenado con él, ha estado en su compañía y ha almorzado con él en su piso y en el Savoy. El señor Wilde, al ver la importancia de estos datos, ha afrontado el asunto diciendo: “¡Oh, sí! Eran acciones más completamente inocentes, digamos, generosas”. Es notable que el señor Wilde no haya dado cuenta alguna acerca de lo que hacía en las habitaciones del Savoy. Parker les dirá lo que aconteció durante su estancia allí. Después se alistó en el ejército, donde goza de buena reputación. El propio señor Wilde dice que Parker es un hombre respetable. Parker, de mala gana, se presentará a contarles su historia.

En cuanto al muchacho Conway: Conway no fue conseguido a través de Taylor. Wilde mismo le consiguió. ¿Alguna vez fue confesada ante un tribunal de justicia una historia más audaz que la contada por Wilde con relación a Conway? “Encontré al muchacho —dijo— en la playa de Worthing”. No sabía nada de él, con excepción de que ayudaba a zarpar a los botes. La verdadera historia de Conway es que vendía diarios en un quiosko del muelle de Worthing. Qué respuesta impertinente fue la que Wilde dio a la pregunta: “¿Sabía usted que Conway vendía diarios?”, cuando contestó: “No sabía que tuviera ninguna conexión con la literatura”. Quizá el señor Wilde pensara que se trataba

de una réplica muy aguda y que le llevaba ventaja al abogado cuyo deber era interrogarle. Pero aquí están los hechos. Después de ayudar al señor Wilde a botar su embarcación, cierta intimidad brotó entre ellos. Y, después de uno o dos días, Conway fue llevado por el señor Wilde a la casa que habitaba. Si la declaración del señor Wilde es cierta —y sinceramente espero que no lo sea—, Conway fue presentado a la señora de Wilde y a sus dos hijos, de nueve y diez años. Ahora bien; está claro que el señor Wilde no podía llevar al muchacho en las condiciones en que le había encontrado. ¿Qué hizo, entonces? Y aquí entra a actuar la vergonzosa audacia de este hombre. El señor Wilde le proveyó de una serie de trajes para vestirle como al hijo de un caballero, puso los colores de algún colegio de pago en su sombrero y, en general, le hizo tener la apariencia de un muchacho digno adecuado para relacionarse con el señor Oscar Wilde. Todo este asunto, por su audacia, es casi increíble. Pero, ¿por qué Wilde vistió a Conway? Si el señor Wilde estaba ansioso por ayudar a Conway, lo peor que podía haber hecho es sacar al muchacho de su propia esfera, empezar por darle *champagne*, almuerzos, llevarle a su hotel y tratarle de una forma que el muchacho nunca podría pensar en vivir, en el futuro.

SE RETIRA LA ACUSACIÓN

SIR CLARKE: (*Había abandonado el tribunal en compañía del señor Mathews; regresó, dándole un tirón a la toga de Carson*). Con la venia de su señoría. Deseo celebrar una consulta con mi ilustre colega. (*Ambos letra-*

dos conversan unos momentos, en voz baja, Clarke retoma la palabra nuevamente). ¿Puedo suplicar que la indulgencia de Su Señoría me permita interrumpir y hacer una declaración, la cual, por supuesto, está motivada por un sentimiento de gran responsabilidad?

JUEZ COLLINS: (*Carson responde con una señal afirmativa a la mirada del Juez*). No habiendo oposición, este tribunal le escucha.

CLARKE: Mi ilustre colega habló ayer al Jurado acerca de la cuestión que comporta la literatura implicada en este caso y acerca de las deducciones que se han desentrañado de los hechos admitidos en vista de las cartas escritas por el señor Oscar Wilde. Y mi colega empezó su alocución esta mañana manifestando que esperaba haber dicho ayer lo suficiente, en relación con este tema, para inducir al jurado a relevarle de la necesidad de tener que tratar en detalle los demás sucesos de esta causa. Creo que no se ocultará a Su Señoría que aquellos que representan al señor Wilde en este proceso, sienten una terrible ansiedad. No pueden concebir esto: No sería improbable que, con el juicio que se ha formado sobre esa literatura y sobre la conducta que ha sido reconocida, el jurado se sintiera inclinado a decir que Lord Queensberry, al usar la palabra “alardeando”, estaba usando una palabra por la cual había justificación suficiente como para autorizar al padre, que usó esas palabras bajo esas circunstancias, a la mayor consideración y a hacérsele justicia en un caso criminal con relación a sus declaraciones.

Y, aclarado esto, yo y mis ilustres colegas unidos a mí en el presente proceso debemos contemplar esto... que un veredicto dado a favor del demandado, Lord Queensberry, con referencia a esa parte del juicio, po-

dría ser interpretado fuera como un fallo terminante para todas las partes de este juicio. Y la posición que hemos adoptado es ésta: que, sin esperar un fallo del jurado seguiremos, día tras día, una investigación sobre asuntos de la más espantosa índole.

Bajo estas circunstancias espero que Su Señoría piense que he tomado el camino que debía tomar, cosa que he hecho después de comunicarme con el señor Oscar Wilde. Quiero decir que, considerando lo que ha sido referido por mi ilustre colega con respecto a los asuntos relacionados con la literatura y las cartas, siento que no podríamos resistir un veredicto de “no culpable” en este juicio... de no culpable con referencia a las palabras “que alardea”.

Bajo estas circunstancias, espero que Su Señoría piense que no me estoy extralimitando en mis deberes y que estoy haciendo algo por salvar, por prevenir lo que sería un horrible deber, cualquiera que sea su término, si ahora interrumpiera y pidiera, en interés del señor Wilde, ser autorizado a retirarme de la acusación.

Y si ustedes no creen que a esta altura del juicio, y después de lo que ha pasado... si ustedes no creen que se me debiera permitir hacer eso en interés del señor Oscar Wilde, estoy preparado para someterme a un veredicto de “no culpable”, haciendo referencia, ya a cualquiera de sus pormenores, ya a los pormenores relacionados con la publicación de *El retrato de Dorian Gray* y la publicación de *The Chamaleon*. Espero que esto dará un fin a este juicio.

CARSON: Yo no sé si tengo derecho a interferir en alguna forma la petición que acaba de formular mi ilustre colega. En lo concerniente a Lord Queensberry

sólo puedo decir que, si hay un veredicto de “no culpable”, un veredicto que implique que ha triunfado en su proceso de justificación, estoy completamente satisfecho. Por supuesto, mi ilustre colega tiene que admitir que debemos ganar este pleito de la forma que él ha manifestado y que, siendo así, queda enteramente a juicio de Su Señoría que se siga el curso que mi ilustre colega ha sugerido o no.

JUEZ COLLINS: En tanto el demandante en este juicio está dispuesto a consentir un veredicto de “no culpable” a favor del demandado, no creo de ninguna forma que sea parte de la función del juez o del jurado insistir en continuar a través de una multitud de detalles que pueden no tener influencia alguna sobre la marcha de un asunto ya concluido por el asentimiento del demandante a un veredicto adverso. Pero en cuanto a que el jurado ponga una limitación en el veredicto de justificación del cargo “que alardea de sodomita” —si eso se justifica—, se justifica, si no, no. El veredicto del jurado debe ser “culpable” o “no culpable”. No debe haber ni términos, ni limitaciones. El veredicto debe ser “culpable” o “no culpable”. Se sobreentiende que asentiré a un veredicto de “no culpable” y, por supuesto, el jurado pronunciará su fallo.

CARSON: Por supuesto el veredicto será que el proceso de justificación está comprobado y que las palabras fueron publicadas para beneficio público.

CLARKE: El veredicto es “no culpable”.

JUEZ COLLINS: El veredicto es “no culpable”. Pero se ha llegado a ello por este proceso. Debo decir al jurado que la justificación fue probada; y que era cierto en substancia y hecho que el demandante había “alardeado de sodomita”. Debo también decirles que tienen

que admitir que la declaración se ha publicado en forma tal como para ser de beneficio público. Si admiten estos dos puntos, el veredicto será “no culpable”.

VEREDICTO

EL SECRETARIO DEL TRIBUNAL: Caballeros del Jurado: ¿Encuentran probada o no la justificación?

EL PRESIDENTE DEL JURADO: Sí.

SECRETARIO: ¿Encuentran que el acusado es no culpable?

PRESIDENTE: Sí. (*Aplausos*).

SECRETARIO: ¿Ése es el veredicto de todos?

PRESIDENTE: Sí.

SECRETARIO: ¿Fue publicado para beneficio público?

PRESIDENTE: Sí.

CARSON: Por supuesto, los costes de la defensa se establecerán enseguida.

JUEZ COLLINS: Sí.

GILL: ¿Y Lord Queensberry será absuelto?

JUEZ COLLINS: Naturalmente.

(La absolución formal fue recibida con aplausos. El tribunal levantó la sesión).

PRIMER PROCESO

NOTA AL PRIMER PROCESO

Una vez perdida la demanda, y con la declaración añadida al veredicto de que la acción de Queensberry había sido «a beneficio público», la caída de Wilde era cosa segura.

«Wilde salió en coche del Old Bailey hacia el hotel Holborn Viadut, donde se le había reservado una habitación para almorzar y donde pronto se reunió con Robert Ross, Lord Alfred Douglas y Lord Douglas de Hawick. Allí escribió una carta para el *Evening News*: «Habría sido imposible para mí probar mi demanda sin llevar a Lord Alfred Douglas al banco de los testigos en contra de su padre. Lord Alfred Douglas estaba sumamente deseoso de comparecer, pero yo no he querido que lo hiciese. Habría sido colocarle en una postura muy penosa y decidí retirarme del asunto y cargar sobre mis propios hombros cualquier ignominia y afrenta que pudiera resultar de mi querrela contra Lord Queensberry.» Después del almuerzo Wilde fue en coche al hotel Cadogan, donde Douglas tenía habitaciones. Allí, sus amigos le instaron a marcharse al extranjero, pero Wilde se limitó a esperar el golpe del destino. Aquella misma noche, entre las siete y las ocho, fue detenido y llevado a Bow Street, donde le leyeron los cargos que había contra él. Al día siguiente fue trasladado a la cárcel de Holloway.

Inmeditamente, la sociedad victoriana, encabezada por la prensa, desató una tempestad contra Wilde. El magistrado del tribunal de policía se negó a admitirle la fianza, lo que significaba que no podría reunir pruebas para su descargo o conseguir dinero en un momento en que ambas cosas eran vitales para su defensa. Sus acreedores obtuvieron un mandato judicial contra él, lo ejecutaron en su casa, embargaron sus bienes y casi todo fue vendido por una bagatela, aunque algunos objetos de uso personal los compraron sus amigos y se los devolvieron después. Una chusma de ladrones y explotadores de lo sensacional irrumpió en las habitaciones, descerrajaron los cajones y se apropiaron de manuscritos y todo lo que pudieron encontrar en su camino. El escándalo afectó a todos los sectores de la sociedad. Los trenes y barcos que comerciaban con el continente compitieron de pronto para satisfacer una explosiva demanda de vacaciones anticipadas. Los que tenían cartas de Wilde se precipitaron a quemarlas. La chusma gritaba chistes obscenos por las calles, y cualquier persona que tuviese el pelo un poco largo, que llevase monóculo o que vistiese demasiado elegante, estaba expuesto a que le gritasen «Oscar», como sinónimo de homosexual. Tal fue la locura desatada que los hijos de Wilde tuvieron que abandonar el colegio para que no contagiaran a los demás alumnos.

El juicio comenzó en el Old Bailey ante el Juez Charles el 26 de abril y duró cinco días. Los prejuicios creados contra Wilde por la prensa, la corrompida declaración de los testigos, la injusticia con que fue tratado por los magistrados, la venta de sus bienes, la desertión de gente con la que creía contar: todo indicaba que no obtendría una sentencia favorable.

Clarke intentó rechazar el cargo de asociación ilícita entre Oscar Wilde y Taylor basándose en que si aquello se mantenía, los acusados no podían ser citados como testigos; el Juez se opuso, lo cual trajo como consecuencia que la prueba contra Taylor, que no era generalmente una prueba contra Wilde, influyera de manera decisiva sobre el Jurado en contra de Wilde. Clarke consiguió sin embargo desvirtuar la mayor parte de la prueba fiscal y hacer que fueran expulsados del banco los testigos por perjurios, y obtuvo la absolución del cargo de asociación ilícita. El proceso terminó con desacuerdo del Jurado. Wilde parecía cansado y apático, y no mostró ningún deseo de lucha, aunque en algún momento recobró el dominio de sí mismo y se vio lo que podría haber hecho de no estar su ánimo entumecido por las semanas pasadas en la cárcel de Halloway y por la angustia mental experimentada.

PRIMER DÍA

TRIBUNAL CRIMINAL CENTRAL,
OLD BAILEY, LONDRES

(Viernes 26 de abril de 1895)

JUEZ: Honorable Juez Charles.

ABOGADOS DE LA CORONA: Charles Frederick Gill, Horace Ivory, Arthur Gill. (Por mandato del Presidente de la Fiscalía del Estado).

ABOGADOS DEL DETENIDO OSCAR WILDE: Edward Clarke, Charles William Mathews, Travers Humphreys. (Por mandato de los señores C. O. Humphreys hijo y Kershaw).

ABOGADOS DEL DETENIDO ALFRED TAYLOR: John Peter Grain, William Clarke Hall. (Por mandato de los señores Arthur Newton y Cía).

ABOGADOS DE SIDNEY MAJOR: Leonard Kershaw. (Por mandato de los señores C. O. Humphreys hijo y Kershaw).

SECRETARIO DEL TRIBUNAL: *(Leyó veinticinco fórmulas de acusación en contra de Oscar Wilde, Alfred Taylor y otros)*. Exhorto a los acusados a contestar.

CLARKE: Su señoría. Expongo como opinión propia que los detenidos no pueden ser exhortados a contestar en un proceso que contiene cargos que caen bajo la ley criminal en lo correccional y también cargos que caen bajo el estatuto referente a la asociación ilícita. Hay veinticinco cargos. Con respecto a los que están bajo la ley criminal en lo correccional, los detenidos son testigos competentes en su propio interés, mientras que, en lo referente a los cargos por asociación ilícita, no son testigos competentes y no pueden ser llamados a declarar. Bajo estas circunstancias, en mi opinión, no pueden ser exhortados a contestar la demanda en un proceso que contiene ambas series de cargos. Porque si son llamados como testigos, deberán declarar en cargos con respecto a los cuales no son testigos competentes. Así como no es posible mezclar un crimen con una felonía en un proceso, porque prevalecen diferentes tipos de proceso, tampoco las ofensas imputadas al detenido pueden unirse a otro proceso, porque dichas ofensas no son compatibles con el mismo método de juicio. En consecuencia, me opongo al proceso, por contener cargos incompatibles.

GILL (CHARLES FREDERICK): Los detenidos están inculpados en el proceso por cometer actos previstos por el párrafo once de la ley criminal en lo correccional, de

mil ochocientos ochenta y cinco, y son testigos evidentemente válidos si desean dar testimonio en relación con esos cargos.

Los únicos otros cargos en el proceso son cargos por el consentimiento en dejar cometer los actos previstos por la sección once de la ley criminal en lo correccional de mil ochocientos ochenta y cinco. El declarar en los primeros cargos sin duda los dejará al descubierto para ser interrogados en ambos, pero no hay injusticia en que los detenidos sean procesados por cargos tan cercanamente similares.

CLARKE: Yo no discutía por injusticias, sino desde el punto de vista legal.

JUEZ CHARLES: Lo esencial es saber si los cargos pueden ser legalmente unidos en el mismo proceso, de acuerdo al presente estado de la ley. Indudablemente antes de la aprobación de la ley criminal en lo correccional de mil ochocientos ochenta y cinco los cargos por delitos reales y asociaciones ilícitas para cometerlos, debían estar legalmente unidos aunque, si la justicia lo requiriera, podría exhortarse a la acusación a declarar con cuáles de los cargos va a iniciar el proceso. ¿Pueden unirse legalmente ahora? ¿Ha significado alguna diferencia en los juicios criminales el que para ciertos cargos los acusados sean testigos competentes y para otros no lo sean? No estoy de acuerdo con los puntos de vista del señor Clarke. Modestamente pienso que, a pesar de que la legislación ha prescrito que en ciertos cargos previstos por la ley criminal en lo correccional de mil ochocientos ochenta y cinco los acusados son testigos competentes, esa circunstancia no ha alterado la ley general con referencia a la unión de cargos por delitos.

Siento la inconveniencia del actual estado de cosas, pero, al mismo tiempo, no creo que el hecho de que los detenidos sean testigos competentes en algunos casos y no sean competentes en otros me autorice a declarar que por ley esos cargos no puedan ser unidos en el mismo proceso.

WILDE: Yo, Oscar Finge O'Flahertie Wills Wilde, declaro no ser culpable de los cargos que se me imputan.

TAYLOR: Yo, Alfred Waterhouse Somerset Taylor, declaro no ser culpable de los cargos que se me imputan.

CLARKE: Le pediría a Su Señoría que, ejerciendo su discreción, pusiera a elección de los demandantes si se comienza con los cargos por asociación ilícita o por los otros cargos.

GILL: El asunto de esa elección queda a la completa discreción de Su Señoría.

JUEZ CHARLES: Eso es imposible. Si los detenidos son exhortados a declarar, deberán ser interrogados en todo el proceso, aunque serán autorizados a declarar, principalmente, en el proceso que cae bajo la ley criminal en lo correccional. El hecho de que el doble proceso sea inconveniente, no justifica que yo pidiera a la acusación que dejara de lado una de sus partes.

DISCURSO DE LA ACUSACIÓN

GILL: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del Jurado: Debo rogarles que desechen de sus mentes todo lo que puedan haber oído o leído acerca de los detenidos y que abandonen todo prejuicio hacia cualquiera de las partes, y se acerquen al caso con la mente absolutamente libre de preocupaciones, prudentes e impar-

ciales. Los cargos contra los detenidos se relacionan con una cantidad de jóvenes que serán llamados a comparecer ante ustedes. El cargo contra Taylor, con respecto a algunos de estos jóvenes, si no a todos ellos, es el de que actuó para el otro detenido, de que proporcionó estos jóvenes para que el detenido Wilde tuviera la oportunidad de cometer actos de vergonzosa indecencia con ellos. Los detenidos están inculpados también por estar de acuerdo en que los jóvenes fueran proporcionados para que el detenido Wilde pudiera cometer esos actos con ellos. En lo referente a los cargos previstos por la sección once de la ley criminal en lo correccional, los acusados pueden comparecer en calidad de testigos, si así lo desean.

JUEZ CHARLES: No, señor Gill. No estoy en nada de acuerdo con eso. Si declaran serán examinados con relación a todo el proceso, pero serán autorizados a declarar principalmente tan sólo en los cargos previstos por la ley criminal en lo correccional.

GILL: Como lo desee Su Señoría. Caballeros: El detenido Wilde es bien conocido como autor dramático y en general como un literato de éxito desusado. Ha vivido, hasta su arresto, en su casa de la calle Tite, en Chelsea, donde vive su esposa con los hijos del matrimonio. El detenido Taylor ha tenido numerosos domicilios, pero en la época que abarca este proceso ha vivido en la calle Little College, y después en la calle Chapel. No obstante Wilde ha tenido una casa en la calle Tite, ha ocupado en diferentes épocas habitaciones en Saint-James Place, en el hotel Savoy y en el hotel Albemarle. Se demostrará que Wilde y Taylor estaban unidos por ciertos propósitos inmorales. Hace dos años, Taylor alquiló, pagando tres libras por mes, las

habitaciones en los altos de una panadería cerrada, en la calle Little College, Westminster. Amuebló estas habitaciones de una manera extraordinaria. Estaban tapizadas y amuebladas de una forma curiosa. Taylor es un hombre sin profesión. No tenía servidumbre en estos cuartos de ventanas con pesados cortinados, con sus velas ardiendo todo el día, y la lánguida atmósfera pesada de perfumes. Allí se reunían hombres. Y allí Wilde fue presentado por Taylor a los jóvenes que prestarán declaración en este caso. Wilde no titubeó, poco después de su presentación a Taylor, en explicarle para qué propósitos necesitaba de su trabajo. Taylor tenía relación con un grupo de hombres jóvenes, que tenían el hábito de dar sus cuerpos o de venderlos a otros hombres, con propósitos de sodomía.

Parece que había una cantidad de jóvenes ocupados en este abominable tráfico y que cada uno y todos ellos eran conocidos por Taylor, que reclutaba jóvenes y buscaba para ellos hombres despreciables, que estaban dispuestos a pagar bien la complacencia de su vicio favorito.

Se verá que Taylor también estaba entregado a la sodomía y que se complacía también en estas prácticas obscenas con los mismos jóvenes que accedió a proporcionar a Wilde. En casi todas las oportunidades en que Wilde visitó estas habitaciones, había presente un joven con el que cometía el acto de sodomía.

Los primeros nueve cargos en este proceso se refieren a la mala conducta con el muchacho llamado Parker; los tres siguientes con Frederick Atkins; dos más a incidentes en el hotel Savoy; dos con el joven Mavor, y el último referente a la conducta de Wilde con el muchacho llamado Shelley. El caso de los Parker puede ci-

tarse como una muestra de los otros, en los que prefiero detenerme con menos minuciosidad. Se verá que Taylor corrompió a estos muchachos y los indujo a encontrarse con Wilde, asegurándoles que éste era muy liberal en sus pagos. En lo concerniente a Taylor, el más serio cargo contra él en este proceso es la tentativa de cometer el delito de sodomía con los dos muchachos llamados Parker.

Cuando Taylor dejó sus habitaciones de la calle Chapel, dejó abandonados una cantidad de papeles comprometedores, que se exhibirán durante las declaraciones en contra de los detenidos. A su debido tiempo les demostraré que existe una amplia confirmación de las acusaciones hechas por los jóvenes Charles y William Parker, de la calle Bow. El estatuto no requiere que en esos casos de mala conducta se hagan confirmaciones, pero es preferible que las haya, si éstas se pueden obtener. De todas maneras habrá abundante confirmación por declaraciones independientes y por testimonio documentado de la historia contada por los dos Parker.

El joven Atkins acompañó al detenido Wilde a París y no hay ninguna duda de que el detenido se habrá empeñado, de la manera más sistemática, en influenciar la mente de este joven hacia corrientes viciosas, y moldearle a su propio gusto depravado. El uso del nombre de pila de Wilde, a quien Taylor llama Oscar en una nota que le dirige a Mavor, diciéndole que vaya a verle enseguida en la calle Tite, sugiere la naturaleza de las relaciones que existían entre Mavor y Wilde, que era lo suficientemente viejo como para ser su padre.

Hay una diferencia en la relación de Wilde con Shelley, el muchacho que conoció en el negocio de sus editores, señores Mathews y Lane, donde estaba emplea-

do. Fue una relación con vistas a la literatura, pero que siguió, después, las mismas etapas que las otras. Les pido, caballeros del jurado, que presten a este caso, por más doloroso que sea, su más celosa y atenta consideración, ya que les aseguro que los testigos que llamaré los justificarán de hallar culpables a los detenidos de todos los cargos sostenidos en la acusación.

TESTIMONIO DE LA ACUSACIÓN

PARKER (CHARLES): Tengo veintiún años de edad. Tengo un hermano, William. He estado empleado de ayuda de cámara y mi hermano de lacayo. A principios de mil ochocientos noventa y tres me encontraba sin ocupación. Recuerdo que un día, en esa época, estaba con mi hermano en el bar del restaurante Saint-James. Taylor entró y nos habló. Nos era completamente desconocido. Habló sobre los hombres. Nos señaló las prostitutas que frecuentan Picadilly Circus, diciendo: "No comprendo cómo hombres sensibles gastan su dinero en basura pintada como ésa. No obstante, muchos lo hacen. Pero hay unos pocos que saben más. Bien; ustedes podrían ganar dinero de cierta forma". Yo comprendí a lo que se refería Taylor y le contesté groseramente.

GILL: Debo pedirle que me diga qué fue lo que realmente le contestó.

PARKER: No me gusta decirlo.

GILL: Usted era menos escrupuloso entonces, me permito observarle. Le ruego me diga las palabras.

PARKER: Dije que si cualquier viejo con dinero se en-

caprichaba conmigo, estaba conforme. Me encontraba apurado de dinero.

GILL: ¿Qué dijo Taylor?

PARKER: Se rió y dijo que hombres más ricos y mejores que yo preferían cosas de ese tipo. Después de darle a Taylor nuestra dirección, nos separamos.

GILL: ¿Mencionó Taylor al detenido Wilde?

PARKER: Esa vez no.

GILL: ¿Dónde encontró a Wilde por primera vez?

PARKER: Taylor nos pidió que le visitáramos a él (Taylor) al día siguiente, en la calle Little College. Fuimos a la mañana siguiente. Nos dijo que podía presentarnos a un hombre que tenía bastante dinero y que debíamos encontrarnos con él (Taylor) en el bar del Saint-James. Al otro día fuimos al bar del Saint-James y vimos a Taylor allí. Nos llevó a un restaurante de la calle Rupert. Creo que era el Solferino. Se nos condujo arriba, a un reservado, donde había una mesa puesta para cuatro. Poco después entró Wilde y nos presentaron formalmente. Nunca le había visto antes, pero había oído hablar de él. Cenamos alrededor de las ocho. Los cuatro nos sentamos a cenar; Wilde a mi izquierda.

GILL: ¿Quién era el cuarto?

PARKER: Mi hermano, William Parker. Le había prometido a Taylor que me acompañaría.

GILL: ¿Fue una buena cena?

PARKER: Sí. La mesa estaba iluminada por velas con pantallas rojas. Bebimos bastante *champagne* con la comida y *cognac*, y después *café*. Wilde pagó la cena. Al principio la conversación fue sobre temas generales. Nada se dijo de los propósitos por los cuales nos habíamos reunido. Posteriormente Wilde me dijo: “¿Éste es el muchacho para mí? ¿Quieres venir al Savoy conmi-

go?” Yo consentí y Wilde me llevó en un coche al hotel. Sólo fuimos los dos, dejando atrás a Taylor y a mi hermano. En el Savoy fuimos primero a la sala de Wilde, en el segundo piso.

GILL: ¿Se le ofreció más bebida allí?

PARKER: Sí. Tomamos licores. Entonces Wilde me pidió que fuéramos a su dormitorio.

GILL: Sepamos lo que ocurrió allí.

PARKER: Cometió conmigo el acto de sodomía. Antes de irme el señor Wilde me entregó dos libras, diciéndome que volviera dentro de una semana al hotel Savoy. Fui, una semana después, a las once de la noche. Cenamos con *champagne*. Wilde, en esta ocasión, cometió los mismos actos de la primera vez. Me quedé alrededor de dos horas. Cuando me fui, Wilde me dio tres libras. Recuerdo haber ido más adelante con mi hermano a la calle Little College número trece. Dormimos allí con Taylor. Taylor nos contó entonces que había celebrado una especie de matrimonio con un joven llamado Mason.

GILL: ¿Dijo quién actuaba de mujer?

PARKER: Sí. Dijo que él; que estaba vestido de mujer y que había tenido banquete de bodas. En esa ocasión Taylor me hizo proposiciones indecentes que no acepté. En las habitaciones de Taylor en la calle Chapel, estuve más o menos durante quince días. Wilde solía ir allí y sucedían las mismas cosas que en el Savoy. Tuve durante quince días o tres semanas una habitación en Park Walk número cincuenta, en Chelsea. Mientras viví en esa casa, Wilde me visitó allí. Wilde me pidió que me imaginara que yo era una mujer y él mi amante. Tenía que darle esa ilusión. Acostumbraba a sentarme en sus rodillas y él solía... divertirse como se diverti-

ría un hombre con una mujer. Wilde insistía en que esa ilusión obscena se mantuviera. Wilde me visitó una noche en Park Walk entre las once y media y las doce. Dejó su coche esperando afuera. Como consecuencia de esto mi casera me notificó que debía irme y me fui.

GILL: ¿Aparte de dinero, le dio el señor Wilde algunos regalos?

PARKER: Sí. Me regaló una pitillera de plata y un anillo de oro. No creo que los muchachos sean diferentes de las chicas en eso de conseguir regalos de los que están contentos con ellos.

GILL: ¿Empeñó la pitillera y el anillo?

PARKER: Sí.

GILL: ¿Dónde más fue a visitar a Wilde?

PARKER: Visité a Wilde en sus habitaciones de Saint-James Place. Taylor me dio la dirección. Wilde tenía un dormitorio y una sala que se comunicaban entre sí. He estado allí por la mañana y a la hora del té. En una de esas ocasiones ocurrió un acto indecente entre Wilde y yo.

GILL: ¿En dónde más estuvo con Wilde?

PARKER: En el restaurante Kettner.

GILL: ¿Qué sucedió allí?

PARKER: Cenamos allí. Siempre tomábamos mucho vino. Wilde solía hablar de poesía y arte durante la cena, y también de los antiguos tiempos romanos.

GILL: ¿En una ocasión fueron desde el Kettner a la casa de Wilde?

PARKER: Sí. Fuimos a la calle Tite. Era muy tarde ya. Wilde se abrió paso con un llavín. Pasé la noche durmiendo con el detenido, y él mismo me franqueó la salida temprano, a la mañana siguiente, antes de que nadie se levantara.

GILL: ¿Dónde más ha visitado usted a ese hombre?

PARKER: En el hotel Albemarle. Lo mismo ocurrió allí. La última vez que vi a Wilde fue en la calle Trafalgar, hace unos nueve meses. Estaba en un cabriolet y me vio. Se bajó del coche y me habló. Me preguntó cómo estaba y dijo: "Bueno. Estás tan bonito como de costumbre". Entonces no me pidió que fuera a ninguna parte con él. Durante el tiempo de mi relación con Wilde veía con frecuencia a Taylor.

GILL: ¿A quiénes más solía encontrarse en Little College?

PARKER: A Scarfe, Atkins y Wood, entre otros.

GILL: ¿Siguió su relación con Taylor hasta que ocurrió cierto incidente, en agosto? ¿Usted fue arrestado en el curso de un registro en la calle Fitzroy?

PARKER: Sí.

GILL: ¿Tenían lugar allí orgías de las más vergonzosas?

PARKER: Sí.

GRAIN: Protesto ante Su Señoría contra la introducción de asuntos extraños al proceso. Con seguridad tengo bastante que contestar.

GILL: Deseo hacer ver que la amistad de Parker con Taylor cesó después de ese incidente. (*Al testigo*). ¿Cuándo terminó usted su relación con Taylor?

PARKER: En agosto de mil ochocientos noventa y cuatro. Me fui al campo y me empleé.

JUEZ CHARLES: ¿Qué ocupación era?

PARKER: Me enrolé. Mientras estaba con mi regimiento, fui entrevistado por el abogado de Lord Queensberry, que tomó nota de una declaración mía.

GILL: ¿Hasta que trabó conocimiento con Taylor se había mezclado usted con hombres para la perpetración de actos indecentes?

PARKER: No; nunca.

CLARKE: ¿Cuándo se enroló?

PARKER: El tres de septiembre.

CLARKE: ¿Cuándo fue entrevistado en el campo, con referencia a este caso?

PARKER: Hacia finales de marzo.

CLARKE: ¿Quién le vio a usted?

PARKER: El señor Russell.

CLARKE: ¿Hubo alguna investigación, antes de eso?

PARKER: No. Ésa fue la primera vez que oí hablar de estos asuntos. Me enrolé con mi propio nombre. No sé cómo me descubrió el señor Russell.

CLARKE: ¿Usted afirmó en Bow Street haber recibido treinta libras para no decir nada sobre cierto asunto?

PARKER: Sí. Afirmé en el tribunal policial que había recibido treinta libras, parte de una suma exigida a un caballero, con quien yo había cometido actos de indecencia. Recibí las treinta libras unos días antes de ser arrestado, en agosto de mil ochocientos noventa y cuatro. No puedo recordar la fecha exacta, pero fue uno o dos meses antes de enrolarme.

CLARKE: No le pregunto el nombre del caballero a quien le fue exigida esa suma, pero sí el de los dos hombres que exigieron el dinero y le dieron treinta libras.

PARKER: Wood y Allen. No podría decirle dónde está Allen ahora. Solía vivir en la calle Crawford. Sé que Wood es testigo en este caso.

CLARKE: ¿Cuándo tuvo lugar el incidente por el cual usted recibió treinta libras...? ¿Cuánto tiempo antes?

PARKER: No lo puedo precisar.

CLARKE: ¿Usted había tenido un comportamiento indecente con el caballero en cuestión?

PARKER: Sí. Pero sólo en una ocasión, en la calle Camera, en Chelsea.

CLARKE: ¿Donde usted vivía?

PARKER: Sí. El caballero vino a mi habitación.

CLARKE: ¿Por invitación suya?

PARKER: Me preguntó si podía ir.

CLARKE: ¿Y usted le llevó a su casa?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Y Wood y Allen entraron allí mientras usted estaba con el caballero?

PARKER: No.

CLARKE: ¿Cuánto le dijeron Allen y Wood que habían conseguido?

PARKER: No recuerdo.

CLARKE: Trate de recordar.

PARKER: Trescientas o cuatrocientas libras.

CLARKE: ¿Fue la primera suma de dinero que usted recibía en esas circunstancias?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Qué hizo con las treinta libras?

PARKER: Las gasté, más o menos en dos días.

CLARKE: ¿Usted dice positivamente que el señor Wilde cometió sodomía con usted en el Savoy?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Pero usted tenía el hábito de acusar a otros caballeros de la misma ofensa?

PARKER: Nunca, a menos que se hiciera.

CLARKE: ¿Debo entender que usted chantajeó al caballero?

PARKER: No, señor. Yo he aceptado dinero, pero me había sido ofrecido como pago por la ofensa. Yo he sido requerido. Nunca he sugerido esta ofensa a caballeros.

CLARKE: Sírvase escribir el nombre y dirección de su último patrón.

PARKER: (*Escribe en un papel que entregado a Clarke*). Estuve al servicio de ese caballero como ayuda de cámara, durante nueve o diez meses. No dejé el puesto sin una recomendación.

CLARKE: ¿No dijo usted que su patrón le había acusado de haberle robado algunas ropas?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Cómo supo usted que había dicho eso?

PARKER: Me escribó, para decírmelo y para pedirme que le devolviera las cosas, lo cual hice. No eran ropas. Eran corbatas y cuellos.

CLARKE: Está bien; yo las llamo ropas. ¿Tiene usted una referencia por escrito?

PARKER: Sí.

CLARKE: Pero, ¿no fue escrita antes de que el robo de las ropas fuera descubierto?

PARKER: Sí, así es.

CLARKE: ¿Fue usted alguna vez a la calle D'Oyley, en Chelsea?

PARKER: No; nunca.

CLARKE: Cuando Taylor le preguntó si alguna vez usted salía con hombres y sacaba dinero por ello ¿comprendió lo que quería decir?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Había oído hablar de esas cosas antes?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Entonces fue con la intención de someterse a tales prácticas cuando visitó a Taylor?

PARKER: No.

CLARKE: Entonces, ¿por qué le visitó?

PARKER: Porque él me lo pidió.

CLARKE: ¿Quiere decir salir con caballeros y sacar dinero?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Usted era consciente de las prácticas a las cuales iba a someterse?

PARKER: Sí. Yo le dije a Wilde que quería conseguir trabajo en las tablas. Sabía que Wilde era dramaturgo y tenía mucho que ver con teatros, y le sugerí que podría ayudarme. Mostró curiosidad por mi familia y por mis asuntos, y le dije que mi padre era vendedor de caballos.

CLARKE: ¿Cuando aceptó ser presentado al señor Wilde sabía perfectamente el propósito que motivaba la presentación?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Y le pareció un conversador brillante y entretenido?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿La puerta estaba cerrada con llave, durante el tiempo que describe?

PARKER: En la primera visita al hotel Savoy, Wilde cerró con llave la puerta del dormitorio. No vi ningún sirviente mientras abandonaba el hotel. Me fui en un cabriolet. En cuanto a la segunda visita, Wilde me había dicho el día y la hora en que tenía que ir. Encontré a Wilde ocupando las mismas habitaciones. Di mi nombre y el portero me llevó en el ascensor. Wilde, en esa ocasión, también cerró la puerta con llave. Seguro que quien me vio allí fue el mozo que sirvió la cena. Era en el segundo o tercer piso; no sé con seguridad cuál. En la sala Wilde llamó al mozo con el timbre y éste fue con bebidas y las introdujo. El dormitorio y la sala se comunicaban. El señor Wilde no cerró con llave

la sala, sino el dormitorio. Yo no conocía al señor Wilde ni de vista, hasta que fui presentado a él en el restaurante. Yo no vi más que a un portero, a la entrada del hotel.

CLARKE: ¿No había nada oculto en su visita, no es cierto? ¿Usted daba su nombre, se le llevaba arriba y cuando salía no evitaba a ninguno de los sirvientes?

PARKER: Eso mismo.

CLARKE: ¿Otras personas, aparte del señor Wilde, iban a verle a su alojamiento en Park Walk?

PARKER: Sí. Taylor me visitaba allí, por la mañana.

CLARKE: ¿Y Wood fue?

PARKER: No. Tampoco Allen. Conocí a Allen poco tiempo antes de enrolarme. Casi en la misma época trabé conocimiento con Cliburn.

CLARKE: ¿Si usted no conocía a ninguno de los dos antes de eso, por quién se enteró de las cartas que tenía Wood?

PARKER: No lo recuerdo. Supe que Wood se había ido a Norteamérica y que tenía en su poder algunas cartas escritas por Wilde. Creí que se las había llevado consigo.

CLARKE: ¿Sabía que Wood las había robado?

PARKER: Sí. No recuerdo por quién me enteré.

CLARKE: ¿Sabía que Wood había conseguido veinte o treinta libras del señor Wilde, por algunas cartas?

PARKER: No sabía que había conseguido el dinero. Supe por alguien, no recuerdo quién, que Wood había encontrado las cartas en unas ropas que le habían sido regaladas por Lord Douglas. Nunca vi las cartas.

CLARKE: Las habitaciones del señor Wilde, en la calle Saint-James, situadas en la planta baja, ¿eran muy notorias?

PARKER: Sí. Había sirvientes masculinos. El salón era una especie de biblioteca..., había un montón de libros por todas partes.

CLARKE: ¿Sugiere usted que en esas habitaciones, tal como las ha descrito, ese tipo de conducta se repetía y repetía?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Fue ocultamente de visita con Wilde al music-hall?

PARKER: No.

CLARKE: ¿Usted compartió un palco con él, en el Pavilion?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Conoce usted una persona de nombre Harrington?

PARKER: Le conocí en la pista de patinaje de Knightsbridge, algún tiempo antes de encontrar a Taylor.

GRAIN: ¿No fue usted presentado a Taylor por Harrington?

PARKER: No. Me parece que Harrington estaba en el bar Saint-James, pero él no hizo la presentación.

GRAIN: ¿Wood le visitaba con frecuencia en la calle Camera?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Está usted seguro de que la cantidad de treinta libras mencionada por Sir Clarke es la única suma de dinero que usted ha recibido bajo circunstancias similares?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Wood no le ha sugerido nunca personas de las cuales él podía obtener dinero, haciéndole participe a usted?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Está seguro de esto?

PARKER: Sí, completamente seguro. Me encontraba en apuros en aquella época, pero no tenía deudas. Tenía unos pocos chelines en el bolsillo.

GRAIN: ¿Dijo usted a la policía que cuando se quedó con Taylor, en la calle Chapel número tres, todas las noches, durante quince días "él no me hizo nada a mí y yo no le hice nada a él"?

PARKER: Supongo que habré dicho eso.

GRAIN: ¿Seis meses después de haber entrado en relación con Taylor, fue usted a París?

PARKER: Sí. Fui con un compositor, un autor de ópera. Estuve con él alrededor de un mes. Fui como ayuda de cámara. Me pagaba dos guineas por semana. Viví en diferente lugar que el caballero, pero iba todas las mañanas a su residencia para atenderle.

GRAIN: ¿Conoce usted una persona llamada Burton?

PARKER: Sí. Sabía que Atkins y Burton vivían en el mismo lugar.

GRAIN: ¿Fue a Montecarlo con Burton?

PARKER: Sí, en mil ochocientos noventa y cuatro. Sólo nos quedamos unos días.

GRAIN: ¿Wood fue con ustedes?

PARKER: No.

GILL: ¿Conoció usted a Lord Alfred Douglas?

PARKER: Sí. Taylor me le presentó. Sabía que las cartas a que él se refería eran de Lord Douglas. Hasta que me encontré con Taylor, no conocía ni a Atkins, ni a Wood, ni a Allen, ni a Cliburn, ni a Burton.

GILL: ¿Cuándo conoció a Wood?

PARKER: Alrededor de seis meses antes de que se fuera a Norteamérica.

COMPARECE WILLIAM PARKER,
QUE ES INTERROGADO POR GILL

PARKER, WILLIAM: Soy hermano de Charles Parker. He estado empleado como lacayo. Estuve presente en la cena con Wilde y Taylor, descrita por el anterior testigo. En esa ocasión Wilde dedicó toda su atención a mi hermano. Con frecuencia le daba de comer en la boca con su propio tenedor o cuchara. Mi hermano aceptó una guinda de la propia boca de Wilde. Mi hermano la tomó con su boca y esta escena se repitió varias veces. Mi hermano se fue con el detenido al Savoy y yo me quedé con Taylor, que dijo: "Su hermano tiene suerte. A Oscar no le importa lo que gasta si le gusta un muchacho". Fui dos veces a la calle Little College y una noche mi hermano y yo dormimos con Taylor en la misma cama. Taylor trató de perpetrar sodomía conmigo. Poco después me fui al campo, donde conseguí empleo. No tuve nada más que ver ni con Taylor ni con Wilde.

CLARKE: ¿En qué se empleó?

PARKER: De lacayo.

CLARKE: ¿Qué hizo aquella noche después de cenar?

PARKER: Me fui a casa después de haber tomado una o dos copas.

CLARKE: ¿No había tomado bastante en la comida?

PARKER: Sé cuándo he tomado suficiente.

CLARKE: ¿Sabía, cuando fue con su hermano a la comida, que serían tratados como mujeres y que les pagarían por eso?

PARKER: Así lo entendí.

COMPARECE LA SEÑORA ELLEN GRANT,
QUE ES INTERROGADA POR EL SEÑOR GILL

GRANT: Soy la propietaria y ama de llaves de la casa número trece de la calle Little College. El detenido Taylor se alojó en mi casa durante un año y ocho meses. Tenía allí cuatro habitaciones, por las que pagaba tres libras mensuales. No tenía criados y hacía su propia comida en una estufa a gas. Las ventanas de sus habitaciones estaban tapadas con tarlatana artificialmente extendida, y cortinas oscuras y de encaje. Estaban suntuosamente amuebladas e iluminadas con lámparas de diferentes colores y velas. Las ventanas no se abrían nunca ni se limpiaban y no se dejaba entrar la luz del día. La luz del día no podía entrar, ya que las cortinas estaban siempre corridas. No había cama. Solamente un colchón elástico en el piso del dormitorio.

GILL: ¿Qué vestimentas vio usted en dichas habitaciones?

GRANT: He visto una peluca, unos zapatos y unas medias de mujer. Nunca vi un vestido.

GILL: ¿Había perfumes allí?

GRANT: Sí.

GILL: ¿Mucho perfume?

GRANT: El señor Taylor solía quemar esencias. La camisa de dormir del señor Taylor estaba abrochada con un prendedor de oro.

GILL: Los visitantes del señor Taylor, ¿eran hombres o mujeres?

GRANT: Hombres. Jóvenes de dieciséis a treinta años. He visto a Alfred Wood allí. Una vez se quedó tres semanas. Otros eran Sidney Mavor, Charles Ma-

son y Ernest Macklin. Mavor y Mason se quedaban a menudo a pasar la noche con Taylor. Había frecuentes reuniones a la hora del té.

GILL: ¿Quiénes iban, hombres o mujeres?

--GRANT: Oh, siempre hombres. Taylor solía dirigirse a sus visitantes por su nombre de pila. Charlie querido ó' querido muchacho, decía. He oído hablar al señor Taylor con alguien a quien llamaba Oscar, pero yo no vi nunca al señor Wilde allí. Una vez traté de abrir la puerta y me encontré con que estaba cerrada con llave. Oí hablar en voz baja y risas, y entré en sospechas, aunque no me gusta meterme en esas cosas. Taylor dejó las habitaciones en agosto de mil ochocientos noventa y tres.

GILL: Antes de irse, ¿estuvo allí un sargento de la policía?

--GRANT: Sí.

--GILL: ¿Y usted le mostró las habitaciones de Taylor, a su requerimiento?

--GRANT: Sí.

' CLARKE: ¿Vio alguna vez al señor Wilde en la casa?

GRANT: Repito que nunca le vi.

GRAIN: ¿Usted se dio cuenta de que la peluca y las otras cosas eran para que Taylor se disfrazara?

GRANT: Sí. Eran un disfraz.

GILL: ¿Cómo era la casa de Little College?

GRANT: Es una casa muy antigua. El piso bajo era, originariamente, una panadería.

COMPARECE LA SEÑORA LUCY RUMSBY,
QUE ES INTERROGADA POR GILL

RUMSBY: Alquilé una habitación a Charles Parker, en el número cincuenta de Park Walk, en Chelsea, en mil ochocientos noventa y tres. Cuando hubo estado allí quince días, le pedí que se mudara, a causa de las quejas de otro inquilino.

COMPARECE LA SEÑORA MARGERY BANCROFT,
QUE ES INTERROGADA POR EL SEÑOR AVORY

BANCROFT: Soy inquilina en la casa número cincuenta de Park Walk. Taylor solía visitar a Charles Parker allí. Una noche, muy tarde, alguien llegó a la puerta en coche y entró en la casa. Después oí que bajaban las escaleras y, al mirar por la ventana, vi al señor Wilde entrar al coche acompañado por alguien que podría ser Parker. Tuve mis sospechas y me quejé a la casera a la mañana siguiente. Sabía que era el señor Wilde porque me lo habían señalado antes, un día que estaba parado fuera de la Real Academia con dos señoras.

COMPARECE LA SEÑORA SOFÍA GRAY
QUE ES INTERROGADA POR EL SEÑOR GILL

GRAY: Taylor se alojó en mi casa en el número tres de la calle Chapel, desde agosto hasta diciembre de mil ochocientos noventa y tres. Ocupaba dos habitaciones. He visto allí a Parker y, también, al señor Wilde.

Wilde estuvo allí sólo una vez, permaneciendo unos pocos minutos. Parker se quedaba toda la noche. Otros hombres jóvenes venían a ver a Taylor y se quedaban a solas con él, largo tiempo. Taylor decía, únicamente, que eran empleados a los que buscaba ocupación. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando allí. (*Risas*). Cuando Taylor se fue, se olvidó una caja de papeles que le entregué al señor Russell, abogado de Lord Queensberry.

COMPARECE FREDERICK KEARLEY,
QUE ES INTERROGADO POR EL SEÑOR GILL

KEARLEY: Soy un detective-inspector, retirado. Examiné los documentos abandonados por Taylor en la casa número tres de la calle Chapel. Entre ellos encontré este pedazo de papel, en el cual Charles Parker había dejado anotada su dirección, en el Saint-James.

COMPARECE ALFRED WOOD,
Y ES INTERROGADO POR EL SEÑOR AVORY

WOOD: Yo era empleado. En enero de mil ochocientos noventa y tres estaba sin trabajo. Conocí a Taylor en esa época. Por ese tiempo fui a vivir a la casa de la calle Little College, donde me quedé tres semanas. Dormía en la misma habitación que Taylor. No había más que una cama allí. Un mes después de haber sido presentado a Taylor conocí a Wilde. Le fui presentado por un caballero, en el Café Royal.

AVORY: ¿Quién era el caballero?

WOOD: ¿Debo decir el nombre?

AVORY: Sí, tiene que decirlo.

WOOD: Lord Alfred Douglas, quien me presentó mediante un telegrama a Wilde.

JUEZ CHARLES: Por lo que decía, cualquiera hubiera creído que usted había sido presentado personalmente.

WOOD: De acuerdo al telegrama que recibí, fui al Café Royal, una noche a las nueve. El señor Wilde estaba sentado allí. Me habló él primero. Me preguntó: "¿Es usted Alfred Wood?" Yo le dije que sí. Me invitó a tomar algo y yo tomé algo. Luego me invitó a ir a cenar al Florence. Fui con él y cenamos en un reservado.

AVORY: ¿Qué clase de comida fue?

WOOD: Muy buena, una de las mejores que pueden tomarse.

AVORY: ¿Qué vino tomaron?

WOOD: Después de la cena fui con el señor Wilde a la calle Tite número dieciséis. Según me parece, no había nadie en la casa. Wilde me franqueó la entrada con un llavín. Subimos a un dormitorio, donde tomamos vino del Rhin y soda. Allí ocurrió un acto de muy vergonzosa indecencia. El señor Wilde usó de su influencia para obligarme a consentir. Me puso casi borracho... Poco después me encontré acostado en un canapé con él. Sin embargo pasó un buen rato antes de que le permitiera cometer el acto de indecencia.

AVORY: ¿Le dio algún dinero, esa noche?

WOOD: Sí, en el Florence. Creo que me dio más o menos tres libras. Dijo que pensaba que necesitaría algún dinero para comprar cosas, y me dio el dinero antes de sugerir que fuéramos a la calle Tite. Me quedé en su casa alrededor de una hora. Me pidió que nos en-

contráramos de nuevo en la esquina de la calle Tite. Dos o tres días después, a las once de la mañana, me dirigí a esa esquina. El señor Wilde llegó en un coche y entramos en su casa. Comí un poco de pollo en la despena. Después nos dirigimos al dormitorio, donde bebimos algo. No recuerdo que cometiéramos ningún acto de indecencia esa noche. Me quedé poco tiempo. No recuerdo haber ido nunca más a la calle Tite.

AVORY: ¿Se encontró con Wilde alguna otra vez?

WOOD: Vino una vez a mi cuarto, en la calle Langham.

AVORY: ¿Sabía usted que iba a ir?

WOOD: Sí.

AVORY: ¿Cómo lo sabía?

WOOD: Teníamos una cita. Me compró media docena de camisas, algunos cuellos y pañuelos, una cadena y un reloj de plata. Antes de salir de compras tomamos el té.

AVORY: ¿Le había dado dinero en otras ocasiones?

WOOD: Sí. Me había dado dos o tres libras cuando me encontraba.

AVORY: ¿Hasta cuándo duró su amistad con Wilde?

WOOD: Hasta finales de marzo.

AVORY: ¿Cómo terminó?

WOOD: Le dije a Taylor que quería alejarme de cierta clase de gente, y creo que se lo mencioné al señor Wilde, quien me dio treinta libras. Le vi en las habitaciones de Taylor.

AVORY: ¿Qué pasó entre ustedes?

WOOD: El señor Wilde me preguntó si quería irme a Norteamérica. Le dije que sí. Entonces me comunicó que me daría el dinero. Me dijo: "Usted tiene algunas cartas que quisiera recobrar", y me dio treinta libras.

AVORY: ¿En qué forma?

WOOD: Dos billetes de diez y dos de cinco.

AVORY: ¿Era verdad que usted poseía cartas suyas?

WOOD: Sí. No recuerdo cuántas. No recuerdo haberlas entregado de nuevo al señor Wilde. Puedo haberlas puesto sobre la mesa.

AVORY: ¿Esas cartas le pertenecían?

WOOD: No. Eran cartas que encontré en unas ropas que me había regalado Lord Alfred Douglas. Eran cartas del señor Wilde a Lord Alfred Douglas. Al día siguiente me encontré con el señor Wilde en el Florence. Me había invitado a almorzar allí con él. Fue un almuerzo muy bueno. Tomamos *champagne*. Mientras almorzábamos, Wilde dijo: "Treinta libras son muy poco para ir a Norteamérica. Le mandaré cinco libras más". Me las mandó con un mensajero. Me fui a Norteamérica dos o tres días después.

AVORY: ¿Conoce usted a un muchacho llamado Sidney Mavor?

WOOD: Sí; le encontré en las habitaciones de Taylor. Era conocido de Sidney.

SEGUNDO DÍA

(Sábado 27 de abril de 1895)

COMPARECE ALFRED WOOD,
QUE ES INTERROGADO POR CLARKE

WOOD: Me fui a Norteamérica en mil ochocientos noventa y tres y volví al año siguiente. Le manifesté al señor Wilde que deseaba apartarme de la clase de gente con la que él estaba relacionado y fue por esas manifestaciones que me dio treinta libras.

CLARKE: ¿Qué ha estado haciendo desde su regreso?

WOOD: Bueno, no he hecho gran cosa.

CLARKE: ¿No ha hecho nada?

WOOD: No he tenido un empleo regular.

CLARKE: Ya me imaginaba que no.

WOOD: No encuentro nada que hacer.

CLARKE: ¿En realidad no ha tenido ningún trabajo respetable en tres años?

WOOD: Bueno... no.

CLARKE: Charles Parker me ha dicho que usted y un hombre llamado Allen obtuvieron trescientas o cuatrocientas libras de un caballero y que usted le dio a Parker treinta libras. ¿Es eso cierto?

WOOD: Esto... Yo... Yo no conseguí el dinero. No..., no me lo pagaron a mí.

CLARKE: Bien, bien. Digamos: ¿Consiguió usted treinta libras de un caballero?

WOOD: Yo no. Fue Allen.

CLARKE: ¿Estaba usted allí?

WOOD: Sí... yo... estaba allí.

CLARKE: ¿Quiere decir que usted entró en la habitación mientras el caballero estaba allí con Parker?

WOOD: ¡Yo no! Yo no, señor. Fue Allen quien entró primero.

CLARKE: De cualquier modo, conteste: ¿Allen y usted consiguieron de ese caballero trescientas o cuatrocientas libras? ¿Conteste!

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿Y usted le dio a Parker treinta libras?

WOOD: Yo no... Quizá se las dio Allen. Yo no sé la cantidad exacta que recibió.

CLARKE: ¿Cuánto sacó usted?

WOOD: Ciento setenta y cinco libras.

CLARKE: ¿Por qué?

WOOD: Esto... bueno, me las dio Allen.

CLARKE: ¿Entonces el que Wilde le diera treinta libras para que se apartara de esta clase de gente no tuvo resultado muy satisfactorio? Hable claro. (*La impaciencia de Clarke se justifica por el hecho de que el testigo, durante todo el tiempo que duró el interrogatorio, pareció estar mascando algo*).

WOOD: Estuve empleado todo el tiempo que estuve en Norteamérica.

CLARKE: ¿Cómo vivió al regresar?

WOOD: De algún dinero que me dejó mi padre. Yo era menor de edad cuando me fui a Norteamérica.

CLARKE: ¿Fue antes de que consiguiera las ciento setenta libras?

WOOD: No.

CLARKE: ¿Cuándo tuvo usted su último empleo respetable en Inglaterra?

WOOD: Poco antes de conocer al señor Wilde.

CLARKE: Déme la fecha.

WOOD: Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo...

CLARKE: Escriba en un trozo de papel el nombre del lugar donde estuvo empleado por última vez y la fecha.

WOOD: (*Después de escribir*). Pero... no quiero que se sepa.

CLARKE: (*Después de leer el papel*). Usted no da la fecha.

WOOD: No me acuerdo.

CLARKE: ¿Qué hacía allí?

WOOD: Empleado... era un empleado.

CLARKE: Bien, bien. ¿Dejó su empleo en mil ochocientos noventa y uno?

WOOD: No puedo decirlo. Creo que puede haber sido a finales de mil ochocientos noventa y dos.

CLARKE: ¿Qué edad tenía cuando dejó el empleo? ¿Lo dejó en circunstancias honrosas para usted?

WOOD: Sí. Fue hace tres años.

CLARKE: ¿Desde entonces usted no ha tenido ningún sueldo en Inglaterra?

WOOD: No, señor.

CLARKE: ¿Cómo vivía entonces?

WOOD: Con el dinero que me dejó mi padre.

CLARKE: ¿Qué? ¿Quiere decir algo más?

WOOD: Que he estado ayudando a mi hermano...

CLARKE: ¿Cuánto tiempo estuvo relacionado con Allen?

WOOD: Le conocí poco tiempo antes de embarcarme para Norteamérica.

CLARKE: ¿En qué época entró en posesión de las cartas que mencionó?

WOOD: En la época en que fui a Oxford, entre enero y marzo de mil ochocientos noventa y tres.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo estuvieron en su poder?

WOOD: Sólo unos pocos días.

CLARKE: ¿Cómo? ¿Hable claro!

WOOD: Estuvieron rodando por mis habitaciones durante mucho tiempo.

CLARKE: ¿Se las dio a alguien más?

WOOD: No.

CLARKE: ¿Recibió una carta de Sir George Lewis?

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿Tenía conocimiento de que una de esas cartas hubiera sido copiada, antes de recibir la carta de Sir Lewis?

WOOD: Yo no sé... Ninguna carta fue copiada con mi conocimiento.

CLARKE: Cuando devolvió las cartas, o las dejó sobre la mesa o hizo cualquier cosa con ellas, ¿sabía que había una que no había devuelto?

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿Dónde estaba ésa?

WOOD: La tenía alguien.

CLARKE: ¿Usted se la dio a él?

WOOD: No. Él me la sacó del bolsillo.

CLARKE: ¿Quedó en poder de Allen?

WOOD: No sé. Yo no quería volver a tenerla.

CLARKE: ¿Dijo usted en el tribunal policial que estaba mareado por la bebida, cuando fue por primera vez con el señor Wilde a la calle Tite?

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿Estaba mareado?

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo antes de que fuera interrogado por el tribunal policial hizo una declaración a alguien, un abogado, por ejemplo?

WOOD: Fue justamente después del arresto de Lord Queensberry.

CLARKE: ¿Quién fue a tomarle declaración?

WOOD: El señor Littlechild, el detective.

CLARKE: ¿Cómo le encontró?

WOOD: No lo sé.

CLARKE: ¿Dónde vivía entonces?

WOOD: En Hollaway.

CLARKE: Desde que volvió de América, ¿ha visitado a Charles Parker?

WOOD: Sí, en la calle Camera.

CLARKE: ¿Se ha quedado allí?

WOOD: No.

WOOD ES INTERROGADO POR
EL ABOGADO C.F. GILL

GILL: ¿A principios de mil ochocientos noventa y tres, estaba vivo su padre?

WOOD: No. Cuando estaba en mi casa vivía con mi madre.

GILL: ¿Ha sido culpable de actos de indecencia antes de conocer a Wilde?

WOOD: No; con ningún hombre, hasta que fui a la calle Little College.

GILL: ¿Cómo consiguió las cartas?

WOOD: Las encontré en los bolsillos de algunas ropas que me fueron dadas en Oxford.

GILL: ¿Alguien tomó más de una carta?

WOOD: Sí.

GILL: ¿Y devolvió todas, menos una?

WOOD: Sí.

GILL: ¿Sabía usted que se guardaba una?

WOOD: Sí.

GILL: ¿Las personas de las cuales quería separarse, cuando fue a Norteamérica, eran las mismas personas que han sido nombradas aquí?

WOOD: Algunas lo eran... y habrá otras.

GILL: ¿Qué quería decir con eso: "La clase de gente con la cual estaba mezclado"?

WOOD: Quería decir no sólo Wilde y Taylor, sino varios otros cuyos nombres no han sido mencionados.

GRAIN: (*Interroga a Wood*). Cuando conoció a Wilde, ¿fue por medio de un telegrama?

WOOD: Sí.

GRAIN: ¿El telegrama no era de Taylor?

WOOD: No.

JUEZ CHARLES: Ayer dijo de quién era.

COMPARECE THOMAS PRICE
Y ES INTERROGADO POR C. F. GILL

PRICE: Soy camarero en un hotel privado, en el número diez de Saint-James Place. El detenido Wilde tenía habitación allí desde octubre de mil ochocientos noventa y tres a abril de mil ochocientos noventa y cuatro. Las habitaciones estaban en la planta baja y consistían en un dormitorio y una sala, que se comunicaban. Reconozco al detenido Taylor y le he visto en la calle Saint-James en una ocasión. Un buen número de

jóvenes de baja condición social iban allí a ver a Wilde. Charles Parker fue allí cinco o seis veces. Solía preguntar por el señor Wilde y se le conducía a sus habitaciones. Almorzó una vez allí.

GILL: ¿Conoce a Atkins?

PRICE: Sí. Vino dos veces.

GILL: ¿Conoce a Scarfe?

PRICE: Sí. Scarfe vino cinco o seis veces, y un hombre llamado Bradford igual número de veces. El señor Wilde tenía llave, pero nunca dormía allí más de una docena de veces seguidas. Generalmente llegaba alrededor de las once de la mañana, hacía algunos trabajos literarios, salía a almorzar y volvía a la tarde.

COMPARECE FREDERICK ATKINS,
QUE ES INTERROGADO POR EL ABOGADO AVORY

AVORY: ¿Qué edad tiene usted?

ATKINS: Veinte años.

AVORY: ¿Cuál es su trabajo?

ATKINS: He sido fabricante de billares, he sido también secretario de un editor y comediante.

AVORY: ¿No hace nada ahora?

ATKINS: No.

AVORY: ¿Quién le presentó a los detenidos?

ATKINS: Fui presentado a Taylor por un hombre joven llamado Schwabe, en noviembre de mil ochocientos noventa y dos, y, después, por Taylor al señor Wilde.

AVORY: ¿Conoce a Lord Alfred Douglas?

ATKINS: Sí. Cené con él y el señor Wilde en el Florence.

AVORY: ¿Qué sucedió en la comida?

ATKINS: El señor Wilde besó al camarero.

AVORY: ¿Le pidió que fuera a París con él?

ATKINS: Sí. Estábamos sentados a la mesa, me puso su brazo alrededor de la cintura y me dijo que yo le gustaba. Arreglé encontrarme con él dos días después en la estación Victoria. Fui a París con él, como secretario privado. Parábamos en el número veintinueve del boulevard de los Capuchinos. Teníamos dos habitaciones allí. Una sala con un diván y un dormitorio, comunicados. El día de nuestra llegada a París hice algunos escritos para él. Después almorcé con él en el Café Julien. Salimos a dar un paseo ya por la tarde. Al día siguiente fuimos a una peluquería y me corté el cabello.

AVORY: ¿Le dijo al peluquero que se lo ondulara?

ATKINS: No. Lo hizo por su propia cuenta.

AVORY: ¿Wilde estaba allí?

ATKINS: Sí. Se estaba haciendo cortar el cabello y hablaba con el hombre, en francés, todo el tiempo. Después de cenar, en el segundo día que estábamos en París, fui al Moulin Rouge. El señor Wilde me dijo que no fuera, pero yo fui. Tuve que pagar para entrar. Tenía algún dinero que me había dado el señor Wilde.

JUEZ CHARLES: ¿Qué le dijo el señor Wilde para que no fuera?

ATKINS: El señor Wilde me dijo que no fuera a ver a esas mujeres, ya que las mujeres son la ruina de los muchachos jóvenes. El señor Wilde habló muchas veces sobre el mismo tema y siempre con el mismo objeto.

AVORY: ¿Qué sucedió cuando volvió al hotel?

ATKINS: Volví muy tarde. El señor Wilde estaba en cama. Fui a su cuarto y tomé algo. Un hombre, de unos veintidós años, estaba en la cama con el señor

Wilde. Era Schwabe. Me fui a acostar. Antes de levantarme, a la mañana siguiente, el señor Wilde entró en mi habitación. Eran alrededor de las nueve. Hablamos sobre el Moulin Rouge y le dije que me había divertido. El señor Wilde me dijo: "¿Puedo meterme en tu cama?". Le contesté que era hora de levantarme. El señor Wilde no se metió en mi cama. Un camarero entró trayendo el desayuno. Y, después de tomar una taza de café, me levanté. Volví a Londres con el señor Wilde, quien me dio dinero y una pitillera de plata. El señor Wilde me llamaba Fred y yo le llamaba Oscar. Después visitaba a Wilde en la calle Tite y, después, el señor Wilde me visitaba en la calle Onasburgh, donde vivía. En la última ocasión estaba presente también un joven llamado Harry Barford. Conozco de vista a Sidney Mavor y he oído llamarle "Jenny Mavor".

AVORY: ¿Fue a Saint-James Place a ver al detenido Wilde?

ATKINS: Sí; fui una vez.

CLARKE: ¿Estaba usted enfermo en la calle Onasburgh?

ATKINS: Sí. Tenía viruelas y fui trasladado al barco hospital. Antes de irme le pedí a Barford que le escribiera al señor Wilde, pidiéndole que viniera a verme, y así lo hizo. Fui trasladado al barco hospital al día siguiente.

CLARKE: ¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Wilde?

ATKINS: En el teatro Saint-James, cuando salió al escenario, al final de la obra.

CLARKE: ¿Cuándo conoció usted al caballero a quien vio en París?

ATKINS: A principios del noventa y dos.

CLARKE: ¿Le había prometido el caballero llevarle a París, antes de que usted encontrara al señor Wilde?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Y no pudo ir en la fecha fijada?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Así que, entonces, el señor Wilde le llevó a usted?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Está seguro de que volvió de París con Wilde?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Tuvo lugar alguna cosa impropia entre usted y el señor Wilde?

ATKINS: Nunca.

CLARKE: ¿Vivió usted alguna vez con un hombre llamado Burton?

ATKINS: Sí. En la calle Onásburgh, en la calle Tashbrook y otros lugares.

CLARKE: ¿De qué trabajaba?

ATKINS: Un corredor de apuestas para las carreras de caballos. Un profesional. Entraba en calidad de empleado suyo al hipódromo. También he actuado en music-hall.

CLARKE: ¿Ha estado usted también comprometido en negocios de chantaje?

ATKINS: No lo recuerdo.

CLARKE: ¡Piense!

ATKINS: Nunca conseguí dinero de esa forma.

CLARKE: ¿No ha obtenido dinero Burton de ciertas personas, basándose en que habían cometido actos de indecencia con usted?

ATKINS: No, señor.

CLARKE: ¿Ha salido usted a la calle vestido de mujer?

ATKINS: (*Riéndose*): Juro que no lo he hecho.

CLARKE: Este Burton, con su conocimiento, ¿no trató de sacar dinero a caballeros, acusándoles o amenazando con acusarles de ciertas ofensas?

ATKINS: Que yo sepa, no.

CLARKE: Al responder así, me obliga a precisar. ¿El nueve de junio de mil ochocientos noventa y uno, usted y Burton no obtuvieron una gran suma de dinero de un caballero de Birmingham?

ATKINS: Por supuesto que no.

CLARKE: ¿Bajo qué nombres actuaba?

ATKINS: Tengo un nombre profesional. Algunas veces me llamaba a mí mismo *Denny*.

CLARKE: ¿Burton obtenía dinero de ciertas personas?

ATKINS: No.

CLARKE: (*Escribe un nombre en un papel que alcanza al testigo*). ¿Conoce este nombre?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Sabe usted algo sobre un caballero de Birmingham?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Dónde vivía usted el nueve de junio de mil ochocientos noventa y uno?

ATKINS: En Lennox Garden, Chelsea.

CLARKE: ¿En esa fecha no fue un caballero de Birmingham a las habitaciones en las cuales vivía usted, y entró en ellas Burton, y entre él y usted le sacaron una suma grande a ese caballero?

ATKINS: Por supuesto que no. Nunca sucedió nada por el estilo.

CLARKE: Entonces le pregunto yo si, en julio de mil ochocientos noventa y uno Burton no tomó habitaciones con usted en la calle Tashbrook.

ATKINS: Sí. Y vivió allí conmigo.

CLARKE: ¿Jura usted que nunca llevó a ese caballero cuyo nombre escribí anteriormente, a su casa, desde el Criterium?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Tenía entonces el hábito de llevar caballeros a su casa?

ATKINS: No con el propósito de chantajearlos.

CLARKE: ¿Entonces, con propósitos indecentes?

ATKINS: No.

CLARKE: Déme el nombre de dos o tres personas que haya llevado a su casa en esa dirección.

ATKINS: No puedo. Los he olvidado.

CLARKE: ¿No le sustrajo el reloj a ese caballero y se lo dio a Burton?

ATKINS: No.

CLARKE: Ahora le voy a hacer una pregunta directa y le pido que sea cuidadoso en su respuesta. ¿Fueron llevados alguna vez usted y Burton a la comisaría policial de Rochester Bow?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Y Burton?

ATKINS: Creo que no. Al menos yo no lo sé.

CLARKE: ¿Llevó usted al caballero a su casa?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Entró Burton y le amenazó?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Usted le sustrajo el reloj y la cadena?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Fue usted conducido a la comisaría la noche siguiente y devolvió allí el reloj y la cadena?

ATKINS: No; nunca.

CLARKE: ¿Dónde vive Burton actualmente?

ATKINS: No creo que viva en ninguno de los lugares mencionados. Hace seis meses que no le veo.

CLARKE: Estando vestido de mujer ¿llevó usted a su casa en la calle Alderney número treinta y cinco de Pimlico, a un caballero en agosto de mil ochocientos noventa y dos?

ATKINS: No; nunca me he vestido de mujer.

CLARKE: ¿No dio ese caballero, a Burton, un cheque por doscientas libras, a la orden de Saint Dennis o Denny o a nombre del que ese caballero pensaba era el nombre de usted?

ATKINS: No. Juro que eso no sucedió nunca.

CLARKE: ¿Ha estado usted alguna vez en el hotel Victoria, en la avenida Northumberland?

ATKINS: Nunca he estado allí.

CLARKE: Alrededor de dos años atrás, ¿no fue usted y alguien más allí, con dos caballeros norteamericanos?

ATKINS: No. No lo hice nunca.

CLARKE: Creo que lo hizo. Tenga cuidado con sus respuestas. ¿Apareció Burton allí, y exigió dinero a esos caballeros?

ATKINS: Nunca he estado allí en mi vida.

CLARKE: ¿Conoce el hotel Anderton, en la calle Fleet?

ATKINS: Nunca he estado allí.

CLARKE: ¿No pasó la noche allí, con un caballero, al cual amenazó a la mañana siguiente con un escándalo?

ATKINS: ¡No!

CLARKE: ¿Cuándo fue al extranjero con Burton?

ATKINS: Creo que en febrero de mil ochocientos noventa y dos.

CLARKE: ¿Cuándo fue de viaje con él, por última vez?

ATKINS: En la primavera pasada.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo estuvieron fuera?

ATKINS: Oh, alrededor de un mes.

CLARKE: ¿Dónde se hospedaron?

ATKINS: En el hotel Gaze, en Niza. Fuimos a Montecarlo una tarde.

CLARKE: ¿Estaban de vacaciones?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Las cuales combinó con los negocios, en la forma usual para usted? (*El testigo no contestó*) ¿Qué hacían Burton y usted en Niza?

ATKINS: Simplemente nos divertíamos.

CLARKE: ¿Durante esta visita de placer usted y Burton pelearon, no es así?

ATKINS: ¡Oh, no!

CLARKE: ¿No hubo ninguna disputa allí?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Y a pesar de eso cortaron una amistad, establecida desde hacía mucho tiempo, después de esa visita?

ATKINS: Renuncié a estar empleado con corredores de apuestas.

CLARKE: ¿Qué nombre usaba Burton en las carreras?

ATKINS: Watson, era el nombre que usaba para recibir apuestas.

CLARKE: ¿Chantajeó usted en Niza a un caballero?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Está seguro de que entre usted y Burton no hubo ninguna pelea?

ATKINS: Puede ser que haya habido alguna pequeña riña. No recuerdo.

GRAIN: ¿Fue a Scarborough, alrededor de un año atrás?

ATKINS: Sí.

GRAIN: ¿Cuál era su ocupación allá?

ATKINS: Estaba contratado profesionalmente. Cantaba en el Aquarium.

GRAIN: ¿Trabó conocimiento allí con un caballero extranjero, un conde?

ATKINS: No trabé ningún conocimiento.

GRAIN: (*Escribe un nombre en un pedazo de papel, que es dado al testigo*) ¿Conoció usted a ese caballero?

ATKINS: No. Oí mencionar su nombre en Scarborough.

GRAIN: ¿Habló usted alguna vez con él?

ATKINS: No. Oí a otros jóvenes hablar con él. Tenía un gran yate anclado en la bahía.

GRAIN: Ahora le pregunto a usted, ¿no obtuvieron usted y Burton dinero de ese noble, hasta la suma de 500 libras?

ATKINS: No, yo tenía un contrato en el Aquarium. Recibía por semana cuatro libras y diez chelines. Estuve tres semanas.

GRAIN: ¿Ha vivido usted alguna vez en la calle Buckingham Palace?

ATKINS: Sí.

GRAIN: Entonces mire el nombre que está escrito en ese pedazo de papel. ¿Conoce ese nombre?

ATKINS: No, nunca lo había visto antes.

GRAIN: ¿Recuerda haber sido presentado a un hombre de edad, en la ciudad?

ATKINS: No.

GRAIN: ¿Le llevó usted a su habitación y le robó la libreta de anotaciones?

ATKINS: No.

GRAIN: ¿Le amenazó para sacarle dinero?

ATKINS: No.

GRAIN: ¿Fue luego usted o Burton a la oficina del caballero y le amenazó con divulgar el contenido de la libreta de anotaciones a menos que le entregara una gran suma de dinero?

ATKINS: No.

GRAIN: ¿Fue alguna vez con Burton a un lugar de los suburbios en la línea sudoeste?

ATKINS: No.

GRAIN: ¿Conoció usted alguna vez a un hombre llamado Driver?

ATKINS: Sí. En las carreras. No era más que un conocido. Nunca me acompañó en ninguna de mis giras como cantante.

GRAIN: ¿Qué otros domicilios ha tenido en Londres durante los últimos tres años?

ATKINS: Ninguno, aparte de los que mencioné.

COMPARECE MARY APPLGATE,

Y ES INTERROGADA POR EL ABOGADO GILL

APPLGATE: Soy ama de llaves en la calle Osnáburgh número veintiocho, en Regent Park. Antes era sirvienta allí. Que yo sepa el señor Wilde visitó la casa dos veces. Llegó a las cinco de la tarde y se fue a las siete. Las dos visitas coincidieron en la misma semana: Una de las sirvientas vino a quejarse por el estado de las sábanas de la cama en la que Atkins durmió después de la primera visita del señor Wilde. Las sábanas estaban manchadas... de un modo especial.

COMPARECE ARTHUR MAVOR,

QUE ES INTERROGADO POR EL ABOGADO GILL

MAVOR: Vivo en el número sesenta y seis de Sainte-Helen Gardens, en North Kensington. He hecho una sociedad para gestionar negocios, con un amigo, en la ciudad. Encontré a Taylor por primera vez en el teatro Gaiety, en mil ochocientos noventa y dos. Taylor se presentó él mismo y fue muy cortés y amigable. Luego Taylor me invitó a ir a la calle Little Golllege, y fui a tomar el té. Volví a tomar el té allí alrededor de una docena de veces. Dormí allí con Taylor. Fui presentado por Taylor a diferentes personas. En ese tiempo no pensé que tuviera ningún propósito ulterior. Un día, no obstante, Taylor me dijo: "Conozco a un hombre con una posición influyente, que te puede ser muy útil, Mavor. Le gustan los jóvenes cuando son modestos y de aspecto agradable. Te presentaré". Quedó arreglado que cenáramos en el Kettner's, a la noche siguiente. Fui a ver a Taylor, que me dijo: "Me alegro de que te hayas arreglado. Al señor Wilde le gustan los muchachos pulcros y agradables". Esa fue la primera vez que se mencionó el nombre de Wilde. Al llegar al restaurante fuimos conducidos a un reservado. Un hombre llamado Schwabe, Wilde y otro caballero entraron. Creo que el otro caballero era Lord Douglas. Me pareció rara la conversación, durante la comida, pero no demasiado extraña, porque sabía que Wilde era un bohemio. Me sentaron al lado de Wilde, que de vez en cuando me daba un tirón de orejas o me golpeaba despacio, debajo de la barbilla. Pero, aparte de esto, no hizo nada que fuera

objetable. Wilde le dijo a Taylor: "Nuestro muchacho tiene maneras agradables. Debemos frecuentarle más". Wilde tomó mi dirección y, al poco tiempo, recibí una pitillera de plata con mi nombre de pila grabado en el interior. Estaba dedicada: «A Sidney, de O. W. Octubre, mil ochocientos noventa y dos». ¡Fue una gran sorpresa para mí! (*La pitillera es alcanzada al tribunal. Luego a los jurados, cuyos miembros la examinaron con gran interés*). En el transcurso del mismo mes recibí una carta del señor Wilde, citándome para verle en el hotel Albemarle. Mientras tanto había encontrado al señor Wilde en salones de té, en la calle Little College. Llegué al hotel pasadas las ocho, y cenamos en un reservado, que se comunicaba con dos dormitorios. Me quedé toda la noche. Cuando me quedé en el hotel no tuvo lugar ningún acto reprochable. Llamaba al señor Wilde "Oscar" y él me llamaba "Sidney". Nunca he sido llamado por un sobrenombre y no sabía que tuviera uno. Luego encontré al señor Wilde, de nuevo en las habitaciones de Taylor. Cuando fui al hotel estaba sin empleo. Después de ver al procurador señor Russell, el treinta de marzo, no visité a Taylor, ni recibí carta de él.

GILL: ¿Había visto a Wilde en las habitaciones de Taylor por la tarde?

MAVOR: No.

GILL: ¿Después de ver a Wilde en el Albemarle, le vio otra vez?

MAVOR: Sí. Dos o tres veces más.

CLARKE: ¿Tuvo lugar algo inconveniente entre el señor Wilde y usted?

MAVOR: No.

CLARKE: ¿El señor Wilde le dio dinero?

MAVOR: Nunca. Siempre me alegró mucho ser amigo del señor Wilde.

CLARKE: Con respecto a la cena en que usted estuvo presente, ¿el caballero que daba la cena era de alguna posición social?

MAVOR: Sí.

GRAIN: ¿Taylor le envió o le dio algunos cheques, no es así?

MAVOR: Sí.

GRAIN: ¿Eran, meramente, el pago de un dinero que usted le había prestado?

MAVOR: Sí.

GILL: El caballero de posición que dio la cena era bastante joven ¿no?

MAVOR: Sí.

GILL: ¿Estaban también presentes Taylor y Wilde?

MAVOR: Sí.

GILL: ¿Era la primera vez que se encontraban, no?

MAVOR: Así lo tengo entendido.

COMPARECE EDWARD SHELLEY,
QUE ES INTERROGADO POR AVORY

SHELLEY: Tengo veintitún años. En mil ochocientos noventa y uno estuve empleado como secretario en las oficinas de los señores Elkin Mathews y John Lane, editores, en Bodley Head, calle Vigo. En mil ochocientos noventa y dos preparaba la edición de un libro del señor Wilde. El señor Wilde acostumbraba a venir a las oficinas; siempre parecía apreciar mi presencia. Generalmente se detenía y me hablaba durante unos pocos minutos. Un día, al retirarse, me invitó a cenar

con él en el hotel Albemarle. Acudí a la cita. Estaba orgulloso de la invitación. Cenamos juntos en el comedor público. El señor Wilde estuvo muy amable y atento y me obligó a beber. Tomé *champagne* en la cena. Después, *whisky* con soda y cigarrillos, en la sala del señor Wilde.

AVORY: ¿Qué sucedió luego?

SHELLEY: No me gusta decirlo.

AVORY: ¿Sobre qué conversaron?

SHELLEY: La conversación del señor Wilde versó principalmente sobre libros y sobre mí. El señor Wilde me dijo: "¿Vendría a mi dormitorio?" No supe qué quería decir con aquello.

AVORY: ¿Accedió?

SHELLEY: Sí.

AVORY: ¿Qué sucedió allí, en el dormitorio?

SHELLEY: Al entrar en la habitación el señor Wilde me besó. También puso sus brazos a mi alrededor. Yo había estado tomando mucho vino. Me sentí insultado, rebajado, y me opuse con vigor. El señor Wilde dijo que lo sentía mucho, que había bebido demasiado. Me quedé esa noche y compartimos su cama. El señor Wilde me vio al día siguiente y me besó de nuevo, y hubo una repetición de lo que había sucedido la noche antes. El señor Wilde dijo que me podía hacer progresar, y me invitó a ir con él a Brighton, Cromer y París, pero yo no fui. Me regaló la colección de sus obras, incluso *El retrato de Dorian Gray*. Wilde escribió algo en sus libros, «A uno que estimo mucho», o algo por el estilo, pero yo arranqué las hojas que tenían las dedicatorias. Eso lo hice hace poco, después de enterarme de los cargos sugeridos por Lord Queensberry. Mi padre no aprobaba

mi amistad con el señor Wilde. Al principio pensé que el señor Wilde era una especie de filántropo, aficionado a la juventud y deseoso de ayudar a los jóvenes que prometían. Pero algunas conversaciones y acciones por parte del señor Oscar Wilde me hicieron cambiar de opinión.

AVORY: ¿Recibió cartas del señor Wilde?

SHELLEY: Sí. Las guardé hasta hace un par de años. En la misma época le escribí una carta al señor Wilde, en la que le decía que no podía tener más tratos con un hombre de su moralidad y que rompería la amistad que me ligaba a él.

JUEZ CHARLES: ¿Puede ser exhibida esa carta? (*La carta no fue presentada*). Esa carta no constituye ninguna evidencia.

SHELLEY: Eché al correo la carta, dando por terminada mi relación con el señor Wilde. No recibí respuesta.

CLARKE: Alrededor de dos años atrás, en mil ochocientos noventa y tres, ¿escribió cierta carta al señor Wilde?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Sobre qué tema?

SHELLEY: Era para romper nuestra relación.

CLARKE: ¿Cómo comenzaba la carta?

SHELLEY: Comenzaba «Señor».

CLARKE: ¿Me suministra un resumen de ella?

SHELLEY: «He sufrido más a causa de mi amistad por usted de lo que pueda llegar a saber nunca». Más adelante le decía que era un hombre inmoral y que, si podía, no le vería nunca más.

CLARKE: Si sucedió algo como lo que alega, se sentiría ultrajado.

-SHELLEY: Sí... así me sentí.

CLARKE: Entonces, ¿por qué cenó con él al día siguiente?

SHELLEY: Supongó que porque era un joven tonto. Traté de pensar lo mejor acerca de él.

CLARKE: ¿Está seguro de que no ha cometido ningún error con referencia a lo que dijo que ocurrió entre usted y el señor Wilde?

SHELLEY: No; no he cometido ningún error.

CLARKE: ¿Se le ocurrió, después de la segunda ocasión, que eso es un pecado?

SHELLEY: Sí. Me di cuenta que estaba cometiendo un pecado.

CLARKE: ¿Se familiarizó usted con algunas de las obras del señor Wilde?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Y hablaba de literatura con él?

SHELLEY: Sí, antes de ir al hotel Albemarle.

CLARKE: Parece que ha interpretado de la peor forma posible la afición del señor Wilde por usted. ¿Sus relaciones amistosas con el señor Wilde continuaron hasta el momento en que escribió esa carta?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Ha visto al señor Wilde desde entonces?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Después de esa carta?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Dónde le vio?

SHELLEY: Fui a verle a la calle Tite.

CLARKE: Voy a leer unos párrafos de la carta escrita por usted, después de los pretendidos actos indecentes: «Querido Oscar: Nunca olvidaré su bondad. Me doy perfecta cuenta de que nunca podré expresarle suficientemente mi agradecimiento...» ¿Tenía presente, en

el momento en que escribió esto, que el señor Wilde le había insultado, cuando usted bebió demasiado?

SHELLEY: Claro que no podía olvidarme de semejante cosa.

CLARKE: ¿Estaba bajo la dolorosa sensación de haber cometido un pecado?

SHELLEY: Trataba de olvidarlo. Quería pensar algo bueno de ese hombre. Pensaba que el señor Wilde estaría realmente arrepentido de lo que había hecho.

CLARKE: ¿Qué quiere decir con eso de “lo que había hecho”?

SHELLEY: De su conducta impropia con hombres jóvenes.

CLARKE: Sin embargo dice que él no practicó ninguna indecencia con usted.

SHELLEY: Porque vio que nunca le permitiría nada semejante. No trató de disimular conmigo lo que quería, o cuáles eran sus costumbres usuales con los hombres jóvenes.

CLARKE: ¿Y, sin embargo, le escribió cartas de agradecimiento que, en apariencia, respiran amistad?

SHELLEY: Fue por la razón que ya he dado.

CLARKE: Voy a leer párrafos de otras cartas del testigo, al señor Wilde. «He tenido una pelea terrible con mis padres. Me acusan de haraganería y de estar siempre enfermo y cansado de cuerpo y alma, a causa de mi vida austera». «Le imploro su ayuda, señor Wilde». «Estoy tratando de llevar una vida cristiana y aceptaré la pobreza como parte de la religión cristiana». ¿Estas cartas eran escritas a un hombre a quien usted consideraba inmoral?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: Bueno, bueno. Dejemos eso. Ahora diga-

nos: ¿Por qué abandonó esa firma editorial de la calle Vigo?

SHELLEY: Porque se llegó a saber que yo mantenía relaciones con Oscar Wilde.

CLARKE: ¿Dejó esa firma por propia decisión?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Por qué?

SHELLEY: Los empleados, mis compañeros de trabajo, se burlaban de mi amistad con Wilde.

CLARKE: ¿De qué manera?

SHELLEY: Decían cosas escandalosas. Me llamaban "señora de Wilde" y "señora de Oscar".

CLARKE: ¿Y usted se fue?

SHELLEY: Decidí finalizar una situación intolerable.

CLARKE: ¿Según creo, usted también estaba en malas relaciones con los de su casa?

SHELLEY: Sí, un poco...

CLARKE: ¿Creo que su padre le pidió que abandonara su casa?

SHELLEY: Sí. Se oponían fuertemente a mi amistad con el señor Wilde. Pero las diferencias entre nosotros terminaron.

CLARKE: Leeré otros párrafos de sus cartas: «Me he ido a trabajar a la ciudad, con un sueldo de cincuenta libras, que no me alcanza. Por eso le ruego que me ayude con algún dinero. No aceptaré nada de esa víbora de John Lane, que prometió ayudarme si rompía mi relación con usted». «Lane es un hombre detestable». ¿Estaba en su sano juicio cuando escribió eso?

SHELLEY: Creo que mi mente debía estar trastornada. No puedo recordar ninguna razón para llamar "víbora" al señor Lane. La única explicación es que mi cerebro estuviera agotado por el estudio.

CLARKE: En esta carta usted afirma: «Temo no estar en mi sano juicio».

SHELLEY: Yo no estaba bien en el momento de escribir esas cartas.

CLARKE: ¿Quiere decir que su cerebro no le respondía?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Cuándo recobró su equilibrio mental, si es que eso ha sucedido?

SHELLEY: Alrededor de octubre o noviembre del año pasado.

CLARKE: ¿Y ha estado bien, entonces?

SHELLEY: Creo que sí.

CLARKE: Sin embargo, me encuentro con que en enero de este año usted anduvo en serias dificultades.

SHELLEY: ¿En qué sentido?

CLARKE: Fue arrestado por agredir a su padre.

SHELLEY: Sí, es verdad.

CLARKE: ¿Le dijo su padre que abandonara su casa?

SHELLEY: Sí. Fue a causa de mi amistad con el señor Wilde.

CLARKE: ¿Sus padres le acusaban de holgazanería?

SHELLEY: Sí. Les parecía un vago.

CLARKE: ¿Estaba en su sano juicio cuando agredió a su padre?

SHELLEY: No, no debía estarlo.

CLARKE: ¿Adónde le llevaron?

SHELLEY: A la comisaría de policía de Fulham.

CLARKE: ¿Se le ofreció ponerle en libertad, bajo fianza?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Y usted avisó al señor Wilde, pidiéndole que le asistiera como avalista?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Qué sucedió?

SHELLEY: Una hora después mi padre se presentó en la comisaría. Me dejaron en libertad. Mi padre retiró la denuncia y el asunto terminó.

FREDERICK ATKINS COMPARECE LLAMADO
DE NUEVO POR EL ABOGADO CLARKE

CLARKE: *(Le ha entregado al juez un sumario, levantado por la policía, con los cargos imputados a Atkins. Al leerlo, el juez mostró de inmediato una severa expresión).* Ahora le conmino a atender y a ser muy cuidadoso. Voy a hacerle una pregunta. Piense antes de contestar.

JUEZ CHARLES: Tenga cuidado, de ahora en adelante, Atkins.

CLARKE: ¿El diez de junio de mil ochocientos noventa y uno vivía usted en la calle Tashbrook?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿En Pimlico?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿John Burton vivía allí con usted?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Fueron ustedes conducidos por un par de policías, placas trescientos noventa y seis A y quinientos A —aunque, probablemente, usted olvidó los números—, a la comisaría de Rochester Bow, acusados de haber exigido dinero a un caballero, con amenazas?

ATKINS: No... digo... bueno, que no me culparon de eso.

CLARKE: ¿Fueron llevados a la comisaría?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Usted y Burton?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿De qué se les acusaba?

ATKINS: De golpear a un caballero.

CLARKE: ¿En qué lugar se alegó que ustedes le golpearon?

ATKINS: En la mesa de juego.

CLARKE: ¿En sus habitaciones de la calle Tashbrook?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Cuál era el nombre del caballero?

ATKINS: No lo sé.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo hacía que le conocían?

ATKINS: Le habíamos conocido esa noche.

CLARKE: ¿Dónde le habían conocido?

ATKINS: En el Alhambra.

CLARKE: ¿Le habían visto antes?

ATKINS: Pero sin haber hablado con él.

CLARKE: ¿Habiéndolos conocido en el Alhambra fue con ustedes a la calle Tashbrook?

ATKINS: Sí, a jugar a las cartas.

CLARKE: ¿No sería para acusarle, una vez allí, de haber intentado cometer una indecencia?

ATKINS: No.

CLARKE: ¿Estaba Burton allí?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Había alguien más?

ATKINS: No creo.

CLARKE: ¿Estaba sobrio, el caballero?

ATKINS: ¡Ah, sí!

CLARKE: ¿A qué habitación fueron?

ATKINS: A la sala.

CLARKE: ¿Quién llamó a la policía?

ATKINS: No lo sé.

CLARKE: ¿La casera, tal vez?
ATKINS: Creo que fue ella.
CLARKE: ¿La casera hizo que les arrestaran?
ATKINS: No, nadie lo hizo...
CLARKE: Alguien tiene que haberlo hecho. ¿Quién fue?

ATKINS: Todo lo que puedo decirle es que no oí a nadie llamar a la policía.

CLARKE: ¿De todas maneras fueron conducidos a la comisaría y el caballero fue con ustedes?

ATKINS: Sí.

(Fue llamado el policía 396A. Se colocó cerca del banquillo del acusado, mientras Atkins se removía en su silla, mirándole con evidente inquietud).

CLARKE: Ahora le pregunto en presencia de este oficial, ¿la acusación hecha en las dependencias de la policía fue que usted y el caballero habían estado juntos en la cama?

ATKINS: Creo... creo que no.

CLARKE: Piense, antes de hablar; será mejor para usted. ¿No sucedió que la casera, al entrar de golpe en la habitación, los vio a usted y al caballero, desnudos sobre o dentro de la cama, juntos?

ATKINS: No recuerdo que ella entrara.

CLARKE: De todas maneras va a tenernos que decir todo. ¿Fue ésa la acusación?

ATKINS: Bueno... sí... fue ésa.

CLARKE: ¿Se habían propuesto ustedes sacarle dinero a ese caballero?

ATKINS: Le pedí algún dinero.

CLARKE: ¿En la comisaría, el caballero se negó a acusarles?

ATKINS: Sí.

CLARKE: ¿Usted y Burton fueron puestos en libertad?

ATKINS: Sí.

CLARKE: Hace dos horas, Atkins, le hice esas mismas preguntas y usted juró que nunca había estado preso y que nunca había sido llevado a la comisaría de Rochester, Bow. ¿Por qué me dijo semejantes mentiras?

ATKINS: No me acordaba de esas cosas.

JUEZ CHARLES: *(Muy severamente)*. Retírese.

COMPARECE ELKIN MATHEWS,
QUE ES INTERROGADO POR EL ABOGADO GILL

MATHEWS: Era socio del señor John Lane en una firma editorial: Boadley Head. En esa época estaba empleado allí el joven Shelley. La firma editaba al señor Wilde, quien de vez en cuando venía a la oficina. Llegó a mi conocimiento que Wilde le escribía a Shelley y, por ese motivo, Shelley fue despedido.

COMPARECE ALOYS VOGEL,
QUE ES INTERROGADO POR AVORY

VOGEL: Soy propietario del hotel Albemarle. El señor Wilde visitaba o paraba en el hotel varias veces, entre los años mil ochocientos noventa y dos y mil ochocientos noventa y tres. El señor Oscar Wilde tenía la costumbre de terminar sus obras de teatro en el Albemarle y entregarlas allí. Muchos jóvenes venían a verle y, al principio, pensé que venían de los teatros. Pero algo despertó mis sospechas, y después de la tercera visita llegué a la conclusión de que Wilde no debía venir

más al hotel. A través de mis abogados presioné a Wilde para que me abonara una pequeña cuenta pendiente, pensando que, al hacer esto, se abstendría de volver. A causa de mi salud me fui al extranjero, y al volver me encontré, con enorme disgusto, con que el señor Wilde había estado en el Albemarle, desde el primero hasta el diecisiete de enero de este año. Para evitar que volviera allí procedí a enviarle una nota, exigiéndole el pago de la cuenta de una semana.

GEORGE FREDERICK CLARIDGE COMPARECE
Y ES INTERROGADO POR EL ABOGADO GILL

CLARIDGE: Soy empleado de la firma Thornhill, Walter y Cía., joyeros y relojeros de la calle Bond, número ciento cuarenta y cuatro. Le he suministrado al señor Wilde pitilleras de plata y otros artículos. El señor Wilde me ordenó grabar en una de las pitilleras que compró la siguiente dedicatoria: «A Sidney de O. W.» El señor Wilde me dio instrucciones para que se enviara al señor S. A. Mavor, a una dirección que facilitó.

COMPARECE CHARLES ROBINSON
Y ES INTERROGADO POR AVORY

ROBINSON: Estoy empleado, como tenedor de libros, en el hotel Savoy. En marzo de mil ochocientos noventa y tres, el señor Wilde paró en el hotel. Ocupaba las habitaciones números trescientos sesenta y uno y trescientos sesenta y dos, y después las números trescientos cuarenta y tres y trescientos cuarenta y seis.

TERCER DÍA .

(Lunes 29 de abril de 1895)

GRAIN: (*Se dirige al juez Charles*). Yo no sé si Su Señoría tiene entre sus notas algunas referentes a que el testigo Shelley declaró que el detenido Taylor era un desconocido para él. La pregunta le fue hecha al testigo en el tribunal policial, pero creo que en este proceso no.

GILL: Con toda seguridad, no hay declaración de que el detenido Taylor haya conocido a Shelley.

JUEZ CHARLES: Procediendo de una manera estricta, no debería añadirlo aquí, ya que no fue declarado bajo juramento, ante mí. ¿Pero lo declaró ante un magistrado?

GRAIN: Así lo hizo, Señoría.

JUEZ CHARLES: Muy bien. Lo anotaré, si el jurado no tiene una impresión contraria.

PRESIDENTE DEL JURADO: El jurado comparte el punto de vista de Su Señoría.

COMPARECE ANTHONY MIGGE
Y ES INTERROGADO POR GILL

MIGGE: Soy masajista diplomado. Suelo acercarme al hotel Savoy para dar masajes a algunos clientes. Iba al hotel a darle masajes al señor Wilde, quien ocupaba

una habitación en el tercer piso. Era en marzo de mil ochocientos noventa y tres, del dieciséis al veinte, cuando una mañana al entrar a la habitación, después de llamar, vi a alguien en la cama. Al principio creí que era una mujer joven, ya que vi la cabeza, solamente, pero luego descubrí que se trataba de un muchacho joven. Era una persona de unos dieciséis a dieciocho años. El señor Wilde estaba en la misma habitación, vistiéndose. Me dijo que se sentía bien esa mañana y que, además, como tenía mucho trabajo, no se quedaría a seguir el tratamiento. Nunca volví a atender al señor Wilde.

CLARKE: ¿Usted había ido a la habitación a la hora de costumbre para el masaje, no es cierto?

MIGGE: Sí.

CLARKE: ¿Estaba cerrada con llave la puerta del dormitorio?

MIGGE: No; no estaba con llave.

CLARKE: ¿Y cuando usted abrió la puerta el señor Wilde se estaba vistiendo?

MIGGE: Sí.

CLARKE: ¿En qué parte de la habitación estaba?

MIGGE: Frente al lavabo.

COMPARECE JANE COTTEN,
Y ES INTERROGADA POR AVORY

COTTEN: Estoy empleada como camarera en el hotel Savoy. Recuerdo que el señor Wilde paró en el hotel, en marzo de mil ochocientos noventa y tres. Al principio ocupaba la habitación trescientos sesenta y uno y Lord Douglas la siguiente. Me vi precisada a llamar la

atención del ama de llaves a causa de la condición en que estaba la cama de Wilde.

AVORY: ¿A qué se refiere?

COTTEN: Las sábanas estaban manchadas en una forma... especial. Durante la tercera mañana de su estancia, el señor Wilde tocó el timbre que se usa para llamar a la camarera. Al contestar el recado encontré al señor Wilde en la puerta del número trescientos sesenta y uno y me dijo que quería que le preparara la chimenea en la habitación trescientos sesenta y dos. Allí vi a un muchacho de unos dieciocho años, con cabello oscuro, muy corto, y de cutis pálido. Unos días después Lord Douglas dejó el hotel y entonces el señor Wilde se mudó a una habitación del frente.

COMPARECE LA SEÑORA ANNIE PERKINS.
ES INTERROGADA POR GILL

PERKINS: Vivo en Southsea. Antes era ama de llaves del hotel Savoy. Jane Cotten me advirtió del estado del dormitorio del señor Wilde. Di las instrucciones pertinentes.

COMPARECE WILLIAM HARRIS.
ES INTERROGADO POR AVORY

HARRIS: Soy detective de la policía metropolitana. En mayo de mil ochocientos noventa y tres conseguí acceder, por medio de un subterfugio, a las habitaciones del detenido Taylor, en el número trece de la calle Little College. Las habitaciones estaban a oscuras. Las

cortinas corridas tapaban las ventanas. Las paredes y los techos estaban tapizados y llenos de colgaduras, abanicos y otros adornos. No había más cama que un jergón elástico, sobre el piso. Estaba todo perfumado. En la mañana del seis de abril de este año vi a Taylor salir de una casa en Denbigh Place, en Pimlico, y le arresté, diciéndole que tenía una orden de detención en su contra. Taylor dijo: "Muy bien. Le esperaba anoche. ¿Qué va a hacer conmigo?" Le contesté: "Le llevaré a la comisaría de la calle Bow, donde se le explicarán las causas de esta orden de detención. Tendrá que presentarse ante los magistrados". Llevé al detenido a la comisaría. El detenido tenía en su poder una citación en la causa instaurada por la Corona contra Queensberry.

GRAIN: ¿Estuvo Taylor presente durante la substanciación de ese juicio?

HARRIS: Tengo entendido que sí.

GRAIN: El oscurecimiento de las habitaciones de Taylor, ¿no era causado por los cortinajes usuales en las ciudades del continente y en los pisos modernos?

HARRIS: No puedo dar mi parecer sobre las ciudades del continente, pero en Inglaterra no he visto nunca nada semejante. No estaban puestas como se ponen las cortinas, sino estiradas fuertemente sobre toda la ventana.

COMPARECE CHARLES RICHARDS.
ES INTERROGADO POR EL SEÑOR GILL

RICHARDS: Soy inspector de la policía metropolitana. El día cinco de abril de mil ochocientos noventa y

cinco fui con el sargento Allen al hotel Cadogan, en la calle Sloane, y vi al detenido Wilde allí. Le dije: "Señor Wilde: Somos oficiales de policía y tenemos una orden de detención contra usted". Wilde replicó: "Bueno. ¿Adónde me llevarán?". Le dije: "Tendrá que ir conmigo a Scotland Yard y luego a la calle Bow, al tribunal de la policía". Wilde dijo: "¿Puedo ofrecer una fianza?" Le contesté: "No creo que pueda". Entonces conduje al señor Wilde a Scotland Yard. Al día siguiente, seis de abril, fui a registrar las habitaciones de Taylor. Allí encontré, entre otras muchas cosas, un broche de oro y varios pares de pantalones de extraña hechura.

COMPARECE THOMAS BROCKWELL,
Y ES INTERROGADO POR GILL

BROCKWELL: Soy inspector de investigaciones de la policía metropolitana. El día cinco de abril de mil ochocientos noventa y cinco, a las cinco de la tarde, recibí una orden de arresto emitida por Sir John Bridge contra el señor Oscar Wilde. Mientras estaba en Scotland Yard, el inspector Richards y el sargento Allen trajeron a Wilde. Cuando le fue leída la orden de arresto, Wilde estiró su mano y dijo que se le permitiera leerla. Tal cosa no fue permitida. Le dije: "No puedo hacer eso. Si hay algo que no entiende, se la leeré otra vez". Wilde preguntó: "¿Cuáles son las fechas mencionadas?" Le contesté: "El veinte de marzo y varias otras fechas". Wilde no contestó nada más. Llevaba consigo varias cartas, un memorándum y tres escritos. También un sobre dirigido a Sidney Mavor, con una nota escrita a lápiz por Taylor y una nota de Taylor a Wilde.

Cuando la acusación le fue leída, Wilde dijo: "¿Es ése el único cargo?"

GILL: *(Lee las dos notas de Taylor a las que se había referido el inspector Brockwell)*. «Señor Sidney Mavor. Estimado señor: No puedo esperar más tiempo. Venga enseguida. Y vea a Oscar. Él está en la calle Tite. Yo, aquí. Suyo. Alf. Taylor». «Querido Oscar: Anteayer, al salir de casa, dejé una nota para Sidney Mavor. Littlechild vino poco después, y, diciendo que deseaba escribir una nota, se introdujo en mi habitación. Al volver, advertí que la nota para Mavor había sido abierta. En su lugar había una de Littlechild, diciendo que deseaba verme a la mañana siguiente». *(Luego el señor Gill leyó dos telegramas que habían sido hallados, con otros papeles, en una caja de sombreros que Taylor había abandonado cuando desocupó sus habitaciones de la calle Chapel)*. «Goring, cerca de Reading. Veintiuno de agosto de mil ochocientos noventa y tres. No puedo arreglar la cena de mañana. Lo siento. Oscar». «Knightbridge. Estoy obligado a ver a Tree a las cinco, así que no vengas al Savoy. Hazme saber enseguida acerca de Fred. Oscar».

CLARKE: Había un documento, hallado en poder del señor Wilde, cuando fue arrestado, que me gustaría haber leído.

GILL: Varias cartas se hallaron en poder del detenido Wilde, las cuales someto a la opinión de Su Señoría. En mi opinión no tienen nada que ver con este caso. Si Su Señoría, después de examinar la carta cree que sería deseable que fuera leída, no me opondré.

CLARKE: Le daré a Su Señoría una copia de la carta. Las posibles deducciones que puedan sacarse de las mencionadas cartas son asunto que, por supuesto,

apreciará Su Señoría. Si Su Señoría lee esta carta, que fue encontrada en poder del señor Wilde, creo que opinará que sería justo que se permita leerla.

JUEZ CHARLES: *(Después de examinar la carta)*. Se trata, Sir Clarke, tan sólo de una carta que expresa la simpatía de un amigo del acusado hacia éste. No veo, verdaderamente, qué importancia puede tener en este proceso.

CLARKE: Simplemente ésta, Su Señoría: Las consecuencias que se pueden sacar, en cualquier caso, del contenido de los documentos encontrados en poder de personas inculpadas es un asunto difícil de definir. Varía según los casos. Opino que, como ciertos documentos y cartas encontradas en poder del señor Wilde, han sido exhibidos, sin duda con el propósito de producir alguna impresión respecto al caso en la mente del jurado, se me debe permitir que lea, con el mismo propósito, otra carta encontrada sobre el mencionado señor Wilde, en idéntica oportunidad. De todas maneras espero la opinión de Su Señoría.

JUEZ CHARLES: No servirá de nada. Suponiendo que hubiera sido encontrada en poder del detenido una carta escrita en sentido contrario, por una persona de diferente opinión, usted diría que sería una equivocación leerla al jurado, porque podría imbuir de un prejuicio su opinión.

CLARKE: Entiendo perfectamente el punto de vista de Su Señoría, y si Su Señoría cree que mi petición no es razonable, no insistiré.

JUEZ CHARLES: Lo dejo en manos del señor Gill. No me siento en la obligación de invitarle a que la presente.

CLARKE: No exhortaré a mi ilustre colega a leerla,

para que no piense que me siento agraviado por su omisión.

JUEZ CHARLES: Será suficiente, con toda seguridad, mi declaración de que es una carta de un amigo simpaticizante.

CLARKE: Un distinguido hombre de letras*.

JUEZ CHARLES: Una carta de un amigo escritor. Y creo que es acertado que diga que en ella expresa su más profundo sentimiento por las acusaciones que le toca enfrentar a Wilde.

CLARKE: Con la declaración de Su Señoría me doy por satisfecho.

JUEZ CHARLES: Bien, Sir Clarke. ¿Entre los presentes hay alguien que pueda probar que el detenido Taylor estuvo presente durante la substanciación del proceso contra Lord Queensberry?

GILL: Creo que Kearly puede atestiguar que su presencia en aquel juicio es indudable.

JUEZ CHARLES: En consecuencia, el jurado debe tener presente que Taylor fue citado y acudió en los días señalados.

GILL: Estaba, con toda seguridad, en las cercanías del tribunal.

HENRY READ (Secretario del Tribunal): *(Lee los documentos de la acusación por libelo contra Lord Queensberry)*. El veredicto del jurado, en favor de Lord Queensberry, fue de "no culpable".

GILL: Su Señoría: No tengo intención de llamar a más testigos.

* Se trataba de Robert Buchanan, poeta y novelista. Nacido en 1841 y muerto en 1901.

JUEZ CHARLES: Por supuesto que usted no ignora, señor Gill, que hasta este momento no he tenido a la vista ni los interrogatorios ni las preguntas del detenido Wilde en el anterior proceso.

GILL: No, Su Señoría.

JUEZ CHARLES: No crea que le considero obligado, en modo alguno, a insertar esos interrogatorios. No está obligado, se lo aseguro, a llamar para la ratificación de las declaraciones que usted alega ante el magistrado, pero creía haber entendido que usted dijo el viernes que deseaba seguir el curso que yo había sugerido.

GILL: Habiendo expresado Sir Clarke el deseo de que la declaración del señor Wilde fuera leída, consentí en que fuera insertado todo: interrogatorio, declaraciones y preguntas. Pero, por supuesto, no podía consentir que sólo fueran leídas algunas partes elegidas.

CLARKE: No habrá oposición por mi parte a que se lea todo. Pero sugiero a su consideración que está muy claro que una gran parte de esas declaraciones no tienen nada que ver con el proceso, especialmente en lo que concierne al debate literario y lo referente a personas cuyos nombres no han sido mencionados nunca en este caso. Pongo este punto a consideración de mi ilustre colega. Por supuesto yo representaba a la acusación, siendo el Demandante el señor Wilde, y toda su declaración no contenía ninguna referencia al asunto que está ahora en discusión frente al jurado. Sin embargo, si se desea, puede ser leído todo. Pero pronto se verá que las declaraciones se refieren a asuntos de controversia literaria y crítica con los cuales, según creo, no tenemos nada que ver.

GILL: En el primer proceso la cuestión a resolverse

era si el demandante, señor Wilde, era una persona tal como la describía el acusado, marqués de Queensberry. Deseo saber qué valor tenía la negativa del demandante, señor Wilde, leyendo su interrogatorio.

CLARKE: Debo insistir ante Su Señoría en el hecho de que se encontrará que las primeras treinta páginas del interrogatorio se relacionan con asuntos literarios. Sin embargo, si mi letrado colega insiste en leerlo, retiro mi objeción.

GILL: Se trata de un interrogatorio sobre un asunto que es de la mayor importancia para esta causa.

CLARKE: No pensaba que fuera tan pertinente. Pero mi ilustre colega parece desearlo. Su Señoría verá cuál es el carácter del interrogatorio.

(Fue leído por los diferentes abogados de la acusación y de la defensa el conjunto de las declaraciones de Wilde. Terminó la lectura a las cinco de la tarde. Sir Clarke renovó la cuestión, de puro derecho, acerca de la inculpación simple de que los detenidos habían cometido el delito de sodomía previsto y castigado por el estatuto de 1885, y la más compleja de asociación ilícita para cometer la ofensa, siempre basándose en la admisión o no admisión del testimonio de los inculpados. El juez, anunciando que se tomaría un tiempo para decidirlo, levantó la sesión del tribunal hasta el día siguiente).

CUARTO DÍA

(Martes 30 de abril de 1895)

GILL: Comunico a Su Señoría que he tenido oportunidad de estudiar el proceso desde que la causa quedó cerrada para la acusación que represento. En consulta con mis colegas, Ivory y Arthur Gill, he llegado a la determinación de no solicitar un veredicto con respecto a las acusaciones de asociación ilícita. Por supuesto que hago esto teniendo presente que no se ha dado ningún testimonio que no sea materia directamente ligada con las otras acusaciones. *(Esta declaración, que daba la razón a Sir Clarke en la cuestión de puro derecho, fue recibida con sorpresa por los asistentes a la sesión del tribunal).*

CLARKE: Mi ilustre colega puede declarar en cualquier momento que no hay ninguna prueba acerca de la pretendida asociación ilícita, y tiene derecho a retirar los cargos por asociación ilícita en cualquier estado de la causa. Esto es todo lo que puede hacer.

JUEZ CHARLES: Una vez que declararon los testigos, me vino la idea a la cabeza de que las acusaciones por asociación ilícita eran realmente acusaciones innecesarias.

GILL: A esa conclusión se llegó después de oír todas las declaraciones.

CLARKE: Éste es un asunto sobre el cual nada tengo

que decir, por el momento. El señor Gill tiene el derecho de declarar que no piensa pedir al jurado que manifieste que hay evidencia ante él de inculpaciones por asociación ilícita y comprendo que ésa es su posición.

GILL: No es ésa, exactamente, mi posición.

CLARKE: No quiero obstinarme, pero deseo saber cuál es la posición y si mi ilustre colega acaba de solicitar a Su Señoría que borre del proceso las acusaciones por asociación ilícita.

GILL: Estoy tratando de encontrar la forma de no solicitar un veredicto por las acusaciones de asociación ilícita, porque se ha sugerido que habría dificultad, a causa de ésas imputaciones, para llamar a declarar a los acusados. Quiero evitar que pueda surgir alguna dificultad para que cualquiera de los detenidos, Taylor o Wilde, declaren.

JUEZ CHARLES: La acusación está facultada para seguir ese camino. Entiendo que usted ha solicitado al jurado que no se pronuncie en los cargos de asociación ilícita.

CLARKE: Solicito que un veredicto de "no culpabilidad" sea pronunciado de inmediato por el jurado.

JUEZ CHARLES: No puedo consentir eso. Creo que en el presente estado del proceso es mi deber acceder a la petición del señor Gill.

CLARKE: Entonces declaro que en el transcurso del proceso pediré que un veredicto de "no culpa" sea pronunciado respecto a los cargos de asociación ilícita. Y que, probablemente, consideraré mi deber, más tarde, hacer consideraciones acerca de la línea de conducta seguida por la acusación.

JUEZ CHARLES: ¿Tiene usted algo más que decir, Sir Clarke?

CLARKE: No, Su Señoría. Pero estaba por dirigirme al jurado, con la venia de Su Señoría. (*Obtenida la venia del magistrado, se dirige al jurado*). Caballeros del jurado: Creo que será mi deber, más adelante, comentar la declaración hecha por mi ilustre colega, señor Gill. Por el momento pienso que es mejor no decir nada sobre esa declaración, ya que quiero sopesar las reflexiones que voy a hacer sobre ese extraordinario incidente en un proceso aún más extraordinario. Voy a llamar al señor Wilde en calidad de testigo. No he llegado a esta decisión de llamarle en calidad de testigo como consecuencia de la declaración que acaba de hacer el señor Gill. Pero ciertamente me siento fortalecido en mi resolución de citar al señor Wilde, por esta tardía retirada de inculpaciones que, si no había la intención de seguir adelante con ellas, no se debían haber incorporado nunca al proceso. Tampoco lo hago como consecuencia de las declaraciones que ha hecho mi ilustre colega señor Gill con relación a lo que él sentía que debían ser los límites del interrogatorio, límites que si se hubieran aplicado ayer, al principio, y no hoy, hubieran evitado el trabajo de leer una buena parte de los interrogatorios del señor Wilde en el proceso Queensberry. Pero esos interrogatorios fueron leídos y hay algunos tópicos en ellos acerca de los cuales es mi deber hacerles ciertas aclaraciones.

Espero que el haber citado al señor Wilde no alargará materialmente este juicio. Creo que ustedes preferirán, naturalmente, oír las declaraciones del señor Wilde en calidad de testigo, en lugar de tener que guiarse por las notas tomadas durante las declaraciones por la acusación contra el marqués de Queensberry. Aunque no se hubiera leído el interrogatorio, llegué a la con-

clusión de que ustedes preferirían escuchar la negativa del señor Wilde, bajo juramento, a los cargos indecentes que se han hecho en su contra.

Sé que esto facultará al señor Gill para contestar y me expondrá a mí a la necesidad de tener en cuenta esa declaración y las observaciones que formule mi ilustre colega sobre ella en cuanto cierre la boca. Pero nunca, en ningún momento de mi vida profesional, he dado tanta importancia a lo que se llama la última palabra. Una importancia como alguno de los grandes abogados que me enseñaron le dieron alguna vez.

Me siento obligado a hacer algunas observaciones con relación a la parte literaria del caso. Mi ilustre colega, señor Gill, al exponer el caso por la acusación, les indicó que era el deber de ustedes eliminar de sus mentes todo lo que hubieran oído en otro lugar. Este caso ha sido comentado por una gran parte de la prensa de una forma que creo desgraciada. Se estima que dicha conducta pone en peligro la administración de la justicia y es, en alto grado, perjudicial para los intereses de los detenidos. El señor Gill les ha pedido que desechen de sus mentes cualquier cosa que hayan podido leer en los periódicos. El señor Gill, al decirles esto, era perfectamente honesto, pero no creo que el señor Gill haya procedido con idéntica corrección al insistir en que se leyera el interrogatorio del señor Wilde sobre sus escritos. No es honrado juzgar a un hombre por sus libros. Coleridge dijo, hace mucho tiempo: «No juzgues a ningún hombre por sus libros; un hombre es mejor, más profundo que sus libros». Significados ocultos han sido injustamente desentrañados de la lectura de los trabajos poéticos y en prosa de mi cliente. Y parece que hay un empeño, un deleznable empeño, en condenar

al señor Wilde a causa de la interpretación obscena que sus enemigos le dan a ciertos trabajos suyos.

Aludo particularmente a *El retrato de Dorian Gray*. La extraña falta de probidad en este caso resulta del hecho de que se haya intentado —y esa tentativa se ha vuelto a repetir ayer, con la lectura del interrogatorio— repiño, que se haya intentado juzgar al señor Wilde no por su propio libro, sino por libros que él no ha escrito y por un artículo que no escribió él y que repudió como horrible y desagradable. Hubo un pretexto para tal actitud en el proceso anterior, cuando se preguntó si el señor Wilde alardeaba o no. Pero en el presente caso no hay tal excusa.

Con referencia a *El retrato de Dorian Gray*, se trata de una historia muy simple, que se publicó por primera vez en la revista *Lippincot*, una de las más importantes que produce la literatura periodística norteamericana. Fue publicada después en Inglaterra, cuando el señor Wilde, cediendo a las sugerencias de uno de los más completos críticos de nuestra época, el señor Walter Pater, modificó especialmente un pasaje que le exponía a una interpretación desagradable. Desde entonces la obra ha estado en constante circulación, vendida en todas las librerías inglesas. Y ahora ese pasaje ha sido leído en el tribunal, para probar que el señor Wilde es una persona inmoral. *El retrato de Dorian Gray* es una alegoría pura y simple. Pero el señor Wilde no puede ser juzgado por los mismos patrones que se usan para juzgar a otros hombres, pues es un escritor muy original, un gigante intelectual, que no pretende estar guiado por los mismos sentimientos que animan a otros hombres menos dotados.

Caballeros del jurado: Si ustedes formaran un comi-

té, reunido para considerar si ese libro debería ser aprobado, yo no tendría la más leve vacilación en defenderle ante ustedes. Y, sin embargo, ese libro ha sido atacado en un interrogatorio, para hacerles ver que su autor tiene que ser un hombre inmoral. ¿Puede haber algún procedimiento menos honesto que el que señaló?

Entre los más falaces interrogatorios que se hayan hecho ante un tribunal de justicia, figura el del señor Wilde sobre literatura como el de más mala fe. Ha sido mencionado de nuevo con el propósito de predisponerles a ustedes en contra del señor Wilde. No vacilo en denunciar tal tentativa como la de más mala fe. Viola todo canon de la justicia que debe regir ante cualquier tribunal. En lo que se refiere a la publicación de *The Chamaleon*, señalaré que el demandado no estaba relacionado con el editor, un estudiante de Oxford que aún no se había graduado en nada. Escribió al señor Wilde en su calidad de distinguido hombre de letras para pedirle una colaboración destinada a su revista. Por estar ocupado en ese momento, el señor Wilde le envió lo que llamaba *Frasas y citas filosóficas para uso de los jóvenes*, que había utilizado en algunas de sus obras. Son de índole paradójica y, en mi opinión, bastante inocentes e inofensivas. En dicha publicación el señor Wilde vio un relato titulado *El sacerdote y el monaguillo*, que era una vergüenza. El señor Wilde se indignó tanto que se lo comunicó al editor, ya que se sentía insultado al figurar su nombre en la tapa de la publicación. Y, sin embargo, a pesar de que él ha declarado bajo juramento su repulsa respecto a ese artículo, el señor Wilde fue interrogado sobre él y se pretendió añadirle estigmas por esa relación. La justificación para un interrogatorio sobre *Dorian Gray* era débil y

remota. Con referencia a un interrogatorio sobre *El sacerdote y el monaguillo* no existe justificación posible.

En cuanto al interrogatorio del señor Carson al señor Wilde sobre la novela francesa de Huysmans, *Al revés*, resultó de una grosera mala fe y violadora de toda noción de justicia. La cuestión que deben determinar ustedes en el presente caso. Ahora bien, caballeros, ¿qué clase de acusación es a la que Wilde tenía que enfrentarse? Fue la propia decisión del señor Wilde la que originó el debate en torno a este asunto. El demandado ha sido amigo, durante algún tiempo, de Lady Queensberry y de sus hijos. Lord Queensberry está divorciado de su mujer. (*Se refiere a las cartas escritas por Queensberry a varios miembros de su familia. Ver primer proceso*).

GILL: Opino que ése no es material de este caso, en forma alguna. Sir Clarke ya tuvo oportunidad de decir en el último proceso todo lo que tenía que decir, y consintió el veredicto absolutorio del jurado. Protesto, en consecuencia, en contra de cualquier ataque a Lord Queensberry, que no está presente.

JUEZ CHARLES: ¿Figuraban en el interrogatorio las cartas mencionadas?

CLARKE: Sí, Su Señoría.

JUEZ CHARLES: Pero no son pertinentes.

GILL: Con toda seguridad que no lo son.

CLARKE: Al increparme por este desacierto, mi ilustre colega resulta bastante divertido.

GILL: No tenía intención de serlo.

CLARKE: La necesidad de mostrar que Lord Queensberry escribía a miembros de su familia me llevó a mencionar el divorcio. Cuando se trataba tan sólo de cartas escritas a la familia, el señor Wilde no dio ningún

paso, pero, desde el momento en que Lord Queensberry dejó su censurable tarjeta en el club Albemarle, el señor Wilde solicitó su detención y el marqués fue arrestado. También debo señalarle que la última fecha mencionada en el proceso en el que se acusa de mala conducta al señor Wilde data de dieciocho meses atrás. Ustedes se preguntarán cómo es que ahora se ha originado esta cuestión. La razón es que el señor Wilde ha insistido en que esto sea investigado públicamente. Fue la actitud del señor Wilde y tan sólo su actitud, al incriminar a Lord Queensberry por un libelo lo que trajo el debate de la cuestión frente al público y colocó al señor Wilde en la comprometida posición actual. Yo mismo, juntamente con el abogado que actuaba conmigo en el caso Queensberry, y no el señor Wilde, fuimos responsables por aconsejarle que se retirara la inculpación por libelo. Es en parte a causa de ese hecho por lo que estoy aquí otra vez, en defensa del señor Wilde, para enfrentar la acusación que entonces no se pudo probar. Los hombres acusados de cometer los delitos que se alega que cometió el señor Wilde, rehuyeron la investigación. En mi opinión, el hecho de que el señor Wilde haya tomado la iniciativa de un juicio público prueba su inocencia. Esto no es todo. Unos pocos días antes del primer proceso se dio un informe acerca de ciertos cargos contra él con nombres y fechas. El treinta de marzo el señor Wilde conocía la lista de las acusaciones. Caballeros del jurado: ¿Creen ustedes que, de ser culpable, se hubiera quedado en Inglaterra y hecho frente a las acusaciones? Los hombres culpables de semejantes extravíos sufren de una especie de locura. ¿Qué pensarían ustedes de un hombre que, sabiéndose culpable, sabiendo que las pruebas de

esta culpabilidad vendrían de media docena de lugares diferentes, insistiera en ventilar su caso frente al mundo? Locura es una palabra insuficiente para calificar la actitud de Wilde si, siendo culpable, se enfrentara a esta investigación.

Ahora bien, caballeros; tendré la ventaja de demostrarles a ustedes que lo que el señor Wilde les dirá hoy como testigo ya lo declaró en un juicio previo, antes de que se hubiera llamado a nadie a declarar en su contra. Sólo en el caso de una pretendida visita del señor Wilde a Charles Parker en Park Walk han sido contradictorias las declaraciones del señor Wilde. Se ha recurrido para ello a un testigo que afirmó que estaba mirando por la ventana y vio a un caballero, en quien reconoció a Oscar Wilde, subir a un lujoso coche. A mi parecer esto es muy significativo. Y si aún les queda alguna duda sobre la posibilidad que tienen de declarar culpable al señor Wilde basándose en tales declaraciones, verán que tal duda se desvanecerá en el instante mismo en que oigan al señor Wilde negar bajo juramento que haya nada cierto en lo alegado en esta parte de la acusación.

COMPARECE OSCAR WILDE,
QUE ES INTERROGADO, POR GILL

WILDE: En mil ochocientos ochenta y cuatro me casé con la señorita Constance Lloyd y desde ese momento, hasta el presente, he vivido con ella en el número dieciséis de la calle Tite, en Chelsea. He ocupado también, durante algún tiempo, habitaciones en Saint-James Place, que tomé a causa de mis trabajos li-

terarios, para asegurar mi tranquilidad y reposo mental cuando estaban en mi hogar mis dos hijos. He oído las declaraciones en mi contra y declaro que no hay nada de verdad en ninguno de los alegatos sobre comportamiento indecente.

GILL: ¿La declaración que hizo en el transcurso del proceso Queensberry fue absolutamente y en todos los aspectos verdadera?

WILDE: Fue una declaración por completo verdadera.

GILL: ¿Hay algo de cierto en alguna de las declaraciones hechas contra usted durante la prueba de esta causa?

WILDE: No hay nada cierto en ninguna de esas declaraciones, nada de cierto.

GILL: ¿Está informado acerca de la existencia de una publicación llamada *The Chamaleon*?

WILDE: Muy bien, por cierto.

GILL: ¿Colaboran en esa revista amigos suyos?

WILDE: Así es.

GILL: ¿Lord Douglas colaboraba con frecuencia?

WILDE: Me parece difícil. En una ocasión escribió algunos versos para *The Chamaleon*, y también para otras revistas.

GILL: ¿Los poemas en cuestión eran algo peculiares?

WILDE: Por supuesto no eran esos simples lugares comunes, parecidos a tantos, que se clasifica como poesía.

GILL: ¿El tono de los poemas estaba de acuerdo con su aprobación artística?

WILDE: No estaba en mí aprobar o desaprobar. Dejo eso para las revistas.

GILL: ¿En la última ocasión usted fue interrogado con referencia a dos cartas escritas a Lord Douglas?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Fue interrogado con respecto a esas cartas, así como también acerca de *El retrato de Dorian Gray* y del *The Chamaleon*?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Dijo que había leído los poemas de Lord Douglas en *The Chamaleon*?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Los describió como hermosos poemas?

WILDE: Dije algo equivalente a eso. Los versos eran originales por su tema y su construcción, y los admiraba.

GILL: ¿Lord Douglas colaboró con dos poemas en *The Chamaleon* y se trata de dos hermosos poemas?

WILDE: Sí.

CLARKE: No es mi propósito poner obstáculos, pero creí entender que mi ilustre colega iba a limitar su interrogatorio a los cargos específicos de este proceso.

GILL: Se trata de declaraciones juradas, que serán acreditadas.

JUEZ CHARLES: No sé si estoy capacitado para interferir. Las preguntas que el ilustre letrado cree que deberían ser acreditadas, está facultado para hacerlas.

GILL: Espere un momento, señor Wilde. Le retendré poco tiempo. Se trata de un poema publicado en *The Chamaleon*:

*Creo que anoche se acercó a mi lecho
Nuestra Señora de los extraños sueños. Y de una urna
esparció fuego vivo, que quemó mis ojos
con sólo mirarla. A poco la llama flotante
tomó formas variadas. Una gritó: "Soy la vergüenza
que camina junto al amor. Soy bastante sabia para*

tornar los labios helados en fuego. Piensa y contempla mi hermosura y alaba mi nombre". Y luego, vestidas con radiante ropaje con sonido de flautas y risas de labios alegres desfilaron con pompa todas las pasiones, durante la noche entera, hasta que los blancos barcos fantasmas del amanecer, zarparon. Por lo que digo en este poema Que de todas las dulces pasiones la vergüenza es la más hermosa.

¿Este es uno de los hermosos poemas?

CLARKE: No es del señor Wilde.

GILL: No creo haber dicho que lo fuera.

CLARKE: Supongo que no le molestará decir que no lo es.

JUEZ CHARLES: Tengo entendido que es un poema de Lord Douglas.

GILL: Sí, Su Señoría. Y uno que el testigo definió como "un hermoso poema". El otro hermoso poema es uno que sigue a éste y precede a *El sacerdote y el monaguillo*. Bien, el primero se titula *En alabanza de la vergüenza*, y concluye con las palabras: «de todas las dulces pasiones la vergüenza es la más hermosa».

WILDE: ¿Puedo...?

GILL: ¡No! ¿Tiene la amabilidad de contestar a mis preguntas?

WILDE: Naturalmente.

JUEZ CHARLES: Si tiene alguna explicación que añadir a su respuesta, puede hacerlo.

WILDE: Quería simplemente decir esto, Su Señoría. No es cuestión de mi incumbencia explicar el trabajo de cualquier otro. No me corresponde. Pero la palabra "vergüenza", en ese poema, está usada en el sentido de

pudor. Estaba ansioso por señalar que «la vergüenza que vuelve los labios fríos»... he olvidado cómo era el verso, exactamente, «fuego», es un sentido vivificado del pudor.

GILL: A su modo de ver, señor Wilde, ¿la vergüenza mencionada aquí es la vergüenza que constituye un sentimiento de pudor?

WILDE: Ésa fue la explicación que me dio a mí la persona que lo escribió. El soneto, para mí, era oscuro.

GILL: ¿Durante los años mil ochocientos noventa y tres y mil ochocientos noventa y cuatro usted pasaba mucho tiempo en compañía de Lord Douglas?

WILDE: Sí, sí.

GILL: ¿Le leyó él el poema?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Tal vez no se le escapa que versos como éstos pudieran no ser aceptables para un lector de cerebro medio?

WILDE: No, me encuentro capacitado para decirlo. Para mí es una cuestión de gusto, temperamento e individualidad. Diría que la poesía de un hombre puede ser veneno para otro (*risas*).

GILL: Me atrevería a decir que así es. El siguiente poema se titula *Dos amores*. Contiene estos versos:

*Dulce juventud,
dime por qué, triste y suspirante vagas
¡por estas agradables regiones. Te suplico que me digas en
verdad
cuál es tu nombre. Me dijo: "Mi nombre es amor".
Entonces el primero se volvió hacia mí, gritando:
"¡Miente, porque su nombre es vergüenza.
Pero yo soy el amor, y yo debería estar*

solo en este bello jardín, hasta que él viniera sin que se le pidiese, en la noche. Yo soy el verdadero amor, yo lleno los corazones del muchacho y la niña con mutua llama". Entonces, suspirando, dijo el otro: "Cumple tu deseo, yo soy el amor que no osa decir su nombre".

¿Le explicaron este poema?

WILDE: Creo que es suficientemente claro.

GILL: ¿No puede responder qué es lo que significa?

WILDE: ¡Claro que no!

GILL: ¿No está claro que se refiere al amor natural y al amor contra natura?

WILDE: No.

GILL: ¿Cuál es el amor «que no osa decir su nombre»?

WILDE: El amor que no osa decir su nombre, en este siglo, es el amor de un hombre maduro y un hombre joven, como el que existía entre David y Jonathan, tal como aquel que Platón usó como la verdadera base de su filosofía, y tal como el que se encuentra en los sonetos de Miguel Ángel y Shakespeare. Es un afecto hondo y espiritual, tan puro como perfecto. Inspira y colma grandes obras de arte, como son las de Shakespeare y Miguel Ángel, y las dos cartas más, tal como son. En este siglo hay un concepto tan erróneo de él que se puede definir como «el amor que no osa decir su nombre», y que, por esa razón, estoy colocado donde estoy ahora. Es la más hermosa, la más fina, la más noble forma del afecto. No hay nada contra la naturaleza en ello. Es intelectual y existe repetidamente entre los hombres maduros y los jóvenes, cuando el hombre tiene inteligencia y el joven tiene toda la alegría, la esperanza y el encanto de la vida delante de él. Que deba

ser así, el mundo no lo comprende. El mundo se burla y algunas veces lo pone en la picota por él. *(Fuertes aplausos, que se mezclan a algunos silbidos).*

JUEZ CHARLES: Si vuelvo a oír la más mínima manifestación de sentimientos personales haré desalojar la sala. Debe observarse el más perfecto silencio.

GILL: ¿Así que no hay razón para que se llame "vergüenza"?

WILDE: Ah, eso, ya verá usted que es el remedo del otro amor, el amor que tiene celos de la amistad y dice: "no debes intervenir".

GILL: ¿Solía ir con Lord Douglas al Savoy a principios de marzo de mil ochocientos noventa y tres?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Después alquiló un piso?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Si no me equivoco, usted dijo que las declaraciones en este caso por los testigos citados por la acusación son absolutamente inciertas?

WILDE: Completamente.

GILL: ¿Completamente inciertas?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Oyó las declaraciones de la servidumbre del hotel Savoy?

WILDE: Son absolutamente inciertas.

GILL: ¿Tuvo un altercado con Lord Douglas durante esa semana?

WILDE: No; nunca nos enfadamos... Tal vez tuviéramos pequeñas diferencias. Algunas veces decía cosas que me dolían y otras veces yo decía cosas que le dolían a él.

GILL: ¿Le había dicho Lord Douglas, esa semana, cosas duras?

WILDE: Me había hecho el propósito de pasar por alto las cosas ásperas que pudiera decir.

GILL: ¿Puedo llamarle la atención sobre el estilo de su correspondencia con Lord Douglas?

WILDE: Estoy dispuesto. Nunca me avergüenzo del estilo de mis escritos.

GILL: Es muy afortunado... ¿o debo decir, desvergonzado? (*Risas*) Me refiero a pasajes de dos cartas en particular.

WILDE: Tenga la bondad de citarlas.

GILL: En la carta número uno, usted se refiere a «un alma delicadamente dorada» y también a «labios rojos como pétalos de rosa», pertenecientes a Lord Douglas. La segunda carta contiene las siguientes palabras: «Eres esa cosa divina que deseo». Y describe la carta de Lord Douglas como si fuera un «delicioso vino rojo y blanco para mí». ¿Usted cree que un ser normalmente formado dirigiría esas expresiones a un hombre joven?

WILDE: Felizmente, creo que no soy “un ser normalmente formado”.

GILL: Es agradable poder convenir en esto con usted, señor Wilde.

WILDE: No hay nada, se lo aseguro, en ninguna de las cartas, por lo que tenga necesidad de avergonzarme. La primera carta es, en realidad, un poema en prosa, y la segunda nada más que una respuesta literaria a otra que me había enviado Lord Douglas.

GILL: En lo que respecta a los incidentes atribuidos a ustedes en el Savoy, ¿está usted dispuesto a negar las declaraciones de los sirvientes del hotel?

WILDE: Son completamente inexactas. ¿Debo responder por lo que hayan dicho sirvientes del hotel, años después de haberme yo retirado de allí? Es una

niñería. No soy responsable de los sirvientes de los hoteles.

GILL: ¿No hay posibilidad de equivocación? ¿No hubo ninguna mujer con usted?

WILDE: No, seguro.

GILL: ¿Tuvo ocasión de ver el alegato de justificación del proceso Queensberry y leyó los diferentes nombres?

WILDE: Sí.

GILL: ¿En la audiencia de esa causa, ante el juez Collins, excepto el portero y usted lo declaró alguien más?

WILDE: No.

GILL: ¿Usted había visitado a Taylor unos pocos días antes del proceso?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Taylor no fue citado?

WILDE: No. Fue citado por la otra parte. Sé que estuvo aquí.

GILL: ¿Y usted sabía que, mientras el abogado de Lord Queensberry se estaba dirigiendo al juzgado, la causa fue interrumpida, se aceptó un veredicto de “no culpable” y el jurado encontró que la justificación estaba probada y que el libelo había sido publicado para beneficio público?

WILDE: Yo no estaba en el tribunal.

GILL: ¿Pero usted lo sabía?

WILDE: No; no lo sabía. Sabía que el abogado consideró imposible conseguir un veredicto en cuanto concernía a la literatura. No era asunto mío discutir su profundo saber. No estaba en el tribunal ni he leído nada relacionado con ese proceso.

GILL: ¿Qué hay de incierto en la declaración de Shelley?

WILDE: Digo que su relato de lo sucedido es enteramente falso. Es verdad que fue al teatro Independiente conmigo, pero estuvo en un palco, con varios amigos. Sus acusaciones de haber cometido actos incorrectos, son igualmente falsas.

GILL: ¿No ve usted nada indecoroso en besar a un muchacho?

WILDE: En besar a un muchacho, a un chico, por supuesto que no. Pero yo creo que nadie besa a un muchacho de dieciocho años.

GILL: En cuanto a las cartas de Shelley, había una línea en la última de ellas, que decía: «Dios perdone lo pasado y me conceda lo que sea mejor para mí, en adelante». ¿Conoce usted el significado de eso?

WILDE: Sí. Shelley tenía la costumbre de escribirme cartas morbosas, cartas muy morbosas, que yo rompía. En ellas decía que era un gran pecador y que anhelaba entrar en estrecha comunión con la religión. Yo siempre rompía esas cartas.

GILL: En cuanto a Charles Parker, ¿qué parte de su declaración es mentira?

WILDE: Cuando afirma que vino al Savoy y que cometí actos de indecencia con él. Nunca vino a cenar conmigo al Savoy. Es cierto que ha cenado conmigo y que vino a tomar té en Saint-James Place. El resto es mentira.

GILL: ¿Algo más?

WILDE: No sé.

GILL: Y Atkins. ¿Qué dice usted que no es cierto de su testimonio?

WILDE: No es cierto que Atkins viniera a mi habitación y me encontrara cometiendo actos indecentes. Las circunstancias de su viaje a París son equivocadas.

Es cierto, sin embargo, que me encontré con él en una cena, que le volví a encontrar otras dos veces después, y que al cabo de unos cuantos días me fui con él en tren a París, y que le regalé una pitillera. Schwabe, como dijo Atkins, estaba en París y es cierto que durmió en la habitación que describió, al lado de la mía.

GILL: ¿Trató alguna vez Atkins de chantajearle?

WILDE: No, nunca. Le encontraba brillante y divertido. Le invité a ir a París porque no me gustaba viajar solo. Ha hecho un relato monstruoso y grotesco de la cena en el restaurante de Londres.

GILL: En qué quedamos, ¿era Atkins o no una compañía agradable?

WILDE: Era divertido, agradable. Era mejor que estar solo.

GILL: ¿Y excepto lo que Atkins dice de que Schwabe estaba en la cama con usted y de que usted quería meterse en su cama, lo demás es prácticamente cierto?

WILDE: Bueno, sus relatos de esa cena y de cómo y por qué me conoció están completamente equivocados. Yo estaba ocupado en París y dejé que Schwabe y Atkins vagaran juntos.

GILL: ¿Quién le presentó a Wood?

WILDE: Lord Douglas.

GILL: ¿Llevó alguna vez a Wood a la calle Tite?

WILDE: Es completamente inexacto que Wood haya ido alguna vez a la calle Tite conmigo.

GILL: ¿Aparte de las acusaciones por indecencia, las declaraciones de Atkins, en lo demás, son ciertas?

WILDE: No.

GILL: ¿Y lo mismo dice de las declaraciones de Wood?

WILDE: No.

GILL: ¿No tiene ninguna reclamación que hacer con referencia a Burton?

WILDE: No, no le conozco.

GILL: ¿Y estos testigos, según usted, han mentido desde el principio al fin?

WILDE: Sus declaraciones en lo que respecta a su relación conmigo, a las cenas y a los regalitos que les hice, son casi ciertas en todo. Pero no hay ni una partícula de verdad en la parte de las declaraciones que se refieren a un comportamiento impropio.

GILL: ¿Por qué protegía a esos muchachos?

WILDE: Porque soy un amante de la juventud. (*Risas*).

GILL: ¿Usted exalta a la juventud como una especie de dios?

WILDE: Me gusta estudiar a los jóvenes en todo. Hay algo fascinante en la juventud.

GILL: ¿Así que usted preferiría los cachorros a los perros y los gatitos a los gatos?

WILDE: Supongo que sí. Disfrutaría, por ejemplo, en compañía de un abogado imberbe sin clientes, tanto como en la de los más consumados fiscales. (*Risas*).

GILL: Espero que los últimos, a los que represento en gran número, apreciarán el cumplido. (*Más risas*). ¿Estos jóvenes eran muy inferiores a usted en posición?

WILDE: Nunca pregunté, ni me interesaba, la posición que ocupaban. Los encontraba, en su mayoría, brillantes y entretenidos. Su conversación era para mí un cambio. Actuaba como una especie de tónico mental.

GILL: ¿Quién le presentó a Taylor?

WILDE: El señor Schwabe.

GILL: ¿Por qué iba usted a las habitaciones de Taylor?

WILDE: Porque solía encontrar allí actores y cantantes de muchas clases.

GILL: Un establecimiento bastante curioso el de Taylor, ¿no es cierto?

WILDE: A mí no me parecía que lo fuera.

GILL: ¿No vio nada peculiar o sugerente en la decoración de las habitaciones de Taylor?

WILDE: Eran bohemias, eso es todo. He visto habitaciones más extrañas.

CLARKE: ¿Figura eso en el caso de asociación ilícita, Su Señoría?

GILL: Las inculpaciones de ese orden fueron retiradas. Este es un interrogatorio para ser acreditado.

JUZG CHARLES: ¿Esta prueba se quiere obtener a propósito de los cargos que quedan en el proceso?

GILL: Por supuesto, Su Señoría. (*A Wilde*). ¿Notó usted que era imposible mirar a través de las ventanas?

WILDE: No; no me fijé en eso.

GILL: ¿Taylor quemaba esencias, no es cierto?

WILDE: Creo que eran pastillas.

GILL: ¿Le puedo sugerir si no sería acaso incienso?

WILDE: Creo que no. Pastillas, quemadas en esos recipientes japoneses.

GILL: ¿No le sorprendió a usted ese lugar como algo muy especial?

WILDE: En absoluto.

GILL: ¿Tenía una vecindad más bien escabrosa?

WILDE: Eso no lo sé. Sé que era cerca del edificio del Parlamento.

GILL: ¿Para qué iba usted allí?

WILDE: Para divertirme algunas veces, para fumar un cigarrillo, para oír música, cantar, conversar y tontería por el estilo... para pasar el rato.

GILL: ¿Usted nunca sospechó las relaciones que existían entre Taylor y sus jóvenes amigos?

WILDE: No tenía por qué sospechar nada. Las relaciones de Taylor con sus amigos, a mi juicio, eran perfectamente normales.

GILL: ¿Estuvo presente en las declaraciones del testigo Mavor?

WILDE: Estuve.

GILL: ¿Son ciertas o falsas?

WILDE: En parte son ciertas. Pero se han sacado de ellas falsas deducciones, como de la mayor parte de las declaraciones. La verdad se puede encontrar, creo, en el fondo de un pozo, pero aparentemente es difícil encontrarla en el tribunal de la justicia. *(Risas)*.

GILL: A pesar de todo, nos esforzamos por encontrarla. *(Más risas)*. ¿El testigo Mavor le escribió expresándole el deseo de romper con usted?

WILDE: Recibí una carta más bien irresponsable e impertinente de él, por la cual, después, expresó un gran remordimiento.

GILL: ¿Por qué puede habérsela escrito, si su conducta había sido siempre intachable?

WILDE: No me propongo explicar la conducta de la mayor parte de los testigos. A Mavor le pueden haber dicho algo falso acerca de mí. Su padre estaba muy irritado por su conducta en esa época y creo que atribuía el mal camino que había tomado su hijo a su amistad conmigo. Yo no creo que se deba culpar del todo a Mavor. Se le presionó mucho, y por entonces no estaba muy bien de la cabeza.

GILL: ¿Por qué le pidió a Mavor que pasara la noche con usted en el hotel Albemarle?

WILDE: Como compañía para mí y como un placer para él.

GILL: ¿Sabía usted lo que era?

WILDE: No.

GILL: No tenía ocupación.

WILDE: No lo sabía.

GILL: ¿La tenían Wood, Parker, Scarfe?

WILDE: No.

GILL: ¿Y Taylor?

WILDE: Entiendo que tenía medios personales.

GILL: ¿Hasta el último proceso nada había conmovido su fe en Taylor?

WILDE: Nada.

GILL: ¿Después de que el caso Queensberry se transformara en un litigio, no vio usted en Calais a un muchacho llamado Tankard, que solía ser botones en el hotel Savoy?

WILDE: ¡Oh, no!

GILL: Piense.

WILDE: ¿Quiere decir usted después de que se diera por concluida la petición de justificación?

GILL: ¿Estaba usted en Calais, en esa época?

WILDE: Sí. Recuerdo que vi a Tankard. Eso fue antes de que se presentara el alegato.

GILL: ¿Tankard estaba empleado en el hotel Calais cuando usted se iba al extranjero en compañía de Lord Douglas?

WILDE: Sí.

GILL: ¿Se enteró el año pasado del arresto de Taylor?

WILDE: Sí. Supe que la acusación se había dejado sin efecto por el juez.

GILL: ¿Eso le produjo satisfacción?

WILDE: Lo que me produjo satisfacción fue el conocer la falta de fundamento que había tenido la policía al ir allí.

GILL: ¿Debo entender, señor Wilde, que usted no ve

ninguna razón para que la policía ejerza vigilancia en la calle Little College?

WILDE: No.

GILL: ¿Qué dice de Alphonse Conway?

WILDE: Le conocí en la playa, en Worthing. Era un muchacho tan brillantemente feliz que era un placer hablar con él. Le compré un bastón y una serie de trajes y un sombrero con una cinta brillante, pero yo no fui responsable de la cinta. (*Risas*).

GILL: Usted hacía hermosos regalos a todos esos jóvenes.

WILDE: Perdón, disiento en eso. Regalé a dos o tres de ellos unas pitilleras. Los muchachos de ese tipo fuman una gran cantidad de cigarrillos. Tengo debilidad por obsequiar a mis relaciones con pitilleras.

GILL: En realidad un hábito bastante caro si se procede sin discriminación, ¿no es cierto?

WILDE: Menos extravagante que regalar ligas enjovadas a las damas. (*Risas*).

GILL: En lo referente a su amistad con todas las personas que he mencionado, señor Wilde, ¿era, como usted lo ha definido, "el hondo afecto de un hombre maduro hacia un hombre joven"?

WILDE: La verdad es que no; uno siente eso solamente una vez en la vida.

CLARKE: ¿Cómo vio a Tankard?

WILDE: Fue al pasar por Calais cuando reconocí al joven Tankard, que era el que atendía la entrada del bar del hotel. Le pregunté alegremente cómo le iba y me contestó que estaba aprendiendo francés. En ese momento no sabía nada de la petición de justificación de lord Queensberry. Me enteré de que Wood tenía unas cartas más dirigidas a Lord Douglas y me puse en

contacto con Sir Lewis. Taylor arregló el encuentro con Wood en sus habitaciones.

CLARKE: ¿Wood devolvió las cartas?

WILDE: Me devolvió las cartas. No contenían asuntos que pudieran denominarse de trascendencia, pero a nadie le gusta que lean sus cartas personales. Contenían ligeras alusiones a otras personas, que no me hubiera gustado que se hicieran públicas. Entonces recibí un anónimo, diciendo que Wood tenía otras cartas y que intentaba sacarme dinero por medio de ellas. Yo no di dinero por ellas, sino que lo habilité para que consiguiera un pasaje para Norteamérica.

CLARKE: ¿Tuvo usted algo que ver con la publicación de los dos poemas de Lord Douglas en *The Chameleon*?

WILDE: No; no tuve nada que ver.

COMPARECE ALFRED TAYLOR
Y ES INTERROGADO POR GILL

TAYLOR: Tengo treinta y tres años de edad. Soy hijo de un fabricante de cacao, cuyo negocio se ha transformado en la actualidad en una sociedad limitada. Hasta los dieciséis o los diecisiete años fui educado en el colegio de Malborough; después se hizo cargo de mí un profesor particular, en Preston, cerca de Brighton. Después entré en la milicia, en el cuarto batallón de fusileros reales, regimiento de la ciudad de Londres. Mi intención, en un primer momento, era la de entrar en el ejército, pero en mil ochocientos ochenta y tres entré en posesión de una fortuna de cuarenta y cinco mil libras y desde entonces no he tenido ninguna ocu-

pación y he llevado una vida placentera. Mi padre murió en mil ochocientos setenta y cuatro y mi tío en mil ochocientos ochenta y tres. ¡Niego todos los cargos que se han formulado aquí contra mí! ¡Son absolutamente falsos!

GILL: ¿Qué ocupación tiene?

TAYLOR: No tengo ocupación.

GILL: ¿Fue expulsado de un colegio de pago?

TAYLOR: Es mentira que haya sido expulsado.

GILL: ¿No fue encontrado con un niño en un lavabo en una situación comprometedora?

TAYLOR: Es falso. Es cierto que acostumbraba a tener una cantidad de muchachos viviendo en mis habitaciones y durmiendo en la misma cama.

GILL: ¿Es cierto que llevó a cabo una especie de ceremonia matrimonial con Mason?

TAYLOR: Es completamente inexacto.

GILL: ¿Tenía un traje de mujer en su habitación?

TAYLOR: Sí. Un traje oriental.

GILL: ¿Un traje de mujer?

TAYLOR: Sí.

GILL: ¿Una peluca de mujer?

TAYLOR: Voy a explicar. Era...

GILL: ¿Tenía medias de mujer?

TAYLOR: Sí.

GILL: ¿En la época en que vivía en la calle Chapel tenía serias dificultades de dinero?

TAYLOR: Había pasado recientemente por el tribunal de quiebras.

GILL: ¿Y no se había procurado usted un medio de vida desde su bancarota, consiguiendo muchachos y hombres jóvenes para ricos caballeros que sabía entregados a ese vicio?

TAYLOR: No.

GILL: ¿No les había sacado grandes sumas de dinero a caballeros de posición, amenazándoles con acusarlos de inmoralidad?

TAYLOR: No.

GILL: ¿Conoció a Parker en el restaurante Saint-James?

TAYLOR: Fue afuera y me fue presentado por un amigo.

GILL: ¿Para qué le dio su dirección?

TAYLOR: Bueno... cuando uno conoce a alguien y simpatiza...

GILL: ¿Tiene usted la costumbre de hablar con hombres jóvenes en Piccadilly?

TAYLOR: Sé lo que quiere decir. No.

GILL: ¿Va usted a Piccadilly?

TAYLOR: Sí, siempre.

GILL: ¿Al Saint-James?

TAYLOR: Sí.

GILL: ¿Les habla usted a los hombres en el Alhambra o en el Empire?

TAYLOR: No.

GILL: ¿Conocía al señor Wilde?

TAYLOR: Sí.

GILL: ¿Les dijo a ciertos muchachos que a él le gustaban los muchachos jóvenes?

TAYLOR: No, nunca.

GILL: ¿Sabe usted que le gustan?

TAYLOR: Creo que a él le gusta la gente joven.

GILL: ¿Por qué presentó a Charles Parker a Wilde?

TAYLOR: Pensé que el señor Wilde podría usar su influencia para conseguirle trabajo en el teatro.

GILL: ¿Conocía a cierto hombre llamado Marling,

que estuvo comprometido en el registro policial de la calle Fitzroy?

TAYLOR: Sí.

GILL: ¿Sabe usted qué es?

TAYLOR: He oído hablar mucho de él*.

GILL: ¿En el registro fueron arrestados usted y Charles Parker?

TAYLOR: Sí, pero fuimos absueltos.

GILL: ¿Cuál fue la razón de la cena en Kettner?

TAYLOR: Fue con motivo de mi cumpleaños. Cuando terminó la cena los Parker y yo nos fuimos juntos a mis habitaciones en la calle Little College.

GILL: ¿Por qué quemaba incienso en ese piso?

TAYLOR: Porque me gustaba.

GRAIN: ¿Por qué tenía un traje de mujer?

TAYLOR: Era un traje oriental, con el que tuve que ir a un baile de disfraces en el Covent Garden. Lo trajeron de Constantinopla. Se lo compré a una señora.

EL ABOGADO DE WILDE EXPONE SU DISCURSO DE CLAUSURA

CLARKE: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Les suplico que dejen de lado los prejuicios y que tengan en cuenta tan sólo las declaraciones que han sido expuestas ante ustedes. Ésta es una cuestión grave y seria, sobre la cual les toca decidir a ustedes. ¿Es

* Marling interpretaba personajes femeninos en el music-hall. Fue conducido al tribunal de la policía, después del allanamiento, vistiendo un fantástico traje de mujer, negro y oro.

posible que encuentren culpable al señor Wilde de la terrible transgresión de que se le acusa? Esta cuestión que ustedes tienen que resolver con referencia al señor Wilde es, en grado máximo, distinta de la cuestión que tienen que resolver con respecto a Taylor.

Haré ahora algunas observaciones sobre el extraordinario procedimiento seguido por la acusación en este proceso. Tan extraordinario que no recuerdo que se haya adoptado en otro. Ustedes recordarán, caballeros, que yo hice una objeción al proceso en base a que reunidos clases de demandas, una culpable de ofensas a los acusados y otra culpándolos de asociación ilícita entre sí. Y también recordarán que en una de las demandas los acusados podían ser llamados como testigos y en la otra no. El ilustre juez reconoció los inconvenientes de la actual legislación, pero dijo que el proceso que contenía las dos demandas podía someterse al jurado. Yo acepté la opinión de Su Señoría en el aspecto legal. ¿Pero qué pasaba con la acusación? ¿Tenían los cargos por asociación ilícita que someterse al proceso o no? Si no tenían que someterse, ¿por qué fueron puestas en el proceso esas demandas y por qué fueron puestos los detenidos y sus abogados en la situación embarazosa de tener que hacer frente a un proceso en parte del cual no podían actuar? No hago ninguna crítica a mi ilustre amigo. Pero si hay que dilucidar algún punto legal en el proceso, ese punto aún persiste, a pesar del procedimiento adoptado por la oposición, al retirar la demanda que acusaba a los detenidos por asociación ilícita. El fiscal podría haber meditado sobre este punto, al principio. Como consecuencia de este procedimiento equivocado, una cruel molestia le ha sido infligida al señor Wilde. Por más

ansiosamente que ustedes busquen separar las pruebas en su mente, difícilmente podrán hacerlo. El testimonio sobre literatura, que se ha citado contra el señor Wilde, no es un testimonio válido contra Taylor ni tampoco en el caso de Shelley. Al mismo tiempo, las reputaciones de los jóvenes que frecuentaban las habitaciones de Taylor no son testimonios válidos contra el señor Wilde. Su Señoría les dirá a ustedes que la conversación que se alegó entre Taylor y los Parker no existe como testimonio en contra de Wilde.

JUEZ CHARLES: Es testimonio, tan sólo, en contra de Taylor.

CLARKE: Por lo tanto están ustedes en una posición de gran responsabilidad, ante la obligación de desenredar todos estos testimonios. Ahora bien, caballeros: Pasando al asunto de la literatura, no puedo dejar de expresar mi asombro al ver que, después de protestar como lo hice en mi anterior disertación, contra la forma en que se ha excitado y avivado la curiosidad pública contra el señor Oscar Wilde por medio de la cita de pasajes literarios por los cuales no era responsable, mi ilustre colega haya dedicado toda la parte del interrogatorio constituido por preguntas literarias, a interrogar al testigo sobre dos poemas concretos de los cuales el demandado no es autor. Los dos poemas son creaciones de otra persona. Los dos poemas fueron escritos por Lord Alfred Douglas, y el señor Wilde tiene tanto que ver con ellos como yo, o ustedes. ¿Qué se podría decir entonces de la moralidad de nuestros poetas, si se les juzgara por los escritos no de ellos mismos, sino de otros? Un poeta no es más responsable por lo que otros puedan haber dicho que un artista culpable de asesinato cuando pin-

ta un cuadro que representa el asesinato de Rizzio, a los pies de María, reina de Escocia.

En cuanto al afecto que el señor Wilde ha expresado en las cartas exhibidas, él mismo lo ha descrito como un afecto puro y verdadero, completamente separado, imposibilitado de aliarse, irreconciliable con las indecentes prácticas que esta banda de chantajistas les ha estado narrando a ustedes.

De nuevo les digo: Si el señor Wilde fuera culpable, si no hubiera sido inocente en este asunto, se habría resistido a ocupar el lugar de los testigos. Sin embargo lo ha ocupado, sin temor a lo que pudiese presentarse en su contra. Y el señor Wilde mismo presentó a este tribunal las dos cartas que se han usado en su contra. El señor Wilde no es un hombre vulgar. Es un hombre que ha escrito poesía y prosa, brillantes dramas, encantadores ensayos; un hombre que desde la juventud se ha ejercitado en el estudio de la literatura del mundo, no solamente de la de nuestra Inglaterra. También de esos imperios cuyas glorias son para nosotros sólo un nombre. Escribe cartas en un tono que a otros puede parecer pomposo, engreído, exagerado, absurdo. Pero ni se avergüenza ni tiene temor de exhibir esas cartas. Se sienta en el lugar de los testigos y dice que las cartas hablan de amor puro. ¿Cuando él lo dice, no se le debe creer? Les he hablado de la cobardía que da la culpabilidad. Les recuerdo que esos hombres—los Wood, los Parker, los Atkins y toda esa calaña—florece en un comercio tan espantoso porque un hombre que ha sido tentado por alguna especie de culpa daría más bien toda su fortuna, se exiliaría de su patria, antes que permitir que se sugiriera algo semejante en su contra. Cuando juzguen los testimonios, notarán el contraste

entre el instintivo estremecimiento de los culpables, de los cuales viven estas bandas de chantajistas, con la sinceridad con la cual el señor Wilde mismo ha buscado que se investiguen los cargos y el valor que le ha impulsado a enfrentarse con este tribunal de una vez por todas y, como esperamos él y yo, a desprenderse de las acusaciones que se han hecho en contra suya.

Cuando un hombre se adelanta con cartas como esas y dice: «Yo no me estremezco delante de la justicia del mundo frente a estas pruebas», no pueden ustedes decir que a ese hombre no se le debe creer. ¿No ha dado acaso el demandado, en este proceso, la mejor prueba de su inocencia? La inocencia tiene valor. La inocencia tiene fe en el juicio final de la humanidad. El señor Wilde nunca ha ocultado que visitara las habitaciones de Taylor. Encontraba allí compañía que le proporcionaba variedad y cambio. No ha ocultado tampoco que daba cenas a algunos de los testigos. Pensaba que eran muy pobres y que una buena cena en un restaurante no era cosa que les saliera al paso a menudo. Solamente en una ocasión tomó un reservado. Las cenas eran totalmente a la vista y públicas.

El caso Shelley es diferente a los otros. En él deberán juzgar entre el señor Wilde y el joven. En el interrogatorio al señor Wilde el ilustre abogado de la Corona persistió en usar el término “muchacho de oficina”, tal vez con el propósito de molestar al señor Wilde, como lo hizo, para demostrar que, siendo tan diferente la posición de los dos hombres, no había explicación razonable para que anduvieran juntos.

La verdadera situación es que el señor Shelley es un hombre joven que estaba haciendo profundos estudios en literatura y que expresaba honda admiración por las

obras del señor Wilde. Ningún hombre, caballeros, es insensible a la franca y honesta admiración de un joven por cualquier trabajo suyo, sea oral o escrito. El señor Wilde deseaba retribuir la amabilidad de Shelley y le dio una localidad para ver su obra. ¿Les parece a ustedes que en algún instante haya habido la más leve tentativa de ocultamientos? Shelley dijo que el señor Wilde le condujo al dormitorio, donde le besó y le insultó. Pero adviertan, caballeros, como no hay duda que ya lo han hecho, la conducta de ese joven cuando compareció como testigo. Apenas se le podía contener. Él había sido “insultado, rebajado”, gritaba; dijo que no conocía la reputación de ese hombre, dijo que había consentido eso, mientras el señor Wilde, bajo la influencia de la bebida, le había propuesto una detestable ofensa a la moral y las buenas costumbres. Sin embargo admitió que a la noche siguiente fue al teatro con el señor Wilde. El señor Wilde negó la historia solemnemente. ¿Podrían ustedes, a pesar de que no hubiera nada para sostener esa negativa, encadenar a un hombre al sufrimiento y la degradación que supondría un veredicto en contra en este caso? Pero hay mucho para sostener esa negativa. Afortunadamente el señor Wilde guardó las cartas que Shelley le escribió. Esas cartas no sólo muestran la imposibilidad de que esos incidentes hayan sucedido, sino que, con el asentimiento del mismo joven, muestran que había momentos en los cuales Shelley tenía el cerebro afectado.

Veamos los testimonios en el supuesto escándalo del hotel Savoy. ¿Se puede creer que el señor Wilde llamara con el timbre a la sirvienta, una mujer que no conocía, y le permitiera entrar a la habitación para prender el fuego, mientras él estaba en la cama con un mucha-

cho con el que mantenía relaciones ilícitas? En cuanto a la ropa blanca, ¿cómo es que no se ha obtenido la más mínima declaración parecida de ninguno de los otros hoteles donde el señor Wilde se hospedaba? ¿Cómo puede ser que ninguno de los detectives de la acusación haya podido encontrar un testimonio parecido ni siquiera en las habitaciones del propio Taylor, donde, en el curso de doce meses, se debe haber enviado alguna ropa a la lavandería? El relato de Migge, el masajista, es de la más asombrosa índole. Admitió que el señor Wilde le esperaba. Que abrió la puerta de la habitación y vio al señor Wilde vistiéndose en un lado de ella y a un muchacho en la cama, del otro lado. ¿Cómo puede explicarse que no se haya encontrado a nadie que haya visto entrar o salir a estos muchachos del hotel?

En cuanto a Parker, Wood y Atkins, no se necesitaba la experiencia que estos tres muchachos tenían en chantajear, para enseñarles a dar un carácter especialmente malicioso a circunstancias que sucedieron con toda inocencia. Esos desdichados, que han tenido que presentarse para admitir su propia deshonra, son criaturas desvergonzadas, incapaces de un pensamiento valiente o de una acción valiente. Son, sin excepción, chantajistas. Viven de atraer a los hombres a sus habitaciones, simulando, por lo general, que a su llegada allí encontrarán una hermosa muchacha. Una vez en sus garras, las víctimas sólo pueden librarse pagando una fuerte suma de dinero, a menos que estén preparados para hacer frente y negar los cargos más indecentes. Hombres inocentes prefieren pagar antes que verse obligados a encarar estos aborrecibles escándalos que cortan la respiración. Tienen, por otra parte, esposas e

hijos, o una hermana, cuyo honor y buen nombre están obligados a tener en cuenta. Por eso generalmente se resignan a ser robados. Gracias a estos métodos el desdichado Wood y el abyecto Atkins han podido pasearse por el barrio aristocrático de Londres, bien alimentados y bien vestidos. Estos muchachos fueron presentados al señor Wilde. Su conversación era agradable y aparentaban decencia en el lenguaje y en la conducta. El señor Wilde simpatizó con ellos y se propuso disfrutar de su amistad. No defiendo al señor Wilde por esto; indudablemente ha mostrado cierta imprudencia, pero un hombre de su temperamento no puede ser juzgado por las normas del término medio individual. Estos muchachos se han presentado aquí confabulados para arruinar a mi cliente. ¿Es verosímil que un hombre de la inteligencia del señor Wilde se haya puesto tan completamente en poder de estos degenerados, como lo estaría, si fuese culpable tan sólo de la décima parte de las enormidades que se han alegado en su contra? Si el señor Wilde practicara esas acciones tan abierta y notoriamente —ya que permitió que los hechos llegaran a conocimiento de tantos—, entonces sería un débil mental y no estaría preparado para andar en libertad. Si debe darse crédito a los testimonios que se han presentado, los actos de vergonzosa indecencia se perpetraban tan abiertamente como para llamar la atención de caseros y camareras. Yo no estoy versado —y doy las gracias por ello a Dios— en los procedimientos que utilizan las personas que cometen tales crímenes contra la naturaleza. Y tampoco sé bajo qué circunstancias pueden ser cometidos. Pero pienso que éste es un vicio que, a causa del horror y la reputación que produce y la furia que provocan los que son

culpables de él, se lleva a cabo en el más absoluto secreto posible.

Respetuosamente opino que ningún jurado puede encontrar culpable a un hombre basándose en los testimonios de estos testigos corrompidos. Los tres testigos de la acusación, llamados Charles Parker, Wood y Atkins, han admitido su participación en esas prácticas indecorosas de forma tal que no se puede tener la más leve credulidad en su testimonio. Ustedes no olvidarán lo que sucedió aquí el sábado, porque a muy pocos jurados les ha sido dado contemplar una escena semejante. Ustedes se dieron cuenta de cómo Atkins hacía frente a mis preguntas con una negativa firme e imparable. Este joven negaba que hubiera sido llevado a una comisaría de policía acusado de intento de chantaje. ¿Sabía la policía quién era Atkins y su vergonzosa historia? Desde luego. Tan sólo el fiscal ignoraba la reputación de Atkins. Y si no la ignoraba, si conocía los incidentes que obran en el vergonzoso expediente de Burton y Atkins, ¿cuál era la intención de la Corona al llamar a Atkins para dar un testimonio que sería aceptado como si fuera intachable? Los que promueven los procesos criminales tienen un deber con el demandado, así como con la Corona y el pueblo. Aumenta más nuestro horror que la idea de que el señor Wilde estuvo en peligro en manos de esas personas, el pensar que de haber terminado el juicio ese día, las negativas de Atkins podrían haber tenido efecto sobre el jurado.

Fue una información que recibí en unas cartas anónimas la que me permitió probar la culpabilidad de Atkins el sábado respecto a la tentativa de extorsión, que había negado tan persistentemente hasta que fue confrontado con los policías que le habían llevado pre-

so. Es extraño que el fiscal, si conocía la verdadera reputación de Atkins, haya permitido que se presentara su testimonio contra el acusado. Wood, Parker y Atkins también han compartido los beneficios de los chantajes. Y yo declaro que no se puede aceptar, basándose en el testimonio no corroborado de hombres como ellos, el que no estuvieran corrompidos antes de mil ochocientos noventa y dos.

Para sostener los cargos, los testimonios deben ser conjuncientes, testimonios que uno sabe honestos, intachables y, en todas sus afirmaciones, verdaderos. ¿A qué testimonio de los que han atacado la conducta del señor Wilde se le puede aplicar la calificación de correcto o intachable, caballeros del jurado? Se está tratando, por otra parte, de asuntos que sucedieron hace tanto tiempo que es imposible que el señor Wilde llame testigos de descargo. Sólo puede hacer frente a sus alegatos con la declaración de que son falsos. Opino que el testimonio presentado por la acusación no es testimonio digno de confianza, de que los principales testigos de la acusación —cuyas afirmaciones carecen totalmente de corroboración— pertenecen a una miserable banda de chantajistas y que, en cuanto al testigo Shelley, éste admite que padecía de enajenación mental cuando escribió las cartas que han sido exhibidas.

¿Se con qué extrema dificultad los jurados pueden apartar de su memoria cosas susceptibles de influir en sus fallos, para basarse solamente en los testimonios rectos y verdaderos. Antes de que ustedes deliberen acerca de este caso, por lo tanto, les imploro que hagan ese esfuerzo y que su fallo sea influido, tan sólo, por aquellos testigos con relación a los cuales puedan decir, con una conciencia clara de hombres honorables, que

han dado testimonios ciertos, verdaderos y honrados. Fijen su mente firmemente en las pruebas que deberían ser requeridas para condenar a un hombre por un cargo como éste. Si se cuidan ustedes de los prejuicios que han flotado en torno al proceso—han sido disipados un poco, pero es imposible que la atmósfera esté despejada del todo—, entonces tengo fe en que el resultado de sus deliberaciones será colmar los millares de esperanzas que están pendientes de su decisión, y en que limpiarán de esta terrible imputación a uno de los hombres de letras más renombrado y completo de nuestra época, y, al limpiarle a él, limpiarán a la sociedad de una mancha. *(Aplausos). (Al detenido Wilde, que estaba visiblemente emocionado por este discurso, se le vio escribir una nota que acercó a su abogado).*

DISCURSO DE CIERRE DE LA CAUSA,
A FAVOR DE ALFRED TAYLOR

GRAIN: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Seré breve en razón de que, en realidad, no hay ningún cargo en contra de mi cliente. Se ha hecho una tentativa para probar que Taylor tenía la costumbre de presentar a Wilde jóvenes a quienes sabía dóciles a las prácticas de Wilde, y de que se hacía pagar por ese trabajo degradante. El intento de probar esta desdichada asociación tuvo resultados negativos, por completo negativos. Taylor, es cierto, estaba relacionado con Wood, los Parker y Atkins. Los había visto constantemente en restaurantes, en music-halls. Ellos, al principio habían forzado su amistad con él para poder conocer así al hombre a quien habían decidido chantajear.

Los Parker son los únicos dos testigos que denuncian haber sido presentados a Wilde por Taylor, y todos los recursos de la Corona y de los eminentes abogados contratados por Lord Queensberry han sido incapaces de conseguir ninguna corroboración de los cargos por mala conducta hechos por esos testigos.

Debemos preguntarnos de qué medios de vida se valía Taylor para subsistir. Taylor ha contestado con suma claridad a esta pregunta. Habiendo dilapidado una gran fortuna, vivía en la calle Little College de una bonificación que le pasaba la antigua firma de su difunto padre. Si Taylor había sido empleado por Wilde, ¿dónde estaban las pruebas de cualquier clase de pago? Ni un cuarto de penique, en dinero o en valores, ha circulado entre los dos. ¿Puede haber la más mínima verosimilitud en que esas escenas, como las describieron candidamente los testigos, con tantos detalles de corrupción, hayan tenido lugar en el piso de Taylor? Es increíble que corriera un riesgo tan enorme de ser descubierta. Los testimonios presentados contra Taylor son suprimibles desde el principio hasta el fin. En consecuencia, tengo que pedir para mi cliente los beneficios que derivan de una duda sana y clara. Confiadamente, por tanto, busco la absolución de mi cliente, que no es culpable más que de haber establecido relaciones imprudentes y haber creído demasiado en las apariencias con que otros se presentaron a solicitar su amistad.

ALEGATO DE CIERRE DE CAUSA
DE LA ACUSACIÓN

GILL: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado. Mi ilustre colega, Sir Clarke, ha argumentado que ningún hombre consciente de su culpa se hubiera atrevido a entablar un pleito contra Lord Queensberry. En lo tocante a eso creo que nadie pudo saber lo que había en la mente de Wilde, o hasta dónde estuvo engañado con la esperanza de que el caso tomaría un curso completamente diferente del que tomó. Queda el hecho de que Lord Queensberry, desde un principio, se comprometió a demostrar que el libelo era verdadero. Los cargos que se alegan contra los acusados son, tan sólo, una parte de los cargos que figuraban en el alegato de justificación del libelo. La razón es que algunos de los cargos referidos estaban fuera de la jurisdicción del tribunal policial de la calle Bow.

Sir Clarke ha hecho una defensa valiente y brillante del detenido Wilde. Y, de forma incidental, ha admitido —de lo cual me aprovecho ahora— que él era responsable en parte del procedimiento adoptado en defensa del señor Wilde en el anterior proceso, y que, por lo menos en parte, se debía a esas circunstancias que él —mi ilustre colega— aparece ahora defendiendo al señor Wilde. No me pareció que fuera necesario interrogar al acusado Wilde en cuanto al primer cargo hecho por Lord Queensberry*, ya que el propio abogado del señor Wilde admitió que el libelo se justificaba y había sido publicado en beneficio público.

* Que Oscar Wilde alardeaba o presumía de sodomita.

En cuanto a las cartas a Lord Douglas, me parece que respiran una pasión implacable. ¿Por qué cualquiera de los testigos habría tratado de dar falso testimonio? En un asunto de esta naturaleza, yo sostengo que la corroboración es comparativamente de menor importancia, porque no hay la más mínima probabilidad que actos de semejante índole fueran practicados delante de un tercero, quien, después, juraría al respecto. Por lo tanto, no creo que se pueda obtener ninguna clase de confirmación de las afirmaciones que hacen los testigos de lo que sucedía cuando ellos y los acusados se quedaban solos. No es posible que haya habido ningún testigo ocular de los hechos. Pero, en gran medida, el testimonio ha sido confirmado. Cualquiera que sea la reputación de estos muchachos, han dado testimonio de ciertos actos. Y ningún interrogatorio, por más hábil, por más enérgico que haya sido, ha debilitado su testimonio o hecho vacilar lo que está, evidentemente, grabado con firmeza en su memoria. Es concebible que un hombre pueda comparecer y cometer perjurio. Pero estos jóvenes se están acusando ellos mismos al acusar a otros de actos infames y vergonzosos. Y esto difícilmente lo harían si no fuera cierto. Wilde ha hecho regalos a estos muchachos, y es notorio que estos regalos fueron hechos siempre después de que él había estado solo, en una u otras habitaciones, con alguno de los muchachos. En estas circunstancias, hasta una pitillera es una confirmación. Mi ilustre amigo ha protestado contra cualquier mala interpretación que se hiciera de estos regalos y estas cenas. Pero, en nombre del sentido

* El abogado de la acusación hizo aquí un extenso análisis de los distintos testimonios presentados en el curso del proceso.

común, ¿qué otra interpretación es posible? Cuando oímos que un hombre como Wilde, presumiblemente de gustos tan refinados y cultos que podría si quisiera disfrutar de la amistad de los hombres y mujeres mejores y más cultivados de Inglaterra, acompañaba a París y a otros lugares del continente a muchachos incultos, nada intelectuales y mal educados, del tipo de Charles Parker, entonces, en nombre del Cielo, ¿qué debemos pensar? Todas esas visitas, todas esas cenas, y todos esos regalos, son otras tantas confirmaciones. Sirven para confirmar la verdad de los testimonios de esos muchachos que confesaron haber cometido actos por los cuales las cosas que se han enumerado eran un pago positivo y efectivo.

Contra la respetabilidad y veracidad de Shelley nada es posible decir. Está completamente aparte de los demás. Se sugiere entonces que por una maldad horrible, o en una especie de sueño, ha llegado a cometer perjurio en contra del señor Wilde, quien, aparte de los hechos incriminados, no le había dado más que bondad.

En el caso del testigo Sidney Mavor, es evidente que Wilde había persistido en disgustar a este muchacho. Algunos actos de Wilde, ya fueran contra él, o contra otros, le ofendieron. La carta que Mavor dirigió al detenido, manifestando su deseo de romper esa amistad, ¿no es acaso una confirmación?

JUEZ CHARLES: A pesar de que la declaración del testigo Mavor es de evidente importancia, debo señalar que negó que el acusado Wilde haya sido culpable de cometer actos indecentes. No creo, por lo tanto, que las acusaciones, en lo que respecta a Mavor, puedan someterse al jurado.

GILL: Bien, Su Señoría. Dichas demandas serán reti-

radas de la acusación. Pero, de cualquier manera, no hay nada que pueda sostener la insinuación de Sir Clarke, de que Shelley, que ha demostrado ser un testigo intachable y veraz, tenía las facultades mentales alteradas. Respecto a los testigos que han sido calificados de chantajistas, no han podido tener ningún propósito concebible para acusar al detenido, a menos que los cargos que han hecho fueran ciertos en sustancia y hechos.

No pediré al jurado un veredicto en la demanda por asociación ilícita para evitar a Sir Clarke, que presentó su queja por considerar afectada su defensa al unirse las dos series de cargos, cualquier dificultad.

Es el deber de ustedes, caballeros, expresar su veredicto sin temor ni favor. Ustedes tienen una obligación con la sociedad, por más apesadumbrados que se sientan por la caída moral de un hombre eminente. Esa obligación consiste en defender a la sociedad de tales escándalos, arrancando de su corazón una llaga que no dejaría, con el tiempo, de corromper y manchar a todos.

QUINTO DÍA

(Miércoles 1º de mayo de 1895)

EL JUEZ HABLA A LOS JURADOS

JUEZ CHARLES: Caballeros. Los detenidos están acusados ante ustedes de haber cometido actos de indecencia y, en segundo lugar, el detenido Alfred Taylor está acusado de haber procurado la perpetración de esos actos al detenido Oscar Wilde. Tal como fueron originariamente estructurados los cargos, el proceso también contenía demandas contra los detenidos por asociación ilícita, y consentimiento de ambos a que esos actos fueran cometidos. A la clausura del pleito por la acusación, sin embargo, el ilustre abogado que la dirigió me informó que no se proponía, con referencia a los testimonios que se habían presentado, insistir en la demanda por asociación ilícita. Pensé que el ilustre abogado tomaba una dirección inteligente, tanto más porque con ello relevaba al tribunal, les relevaba a ustedes, de una posición que podía haber sido muy engorrosa.

Después de oídos los testimonios, no puedo comprender cómo los cargos por asociación ilícita pudieron ser incluidos. Era un procedimiento altamente inconveniente el que se adoptaba al unir en el proceso

cargos en los cuales los acusados podían ser testigos y otros en que no podían serlo. Sir Clarke me pidió enseguida que tratara de este asunto. Pero creí que no era mi deber hacerlo, pues pensé que a pesar de que los acusados eran testigos competentes en una serie de cargos y en otra serie no, los cargos, legalmente, podían ser unidos. Como consecuencia, los acusados están facultados para ser absueltos por la causa de asociación ilícita y también en dos cargos contra Taylor, a los cuales no necesito volver a aludir, pero en los cuales no hay testimonio propicio que suministrar a la consideración de ustedes.

Les pido, pues, que se liberen de prejuicios y apliquen su pensamiento, exclusivamente, a los testimonios escuchados en este tribunal. Durante semanas ha sido imposible abrir un diario sin leer alguna referencia a este caso, y en especial al detenido Oscar Wilde. Les ruego que desechen de sus mentes todo lo que hayan leído sobre los acusados y que se dediquen honradamente a la consideración del caso tal como ha sido presentado a ustedes por los testigos llamados por la acusación. Tengo la esperanza de que no permitirán que pese sobre ustedes ningún juicio preconcebido al poner a prueba a dos personas, ambas de buena educación, y una de ellas un hombre de altas dotes intelectuales.

En un proceso como éste, en que se alega que se han cometido actos de indecencia, y no contra la voluntad de las personas que han sido citadas para comprobarlos, dichas personas son cómplices en el acto perverso. Pero quiero declarar que no ya las leyes de Inglaterra, sino la inalterable práctica de nuestros tribunales, hacen imposible la condena por un jurado de un acusado

basándose en las declaraciones y testimonios sin confirmar de los cómplices de su crimen. Ésta es una sabia ley en vigor. Si fuera de otra forma ¿a qué terribles peligros estarían expuestas personas inocentes por adversarios intrigantes y malignos? En este caso, por lo tanto, si no hubiera habido corroboración de los testimonios de los jóvenes cuyas declaraciones ustedes han oído, habría sido mi deber pedirles que absolvieran inmediatamente a los acusados. Estoy seguro de que estarán de acuerdo, si se concentran un instante en considerarlo, en que el testimonio no corroborado de un cómplice no debe influir. Por eso, durante el proceso, he tenido que observar con ansiosa atención los testimonios que se han presentado, para ver si los testimonios eran corroborados en una u otra forma. Soy de la opinión de que hay corroboración de todos los testimonios en el sentido en que la ley lo requiere; no corroboración por testigo ocular —sería vano esperar eso y la ley no lo requiere—, sino en cuanto a las relaciones de los acusados con los testigos y en lo que respecta a muchos pormenores del relato que han hecho, lo cual vuelve imposible para mí el retirar este caso de la consideración de ustedes... No sólo son cómplices algunos de los testigos, sino que Charles Parker, Wood y Atkins han sido correctamente definidos por Sir Clarke en su brillante alegato dirigido a ustedes en defensa del señor Wilde como chantajistas. Ustedes recordarán que ellos mismos han admitido serlo.

Atkins, por su propia boca, se condenó por haber dicho las más burdas y deliberadas mentiras. Estos testigos requieren no solamente corroboración, sino que ustedes tengan presentes sus antecedentes.

No es mi propósito tratar largamente las incidencias

del proceso Queensberry. Deben tratar de escuchar *in mente* lo que Wilde dijo cuando fue interrogado. Lord Queensberry hizo pública una tarjeta que, indudablemente, constituía un libelo contra Wilde, y éste inició de inmediato un procedimiento criminal por dicho libelo, que Lord Queensberry alegó verdadero. Es un punto a favor de Wilde que él mismo solicitara que se investigase la acusación hecha en su contra, como respuesta de Lord Queensberry a su demanda. El libelo se refería a asuntos ocurridos en mil ochocientos noventa y dos, pero no se hizo público hasta mil ochocientos noventa y cinco. Después Wilde fue interrogado. Pero, antes de que se citara a ningún testigo propuesto para la justificación de Lord Queensberry, Sir Clarke, que representaba a Wilde en el proceso, en el último momento retiró la acusación y dijo que no pretendía más que un veredicto de "no culpable" a favor de Lord Queensberry y que la publicación de la tarjeta había sido en beneficio público. Este veredicto no los liga a ustedes en la más mínima forma, porque fue un veredicto por el libelo y fue pronunciado a instancias de Sir Edward Clarke, por las razones explicadas y sin que se llamara a ningún testigo en apoyo del pedido de justificación. Las ofensas denunciadas en el pedido de justificación de Lord Queensberry, en conexión con los muchachos Conway y Grainger, no han sido incluidas en el presente proceso porque dichas ofensas, casi en su totalidad, ocurrieron fuera de la jurisdicción de este tribunal. Bien; a la terminación del proceso Queensberry, Wilde y Taylor fueron detenidos para responder a los cargos sobre los cuales esperan ahora el veredicto de ustedes. Una gran parte del testimonio de Wilde en el proceso Queensberry fue dedicado a lo que Sir

Clarke ha llamado la parte literaria del caso. Hubo un intento de demostrar por medio del interrogatorio a Wilde sobre las obras que ha publicado —y especialmente, con referencia a un libro que ha publicado, llamado *El retrato de Dorian Gray*— que Wilde era un hombre de carácter poco escrupuloso en relación a su consideración de la amistad de hombres maduros con muchachos jóvenes. Todo el interrogatorio fue leído ayer. Estaba dividido en dos partes. La primera se atiene a su calidad de autor de *El retrato de Dorian Gray*. La segunda se refería a una revista llamada *The Chameleon* publicada en otoño de mil ochocientos noventa y cuatro, por la cual se alegaba que Wilde había dado la adhesión de su nombre a las doctrinas más abominables.

Respecto a *El retrato de Dorian Gray*, yo no lo he leído todo, y supongo que ustedes tampoco. Pero les han sido leídos párrafos sueltos y conocen los pormenores del relato gracias a Sir Clarke. Se les ha dicho que es la historia de un muchacho vicioso, cuyo rostro no revela el abismo de abyección y maldad en el cual ha caído. Pero un retrato, pintado por un amigo, revela todas las consecuencias de las pasiones de ese joven: Yo mismo debo decirles, y me creo en el deber de hacerlo, que no me parece que, en un juicio criminal, ustedes deban basar una opinión desfavorable en el hecho de que Wilde sea el autor de *El retrato de Dorian Gray*. Coleridge, un gran escritor que Sir Clarke citó ayer dijo: «No juzguen a un hombre por sus libros». Yo, más bien diría: No juzguen a ningún hombre, no confundan a ningún hombre con los caracteres que ha creado. Si un escritor imaginativo hace aparecer en sus novelas algún villano consumado, y pone en boca de ese hombre

sentimientos que repugnan a la humanidad, no se debe suponer que los comparte. Ustedes pueden criticar, si lo desean, esa obra, pero lo que nunca podrán hacer, si el autor del trabajo es culpado de un crimen, es decir: "Usted ha creado ese monstruo en su última novela y ha puesto en su boca sentimientos que repugnan a la humanidad". Eso no sería honesto. Mientras algunos de nuestros más grandes escritores han pasado su larga vida produciendo la literatura más edificante—por ejemplo Sir Walter Scott y Charles Dickens, quienes nunca escribieron, hasta donde tengo conocimiento, ninguna lírica ofensiva—, es desgraciadamente cierto decir que otros grandes escritores, que eran de nobles sentimientos, han dado al mundo, de una forma u otra, especialmente en el siglo dieciocho, obras que les resulta doloroso leer a personas de educación y decencia corrientes. No sería honesto, por lo tanto, cuando ustedes están juzgando a un hombre, permitirse ser desfavorablemente influenciados en contra suya, por la circunstancia de haber escrito una obra que, por los fragmentos que han escuchado de ella, desaprobaban. Con referencia a *The Chamaleon*, la única conexión entre Wilde y esa revista está constituida por un prefacio de dos o tres páginas, titulado: *Frasas y citas filosóficas para el uso de los jóvenes*, escrito por el demandado, de las cuales es suficiente decir que algunas de ellas son divertidas, otras cínicas y otras—si se me permite criticarlas—tontas. Pero no malvadas en el sentido de que ustedes puedan deducir de ellas que Wilde es culpable de haber cometido la transgresión que se ha alegado y que ahora ustedes deben investigar. Ya es suficiente, con relación a la parte literaria del caso, como ha sido llamada, y no voy a decir nada más sobre ella,

con excepción de una observación que expondré ahora. En *The Chamaleon* hay dos poemas. Se alega que son de tendencia inmoral. Se alega, además, que Wilde les dijo su aprobación. Deben ustedes inquirir sobre lo que dijo Wilde con referencia a esos dos poemas. Con respecto a uno de los poemas existe una carta del detenido a Lord Douglas...

CLARKE: Me permito sugerir a Su Señoría que confronte la fecha de esa carta con la de la aparición de *The Chamaleon*. Encontrará que la carta es muy anterior.

JUEZ CHARLES: Reconozco que el error que me ha señalado el ilustre abogado de la defensa es exacto. Bien; ya conocen ustedes el contenido de las dos cartas que Wilde dirigió a Lord Douglas. Me pregunto si el señor Carson, abogado de Lord Queensberry, estaba en lo cierto al afirmar que estas cartas son de carácter horrible e indecente. El mismo señor Wilde ha dicho que no se avergüenza en absoluto de ninguna de esas cartas y que, aunque respiren un lenguaje de afecto y pasión, no se trata de una pasión impura o antinatural. Ha dicho que una de esas cartas era una especie de poema en prosa o soneto y que, para su modo de pensar, no hay nada antinatural o impuro en el afecto de un hombre maduro por un joven, y que el amor que se refiere en el poema «Dos amores» era igual al amor de David por Jonathan, que era el amor que Platón llamaba el principio de la sabiduría, que era un amor perfectamente puro, como aquel del que se habla en algunos sonetos de Shakespeare. En el poema «En alabanza de la vergüenza», Wilde dice que la palabra "vergüenza" fue usada en el sentido de "pudor", en el mismo sentido en que el pudor fue experimentado por nuestros

primeros padres, en el jardín del Edén. Ustedes deben grabar esto en su memoria, caballeros. Además hay aún esto para decidir sobre la primera carta, sin duda lo suficientemente importante como para merecer nuestra atención. Fue exhibida por Wilde mismo. Y así fue dicho por su abogado: "Denle fe, por no avergonzarse de ella". Creo que la otra carta, la escrita desde el hotel Savoy, fue exhibida durante el interrogatorio del demandado.

GILL: Su Señoría no se equivoca.

JUEZ CHARLES: Dejando atrás esta parte del caso, ahora voy a tratar, por orden de fechas, los cargos contenidos en el alegato de acusación.

En primer término les llamaré la atención por la ofensa que se dice fue cometida con Edward Shelley, a principios de mil ochocientos noventa y dos. Es una tarea bastante difícil para ustedes el hacerse a la idea de si esta transgresión fue cometida o no. Shelley está, a pesar de lo que pueda haber dicho acerca de su estado de ebriedad, en la posición de cómplice. Pero su testimonio ha sido corroborado. Si no hubiera sido corroborado, habría tenido que retirar este cargo de los que he sometido a la consideración de ustedes. Por otra parte, Edward Shelley no está manchado con la clase de transgresiones con la que están conectados Wood, Atkins y Parker y, en este sentido, es un testigo intachable. Shelley estaba empleado en la editorial de los señores Mathews y Lane, con un salario de quince a dieciocho chelines por semana. Ha sido definido como un empleado de oficina, pero se ve claramente por sus cartas que es una persona de alguna educación, con gustos literarios y una notable admiración por las obras del acusado Wilde. Siendo Mathews y Lane los

editores de Wilde, éste, conoció al muchacho y le llevó a cenar al hotel Albemarle, donde, según Shelley, tuvieron lugar algunas indecencias entre ellos. Ustedes son los mejores jueces de la conducta de este testigo. Es verdad que compareció a declarar en un estado de gran excitación. Su testimonio más bien indica que los actos que él alega fueron cometidos por Wilde en contra de su voluntad. Pero es difícil que fuera así, ya que en el curso de la misma semana acudió por segunda vez al Albemarle, además de haber acudido a más de un teatro con Wilde. El detenido Wilde ha negado positivamente la historia de las indecencias, aunque dijo que era cierto que estaba interesado en el muchacho y que iban juntos a muchos sitios. Shelley ha jurado que había escrito una carta al acusado, diciendo que no quería saber nada más con un hombre de la moralidad de Wilde y se le ha permitido al testigo tratar de recordar, lo mejor que pudiera, el contenido de esa carta. Wilde negó haber recibido nunca esa carta. Sin embargo, han sido presentadas otras cartas, en las cuales Shelley se dirigía a Wilde en términos familiares. En alguna de ellas hasta rogaba su ayuda monetaria. ¿Cómo puede eso concordar con la declaración de Shelley de que antes de esa época Wilde se había tomado con él libertades que no eran de su agrado? ¿Puede conciliarse, asimismo, con la positivas negaciones de Wilde a tales sugerencias? Estas cartas tienen un carácter morboso e histérico. Una penosa parte de la tarea que les toca a ustedes juzgar, es el tono de esas cartas. Shelley ha dado, como razón de ese tono, el extravío posible de su mente. ¿Pero podría esto justificar el acto de haber hecho, nauseabundas concesiones a Wilde? Me siento obligado a declarar que, aunque hay evidencia de una

gran excitación en la correspondencia de Shelley, el sugerir que demuestra que el testigo no sabía lo que decía es demasiado exagerado. Sin embargo, pesa sobre ustedes la seria responsabilidad de aceptar o rechazar el testimonio de Shelley y sacar sus propias conclusiones. Pero ¿por qué habría de relatar esta vergonzosa historia; a menos de que fuera cierta? Ahora pasó al caso Atkins. Atkins tiene ahora veinte años de edad. Fue presentado a Taylor por un joven llamado Schwabe en mil ochocientos ochenta y dos. Atkins encontró a Wilde y a Lord Alfred Douglas en una cena, en un reservado del Florence, en la que también estaba presente Taylor. Alega que en esa cena Wilde le propuso que fuera con él a París, en calidad de secretario particular. Atkins accedió y fueron dos días después. Ocuparon habitaciones en el boulevard de los Capuchinos. Atkins pasó la noche de su llegada en el Moulin Rouge, que es, por lo que se desprende de los testimonios de la prueba, un lugar en donde se reúnen mujeres inmorales. Atkins alega que al volver, en las primeras horas de la mañana, encontró a Schwabe y Wilde ocupando la misma cama, y que a la mañana siguiente o, más bien, más tarde, esa misma mañana, Wilde le hizo insinuaciones impropias, que el declarante rechazó. Al volver a Londres, Atkins dice que vio a Wilde en la calle Tite y que éste le pidió que no dijera nada sobre su visita a París. En diciembre de mil ochocientos noventa y tres, estando enfermo de viruelas, fue visitado por Wilde en su habitación de la calle Onasburgh, que Atkins compartía con un hombre que se apellida Burton. El cargo, con referencia a Atkins, no tiene conexión con lo que se alegó que había ocurrido en París. Eso no cae dentro de la jurisdicción del tribunal. Los cargos se refie-

ren al acuerdo que se ha alegado que existía entre Taylor y Wilde en el hotel Florence, para tomar posesión del muchacho con propósitos inmorales. La explicación de Wilde sobre el asunto fue que conoció al joven en una cena y que le llevó a París a petición de Schwabe, quien había prometido llevar al muchacho. Wilde iba a París por asuntos literarios. Ha negado que Atkins fuera con él en calidad de secretario. Atkins ha sido un testigo de lo más inescrupuloso, mentiroso, informal y atrevido. Ha tenido la impudicia de negar en el interrogatorio que él y el sujeto llamado Burton fueron conducidos alguna vez a la comisaría de la calle Bow por el delito de chantaje. Pero luego se descubrió que Atkins había dicho la más burda de las falsedades, una falsedad tan burda que ustedes estarían justificados, si lo creyeran necesario, a tachar cualquiera de sus afirmaciones. El señor Gill dijo que Atkins es un chantajista, pero que nunca trató de chantajear al detenido. Por lo tanto les invito a aceptar la historia del Florence y del viaje a Francia. Pero, por supuesto, queda en sus manos decidir qué es lo que deben creer de los testimonios de Atkins.

Ahora paso a los cargos alegados contra el señor Wilde en perjuicio de dos muchachos desconocidos, cuando también Lord Douglas frecuentaba el hotel Savoy. Repulsivas como son las informaciones suministradas por los sirvientes del hotel, sobre lo que alegan que sucedió allí hace ya más de dos años, me siento obligado a referirme a ellas en sus más mínimos detalles. Les suplico que presten toda su atención a las aseveraciones de la camarera, Jane Cotten, y a las del masajista Miggie, ya las conclusiones que puedan sacar de ellas. A mi parecer es extraño que, si lo que alegan los sirvientes es

cierto, hubiera tan poco cuidado en ocultarlo. El que Wilde llamará a la camarera para encender el fuego; y dejara la puerta abierta para que entrara el masajista, que entró sin que se le hiciera ninguna objeción, no hace muy verosímil el pensamiento de que hubieran tenido lugar prácticas indecentes en las habitaciones de Wilde. Si los sirvientes han dicho la verdad y la negativa de Wilde de que nunca hubo muchachos en su cama en el hotel Savoy no es cierta, ustedes son los encargados de decir a qué lado debe inclinarse la balanza de la credulidad.

No quiero explayarme sobre esta desagradable parte de este desagradable proceso, pero es necesario que les recuerde, tan discretamente como me es posible, que de acuerdo al testimonio de Mary Applegate, la casera de la casa de la calle Onasburgh, donde solía alojarse Atkins, la sirvienta se había negado a arreglar la cama en muchas ocasiones, después de que Wilde y Atkins hubieran estado solos en el dormitorio. Afirmó ella que había señales, en las sábanas, de que acababan de llevarse a cabo acciones de la peor especie. Es mi deber recordarles a ustedes que puede haber una explicación muy inocente para estas manchas, aunque el testimonio de Jane Cotter aporta ciertamente una corroboración a estos cargos y a la propia historia de Atkins. Trataremos ahora los testimonios de Alfred Wood, que parece que conoció a Taylor en mil ochocientos noventa y tres. Pasó tres semanas con Taylor en sus habitaciones de la calle Little College y, al final del mes, conoció a Wilde. ¿Cómo? No por intermedio de Taylor, sino de Lord Douglas, quien le envió para que buscara a Wilde en el Café Royal. Fueron juntos al café Florence, cenaron juntos y juntos se marcharon a la casa de

Wilde, en la calle Tite, donde, según Wood, se llevaron a cabo acciones incorrectas. Hubo otros encuentros y Wilde le compró un reloj y una cadena de plata y, en varias ocasiones, le entregó dinero. Lo que relata Wilde de todo esto es diferente. Wilde dice que Wood había solicitado la ayuda de Lord Douglas para conseguir un trabajo como empleado. Lord Douglas, que estaba en Salisbury, le escribió a Wilde pidiéndole que hiciera lo que pudiera por el muchacho y, al mismo tiempo, telegrafió a Wood para que fuera a encontrarse con Wilde en el Café Royal, cosa que hizo Wood, según dice Wilde. Ustedes deben juzgar con qué propósito se llevó a cabo esta presentación. Clarke ha identificado a Wood como miembro de una banda regular de chantajistas. La verdad es que, después de una visita a Norteamérica, Wood fue arrestado con Allen y Parker por haber extorsionado a un caballero sorprendido en compañía de Parker, y haberle sacado la cantidad de trescientas libras. La forma en que Wood se fue a Norteamérica es importante. Según Wood, quería ir allí para librarse de las malas compañías en que había caído, y Wilde le dio treinta libras para que pudiera ir a Norteamérica. Pero existe la extraordinaria circunstancia de que en esa entrevista algunas cartas de Wilde, que habían caído en manos de Wood y por las cuales Wilde estaba muy ansioso, volvieron a su poder. Una carta, sin embargo, estaba en posesión de Allen, que se la había sacado a Wood del bolsillo, por la cual quería obligar a Wilde a darle dinero. Una vez en Norteamérica, Wood le escribió a Taylor: «Dile a Oscar, si me puede mandar un giro para comprar un huevo de Pascua». El señor Gill ha dicho de Wood lo mismo que de Atkins: que Wood no parecía haber intentado chanta-

jean a Wilde. Wood nos ha suministrado una historia bastante completa de sí mismo y ustedes deben juzgar su veracidad. Deben considerar ustedes cuál puede haber sido el significado oculto de las transacciones entre los dos.

Paso ahora a los cargos hechos directamente contra Alfred Taylor, el otro acusado. Taylor parece ser un hombre de buena familia y educación. Pero ha llevado, según sus propias declaraciones, una vida de haraganería y ha despilfarrado cuarenta y cinco mil libras. Taylor está inculcado por actos de indecencia con los dos Parker, Charles y William. De acuerdo con lo relatado por Taylor, fue presentado a los Parker por un amigo, en el exterior del restaurante Saint-James, y se enteró de que eran un ayuda de cámara y un lacayo, respectivamente, ambos sin ocupación.

Parker, por otra parte, declara que él y su hermano estaban en el bar del Saint James cuando Taylor se acercó a conversar, les habló de ganar dinero de cierta manera y les ofreció presentarles a Wilde. Luego fueron llevados por él a sus habitaciones de la calle Little College.

Se ha alegado que este detenido tenía virtualmente convertidas sus habitaciones en un lupanar o burdel, en el cual hombres jóvenes hacían el papel de prostitutas, y que su reputación a este respecto es bien conocida por las personas que se dan secretamente a ese vicio. Una de las transgresiones imputadas a Taylor es con referencia a Charles Parker, quien ha hablado del arreglo peculiar de las habitaciones. En el piso había dos dormitorios, con puertas de dos hojas entre ellos. Las ventanas estaban cubiertas con pesados cortinajes, de manera que, desde las casas de enfrente, nadie podía ver lo

que allí sucedía. También había pesadas cortinas en las puertas, de modo que era imposible para un curioso ni escuchar ni ver lo que sucedía en el interior. Había en el salón un sofá de forma curiosa, se aseguró, y todo el aspecto de esas habitaciones sugería un antro de vicio. Había frecuentes reuniones allí. En ellas Wilde, que dijo que las habitaciones le sorprendieron por bohemias pero no por raras, estaba presente. La atención de la policía fue atraída a ese lugar y lo tuvieron en observación. Taylor ha negado que llevara a su casa a muchachos de Piccadilly, o que él mismo hablara a hombres en el Alhambra y el Empire. Se ha demostrado, sin embargo, que los dos Parker fueron a sus habitaciones, y, más adelante, que Charles Parker recibió treinta libras de un chantaje llevado a cabo por Wood y Allen. El ocho de marzo fue el cumpleaños de Taylor y, de acuerdo con su propia declaración, fue invitado por Wilde a cenar con él en el restaurante Kettner o en el Solferino y a traer consigo todos los amigos que quisiera. La cena no se realizó hasta el diez de marzo, cuando Taylor llevó a los dos Parker con él y se los presentó a Wilde. Ahora bien; el testimonio de Charles Parker es objetable, como el de Wood y el de Atkins, pero, en ciertos puntos, está confirmado por su hermano William Parker, contra el cual no se ha hecho ninguna acusación por chantaje. Los dos Parker relataron con detalles la espléndida comida y declaración que, después de la misma Wilde hizo sobre Charles Parker: "Este es el muchacho para mí". William Parker no volvió a ver a Wilde, pero acusa a Taylor de actos indecentes en las calles Little College y Chapel. Este cargo, sin embargo, no se hizo cuando declaró la primera vez contra el demandado, sino cuando fue vuelto a llamar

con el propósito de tomarle nuevamente declaración en el tribunal policial. Algunas partes de los testimonios de Charles Parker han sido también confirmadas por otros testigos. Ahí está, por ejemplo, para relacionar a Wilde y Taylor con Charles Parker, el testimonio de la señora Margery Bancroft, que había visto a ambos detenidos en el alojamiento de los Parker, en Park Walk, Chelsea. Pero Wilde niega, bajo juramento, haber estado alguna vez en su vida en Park Walk. Admite que Parker haya estado en sus habitaciones de Saint-James Place, pero niega la indescriptible y asquerosa acción que Parker dice que ocurrió allí, como ha negado que haya llevado alguna vez a Parker al hotel Savoy o de que haya sido culpable de mala conducta. Charles Parker también alegó contra Taylor actos de indecencia, pero fue arrestado, en compañía de éste, en el registro de la calle Fitzroy. Ésto indica que tenían la costumbre de andar en compañía de gente sospechosa de cometer las transgresiones alegadas. Ambos fueron, en esa ocasión; absueltos y, poco después, Parker se enroló en el ejército, alejándose de Londres. Es notorio que Charles Parker es un sujeto de baja moralidad. Así, caballeros, concluyen las varias incriminaciones hechas en este caso, y tengo ya muy poco que decirles. Es importante señalar que otros testigos que han sido citados por la acusación no culpan a los detenidos de mala conducta. Sidney Mavor, que se alojó con Taylor y se encontró con Wilde y Lord Douglas para cenar y pasó toda la noche en el hotel Albemarle, negó completamente que tuvieran lugar allí actos de mala conducta. Con referencia a los asuntos que les toca considerar, el testimonio de Mavor tiene poca o ninguna importancia, excepto para demostrar cómo entró en relación

con Wilde y Taylor. Hasta donde se percibe, es más a favor de Wilde que en su contra y, en realidad, no ha sido probada contra este testigo ninguna indecencia. He tenido que exponerles a ustedes este caso con cierta minuciosidad debido a su gran importancia para la comunidad y su gravedad para los acusados. Ahora lo pongo a la consideración de ustedes, con la confiada esperanza de que harán justicia. Es importante que si ustedes creen que las prácticas denunciadas se han constatado, lo digan sin temor; pero también es de enorme importancia que no sean condenadas personas por actos que no han cometido. El detenido Wilde tiene el derecho de pedirles a ustedes que recuerden que es un hombre de grandes dotes intelectuales, una persona que la gente cree incapaz de los actos que se alegan en su contra. Taylor, aunque nada se ha dicho de su capacidad, ha sido bien criado, y pertenece a una clase en la cual es difícil imaginarse tal ofensa. Al mismo tiempo deben analizar, sin temor las pruebas, recordando por un lado la posición del detenido y por otro el deber de ustedes con la sociedad. Si sienten que no pueden actuar basándose en los testimonios prestados, deben decirlo; pero si se sienten impelidos a creer en esos testimonios, también deben declararlo sin temor. Se les pide que declaren si el acusado Wilde ha cometido los actos de indecencia por los cuales se le acusa; si el acusado Taylor procuró la perpetración de estos actos; y por último si el detenido Taylor cometió actos de indecencia con los muchachos llamados Parker. Les pido que formen su opinión de acuerdo a los testimonios y consideren cuidadosamente el caso. (*El Jurado se retiró a deliberar a las dos menos veinticinco y volvió a la sala del tribunal a las cinco y cuarto.*)

EL JUEZ Y EL JURADO

JUEZ CHARLES: Caballeros del jurado, he recibido una comunicación de ustedes por la cual veo que, con excepción de una cuestión menor que les encomendé con referencia a Atkins, se hayan imposibilitado de llegar a un acuerdo.

PRESIDENTE DEL JURADO: Así es, Su Señoría. No podemos ponernos de acuerdo en tres de las preguntas que Su Señoría nos presentó.

JUEZ CHARLES: ¿Hay alguna posibilidad de que, si se retiraran a deliberar durante un poco más de tiempo, podrían llegar a un acuerdo, al menos en lo referente a una pregunta?

PRESIDENTE DEL JURADO: Así se lo hice saber a mis colegas. Hemos considerado la cuestión durante tres horas. Y el único resultado al que hemos llegado es que no podemos ponernos de acuerdo.

JUEZ CHARLES: Ya veo que no han llegado a ningún acuerdo en las preguntas que les he formulado. ¿Hay algo que quieran preguntarme con referencia a este asunto que crean pueda ayudarlos en otra deliberación sobre su veredicto?

PRESIDENTE DEL JURADO: Sería inútil, Su Señoría. No podemos ponernos de acuerdo con respecto a si el inculpado Wilde cometió actos indecentes con Shelley, Wood, con una persona o varias personas en el hotel Savoy, o con Charles Parker, ni tampoco en lo relativo a si Taylor cometió actos indecentes con Charles Parker o William Parker.

JUEZ CHARLES: Nunca me ha agradado hacer algo que parezca obligar a un jurado a dar su veredicto.

Han estado deliberando bastante rato sobre este asunto, y no dudo que han hecho todo lo posible para llegar a un acuerdo respecto a esas preguntas. Por otro lado los inconvenientes de otro proceso son muy grandes. Y si creen que hay alguna perspectiva de acuerdo, después de deliberar un poco más, les pediría que así lo hicieran.

PRESIDENTE DEL JURADO: Su Señoría, creo que no hay posibilidad de acuerdo.

JUEZ CHARLES: Siendo así no me siento autorizado para retenerlos más.

CLARKE: Deseo pedir a Su Señoría que se dé entrada a un veredicto de "no culpable" en las demandas del proceso sobre las cuales no se ha suministrado ningún testimonio.

JUEZ CHARLES: Creí haber dado ya los pasos necesarios para que eso se hiciera, Sir Clarke, cuando informé al jurado, en la actuación de esta mañana, de que ordenaría una absolución en las acusaciones sobre las cuales no se ha dado ningún testimonio, que son los cargos por asociación ilícita y los que culpan a Taylor de ciertos actos.

GILL: Deseo oponerme a eso, Su Señoría, en razón de que la opinión del jurado no ha sido requerida en esas demandas. Si el jurado va a ser licenciado, le pediría a Su Señoría que lo licencie sin veredicto de ninguna clase en el asunto.

CLARKE: A eso no puede haber lugar, Su Señoría. Tengo derecho a un veredicto sobre las inculpaciones en las cuales no se ha dado ningún testimonio frente al jurado. Apenas si debo señalar a Su Señoría que basándose en la conveniencia, tanto como por derecho, se debería dar ingreso a ese veredicto.

GILL: Su Señoría, Sir Clarke está equivocado al afirmar que no se han suministrado testimonios en esas demandas.

JUEZ CHARLES: Ya he ordenado al jurado que dé un veredicto de absolución en los cargos por asociación ilícita y también en cuatro demandas relativas a Mavor y Wood. A mi parecer los acusados tienen derecho a ese veredicto. Desgraciadamente los asuntos básicos que han ocupado durante tantos días a este tribunal son los asuntos sobre los cuales el jurado no se ha podido poner de acuerdo.

CLARKE: Deseo que se registre ese veredicto. Tenemos derecho a obtenerlo.

GILL: Creo que existe un concepto erróneo en cuanto al curso dado a las incriminaciones por asociación ilícita. No es que falten testimonios sobre ellas. Se suministró testimonio que podía haber tenido una relación con las incriminaciones aludidas durante el curso del proceso y que, por supuesto, tuvieron una relación directa con respecto a los otros cargos. Todo lo que dije es que no deseaba un veredicto en lo que respecta a esas incriminaciones.

JUEZ CHARLES: Estoy perfectamente enterado de lo que usted solicitó, señor Gill. Pero soy del parecer que los detenidos están facultados para obtener un veredicto absolutorio en lo que respecta a las incriminaciones mencionadas. No creo que éste sea un asunto de substancial importancia.

CLARKE: Es cuestión de fórmula, pero no carece de importancia. Y ya que todo el proceso está a disposición del jurado, pido a Su Señoría que ordene al jurado dar un veredicto absolutorio en las acusaciones por asociación ilícita.

JUEZ CHARLES: (*Al jurado*). Así deben hacerlo, caballeros del jurado.

PRESIDENTE DEL JURADO: (*Dio con toda solemnidad el veredicto solicitado*).

SECRETARIO DEL TRIBUNAL: (*Al jurado*). ¿No pueden llegar a un acuerdo en el resto del proceso?

PRESIDENTE DEL JURADO: Así es.

JUEZ CHARLES: Ya que los asuntos que han ocupado tanto tiempo a este jurado quedan sin decidir, están licenciados para retirarse, caballeros.

(*El jurado se retiró*).

SOLICITUD DE LIBERTAD BAJO FIANZA

CLARKE: Me permito solicitar ahora que el señor Oscar Wilde sea puesto en libertad bajo fianza. Creo que después de lo que ha sucedido, la Corona no se negará.

CLARKE HALL, WILLIAM: Hago la misma solicitud en favor de Taylor.

GILL: En cuanto a la petición de libertad bajo fianza, depende del curso que desee dar Su Señoría. Con referencia al mismo proceso, si éste va a realizarse inmediatamente, la petición de libertad bajo fianza no tendrá ninguna importancia para los acusados. Pero si se deja para otras sesiones, no diré nada al respecto. Todos los antecedentes de este proceso están a la vista de Su Señoría y no diré nada que pueda influenciar a Su Señoría en este asunto.

JUEZ CHARLES: No creo que esté facultado para acceder a esa solicitud.

CLARKE: ¿Podré renovar esta solicitud en otra sub-stanciación ante un juez de cámara?

JUEZ COLLINS: Sí. Creo que esa solicitud debe hacerse de nuevo, ante la cámara de apelaciones.

CLARKE: No creo que un proceso igual a éste debiera tener lugar de inmediato. El peso y desgaste que ha producido sobre aquéllos empeñados en este caso ha sido muy grande. La tesorería también, creo yo, desearía tener una oportunidad para considerar entre ésta y otras audiencias, la forma en que se debe presentar este caso, si así se hace.

GILL: El caso, naturalmente volverá a tratarse. Pero si será en las próximas audiencias o no, dependerá de cuál sea el curso más conveniente. Probablemente el más conveniente será el que se trate en las próximas audiencias. Ése es el procedimiento habitual.

JUEZ CHARLES: Si ése es el procedimiento usual, que sea así.

GILL: ¿Todos los testigos estarán legalmente obligados a comparecer y sus declaraciones serán ampliadas?

JUEZ CHARLES: Por supuesto.

SEGUNDO PROCESO

NOTA AL SEGUNDO PROCESO

Como se ha visto, el uno de mayo el Jurado seguía en desacuerdo, y Clarke solicitó inmediatamente la admisión de la fianza a favor de Wilde, pero el Juez la denegó, Gill anunció que el caso sería examinado de nuevo, lo cual hizo ver claramente que el secretario del Interior y sus consejeros legales habían decidido ya conseguir al precio que fuera la convicción de Wilde. La prestación de fianza solicitada ante un juez, que no tenía competencia sobre la materia, trajo como resultado la puesta en libertad de Wilde el siete de mayo.

Entre los dos juicios, Wilde gozó de quince días de libertad. Al salir de la cárcel cogió un coche y se fue derecho al hotel Midland, acompañado de Lord Douglas de Hawick. Habían alquilado dos habitaciones y acababan de sentarse para cenar cuando entró en la habitación el gerente del hotel, quien invitó a Wilde a marcharse. El responsable de aquello no era otro que el marqués de Queensberry. Había pagado a una pandilla de matones para que se cercioraran de que su víctima no tendría sitio donde descansar. Wilde deambuló de un hotel a otro, incluso adentrándose por los suburbios más alejados, siempre expulsado a los pocos minutos de su llegada. A medianoche, muerto de cansancio, llegó a casa de su madre en Chelsea. Su hermano mayor abrió y se quedó asombrado al ver a

Oscar. «Dame asilo, Willie. Déjame que me acueste en el suelo o moriré en la calle.»

Todos los que le querían insistieron para que se marchase. Pero tanto Lady Wilde como su hermano Willie se habían convencido a sí mismos de que Irlanda estaba desafiando al universo en la persona de su segundo hijo. Lady Wilde decía: «Si te quedas, incluso si vas a la cárcel, serás siempre mi hijo; eso no ocasionará diferencia en mi cariño; pero si te marchas, no volveré a hablarte jamás.» Por su parte, Willie repetía a todos: «Oscar es un caballero irlandés; no se marchará y dará la cara.» Y el propio Wilde decía que no podría soportar la vida si huyese, y que no se imaginaba escabulléndose por el continente como un fugado de la justicia.

Unos días después, Ada Leverson, una periodista a quien Wilde denominaba «La Esfinge», le ofreció pasar unos días con ella y su esposo Ernest Leverson (quien ya le había ayudado en el pago de la fianza) en su casa de Courtfield Garden. Allí se presentó la mujer de Wilde y permanecieron juntos durante dos horas, al cabo de las cuales ella se marchó llorando. Le llevaba un recado urgente de su abogado rogándole que abandonase el país antes del juicio, que sería indiscutiblemente su ruina.

El segundo juicio contra Wilde comenzó el 20 de mayo en el Old Bailey, ante el juez Wills. Como el cargo de asociación ilícita había sido desestimado, Sir Edward Clarke solicitó que las causas de Wilde y Taylor fueran juzgadas por separado. El juez accedió, pero la petición de Clarke de que Wilde fuera juzgado en primer lugar fue denegada, pues el fiscal quería obtener la culpabilidad de Taylor y crear así el ambiente que condenaría irremisiblemente a Oscar Wilde.

Efectivamente, después de ser declarado culpable Taylor y quedar aplazada la sentencia, el dramaturgo se sentó en el banquillo de los acusados. Los testigos de la acusación, que habían sido previamente sobornados por Queensberry, estaban muy bien adiestrados, bien vestidos, bien alimentados, bien alojados, con muy buen aspecto, y sobre todo habían sido muy bien pagados. Se trataba de gente prostituida, chantajistas, ladrones, estafadores, descritos por el juez como la chusma más vil. Las mujeres eran sirvientas histéricas, cuya declaración no servía ni para colgar a un perro, dijo el juez. Clarke consiguió que su defendido fuera absuelto de la acusación de pervertir a la juventud y de pervertir la inocencia, pero Wilde fue condenado por las declaraciones de unos hombres que debían elegir entre actuar de testigos contra él u ocupar un puesto a su lado en el banquillo de los acusados.

El proceso se prolongó durante cuatro días. La actuación de Wilde ante el tribunal el 25 de mayo fue impresionante. Parecía dominar la escena, casi como si se hubiese convertido en un personaje simbólico surgido de su propia imaginación. Al final, el juez hizo un informe de esos que se llaman vulgarmente «imparciales»; es decir, que analizó la culpabilidad minuciosamente, mostrando lo que debía aceptarse y lo que debía rechazarse, pero teniendo mucho cuidado en resaltar la parte contraria al acusado y empujando lo que podría actuar en su favor. El jurado se retiró a deliberar y al cabo de dos horas y media regresó con un veredicto de «Culpabilidad» sobre todos los cargos menos uno. Al condenar a Wilde y a Taylor a dos años de trabajos forzados, el juez Wills pronunció un asombroso discurso (que debe figurar en letras de oro en la

particular historia de la estupidez humana) en el cual se abrazan la crueldad más refinada, la hipocresía, la tontería más audaz, la falsedad y la gazmoñería de una sociedad esencialmente depravada.

PRIMER DÍA

TRIBUNAL CRIMINAL CENTRAL
OLD BAILEY, LONDRES

(Lunes 20 de mayo de 1895)

JUÉZ: *Honorable Wills.*

ABOGADOS POR LA CORONA: *Procurador general Sir Franck Lockwood, Q. C.; M. P. Señor Charles Frederick Gill y Señor Avory (Siguiendo las instrucciones del director de la Fiscalía Pública).*

ABOGADOS DEL DETENIDO OSCAR WILDE: *Sir Edward Clarke, Q. C.; señor Charles W. Mathews y señor Travers Humphreys (Siguiendo instrucciones de los procuradores C. O. Humphreys hijo y Kershaw).*

ABOGADOS DEL DETENIDO ALFRED TAYLOR: *Señor John Peter Grain y señor William Clarke Hall (Siguiendo instrucciones de los procuradores Arthur Newton y Cía.).*

COMIENZA EL JUICIO

SECRETARIO DEL TRIBUNAL: No habiéndose dado entrada a ninguna nueva denuncia contra Oscar Fingel O'Flaherty Wills Wilde y Alfred Waterhouse Somerset Taylor, los detenidos están acusados por las incriminaciones que figuraban en el anterior proceso, en el cual el jurado no llegó a un acuerdo.

(Los detenidos negaron la acusación).

CLARKE: Solicito a Su Señoría que los detenidos sean juzgados por separado.

JUEZ WILLS: A menos que el fiscal general tenga algo que decir...

FISCAL: Tengo algo que decir, con el permiso de Su Señoría.

CLARKE: Si mi ilustre colega, el fiscal general, se va a oponer, informaré con la debida extensión sobre las razones en que se funda mi solicitud. El demandado tiene derecho a ser juzgado por separado. En el último proceso había una acusación por asociación ilícita que ha sido retirada. En la actualidad no existe una sola demanda en el proceso por la que ambos detenidos puedan ser condenados. Recuerdo al fiscal un reciente caso litigado ante el mismo juez, en que una solicitud suya, idéntica a la mía, tuvo éxito.

FISCAL: El caso citado por Sir Clarke era completamente distinto. Se trataba de un homicidio. Debo señalar que una de las inculpaciones del presente proceso

señala a Taylor como el sujeto que procuraba ciertas personas para cometer actos ilegales con Wilde. El relato de esos casos está tan litigado que es imposible investigar en uno sin investigar en el otro. Por lo tanto solicito que se siga el procedimiento más honesto posible con los acusados, mediante una sola investigación.

CLARKE: Separar los juicios sería para mi ilustre colega un acto de injusticia para los acusados. Los mejores jueces para dilucidar esto son los que tienen la responsabilidad de aconsejar y representar a los acusados. Nosotros somos de la opinión de que sería una injusticia para ambos si los detenidos fueran juzgados en el mismo proceso. Por lo tanto, respetuosamente, solicito a Su Señoría que, habiendo quedado aclarado que no hay ninguna demanda en el proceso por la cual ambos acusados puedan ser condenados, se los juzgue por separado.

JUEZ WILLS: Yo me he anticipado a esta solicitud y ya la he considerado cuidadosamente con vistas al testimonio. No voy a fingir que ignoro absolutamente este caso. Por lo tanto digo que mi propia opinión es —a pesar de que no pasa de ser una opinión— que es más legal que los acusados sean juzgados por separado y que sólo este procedimiento es el adecuado y justo.

FISCAL: Como lo ordene Su Señoría. En tal caso, propongo que se trate primero el caso Taylor.

CLARKE: Su Señoría; me veo obligado a oponerme a ese procedimiento, basándome en que mi cliente resultaría perjudicado si se tratase primero el caso Taylor. Suplico que el caso contra el señor Wilde se trate en

* El abogado de Taylor había pedido también que la causa de éste fuera separada del proceso a Oscar Wilde.

primer lugar. Su nombre está primero en el proceso y la primera demanda es directamente contra él. Hay razones, estoy seguro, aún presentes en la mente de Su Señoría, por las cuales sería injusto que el caso Wilde se tratara después, inmediatamente después del proceso contra el otro acusado.

FISCAL: Declaro que la acusación está facultada para dirigir a su gusto este asunto.

JUEZ WILLS: El orden debatido no debería hacer ninguna diferencia, Sir Clarke. Yo, por supuesto —y estoy seguro de que el jurado también—, haré lo posible para tener cuidado de que mi proceso no tenga influencia sobre el otro.

CLARKE: No debería, no debería, ya lo sé, hacer ninguna distinción. Estoy seguro de que el jurado tratará de cumplir con su deber. Pero nunca hubo un caso ni un tiempo en que ese deber fuera más difícil de desempeñar y, por lo tanto, respetuosamente pido que ya que el nombre del señor Wilde está primero en el proceso y la primera demanda le concierne, que su caso se trate el primero.

JUEZ WILLS: Le aseguro a usted, Sir Clarke, que cualquiera que sea el resultado del primer proceso, el jurado y yo haremos lo posible para asegurarnos de que no tenga influencia sobre el segundo. Por otra parte, está, en mi opinión, dentro de los derechos de la acusación el elegir en qué orden se tratarán los asuntos.

CLARKE: Entonces haré otra súplica, que repetiré al terminar el proceso contra Taylor. Y es que el caso del señor Wilde quede en suspenso hasta las próximas sesiones.

JUEZ WILLS: Creo que es mejor que esa solicitud, Sir Clarke, se postergue hasta el final del primer proceso.

Si es que hay una absolución, será mejor para el otro detenido.

CLARKE: Pero, mientras tanto, ¿puede el señor Wilde salir bajo fianza?

JUEZ WILLS: Por supuesto, si es que los fiadores están aquí. Si no lo están, se puede mandar por ellos.

CLARKE: Como desee Su Señoría. En seguida se mandará por ellos.

(Wilde fue trasladado a la celda, hasta la llegada de sus fiadores).

(El jurado prestó juramento).

EL PROCESO CONTRA TAYLOR

ALEGATO DE LA ACUSACIÓN: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Al iniciar este caso en contra de Alfred Taylor, en mi calidad de procurador general de la Corona, debó expresar mi esperanza de que el detenido obtenga los beneficios de un proceso imparcial. Alfred Taylor es un joven que ha sido bien educado en uno de los grandes colegios del país y que, a su mayoría de edad, heredó una fuerte suma de dinero. Durante un tiempo prestó servicios en un regimiento de la guardia nacional. Pero, al parecer, después de haber dilapidado su fortuna, un tiempo antes de que se produjeran los hechos que vamos a tratar, Taylor no tenía ocupación de ninguna clase. El detenido Wilde, por el contrario, es un hombre de gran éxito literario, un hombre que ha logrado gran notoriedad por sus obras dramáticas. En la época a que me refiero Wilde tenía una casa en la calle Tite, en Chelsea, don-

de vivía con su mujer y sus hijos, y, además, tenía una sala y un dormitorio en el Hotel Savoy. Taylor vivía en el número trece de la calle Little Colledge en Westminster, y el primer cargo que trataré es el que acusa a Taylor de procurar a Oscar Wilde la perpetración de actos indecorosos con un joven llamado Charles Parker. Insisto en que no se debe permitir que ningún falso escrupulo impida que sean expuestos ante ustedes, caballeros, todos los detalles de lo que efectivamente sucedió, y en que nada debe dejarse en manos de las conjeturas de ustedes.

TESTIGOS DE LA ACUSACIÓN:

COMPARECE CHARLES PARKER,
QUE ES INTERROGADO POR GILL Y GRAIN

GILL: ¿En agosto de mil ochocientos noventa y cuatro, les sucedió algo a usted y a Taylor?

PARKER: Sí. Fuimos arrestados.

JUEZ WILLS: ¿Arrestados? ¿Acusados de qué? Solamente quiero saberlo. Usted da la impresión de que hubo algo misterioso. ¿Por qué fueron acusados?

PARKER: Por estar en una casa de la calle Fitzroy.

GILL: En realidad por hallarse allí con propósitos perversos. Había allí hombres disfrazados de mujer.

JUEZ WILLS: Supongo entonces que los habrán acusado de asociarse para cometer actos de indecencia. Mejor es que exponga todo el asunto.

GRAIN: En ese caso es mejor exponer, al mismo tiempo, que ambos fueron absueltos por el magistrado.

PARKER: Taylor me retuvo en sus habitaciones durante toda una semana, en el transcurso de la cual salimos raramente. Dormíamos juntos en la misma cama. Taylor me llamaba "querido" y algunas veces se refería a mí como "su mujercita". Cuando me fui me dio algún dinero. Me dijo que nunca me faltaría, pues iba a presentarme hombres que pagaban esa clase de cosas.

GRAIN: ¿Fue acusado anteriormente de esta clase de ofensas?

PARKER: Sí. Me propuse no prestarme nunca más a esos tratos, pero Taylor me convenció. La primera vez estaba casi borracho e incapaz de ninguna resistencia moral.

GRAIN: ¿Conoce a un hombre llamado Harrington?

PARKER: Sí. Le conocí en el bar del restaurante Saint-James. Nadie me lo presentó. No me han pagado nunca por callarme las cosas que sucedían.

GRAIN: ¿Ha amenazado con acusar de ofensas a ciertas personas, si no le daban dinero?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Conoce a Wood y Allen?

PARKER: Sí.

GRAIN: Tenga cuidado. Ya declaró otra vez. ¿No admitió antes haber recibido treinta libras?

PARKER: No me dijeron que era dinero obtenido por guardar silencio. Me lo dieron.

GRAIN: ¿Ocurrió eso poco antes de alistarse?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Le dijeron Allen o Wood cómo habían conseguido ese dinero?

PARKER: Sí; me dijeron que de un caballero.

GRAIN: ¿Un caballero con el cual usted había cometido actos indecentes?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Conoció a un caballero llamado Macklin?

PARKER: No. Pero he oído ese nombre, Taylor hablaba de él.

GRAIN: ¿No fue Macklin a sus habitaciones de la calle Camera, en mayo del mil ochocientos noventa y cuatro?

PARKER: Nunca supe su nombre. Por lo menos no me sonaba así. Sé a que hombre se refiere.

GRAIN: ¿Conoce a una persona llamada Clarke?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Le dijo Macklin que tenía varias cartas pertenecientes a Clarke?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Cuando él colgó el abrigo en sus habitaciones, no le sustrajo cartas del bolsillo?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Se atrevería a jurarlo?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿No le acusó, al día siguiente, de haberle robado las cartas?

PARKER: No. Me dio una de ellas.

GRAIN: ¿Una de las cartas de Clarke?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Para qué quería usted una de las cartas de Clarke?

PARKER: No la quería. Se la devolví.

GRAIN: ¿No fue usted en junio de mil ochocientos noventa y cuatro a ver al señor Clarke y le pidió diez libras?

PARKER: Sí.

GRAIN: ¿Llevaba las cartas consigo?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Una carta?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Para qué quería usted las diez libras?

PARKER: Para irme a Norteamérica.

GRAIN: ¿Dónde se encuentra ahora el señor Clarke?

PARKER: No lo sé.

GRAIN: ¿Pero por qué Clarke iba a darle diez libras?

PARKER: Era el único amigo que tenía en Londres. Le conocía desde hacía tres años.

JUEZ WILLS: ¿Quién es Clarke?

PARKER: Era un marchante de objetos de plata... algo relacionado con el negocio de la platería. Vivía en el número tres de Northumberland Mansions. En esa época trabajaba con su cuñado en la calle Bond, pero ahora se encuentra fuera del país.

GRAIN: ¿No le quitó el reloj a Clarke, durante una entrevista?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Cómo? ¿No llamaron a la policía?

PARKER: Me parece que no.

GRAIN: ¿Le amenazó con acusarle?

PARKER: No fue por eso.

GRAIN: ¿Qué quiere decir con "eso"?

PARKER: Clarke me dijo que su hermano estaba al caer y que si no me iba llamaría a un agente de policía.

GRAIN: ¿Jura que no le quitó el reloj y la cadena y que, cuando llegó el policía, se los devolvió?

PARKER: Lo juro.

GRAIN: ¿No le amenazó Clarke con acusarle de haber robado el reloj de oro y la cadena?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Le presentó Clarke a un hombre llamado Durnbach?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Amenazó alguna vez a Clarke, con motivo de cartas de éste a Durnbach?

PARKER: No.

GRAIN: ¿Conoce usted a Durnbach?

PARKER: Sí. Taylor me presentó a Durnbach. Nunca le pedí dinero.

GRAIN: ¿Le dijo a Taylor que su padre había sido vendedor de caballos en Datchet?

PARKER: Sí. Era verdad... Por lo menos entrenaba caballos y andaba en esa clase de asuntos. La policía me interrogó tres veces, antes de que dijera nada sobre Taylor.

COMPARECE WOOD Y ES INTERROGADO
POR EL FISCAL GENERAL

FISCAL: ¿Dónde conoció a Lord Douglas?

WOOD: En las habitaciones del señor Taylor, en la calle Little College.

FISCAL: ¿Quién se lo presentó?

WOOD: Nadie. Se acercó a mí y me dio la mano.

JUEZ WILLS: El testimonio en cuanto a si Taylor procuró o no personas para que se perpetraran indecencias no parece ser más fuerte en su contra de lo que pudiera ser contra tres o cuatro personas. Lord Douglas, y no Taylor, hizo la presentación. El testimonio sobre la conducta de Wilde no es testimonio contra Taylor. Algo más que la presentación de Wood a Taylor por Wilde debe probarse. Debe haber testimonio directo, si es que hay alguno, de un móvil criminal por parte de

Wilde. En consecuencia no permitiré que el interrogatorio de Wood continúe. Le ordeno que se retire.

(Comparecieron numerosos testigos; unos repitieron sus declaraciones anteriores; otros no aportaron mayor luz. Grain sostuvo que había una casi entera falta de confirmación de los testimonios prestados ante el tribunal; el procurador fiscal general, sostuvo que había amplio testimonio para someter el caso al jurado).

JUEZ WILLS: Creo que existen suficientes testimonios corroborados para librarnos de cualquier dificultad técnica. Por las razones que daré al hacer el resumen del caso, será mejor que logremos un veredicto.

ALEGATO DE LA DEFENSA

GRAIN: El jurado se dará cuenta fácilmente de que es imposible que un joven de la educación y la familia del acusado haya podido cometer las transgresiones por las que se le procesa, a menos de haber perdido el normal uso de sus facultades. Las declaraciones de los dos Parker no puede ser aceptadas, porque estos testigos, por propia confesión, son cómplices en los actos que denuncian. Además la ley dice que un cómplice no puede corroborar el testimonio de otro cómplice. En realidad no existe ningún testimonio confirmado. Cuando cite a mi cliente, Alfred Taylor, y éste haya negado todas las imputaciones, les pediré, caballeros de jurado, que den un veredicto absolutorio. Se ha hablado demasiado del modo en que Taylor tenía decoradas sus habitaciones. En realidad estaban decoradas como lo haría un hombre joven, de buen gusto, con sus habita-

ciones de soltero. No cabe la menor duda de que Taylor procedió imprudentemente, pero eso no quiere decir que fuera un criminal. Era hijo de un hombre con fortuna, de gran posición comercial, cuyo negocio aún sigue funcionando con éxito, en calidad de sociedad limitada. Educado en Marlborough, y por profesores particulares, había tratado, dentro de lo posible, de conseguir una plaza en el ejército, en la Guardia Nacional. Desafortunadamente para él, entró demasiado joven en posesión, sin ningún control, de una gran fortuna heredada de su padre y de su tío. Librado así a una vida de holgazanería y extravagancia, y a lo que, muy duramente, se podría calificar de una vida más o menos viciosa, resultó lo que sucede comúnmente en estos casos: pronto dilapidó su fortuna, e incluso más. Tanto que el año anterior tuvo que afrontar una bancarrota. Pero, a pesar de todo esto, me parece increíble que un hombre que comenzó su vida bajo tan favorables auspicios, sea culpable de tan inenarrables actos. No hay ningún indicio de que Taylor haya ganado un solo penique. Los testimonios contra él son testimonios tachables de jóvenes que, por propia declaración, podían ocupar el banquillo de los acusados, en lugar de Taylor o, por lo menos, estar a su lado.

SEGUNDO DÍA

(21 de mayo de 1895)

TESTIMONIO DE LA DEFENSA

COMPARECE TAYLOR,
Y ES INTERROGADO POR EL FISCAL

GRAIN: ¿Es cierto que en la calle Little College cometió actos de indecencia?

TAYLOR: Es absolutamente falso.

GRAIN: ¿Después de la citación del marqués de Queensberry a este tribunal fue usted visitado por el detective Littlechild?

TAYLOR: Sí.

GRAIN: ¿Recibió una citación para este tribunal?

TAYLOR: Sí. Y estuve en el tribunal todo el tiempo que duró el proceso.

FISCAL: ¿Después de dejar la Guardia Nacional, tuvo alguna ocupación fija?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿Cuánto tiempo vivió en la calle Little College?

TAYLOR: La señora Grant le dirá la fecha exacta. Creo que fue alrededor de un año y medio.

FISCAL: ¿Tenía una sola cama en el piso?

TAYLOR: Sí.

FISCAL: ¿Le visitaban muchachos, de vez en cuando?

TAYLOR: Sí; tengo muchos amigos.

FISCAL: ¿Jóvenes?

TAYLOR: De dieciocho a veintiún años, si a los que tienen esa edad usted les llama muchachos.

FISCAL: ¿Y muchachos de dieciséis? ¿Eran tan jóvenes algunos?

TAYLOR: No recuerdo ninguno tan joven, como no fueran los hijos de la señora Grant, que me subían la leche todas las mañanas.

FISCAL: ¿Se quedó en su casa Charles Mason?

TAYLOR: Sí, estuvo más o menos una semana, cuando me acababa de mudar allí, en mil ochocientos noventa y dos.

FISCAL: ¿Qué edad tiene?

TAYLOR: Tendrá ahora veintiséis o veintisiete años.

FISCAL: ¿Cómo le llamaba usted?

TAYLOR: Le llamaba "mi querido Charles".

FISCAL: ¿Al escribirle, antes de firmar ponía «con amor»?

TAYLOR: Sí, es mi costumbre, por lo general.

FISCAL: ¿Cuando escribe a un joven?

TAYLOR: Depende del hombre que sea. Si es un gran amigo, le digo: «con amor» o «tuyo afectuosamente» o algo por el estilo.

FISCAL: ¿Y así se dirigía a Mason?

TAYLOR: Supongo que sí.

FISCAL: ¿Recuerda usted haber llevado a cabo una especie de ceremonia matrimonial con Mason?

TAYLOR: No, nunca.

FISCAL: ¿Le dijo a Parker que lo había hecho?

¿TAYLOR: Nunca, nunca le dije nada. Repito que no hice semejante cosa.

FISCAL: ¿No le colocó usted un anillo en el dedo y se fue a la cama con él esa noche, como si fuera su legítima esposa?

TAYLOR: Todo eso es falso. Lo niego.

FISCAL: ¿Durmió usted alguna vez con Mason?

TAYLOR: Sí, creo que la primera noche. Después tuyo cama aparte.

FISCAL: ¿Sentía afecto por él?

TAYLOR: No comprendo su pregunta. Si lo que quiere decir es que si cometí actos de indecencia con él, declaro que no los cometí.

FISCAL: Yo no usé ese término

TAYLOR: Le conocía mucho. Era gran amigo mío.

FISCAL: ¿Indujo a Mason a que se vistiera de mujer?

TAYLOR: ¿Por supuesto que no!

FISCAL: Pero, en su piso, ¿había trajes femeninos?

TAYLOR: Creo que sí.

FISCAL: ¿Tal vez lo usaba usted?

TAYLOR: Me lo puse una vez, para ir a una fiesta.

FISCAL: ¿En ninguna otra ocasión?

TAYLOR: Me lo puse también para ir a un baile de disfraces durante los carnavales en el Olympia, Covent Garden y Queen Gates Hall.

FISCAL: ¿Se vestía a menudo de mujer?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿Usted usaba, e hizo que Mason usara también, calzones de encaje, una prenda femenina, con el traje?

TAYLOR: No del todo femenina. Yo usaba calzón corto y media, bajo una gran capa abierta que tenía sujeta a la cintura.

FISCAL: ¿Y una peluca de mujer, qué después le sirvió a Mason?

TAYLOR: No. La peluca fue hecha para mí. Yo fui a un baile disfrazado de Dick Whittington.

FISCAL: ¿Usó medias de mujer?

TAYLOR: Sí.

FISCAL: ¿Cuántos hombres compartieron su dormitorio?

TAYLOR: ¿Debo dar el nombre de todos mis amigos?

FISCAL: Sí señor, debe hacerlo.

TAYLOR: ¿Puedo darlos por escrito?

FISCAL: No señor. Usted debe decir los nombres. Si es posible no quiero que se oculte ningún nombre.

JUEZ WILLS: Si usted los da por escrito, yo los leeré. No apruebo que se haga ningún misterio en esta clase de asuntos. Alguna vez se ha hecho con buena intención y ha resultado mal. Hace suponer que existe un misterio y que el juez y todos los demás forman parte de una especie de confabulación. No queremos que suceda nada por el estilo en este caso.

TAYLOR: Bueno... eran amigos míos... los que recuerdo... bueno, William Parker, Charles Parker y... y Sidney Mavor.

FISCAL: ¿Nadie más? ¡Piense! Le conviene.

TAYLOR: Esto... también estaba Harrington.

FISCAL: Tenga cuidado, Taylor. Usted sabe muy bien que tenía otros amigos. Trate de recordar sus nombres.

TAYLOR: ¿Tengo que revelar el nombre de mis otros amigos?

FISCAL: Sí.

TAYLOR: Ernest Macklin. Le conocí en casa de mi madre.

FISCAL: ¿Dónde está eso?

TAYLOR: ¿Tengo que decirlo?

FISCAL: No importa. Le ahorraré eso a su madre. ¿Durmió Macklin alguna vez con usted en la calle Little College?

TAYLOR: No, nunca.

FISCAL: ¿Puede recordar otros nombres?

TAYLOR: Estoy tratando de recordar. Tal vez puedan ayudarme ustedes, si tienen los nombres.

FISCAL: ¿Usted dice que no les habló a los Parker, sino que Harrington los presentó?

TAYLOR: Sí.

FISCAL: ¿Les ofreció, usted a los Parker una copa, en la primera entrevista?

TAYLOR: Pagaron una ronda y yo les correspondí.

FISCAL: ¿Después de que Harrington los presentara?

TAYLOR: Harrington estaba con los Parker. Los tres entraron al bar al mismo tiempo que yo, que había ido con intención de tomar algo, después de cerrar los teatros.

FISCAL: ¿Siguiendo su vieja costumbre, de no hacer nada?

TAYLOR: Sí, si a eso usted lo llama no hacer nada.

FISCAL: ¿Les dio su dirección a los Parker la primera vez que los encontró en el Saint-James?

TAYLOR: No. En cuanto a Harrington no sé dónde se encuentra ahora, aunque es probable, muy probable, que se encuentre aquí.

FISCAL: Llamen a Harrington.

JUEZ: ¡Harrington! Sírvase presentarse por orden de Su Señoría.

HARRINGTON: Presente.

FISCAL: Taylor: ¿Es ése Harrington?

TAYLOR: Sí.

FISCAL: ¿No sabía que Harrington estaba aquí, no es cierto?

TAYLOR: Sí. Me imaginaba que le tenían aquí y que sería llamado.

FISCAL: ¿Dónde y cuándo conoció a Harrington?

TAYLOR: En casa de un hombre llamado Court, en julio de mil ochocientos noventa y dos.

FISCAL: ¿De qué trabajaba Court?

TAYLOR: De maestro de escuela?

FISCAL: ¿En qué consistía la atracción de Harrington?

TAYLOR: No sé cuál era su atracción.

FISCAL: ¿Le llevó al Tívoli?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿Por qué se quedó con usted el sábado y el domingo?

TAYLOR: Porque se lo pedí.

FISCAL: ¿Le llevó esa noche a un restaurante de la calle Victoria?

TAYLOR: No, esa misma noche, no. Yo nunca lo llevé. Fue otro amigo mío.

FISCAL: ¿Quién?

TAYLOR: ¿Debo decir su nombre?

FISCAL: Sí, debe decirlo.

TAYLOR: Schwabe*.

FISCAL: ¿No era un hombre llamado Henry, Harold Henry?

TAYLOR: Creo que tiene razón. Era él. Yo he cenado con Schwabe y Harrington, pero fue en otra ocasión.

* Taylor se mostraba tan vacilante porque Schwabe estaba emparentado con el procurador general de la Corona, el propio fiscal que en ese momento le estaba interrogando.

- FISCAL: ¿Quién es Henry?

TAYLOR: Un músico. Está empleado en una firma editorial, en Putney.

2. FISCAL: ¿Ha dormido con él?

~ TAYLOR: Sí. Estaba conmigo en ese tiempo.

FISCAL: ¿Estuvo en su dormitorio?

4. TAYLOR: Sí. Siempre que mis amigos me venían a visitar, miraban todas las habitaciones. Les interesaban mucho. Pero yo no fui culpable de ninguna indecencia con Harrington, aunque es verdad que Harrington me presentó a los Parker en el bar del restaurante Saint-James. En ese momento no sabía que Charles Parker era ayuda de cámara y William lacayo. Me enteré de esto durante el proceso. No recuerdo haberlos invitado esa día a que me visitaran en la calle Little College.

5. FISCAL: ¿En qué consistía la atracción de los Parker?

5. TAYLOR: Eran muy agradables.

FISCAL: ¿Agradables? ¿De qué forma? ¿Eran buenos chicos?

6. TAYLOR: No. Agradables para conversar y divertirse.

FISCAL: ¿Con qué motivo fueron esos muchachos por primera vez a sus habitaciones?

TAYLOR: Vinieron a verme por la mañana. Se quedaron hasta la hora de cenar. Cuando dejaron su casa en la calle Hunter, volvieron a la mía. Me pidieron que los alojara por una semana y así lo hice. Luego convencí a William Parker para que volviera a su casa, con su padre. Charles Parker decidió quedarse en Londres. Después de unas semanas se fue a París, con un caballero, y se quedó allí alrededor de cinco meses. Después de eso le vi una sola vez.

FISCAL: ¿En esa época estaba usted en comunicación con Oscar Wilde?

TAYLOR: Solía ir a verle al Savoy. Le dije que los Parker vivían conmigo, cuando me invitó a cenar.

FISCAL: ¿Recibió usted este telegrama, fechado el siete de marzo de mil ochocientos noventa y tres: «¿Podría venir al Savoy a las seis? – Oscar?»

TAYLOR: Sí.

FISCAL: ¿Y éste otro: «Obligado a ver a Tree a las cinco, así que no vengas al Savoy. Dame noticias, en seguida, de Fred?»

TAYLOR: Sí. Fred era, en efecto, Fred Atkins. Llevé a los Parker a cenar con Wilde, a un restaurante. Cuando los conocí no les mencioné a Oscar Wilde. Nunca dije que Wilde tenía montones de dinero, porque no sabía que los tuviera.

FISCAL: ¿Dijo que a él le agradaban los muchachos?

TAYLOR: Puedo haber dicho que a Wilde le agradaba la gente joven... que le gustaba la compañía de la gente joven. No lo dije en el sentido que usted sugiere.

FISCAL: ¿Dónde se encontraba con esos muchachos?

TAYLOR: En el Alhambra, el Empire, el Pavilion y el Saint-James.

FISCAL: ¿Quién pagaba? Ésas no son instituciones gratuitas.

TAYLOR: Cada uno pagaba lo suyo. Yo no estaba en condiciones de pagarle nada a nadie.

FISCAL: ¿Solía encontrarlos en Piccadilly?

TAYLOR: Sé lo que quiere insinuar.

FISCAL: ¿Quiero insinuar que usted hacía su "recorrido" por Piccadilly?

* El procurador general usa a propósito, en su pregunta, el término que se aplica al paseo de las busconas, por esos mismos lugares de Londres, cercanos a la famosa estatua de Eros.

TAYLOR: Paseaba por Piccadilly con frecuencia.

FISCAL: ¿Por qué llevé a los Parker a cenar con Wilde?

TAYLOR: El señor Wilde me invitó a cenar porque era mi cumpleaños. Los Parker estaban entonces conmigo. Así lo dije, y Wilde me contestó que los llevara conmigo.

FISCAL: ¿Eran cuatro en la mesa: Oscar, usted, el ex-ayuda de cámara y el ex-lacayo?

TAYLOR: Sí. Los llevé porque eran mis amigos. Charles Parker quería trabajar en las tablas. Pensé que Oscar Wilde le sería útil.

FISCAL: ¿Sus amigos eran de una quincena?

TAYLOR: Podría decir de tres semanas. La comida fue muy alegre. Nos reímos mucho.

FISCAL: ¿De las bromas de Parker?

TAYLOR: No. De las bromas de Oscar Wilde.

FISCAL: ¿Ah! ¿Así que Oscar Wilde y no los Parker era el divertido?

TAYLOR: Sí. Le divertía divertimos.

FISCAL: ¿Le oyó decir usted que Charles Parker era el muchacho para él?

TAYLOR: No, no lo oí. Charles Parker no dejó el restaurante con Oscar Wilde. Hasta ahí es cierto el relato de los Parker. Después se fueron conmigo al Saint-James y tomamos unas copas. Luego ambos se fueron conmigo a Westminster y durmieron en mi casa.

FISCAL: ¿Recuerda eso con toda claridad?

TAYLOR: Sí. Charles Parker parece que vivía en esos tiempos de una pensión que le pasaba su padre.

FISCAL: Entonces, ¿por qué le alojaba en su casa?

TAYLOR: ¿Ah! Entonces su padre no le pasaba un penique.

FISCAL: ¿Usted no sabía que estaba sin un penique?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿A excepción de lo que consiguió del caballero al que había conocido?

TAYLOR: Ah... de eso no sé nada.

FISCAL: ¿Dónde vivía Parker cuando fueron arrestados en la calle Fitzroy?

TAYLOR: En el número setenta y dos de la calle Regent, en Chelsea.

FISCAL: ¿Con Wood?

TAYLOR: Creo que sí.

FISCAL: ¿Cómo fue a la calle Fitzroy?

TAYLOR: Fui por invitación de Parker. Parker tenía dos entradas. Suponía que era un Night Club y que había un baile.

FISCAL: ¿Vio allí hombres vestidos de mujer?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿Los vio fuera de la casa?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿Después del arresto vio a Macklin en la comisaría?

TAYLOR: Sí. Creo que trabajaba como corredor de apuestas, en las carreras de caballos. Le conocí en la pista de patinaje de Knightsbridge. Me fue presentado por un hombre llamado Scarfe. Parece que hacía poco que Scarfe había regresado de buscar oro. Yo se lo presenté al señor Wilde en la calle Saint James número diez.

FISCAL: ¿Sabía que era hijo de un sirviente?

TAYLOR: No lo sabía. Tampoco sabía que Macklin fuera un hombre de mala reputación. Lo supe después. En cuanto a Wood, le conocí en mayo de mil ochocientos noventa y dos, en las habitaciones de Atkins, en la calle Alderney.

FISCAL: ¿Cómo fue presentado Wood a Wilde?

TAYLOR: No sé. Yo estaba almorzando un día en el Florence y vi al señor Wilde, con Schwabe y Wood, que bajaban de un reservado. Recuerdo que Wilde le dio dinero a Wood para que se fuera a Norteamérica, pero no creo que fuera chantaje o que el dinero fuera exigido por la devolución de las cartas de Wilde, que no tenían ningún valor.

FISCAL: ¿Qué es Mavor?

TAYLOR: Un caballero. Cené con él la noche que me fue presentado el señor Wilde.

FISCAL: ¿Cuál es su definición de un caballero?

TAYLOR: Tenía fortuna propia.

FISCAL: ¿Qué es Mason?

TAYLOR: Es también un caballero, en ese sentido. Está conectado con un periódico y es un hombre de negocios que trabaja mucho.

FISCAL: ¿No le parece que su descripción es un poco vaga?

TAYLOR: Bueno. Tenía acciones en un diario. Le conozco a él y a Macklin desde hace años. Es un viejo amigo mío. Le conozco desde mi niñez.

FISCAL: ¿Le visitaba a usted?

TAYLOR: Me parece que solamente unas dos o tres veces.

FISCAL: ¿Le indujo usted a cometer un acto indecoroso con un tercero?

TAYLOR: No.

FISCAL: ¿Lo cometió con usted mismo?

TAYLOR: Nunca.

FISCAL: ¿Le ha escrito a usted?

TAYLOR: Sí.

FISCAL: Me propongo leer una carta: «Mi querido

Alfred. Tan pronto como puedas, préstame algún dinero y te estaré muy agradecido. No te lo pediría si pudiera conseguir algo yo, pero ya sabes que el trabajo no es fácil. Hay muchas dificultades. No he encontrado a nadie, aún. Ven pronto a casa, querido; y vayámonos a alguna parte juntos. Tengo pocas noticias. Voy a un baile el lunes y al teatro hoy. Siempre tuyo, Charlie». Taylor, le pido una explicación, pues la frase lo requiere, por las siguientes palabras: «Ven pronto a casa, querido», usadas entre dos hombres.

TAYLOR: (*Riende nerviosamente*) No veo nada de malo en eso.

FISCAL: ¿Que no ve nada?

TAYLOR: Bueno... de todas maneras, no soy responsable de las expresiones de otro.

FISCAL: ¿Permita que se dirigieran a usted de semejante forma?

TAYLOR: Es la forma en que usted lo lee...

FISCAL: Entonces, léala usted, caballero, y díganos si ése es el lenguaje a usar entre dos hombres que eran tan íntimos que dormían en la misma cama.

TAYLOR: No veo nada de malo en ello.

FISCAL: (*Notó que Sir Clarke se movía en su asiento como para levantarse, mientras murmuraba algo desaprobatorio que no fue oído*). Usted no está comprometido en este asunto.

GRAIN: Yo, pero yo...

FISCAL: (*Sin hacer caso a Grain*). ¿Llama usted a eso una carta apropiada, señor?

TAYLOR: Me parece una carta perfectamente apropiada, dada la larga amistad que ha existido siempre entre nosotros. Pero recuerde, yo no he escrito esa carta.

JUEZ WILLS: En la carta que le dirigió a usted Mason, ¿cómo explica el pasaje: «Aún no he encontrado a nadie»?

TAYLOR: Esperaba que alguien le diera trabajo.

FISCAL: ¿Usted fue alumno de una antigua escuela privada?

TAYLOR: Sí.

FISCAL: ¿No era repugnante, para sus ideas de alumno de escuela privada, ese hábito de dormir con hombres?

TAYLOR: Para mí, no. Cuando no se hace ningún daño, no veo por qué puede ser repugnante.

GRAIN: ¿De qué ha vivido, a partir de su bancarota?

TAYLOR: Uno de mis hermanos me ha estado pasando una pequeña suma de dinero, una suma muy pequeña.

LA DEFENSA CIERRA EL PROCESO,
EN LO QUE LE ATAÑE

GRAIN: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Creo que mi cliente, el señor Taylor, ha salido triunfante de una prueba muy penosa. Supongo que el jurado, añadiendo a las evidentes incertidumbres del caso las negativas bajo juramento de mi cliente, no tendrá ninguna duda para absolverle de las incriminaciones de este proceso. Los cargos están sostenidos, tan sólo, por los testimonios corrompidos de hombres que, uno a uno, han dejado el lugar de los testigos después de la autoconfesión de su delito. No existe la más leve confirmación de lo manifestado por los Parker. En

cuanto a la acusación de procurar jóvenes para la comisión de indecencias; ha fallado por completo y no debió ni siquiera presentarse. Opino que cuando un hombre o una mujer se dedican al abominable oficio de conseguir hombres jóvenes con propósitos inmorales, lo hacen para lucrarse. Pero en este caso no ha habido nunca la menor insinuación de que Taylor haya recibido dinero de Wilde. No se ha demostrado que haya sacado un solo penique a nadie en conexión con los delitos que se le imputan. En consecuencia no ha sido descubierto delito alguno. Debo referirme a la táctica del procurador fiscal general, al llamar repentina y espectacularmente a Harrington ante el tribunal, para confrontar a Taylor. Como humilde egresado de la Facultad de Derecho, no estoy capacitado para dar un dictamen sobre el particular. Pero sí puedo declarar que, si ése es un método honrado y justo, digno de ser empleado por un abogado de la Corona, lo siento de verdad. El comportamiento de Taylor ha sido, simplemente, admirable. Si hubiera accedido a los requerimientos del detective Littlechild, en lugar de comparecer aquí en calidad de demandado, lo hubiera hecho con todas las seguridades que involucra el ser testigo de la Corona. Pido para mi defendido, en el peor de los casos, los beneficios de una duda razonable.

ALEGATO FINAL DE LA ACUSACIÓN

FISCAL: (Procurador general). Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: La confirmación de los hechos es tan fuerte como puede serlo en un caso

como éste. Si se necesitan confirmaciones más rotundas para obtener un fallo de culpabilidad, mucho me temo que este horrendo vicio levante su cabeza desenfrenadamente en medio de todos. ¿Cómo iba a haber confirmación directa e independiente? Por su misma naturaleza, estos delitos se cometen en secreto. No hay duda de que la casa de Taylor, en la calle Little College, era un lugar alquilado en una calle apartada para que personas que tenían esos apetitos impuros pudieran encontrarse con otras parecidas y saciarlos. ¿Qué clase de corroboración acerca de estos hechos es la que esperaba mi ilustre colega? Si se obliga a la acusación a presentar testimonios directos, toda posibilidad de controlar este vicio desaparece. Se pide que Charles Parker no sea creído porque anduvo mezclado en tentativas de chantaje. Pero, acaso, ¿hay una sola palabra que sugiera que Parker haya hecho la más mínima tentativa de chantajear a Taylor o al señor Wilde? ¿Cuánto puede ganar o perder Parker con el relato que ha hecho? No dudo de que, a raíz de sus declaraciones, serán evitados y aborrecidos. Y, sin embargo, no se les ha podido probar que hayan ganado un penique o que hayan tenido un motivo para comparecer que anule el testimonio prestado. Si opinan que el testimonio de los Parker, que no ha podido ser atacado ni destruido, es verdadero, no deben titubear, caballeros del jurado, en dar un veredicto de culpabilidad.

EL JUEZ SE DIRIGE AL JURADO

JUEZ WILLS: En un asunto de tan terrible índole, habría un gran terror agregado a la vida si no se observa la regla sobre la necesidad de insistir en la corroboración independiente. Si yo no hubiera pensado que, con respecto a todos estos cargos, existían testimonios confirmados, aptos para ser presentados a ustedes, en lo que se refiere a cada uno de los que no dependen del testimonio de los cómplices, yo hubiera paralizado el caso. La gravedad de semejante confirmación, desde luego, es un asunto que le atañe exclusivamente al jurado. Es un testimonio que muestra la asociación entre hombres de educación y posición con sirvientes sin educación, y esto, ciertamente, es extraordinario. Los dos Parker afirman que tuvieron lugar actos de mala conducta y, en mi opinión, hay la suficiente confirmación como para que este asunto pase al jurado. Deben decir si, en opinión de ustedes, es una confirmación que pueda pesar en una decisión. No hay ninguna duda de que los Parker fueron presentados a Wilde por Taylor. Ahora bien; en cuanto al cargo de tercera, el asunto se divide en dos partes: la presentación y el objeto de ella. A menos que ustedes crean que esta presentación de los Parker a Wilde por Taylor llevara a las consecuencias alegadas por la acusación, no es nada; y si llevara a tales consecuencias sin el conocimiento de Taylor, es igualmente nada. Y a menos que ustedes estén satisfechos con los subsecuentes relatos hechos por Charles Parker, la presentación no importaría nada. Dios me perdone si por un momento sostuviera la idea de que el hecho de que un hombre dé a otro una comida —no

importa cuán socialmente estuvieran alejados— fuera base suficiente para levantar suspicacias; no, ni siquiera, tampoco, el hecho de que uno le diera dinero al otro.

Si el señor Wilde sabía que los jóvenes Parker compartían impropriamente la cama con Taylor, es extraño que un hombre de su educación los admitiera e, incluso, admitiera a Taylor en su intimidad. Conociendo también la vida y las costumbres de este país, ¿no era el ofrecer tales cenas a hombres jóvenes motivo suficiente para dar pie a una historia como la que se ha contado? Sin embargo, la parte sospechosa del incidente, ha sido negada por Taylor, y son ustedes los que deben decidir a quiénes se les debe creer, si a los Parker o a Taylor. Será un día funesto para la administración de la justicia aquél en que los jurados no piensen y actúen por sí mismos. Hablando por mí, diré que soy absolutamente imparcial y que no tengo otro pensamiento que procurar cumplir con mi deber. Deben juzgar por ustedes mismos si el testimonio es concluyente o no. Los cargos sobre los que deben dar su veredicto son los que acusan al detenido de procurar a los Parker para Wilde, y los que alegan una conducta indecente del detenido hacia los Parker. Los otros cargos, que culpan a Taylor de procurar a Wood para Wilde, deben dejarse de lado, porque se ha demostrado que la presentación de Wood a Wilde no fue hecha por intermedio de Taylor. Si tienen la más mínima duda acerca de la culpa del detenido, éste tiene el derecho de beneficiarse por esa duda. Si, por el contrario, creen que los cargos en contra del detenido han sido probados satisfactoriamente, tienen ustedes un triste deber que cumplir.

(Se retira el jurado, siendo las tres y veinte).

VEREDICTO EN EL CASO TAYLOR

PRESIDENTE DEL JURADO: Su Señoría: No podemos llegar a un acuerdo sobre los términos exactos de las demandas que culpan al detenido por "procurar".

JUEZ WILLS: Creo que lo mejor que puedo hacer es escribir para ustedes las palabras exactas de esas demandas en el proceso. ¿Han llegado a un acuerdo en las otras demandas, caballeros?

PRESIDENTE: Sí, Su Señoría, hemos llegado.

JUEZ WILLS: En ese caso creo que será suficiente con tomar el veredicto de ustedes acerca de esas demandas, y no necesito molestarlos con respecto a las otras demandas. ¿Está el procurador general en el tribunal?

AVORY: He mandado por él, Su Señoría.

JUEZ WILLS: No veo ninguna razón para proseguir con las otras demandas. Pero esperaré y oiré lo que tenga que decir el fiscal general.

FISCAL: *(Entrando)*. Estoy de acuerdo con Su Señoría.

SECRETARIO DEL TRIBUNAL: Caballeros, ¿encuentran que el detenido es culpable de haber cometido actos de indecencia?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Y encuentran ustedes al detenido culpable de haber cometido actos de indecencia con William Parker?

PRESIDENTE: Culpable.

JUEZ WILLS: Voy a suspender la sentencia hasta que los cargos contra Wilde sean oídos.

(Taylor fue sacado de la sala y conducido a las celdas, abajo).

CLARKE: Con referencia al caso del otro demandado:

El señor Wilde está aquí, a la espera, por supuesto, pero se está haciendo tarde y, tal vez, después de que un segundo jurado ha disentido en este asunto...

FISCAL: Debo oponerme a que mi ilustre colega aproveche esta oportunidad para pronunciar pequeños discursos.

JUEZ WILLS: Esto apenas puede llamarse una disensión, Sir Clarke. Si hay materia para proseguir en seguida con este caso, no pensaré ni por un momento en licenciar al jurado y lo haré permanecer aquí dos o tres horas más.

FISCAL: Mi parecer, Su Señoría, es que tal vez sea mejor que comencemos mañana por la mañana.

CLARKE: Estaba satisfecho por continuar ahora, si la Corona sigue, pero con diferente jurado, por supuesto.

JUEZ WILLS: Muy bien. Repetiré lo que dije ayer: que tenía empeño en que los dos casos se trataran por separado. Y en esta circunstancia, caballeros, habiendo oído ustedes los testimonios en este caso, creo que lo más apropiado, en el interés de asegurar un proceso equitativo, es que esos testimonios no sirvan de prueba en el segundo caso y de que el proceso sea oído por un jurado de vecino tribunal, que no ha oído nada en absoluto de este caso.

TERCER DÍA

(Miércoles 22 de mayo de 1895)

LA CAUSA FINAL CONTRA WILDE ALEGATO DE PRESENTACIÓN DE LA ACUSACIÓN

EL FISCAL GENERAL: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Me creo obligado a suponer que, como ustedes son un jurado completamente nuevo, están en completa ignorancia de los cargos que se han dilucidado en el anterior proceso en que intervino el detenido. Por lo tanto, es necesario repasar en detalle todo el asunto. En cuanto al demandado, Oscar Wilde, personalmente me contentaré con decir que es un hombre de gran éxito literario y autor de varias obras dramáticas que tienen fuerza e interés. El demandado está acusado de haber cometido ofensas previas en la sección once de la ley criminal en lo correccional de mil ochocientos ochenta y cinco. Me propongo tratar estos sucesos en el orden que se alega han ocurrido.

Hay confirmación independiente del relato del testigo Shelley; aunque no tenga el alcance de describir la real consumación de las ofensas. Estos delitos no se cometen a la luz del día, sino que, en todo lo posible, dentro del más estricto secreto y la mayor ocultación.

Fue curiosa la presentación de Wood al detenido.

Citado por un telegrama de Lord Douglas, acudió al Café Royal y allí Wilde le abordó, llevándole a cenar al restaurante Florence en la calle Rupert, y luego a la casa de Wilde, en la calle Tite, donde se alega que tuvieron lugar las transgresiones que provocan este proceso. Unas semanas después Wilde proveyó de fondos a Wood para que se fuese a Norteamérica. Al día siguiente de haberle dado el dinero, aún estaba Wilde en buenos términos con Wood y le invitó a almorzar de una forma fastuosa. Eso fue en marzo de mil ochocientos noventa y tres. Un encuentro entre Wilde y Wood fue concertado en las habitaciones de Taylor, en la calle Little College. En este encuentro Wilde le dio a Wood treinta libras por la devolución de unas cartas suyas a Lord Douglas, que estaban en poder de Wood. No es difícil imaginar lo que significaba esa transacción. Incluso, al día que siguiente, después de invitar a Wood a almorzar, Wilde le dio cinco libras adicionales. Wood, entonces, partió para América del Norte.

Por lo que se refiere a lo sucedido en el hotel Savoy, respecto a las ofensas cometidas por el demandado con personas desconocidas, ustedes oirán los valiosos testimonios confirmados de los sirvientes del hotel.

La última parte de la causa contra el detenido está constituida por la mala conducta en el hotel Savoy y en las habitaciones que ocupaba en Saint-James Place, con el joven Charles Parker. Ahora bien; Charles Parker fue presentado al detenido por un individuo llamado Taylor. Se demostrará que Charles Parker y su hermano William fueron presentados a Wilde por Taylor, en una cena dada por el detenido en Kettner. Después de una suntuosa cena Wilde llevó a Charles Parker al hotel Savoy y la visita fue repetida una sema-

na después, dándole el detenido dinero al muchacho, en ambas ocasiones. El testimonio de Parker está confirmado de la forma más convincente. Wilde se encontró con Parker de tiempo en tiempo y le hizo regalos, incluyendo una pitillera y un reloj de oro con cadena. A finales de mil ochocientos noventa y tres Wilde parece haber tomado habitaciones en Saint-James Place, número diez, donde Parker le visitaba con frecuencia. Wilde le llevó consigo, también, a varios lugares de esparcimiento y le visitó en cierta ocasión en su piso de Park Walk, en Chelsea. La última vez que se encontraron fue en la calle. Wilde bajó de un coche, le dio la mano, y le dijo que estaba tan hermoso como de costumbre. El testimonio de Charles Parker es corroborado más adelante por el de su hermano William. Más corroboración dará un mozo del hotel Savoy, un inquilino de la casa de Park Walk, un mozo de Saint-James Place y otros testigos. Me gustaría tener una explicación de las relaciones del detenido con el ex-ayuda de cámara y el ex-lacayo, que vivían en un modesto alojamiento de la calle Hunter, en Brunswick Square. Caballeros: he hecho lo posible por limitarme a una enumeración simple y llana de los testimonios que la acusación está en situación de ofrecer ante ustedes.

TESTIMONIO DE LA ACUSACIÓN

COMPARECE SHELLEY. (*Interrogado por Gill, repite sus declaraciones del proceso anterior. Luego es interrogado por Clarke.*)

SHELLEY: Mi intimidad con el detenido duró solamente tres meses y terminó nueve o diez meses antes

de que yo dejara mi empleo en la editorial Mathews y Lane. En marzo de mil ochocientos noventa y tres fui a ver al señor Wilde al hotel Savoy, donde nos enfadamos. Le dije que no se comportara como una bestia, y me expresó su pesar. «Me gusta tanto usted, Edward», me dijo. Después de esa visita escribí al señor Wilde, diciéndole que no quería verle más. Creo que hubo dos tentativas de perpetrar inconveniencias. En la primera ocasión, no estaba demasiado ebrio. Estaba alegre, pero no borracho. Me sentí agraviado, entonces, por las acciones del detenido.

CLARKE: Entonces, ¿por qué volvió?

SHELLEY: Por debilidad, desde luego.

CLARKE: ¿En qué espacio de tiempo ocurrieron estos dos incidentes?

SHELLEY: En una semana.

CLARKE: ¿Cree que el señor Wilde también había bebido demasiado?

SHELLEY: No. Creo que no.

CLARKE: ¿No le pareció a usted un hecho accidental?

SHELLEY: No. Fui engañado con una trampa. Sabía que yo le admiraba mucho y él se aprovechó de eso, de mi admiración y de... no diré de mi inocencia... no sé cómo llamarlo...

CLARKE: ¿Le dio dinero alguna vez el señor Wilde?

SHELLEY: Sí. Mucho tiempo después.

CLARKE: ¿No al precio de consentir en eso?

SHELLEY: No.

CLARKE: ¿Ha escrito o publicado usted alguna cosa?

SHELLEY: He leído mucho teatro y poesía y he escrito algunas cosas. El señor Wilde solía pedirme que se las dejara ver, pero me parecían demasiado pobres para mostrárselas. No he publicado nada en mi vida.

CLARKE: ¿A pesar de lo que alega que sucedió, continuó su amistad con Wilde hasta la primavera de mil ochocientos noventa y tres?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: ¿Cometió algún error en la declaración que prestó en el tribunal de policía?

SHELLEY: Espero que no.

CLARKE: Voy a leer dos cartas que Shelley escribió al señor Wilde: «Domingo, por la tarde, veintiuno de febrero de mil ochocientos noventa y dos. Querido señor Oscar Wilde: Debo volver a agradecerle *La casa de los granados* y la localidad para el teatro. Fue usted muy amable al enviármelos y nunca me olvidaré de su bondad. ¡Qué triunfo el suyo de anoche! Es la mejor obra que he visto representada sobre un escenario, con tal belleza de estructura e ingenio que añade un nuevo aspecto placentero a la existencia. Si Lady Blessington viviera de nuevo, las conversaciones la pondrían celosa. George Meredith podría haberlo firmado. ¡Qué miserablemente pobre parece todo, a su lado! Por supuesto, exceptuando sus libros. Pero sus libros son parte de usted mismo». En cuanto a la segunda carta, está fechada el veintisiete de octubre de mil ochocientos noventa y dos. Dice: «Mi querido Oscar. ¿Estaría en su casa el próximo domingo por la tarde? Estoy impaciente por verle. Podría haber ido a visitarle esta noche, pero estoy nervioso, a consecuencia de mi insomnio y me veo obligado a permanecer en casa. He deseado verle durante toda la semana. Tengo mucho que decirle. No me crea olvidadizo por no haberle visto antes, pero nunca olvidaré su bondad y tengo conciencia de que jamás podré expresar suficientemente mi agradecimiento por usted». Ahora bien, señor Shelley, ¿quie-

re hacerle creer al jurado que, sabiendo que ese hombre se había portado indecentemente con usted, le escribió usted esta carta?

SHELLEY: Sí. Porque después de aquellos sucesos me trató muy bien. Parecía realmente arrepentido de lo que había sucedido. Me llevó a su casa, y me presentó a su mujer. Cené dos veces con ellos y parecía tener un interés real en mí. Me ofreció cien libras para ayudarme a marcharme fuera y estudiar, pero yo las rechacé. El señor Lane, mi jefe, también me ofreció ayuda, pero también la rechacé. Le escribí a Wilde confesándole los brutales insultos que tenía que soportar en la calle Vigo y la vida horriblemente dura que estaba llevando allí. Después de dejar Bodley Head, conseguí un empleo en la ciudad. Más tarde le escribí diciéndole que dejaría ese empleo, que me iría a vivir a Chelsea y conduciría un coche por la tarde. Mis padres me acusaban de holgazanería y por eso escribí aquello de «apurar la amatga comida de la caridad y el desprecio». Dejé mi trabajo en la ciudad poco antes del proceso Queensberry. No tengo empleo ahora. El único dinero que me dio Wilde en mil ochocientos noventa y cuatro fueron diez chelines, en el restaurante Kettner.

CLARKE: Leeré una tercera carta suya al señor Wilde, fechada el veinticinco de abril de mil ochocientos noventa y cuatro. «Oscar: quiero irme y descansar en alguna parte, creo que en Cornwall, durante dos semanas. He decidido llevar una verdadera vida cristiana y aceptar la pobreza como parte de mi religión. Pero debo cuidar mi salud. ¿Tengo tanto que hacer por mi madre!» ¿Qué tenía que hacer por su madre?

SHELLEY: Pagarle mi sustento.

CLARKE: Eso, más bien, parece hacer algo por usted.

¿Tiene un hermano que está permanentemente mal?
¿Con las facultades mentales alteradas?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: Continuaré leyendo su carta: «Soy un artista. Sé que lo soy. ¿Me podría prestar usted diez libras hasta Navidad? Podré devolvérselas para entonces. Debo descansar. Me siento débil y enfermo. Estoy tan delgado que parezco otro». ¿Le envió el señor Wilde el dinero que usted le solicitaba?

SHELLEY: No. Así que le escribí otra vez, pidiéndole ayuda para encontrar un puesto en un diario o una editorial.

CLARKE: En esa carta usted decía que no estaba dispuesto a aceptar nada de «esa víbora de John Lane. Me ha herido mucho. Le desprecio, pero no puedo perdonar». ¿Por qué una «víbora», señor Shelley?

SHELLEY: No debería haber utilizado esa palabra. Estaba enfadado con él.

CLARKE: ¿Enfadado por qué?

SHELLEY: El señor Lane había tratado de hacer que rompiera las relaciones con el señor Wilde.

CLARKE: ¿Es decir, que el señor Lane le había ofrecido conseguirle dinero para facilitarle un cambio de empleo, para poder alejarle del señor Wilde?

SHELLEY: Sí.

CLARKE: Usted debería haberse sentido contento y agradecido hacia el señor Lane, porque entonces ya sabía usted la clase de hombre que era el señor Wilde.

SHELLEY: Sí... pero... resulta que...;

CLARKE: ¿Por qué no lo estaba usted?-

SHELLEY: Así es la naturaleza humana... malograda.

CLARKE: ¿Su naturaleza?

SHELLEY: La naturaleza humana está malograda.

CLARKE: Esta frase en una de sus cartas me parece un poco exagerada para referirse a una crítica: «Tiene usted en Londres mortales enemigos, señor Wilde. De ahí el artículo del *Daily News*». ¿Su salud mental, en esa época, andaba de mal en peor?

SHELLEY: Enfermé de tanto estudiar.

CLARKE: ¿Estaba peor de lo que está hoy?

SHELLEY: No me pasa nada ahora.

CLARKE: ¿Está seguro de eso?

SHELLEY: Completamente seguro.

CLARKE: ¿Y este párrafo de una de sus cartas: «Temo a veces no estar muy en mi sano juicio. ¡Me siento tan nervioso y enfermo!» ¿No llegó a atacar a su padre?

SHELLEY: En enero de mil ochocientos noventa y cinco atacué a mi padre y me arrestaron. El señor Wilde pagó mi fianza. Ese día no estaba en mi sano juicio. No debía de estarlo, para atacar a mi padre.

FISCAL: ¿Cómo se sentía en su trabajo, en la editorial de Mathews y Lane, antes de conocer al señor Wilde?

SHELLEY: Estaba satisfecho y alegre.

COMPARECE WOOD. (*Interrogado por Gill, repite su testimonio. Le interroga Clarke*).

WOOD: Soy secretario, sin ocupación. He ganado algo trabajando para mi hermano, un agente comisionista de las carreras de caballos en Upper Islington. Cuando me fui a vivir al número setenta y dos de la calle Regent, en Chelsea, Charles Parker se portó indecentemente con un caballero, en mi dormitorio. Allen, Parker y yo obtuvimos dinero de ese caballero. Yo conseguí ciento setenta y cinco libras, parte de una suma que llegaría a las cuatrocientas o quinientas libras.

CLARKE: ¿Por qué le dieron esas ciento setenta y cinco libras?

WOOD: Supongo que se trataba de un chantaje. Pero no lo sabía en aquel entonces. La suma me fue entregada cerca de la estación de Charing Cross.

CLARKE: ¿Le dio usted a Parker parte del dinero?

WOOD: Allen se lo dio.

CLARKE: ¿Cuánto?

WOOD: Treinta libras.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo hace que dejó su empleo en la ciudad?

WOOD: No recuerdo. No sé si sería en el año mil ochocientos noventa.

CLARKE: ¿Desde que dejó su empleo ha ganado algún dinero honradamente?

WOOD: Sí, cuando trabajaba para mi hermano. También recibí cien libras procedentes del testamento de mi difunto padre. Me fue pagada esa suma por su abogado, un tal señor Tidy, en la calle Sackville.

CLARKE: ¿Era esa la cifra exacta del legado?

WOOD: Esto... la cifra exacta era de ochenta y ocho libras y dos chelines.

CLARKE: ¿Durante cuánto tiempo trató a Allen?

WOOD: Desde marzo a abril de mil ochocientos noventa y tres.

CLARKE: ¿Dijo usted en la comisaría de policía que la primera vez que fue con el señor Wilde, usted estaba borracho?

WOOD: No estaba borracho, pero había bebido de más. Sabía lo que estaba haciendo.

CLARKE: ¿Había alguien más que usted, Allen y Charles Parker, en el reparto del dinero sacado a ese caballero?

WOOD: No; nadie más.

CLARKE: ¿Habían hecho otras transacciones de la misma clase?

WOOD: No.

CLARKE: ¿Cuánto tiempo hacía que había vuelto de América del Norte?

WOOD: Volví en mayo.

CLARKE: ¿Dónde vive ahora?

WOOD: En Bromley Terrace, Greenwich.

CLARKE: ¿Se hospeda allí?

WOOD: Vivo con un detective.

CLARKE: ¿Un detective de la Corona?

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿Se encontró con Lord Douglas?

WOOD: Sí. En sus habitaciones en el Varsity.

CLARKE: ¿Fue amable con usted?

WOOD: Sí. Me regaló una serie de trajes, mientras estuve allí.

CLARKE: ¿Y usted encontró dos cartas en uno de sus bolsillos?

WOOD: Sí.

CLARKE: ¿De quién?

WOOD: Del señor Wilde a Lord Douglas.

CLARKE: ¿Cómo comenzaban?

WOOD: Una... decía: «Mi querido Alfred»; la otra: «Querido Bósie».

CLARKE: ¿Qué pasó con las cartas?

WOOD: Allen las robó. Después devolvió una, pero guardó la otra. Allen me dijo: «Ésta es bastante fogosa». No sabía qué querían decir esas palabras: "bastante fogosa".

CLARKE: ¿Le dijo a Wilde que, para Allen, esa carta era bastante fogosa?

WOOD: No. Creo que ni siquiera leí la carta. No le devolví la otra carta a Lord Douglas porque no tenía su dirección. Tuve las cartas en mi poder durante un mes.

CLARKE: ¿Cuántas tuvo al principio?

WOOD: Pueden haber sido dos o tres.

CLARKE: ¿Durante ese mes se las sacaron del bolsillo?

WOOD: Me las cogió Allen del bolsillo. Fui a ver a Wilde y le pedí dinero. Le dije que estaba cansado de la vida, cansado de esas grandes cenas y de mezclarme con Allen y Douglas y esa gente. Le dije que quería alejarme de algunas malas compañías. Sí; mencioné a Allen como la persona de quien quería alejarme.

FISCAL: ¿Dónde encontró usted por primera vez a Lord Douglas?

WOOD: En las habitaciones de Taylor, en la calle Little College. Luego le visité en la Universidad. También vi a Lord Douglas y al señor Wilde juntos, en la misma habitación del hotel Savoy.

FISCAL: ¿En qué términos parecían estar Lord Douglas y el señor Wilde?

CLARKE: Me opongo a esa pregunta. Las relaciones de Lord Douglas y el señor Wilde no son materia de este proceso.

JUEZ WILLS: Encuentro razonable la objeción de Sir Clarke.

COMPARECE CHARLES PARKER. (*Examinado por el señor Gill, repitió el testimonio dado en el primer proceso. Luego fue interrogado por Sir Clarke.*)

CLARKE: ¿Es usted Charles Parker, que obtuvo treinta libras de un caballero que habían chantajeado, después de cometer prácticas indecentes con usted?

PARKER: Sí.

CLARKE: ¿Dónde tuvieron lugar esas prácticas?

PARKER: En mi casa, en la calle Camera número siete, Chelsea.

CLARKE: ¿Dónde vive ahora?

PARKER: En Chiswick, con mi hermano. Desde el último juicio he sido mantenido por la acusación. Mi hermano y yo estamos bajo la vigilancia de un detective empleado por la Corona. No he cumplido ningún deber militar desde marzo de este año.

CUARTO DÍA

(Jueves 23 de mayo de 1895)

COMPARECE WILLIAM PARKER. *(Interrogado por el fiscal general, repitió el testimonio que dio en el primer proceso. Luego es interrogado por Sir Clarke).*

CLARKE: ¿Sabía usted que su hermano iba al Savoy con propósitos indecentes?

PARKER: Eso es lo que nos dio a entender Taylor.

CLARKE: ¿Usted oyó que se le hizo semejante proposición a su hermano y no trató de evitarlo?

PARKER: No, no traté...

CLARKE: ¿Habría hecho usted lo mismo?

PARKER: Sí, tal vez.

CLARKE: ¿Estaba usted perfectamente sobrio?

PARKER: Sí.

FISCAL: ¿Qué le había dicho Taylor?

CLARKE: Me opongo a esa pregunta. La acusación hace continuas tentativas por mezclar ambos procesos, contrariamente a lo prometido por Su Señoría.

JUEZ WILLS: Me parece correcta la objeción de Sir Clarke.

COMPARECE CHARLES ROBINSON, quien es examinado por el señor Gill. (*El testigo, un tenedor de libros del hotel Savoy, repitió el testimonio dado en el primer juicio. Interrogado por Sir Clarke manifestó que se le había pedido una copia de la adición a cargo del tribunal policial.*)

COMPARECE JANE COTTER, camarera del hotel Savoy. (*Repite, al ser preguntada por el señor Gill, todo lo que manifestó en el primer proceso.*)

CLARKE: ¿Por qué usa anteojos?

COTTER: Porque tengo mal la vista.

CLARKE: ¿Los usa cuando trabaja?

COTTER: Oh, no...

CLARKE: ¿Por qué los usa hoy?

COTTER: Porque pensé que tendría que reconocer a alguien.

CLARKE: ¿Entonces no los tenía puestos cuando dijo que vio al muchacho en la habitación del señor Oscar Wilde?

COTTER: No.

CLARKE: ¿Y hoy se los tiene que poner para reconocer a cualquier persona?

GILL: ¿Está usted segura de que vio claramente al muchacho en la cama de la habitación que ocupaba el señor Wilde en el hotel Savoy?

COTTER: Estoy completamente segura.

COMPARECE ALICE SAUNDERS. (*Dijo que la sra. Cotter le llamó la atención sobre el estado particular—con ropas desordenadas y manchas en las sábanas— de la habitación del señor Wilde en el hotel Savoy, donde ella también era camarera.*)

COMPARECE ANTHONY MIGGE. (*Repite su testimonio anterior, interrogado por Gill.*)

CLARKE: ¿La puerta de la habitación del señor Wilde estaba abierta o cerrada con llave?

MIGGE: No puedo recordarlo. Yo acudí a la habitación a la hora habitual de dar el masaje, llamé a la puerta y entré.

CLARKE: ¿Qué le dijo el señor Wilde?

MIGGE: Me dijo que no me necesitaba ese día.

CLARKE: No parece ser usted un hombre muy atento. En el último proceso, al preguntársele si la puerta estaba cerrada con llave, usted contestó, con la mayor seguridad, que no estaba cerrada con llave. Pero sigamos. ¿El muchacho que usted dice haber visto allí, era rubio o moreno?

MIGGE: No me acuerdo.

COMPARECE EMILIEN BECKER: (*Es interrogado por Gill.*)

BECKER: Soy mozo del hotel Savoy. Recuerdo que paraban en el hotel, en marzo de mil ochocientos noventa y tres, el señor Wilde y Lord Douglas. Recuerdo haber visto entrar jóvenes a la habitación del señor Wilde, después de haberse ido del hotel Lord Douglas.

Yo llevaba *champagne*, *whisky* y soda a los dormitorios y siempre vi jóvenes allí. Después de que el señor Wilde tomara el salón del frente en el hotel, serví una cena con pollo, fiambre y *champagne* al señor Wilde y a un hombre joven, moreno.

CLARKE: ¿Supongo que usted leyó las declaraciones del juicio anterior?

BECKER: ¡Oh, sí!

CLARKE: ¿Leyó usted mi informe, donde decía que Parker había declarado que comieron pollo y tomaron *champagne*?

BECKER: Sí; creo que lo vi el lunes.

JUEZ WILLS: ¿No lo había visto antes?

BECKER: No.

CLARKE: ¿Era ése un asunto de considerable interés para todos los del Savoy?

BECKER: Sí. Lo era.

CLARKE: ¿No leyó usted en los diarios que Charles Parker declaró en el juicio previo «cenamos con *champagne*»?

BECKER: No sé. No recuerdo haberlo visto en los diarios.

CLARKE: ¿Cuántas habitaciones estaban a su cargo?

BECKER: Siete salones.

CLARKE: ¿Había muchas cenas en un lugar tan ocupado?

BECKER: No servía muchas cenas arriba.

CLARKE: ¿Vio a Charles Parker?

BECKER: Sí. Me lo señalaron.

CLARKE: ¿No le reconoció?

BECKER: No.

CLARKE: ¿Cuándo se le pidió que prestara declaración en este juicio?

BECKER: El viernes pasado. Fui visitado por un inspector de Scotland Yard.

(MARGERY BANCROFT, LUCY RUMSBY, FREDERICK KEARLEY, THOMAS PRICE, CHARLES RICHARDS Y THOMAS BROKWEEL fueron interrogados de nuevo, no aportando otros datos que los que habían quedado consignados en sus declaraciones anteriores.)

SE RETIRA UN CARGO

SIR CLARKE: La demanda que alega prácticas indecentes del señor Oscar Wilde en el hotel Savoy carece de base para ser sometida al jurado. Parker ha jurado que abandonó el hotel las dos veces después de medianoche. Por lo tanto no puede ser identificado con los muchachos que, según las declaraciones de los sirvientes del hotel Savoy, vieron allí por la mañana.

JUEZ WILLS: La condición de las habitaciones proporciona un acierto de confirmación a los cargos por mala conducta. El solo hecho de que un hombre de la posición del señor Wilde se encuentre con un muchacho en la cama es para mí tan completamente fuera de lo común que poco testimonio adicional es necesario para que constituya una materia, apta para ser sometida al jurado. Por otro lado, la camarera también aseguró bajo juramento que todo lo que sucedió allí se lo comunicó al ama de llaves, y es muy extraño que ella no hubiera tomado ninguna medida al respecto. No sé de que clase de persona puede tratarse para no dar ningún paso en ese asunto, en seguida.

FISCAL: Quizá las autoridades del hotel Savoy estuvieran empeñadas en evitar toda publicidad de un escándalo que sería perjudicial para su establecimiento.

CLARKE: En mi opinión no hay testimonio que sostenga el cargo de que el señor Wilde y el muchacho estuvieran juntos en la cama.

JUEZ WILLS: Estoy de acuerdo. El asunto con respecto a los incidentes en el Savoy está en el límite de lo aceptable. Lo que se ha dicho de que el señor Wilde llamó a la camarera a sus habitaciones hace que me resulte difícil el aceptar esta historia. El incidente relatado por Migge, el masajista, es aún más débil, desde el punto de vista testimonial. No sería equitativo que a un acusado como Wilde se le sumaran un número de *nadas* para formar un *algo*. Pienso, sin embargo, que el curso más sabio y seguro a seguir con este asunto sería permitir que fuera al jurado. Estoy inclinado a creer que es un asunto cuya resolución es parte de la responsabilidad que pesa sobre el jurado. Al mismo tiempo el asunto está tan completamente en el límite de lo aceptable que me sentiría justificado si quedara pendiente para los casos reservados por la Corona, si su abogado lo desea.

FISCAL: Pediría que todos los cargos de este asunto se sometieran al jurado, que podrá apreciar por sí mismo la importancia de la prueba testimonial aportada.

CLARKE: Pienso, además, que no existe confirmación de los cargos alegados con respecto a Shelley y, por lo tanto, su testimonio debe retirarse de la consideración del jurado. De las cartas de Shelley se puede deducir que puede haber sido víctima de errores y además, a juzgar por su conducta en el banco de los testigos, parece sufrir una extraña especie de exaltación.

FISCAL: Yo mantengo mi opinión de que el testimonio de Shelley ha sido confirmado en todos sus puntos. ¿Cuáles eran las relaciones entre estos dos hombres de edad tan despareja? Yo instaría en decirle al jurado que Shelley es un hombre joven, fascinado por la cultura literaria del señor Oscar Wilde, y situado al alcance de la compañía, el control y el dominio del señor Wilde. Que fue atrapado por Wilde, como ha dicho Shelley, y que ha sido no tanto un cómplice como una víctima. Hay, después de todo, una cierta cantidad de corroboraciones. En un asunto de esta índole, por supuesto, hay una enorme dificultad en exhibir confirmaciones de testigos oculares a la comisión de los actos alegados.

JUEZ WILLS: Debo confesar que las cartas de Shelley me han dado la sensación de una mente perturbada. Sería terrible para la sociedad si se considerara fuera de lo natural que un hombre invitara a cenar con él a un hombre joven, de buen carácter.

FISCAL: Le recordaré a Su Señoría la carta en la cual Shelley escribió: «Dejemos que Dios juzgue lo pasado», y también el hecho de que Shelley no está en la situación de un cómplice.

JUEZ WILLS: Con relación a Shelley soy de la franca opinión de que debe ser tratado, según su propio testimonio, de la misma forma que un cómplice, y de que su testimonio debe ser corroborado. Me parece que no existe nada por el estilo de una corroboración en este caso. Las propias cartas de Shelley a Oscar Wilde son más bien contrarias a esa suposición. Después de una consideración más cuidadosa del asunto, me adhiero a la opinión que tengo ya formada, que no hay corroboración de la naturaleza requerida por la ley, y me siento

justificado al retirar esa parte del caso de la consideración del jurado.

(Esta decisión del juez Wills implicaba absolver a Oscar Wilde de uno de los cargos más importantes contenidos en el proceso. La decisión produjo un considerable revuelo en el tribunal. Suponía un éxito anad desdeñable de Sir Clarke).

CLARKE: En mi opinión no existe ninguna confirmación de ninguna clase o especie, del testimonio de Wood, en cuanto afirma haber estado en la calle Tite, en el domicilio del señor Oscar Wilde.

FISCAL: Su Señoría: Debo protestar contra cualquier decisión que se tome sobre estos asuntos, que no sea por el veredicto del jurado. En mi opinión, el caso de Wood no puede dejar de someterse a la decisión del jurado. Opino que hay plena confirmación al relato de Wood, sobre todo y en especial en cuanto a las sospechosas circunstancias en las cuales Wilde y Wood entraron en relación. Hay también confirmación en cuanto al pago de dinero que hizo Wilde a Wood, habilitándole para su viaje a América del Norte. Por otra parte Su Señoría está en el deber de decirle al jurado que puede, si lo desea, actuar basándose en los testimonios no confirmados de un cómplice.

CLARKE: Es cruel sugerir que la generosa acción de un hombre, al proporcionarle a un muchacho los medios de apartarse de malas compañías, de empezar una nueva vida en otro país, sea una confirmación de su propia mala conducta. Como autoridad, en contra de lo que afirma mi ilustre colega de la acusación, citaré lo que dijo el Juez Charles, en el proceso anterior, al dirigirse al jurado: «Pero no diré sólo la ley de Inglaterra, sino la edificante práctica de nuestros tribunales du-

rante cerca de doscientos años, hacen que ningún demandado pueda ser condenado por los testimonios no confirmados de un cómplice en su crimen. Si se hiciera de otra forma, ¿a qué terribles peligros estarían expuestas personas inocentes, en manos de adversarios insidiosos y malignos?» Yo confío en este canon sancionado por la práctica, como en un canon que se alza desde hace doscientos años, aunque no sea de hecho un canon de la ley. *(Aplausos)*.

JUEZ WILLS: Soy de la opinión de que las demandas que afectan a Wood pasen al jurado. Creo que este caso es algo diferente del de Shelley. No tengo ninguna duda sobre el efectivo canon basado en el cual actué en el otro caso. Cuando me llegue el turno de resumir, explicaré por qué no retiré el caso Wood de la consideración del jurado y en qué dirección encuentro corroboración. Me parece, después de oír las declaraciones de Wilde en el caso Queensberry, que las relaciones entre los dos hombres constituyen un asunto que el jurado debe considerar.

QUINTO DÍA

(Viernes 24 de mayo de 1895)

PRESENTACIÓN DE LA DEFENSA

CLARKE: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Ahora es mi deber hacerles algunas observaciones sobre lo que aún resta del proceso que ha sido deliberadamente lanzado contra el señor Oscar Wilde. No los retendré mucho tiempo, ni creo que me sea necesario retenerlos mucho más cuando vuelva a dirigirme a ustedes sobre el asunto del testimonio en el cual tienen que confiar, ya que el caso contra el señor Wilde, una vez enmendado, resulta muy limitado. Tampoco discutiré en detalle el testimonio que ha sido presentado en este caso, porque ese testimonio es incompleto. Llamaré al señor Wilde otra vez a declarar para establecer bajo su juramento, y por tercera vez, ante este tribunal, que no hay nada de verdadero en ninguna de las acusaciones que se han lanzado en su contra, y para hacer frente, por tercera vez, ante este tribunal, y ahora con un nuevo demandante, al interrogatorio que le será practicado con referencia a esas acusaciones. Una vez que el señor Wilde haya dado ese testimonio, y cuando haya sido interrogado por la acusación, el caso estará completo y será mi deber

hacer algunas consideraciones sobre el carácter del testimonio que ustedes deberán tratar.

Hace algún tiempo, cuando este caso fue presentado por primera vez contra el demandado, el alegato de la acusación contenía veinticinco demandas, algunas de las cuales eran demandas por asociación ilícita. Además, había en el proceso un asunto reservado, que podría ser debatido si fuera necesario. El testimonio para la Corona fue escuchado, y luego, de forma repentina, fueron retiradas todas las demandas por asociación ilícita. En cuanto a las otras demandas de ese proceso, hubo que licenciar al jurado, porque no se pusieron de acuerdo en el veredicto. En el presente proceso no puedo hallar ninguna razón lógica o equitativa que pueda explicar el porqué fue adoptado el procedimiento de juzgar al otro detenido, Taylor, en primer lugar. En el caso Taylor el jurado fue incapaz de llegar a un acuerdo sobre el asunto referente al señor Wilde y se retiraron sin dar un veredicto sobre él. Prácticamente ésta es la tercera vez que este asunto se ha planteado al jurado.

No se quejarán de mí, si digo que me siento un poco dolorido por el tratamiento que ha recibido el señor Oscar Wilde.

Hay una observación que no puedo dejar de hacer en este estrado, caballeros, y es ésta: Que en el testimonio dado por el señor Wilde en la audiencia de la acusación por libelo, contra el marqués de Queensberry, sólo hubo una declaración, que fue contradicha por un testigo independiente, la que aseguraba que el señor Wilde nunca había ido al alojamiento de Charles Parker en Park Walk. La acusación llamó a una mujer que declaró haber visto a un caballero, quien, dice ella, era el señor Wilde. Y es ella la única testigo independiente

que contradice el testimonio dado por el señor Wilde. Les pido que recuerden esto en relación con el cargo que deben tratar. Las observaciones que tenga que hacer con referencia a la reputación de la testigo de cuyo testimonio ustedes deben fiarse, las haré más adelante. No basta con desacreditar el testimonio del demandado. La Corona debe convencerles a ustedes para que crean el testimonio de su testigo. La actuación del señor Wilde no ha sido contradictoria en lo más mínimo a la de un hombre que, consciente de su inocencia, está preparado para afrontar las acusaciones de los chantajistas. Les pido a ustedes que crean que un hombre culpable no podría sobrellevar la terrible prueba de un interrogatorio, en el banquillo de los acusados, en tres ocasiones distintas. El señor Oscar Wilde ha luchado heroicamente contra las acusaciones formuladas en su contra, acusaciones que se han desmoronado, pieza por pieza.

He tenido el honor de ocupar el cargo de fiscal general, cargo que ahora ocupa Sir Frank Lockwood, durante el período más largo que haya sido ocupado por hombre alguno en los últimos cien años; y, habiendo sido procurador general de la Corona durante seis años, no es posible que yo, en ningún lugar o tiempo, hable con ligereza de las responsabilidades inherentes a ese cargo. Él es un ministro de la justicia, con una responsabilidad más parecida a la de un juez que a la de un abogado que se contrata para un combate particular en la refriega forense. Yo aprendí mi oficio, en este tribunal, siguiendo el mejor ejemplo que haya visto nunca en un funcionario oficial encargado de dirigir casos criminales, del gran abogado y gran caballero Sir John Holker, quien hace veinte años conducía grandes

causas en esta corte, con una resuelta honestidad que yo admiraba. En aquel tiempo declaré que esperaba poder emularle algún día. Por supuesto que digo estas cosas sin el menor asomo de enemistad hacia el fiscal general. Las digo, tan sólo, con la esperanza de hacer algo que induzca a mi colega a recordár —lo que por un momento me pareció que había olvidado— que él no está aquí para tratar de conseguir un veredicto de culpabilidad por todos los medios a su alcance, sino que está aquí para poner al alcance del jurado los hechos sobre los cuales al jurado le tocará decidir. Empero, yo debo responder aún del resto de los cargos imputados a mi cliente, el señor Oscar Wilde. En la medida que el caso se cercenaba, sacándose acusaciones faltas de base, los esfuerzos de la acusación se redoblaron. En lugar de afrontar al señor Gill —de cuya conducta en el anterior proceso no tengo ninguna queja—, la defensa se enfrenta con el funcionario de la Corona armado con el extrañío y envidiado privilegio (que yo cuando era procurador general de la Corona nunca ejercité y nunca ejercitaré si llegara a ocupar otra vez esa distinguida posición) de anular las costumbres usuales en el tribunal. Si el demandado llama testigós o no, el fiscal general disfruta el derecho —aunque no me imagino por qué debe disfrutarlo— de tener la última palabra frente al jurado. Contando con esto, el demandado, desmoronado como está ahora, como podrá verle cualquiera que le haya visto en el primer proceso, por estar encarcelado sin lugar a fianza —cosa contraria a la costumbre y creo que también a la ley— se someterá otra vez a la indignidad y el dolor de ocupar el banco de los testigos. Disminuido como se encuentra, después de la prueba a que ha estado sometido, volverá a repetir bajo

juramento sus negativas a los cargos que se han hecho en su contra. Pido a Su Señoría que permita al testigo permanecer sentado.

TESTIMONIO DE LA DEFENSA

CLARKE: ¿Por qué tomó usted las habitaciones del número diez de Saint-James Place?

WILDE: A muchos escritores les gusta vivir fuera de su propia casa. Es más tranquilo y más apropiado. Estaba escribiendo entonces *Un marido ideal*.

CLARKE: ¿Puso algunos reparos sobre el testimonio de Charles Parker, cuando declaró anteriormente?

WILDE: Sí.

CLARKE: ¿Tiene alguna explicación que dar acerca de esos reparos?

WILDE: No.

CLARKE: ¿Ha vivido usted, desde que se casó, con su mujer y sus hijos en la calle Tite?

WILDE: Sí.

CLARKE: ¿Hay algo de cierto en las acusaciones hechas contra usted en este proceso?

WILDE: Nada en absoluto.

FISCAL: ¿Cuándo comenzaron sus relaciones con Lord Alfred Douglas? Pero, no se pare, a menos que lo desee, por favor.

WILDE: Así oigo mejor. Mis relaciones con Lord Douglas empezaron en mil ochocientos noventa y dos.

FISCAL: ¿Cuándo manifestó sus primeros reparos a esa relación Lord Queensberry?

WILDE: En marzo de mil ochocientos noventa y tres.

FISCAL: ¿Está seguro?

WILDE: Soy muy malo para las fechas. Sería el año pasado, en mil ochocientos noventa y cuatro.

FISCAL: Ahora bien, señor Wilde, me gustaría que me dijera, ¿dónde está ahora Lord Douglas?

WILDE: Está en el extranjero.

FISCAL: ¿Dónde?

WILDE: En París, en el hotel Deux Mondes.

FISCAL: ¿Cuánto hace que está allí?

WILDE: Más o menos tres semanas.

FISCAL: ¿Estaba en Londres cuando el proceso del marqués de Queensberry?

WILDE: Sí. Durante más o menos tres semanas. Se fue, a petición mía, a Francia, antes de que se llevara a cabo el primer proceso.

FISCAL: Por supuesto, ¿usted ha estado en comunicación con él?

WILDE: Naturalmente. Estos cargos están edificados sobre arena, nuestra amistad sobre roca. No ha habido necesidad de terminar nuestra amistad.

FISCAL: ¿Qué hizo usted cuando supo que el marqués de Queensberry se oponía a la amistad con su hijo?

WILDE: Le dije a Lord Douglas que estaba dispuesto a dar por terminadas nuestras relaciones, si eso ponía paz entre su padre y él; pero Lord Douglas prefirió que continuáramos siendo amigos.

FISCAL: ¿La intervención del padre de Lord Douglas no tuvo ningún efecto?

WILDE: No.

FISCAL: *(Después de leer las dos famosas cartas de Wilde a Lord Douglas)*. ¿Son estas cartas una muestra del estilo con el que usted se dirigía a Lord Douglas?

WILDE: No. Yo no diría que son una muestra. No. En realidad la carta escrita desde Torquay fue escrita a propósito como una especie de poema en prosa, en respuesta a un poema que Lord Douglas me había escrito en verso. Fue escrita en momentos de gran emoción.

FISCAL: ¿Por qué eligió usted la palabra «mi muchacho», para dirigirse a él?

WILDE: Adopté esa expresión porque Lord Douglas es tanto más joven que yo... Fue una manera fantástica, extravagante, de escribir una carta a un hombre joven. Como dije en el primer proceso, para mí no se trata de que sea propio o impropio, sino que se trata de una expresión literaria. Era como un pequeño soneto de Shakespeare.

FISCAL: Yo no he usado la expresión “propia o impropia”. ¿Era decente?

WILDE: ¿“Decente”?

FISCAL: Sí, decente.

WILDE: ¿Por supuesto! No hay en ella nada de indecente.

FISCAL: ¿Cree que ésa era una manera decente para que un hombre de su edad se dirigiera a un muchacho?

WILDE: Era la hermosa forma de un artista para dirigirse a un hombre joven con cultura y encanto. La decencia no tiene nada que ver en esto.

FISCAL: ¿Le parece a usted que no? ¿Conoce el significado de esa palabra, señor?

WILDE: Sí.

FISCAL: *(Volviendo a leer un párrafo de la famosa carta)*: «Es una maravilla que esos labios tuyos, rojos como pétalos de rosa, hayan sido hechos tanto para la música del canto como para la locura de los besos». ¿Y usted considera eso decente?

WILDE: Fue una tentativa de escribir un poema en prosa usando una hermosa fraseología.

FISCAL: ¿La consideraba una fraseología decente?

WILDE: Oh... Sí, sí.

FISCAL: ¿Entonces usted considera a eso un medio decente de dirigirse a un hombre joven?

WILDE: Puedo, tan sólo, darle la misma respuesta. Que es un medio literario de escribir lo que tiene intención de ser un poema en prosa.

FISCAL: (*Leyendo intencionadamente frases de la carta famosa*): «Tu alma delicada y áurea camina entre la pasión y la poesía... «Jacinto, a quien Apolo amaba tan locamente, eras tú, en esos días griegos»... ¿Habla usted del amor entre hombres?

WILDE: Lo que quería decir con esa frase es que él era un poeta y Jacinto era un poeta.

FISCAL: (*Vuelve a leer*): «Siempre con amor imperecedero».

WILDE: No era amor sensual.

FISCAL: ¿Es eso, otra vez, imaginación poética o una expresión de sentimientos?

WILDE: (*Mientras se sonreía y hacía una reverencia al fiscal*). Es una expresión de mis sentimientos.

FISCAL: (*Leyó la carta escrita por Wilde a Lord Douglas, desde el hotel Savoy*). «Mi cuenta aquí es de cuarenta y nueve libras». Esto, según creo, era cierto. ¿No es poético?

WILDE: ¡Ah, no! Era prosa, de la especie más sórdida.

FISCAL: (*Leyendo la misma carta*): «Tengo también una salita sobre el Támesis. ¿Por qué no estás aquí, mi querido, mi maravilloso muchacho? Tu Oscar». ¿Lord Douglas acudió y se quedó con usted en el Savoy?

WILDE: Sí, en el mes de febrero.

FISCAL: ¿Vino a verle en respuesta a esa llamada?

WILDE: Vino poco después, de paso para Alemania.

FISCAL: ¿Cuántas veces se quedó con usted en el Savoy?

WILDE: Tres veces.

FISCAL: ¿Estaban los dos solos?

WILDE: ¡Oh, sí!

FISCAL: ¿Se llegaba a sus habitaciones a través de las de él?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Estaba enterado de que Lord Queensberry, su padre, se oponía a la intimidad de ustedes?

WILDE: ¡Oh, no!

FISCAL: ¿Cuál fue el cargo que alegó en su contra Lord Queensberry?

WILDE: (*Después de vacilar un momento*). «Que alardeaba de sodomita».

FISCAL: ¿Entre el auto de prisión de Queensberry y el proceso, usted y Lord Douglas se fueron al extranjero?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Después de haber hecho detener a Lord Queensberry, usted y Lord Douglas se fueron al extranjero juntos?

WILDE: Sí. Estuvimos fuera una semana y volví para actuar como demandante.

FISCAL: ¿Antes de las audiencias del proceso vio usted la petición de justificación de Lord Queensberry?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Esa petición alegaba toda la mala conducta de la cual se ha dado testimonio después; además de hacer acusaciones a las que no se les ha dado audiencia por haber ocurrido en París, fuera de la jurisdicción de este tribunal?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Abandonó usted la acusación?

WILDE: Así se hizo, por consejo de mi abogado.

FISCAL: ¿Con su consentimiento?

WILDE: Sí. Admito que fue con mi consentimiento, pero ninguno de los asuntos alegados había tenido entrada aún. Fue íntegramente sobre literatura y se me hizo ver que no podría obtener un veredicto favorable a causa de esas dos cartas que usted ha leído.

FISCAL: ¿Estaba Taylor presente?

WILDE: No le vi durante el proceso, pero me envió una carta.

FISCAL: ¿Fue interrogado sobre su conocimiento de Taylor y sus antecedentes?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Cuánto hace que conocía a Taylor?

WILDE: Le encontré, por primera vez, en septiembre de mil ochocientos noventa y dos.

FISCAL: ¿Le visitaba usted?

WILDE: Sí. Le visitaba en su piso, pero no he estado allí más de cinco o seis veces en mi vida.

FISCAL: ¿Había allí alguna otra compañía más que la masculina?

WILDE: ¡Oh, no! Completamente masculina.

FISCAL: ¿Cuáles eran sus nombres?

WILDE: Encontré allí a Mavor y Schwabe. Sólo iba allí a la hora del té, durante media hora, más o menos, y no puedo, después de un lapso de más de tres años, acordarme de quiénes conocí. Usted me pide que recuerde a quién encontré a la hora del té hace tres años. Eso es infantil. ¿Cómo puedo hacerlo?

FISCAL: ¿Conoció allí a Charles Mason?

WILDE: No. Le conocí en una cena.

FISCAL: ¿Cuál era la ocupación de los muchachos Wood, Mavor y Parker?

WILDE: Oh... Uno no pregunta esas cosas a las personas a la hora del té.

FISCAL: ¿Taylor le resultó una compañía agradable?

WILDE: Sí, me pareció brillante.

FISCAL: ¿Sabía usted cuál era su ocupación?

WILDE: No. Entendí que no tenía ninguna.

FISCAL: ¿Alguno de esos muchachos trabajaba?

WILDE: Oh... Simplemente eran jóvenes... algunos de ellos cantantes. No les pregunté.

FISCAL: ¿Notó algo extraño en el arreglo de las habitaciones de Taylor?

WILDE: No; nada.

FISCAL: ¿Las ventanas estaban cubiertas con cortinas?

WILDE: Sí. Pero no eran cortinas oscuras.

FISCAL: ¿Sabía usted que los amigos masculinos de Taylor se quedaban con él y compartían su cama?

WILDE: No. Ahora mismo me entero.

FISCAL: ¿Cambia eso su opinión sobre Taylor?

WILDE: No. Creo que no. No creo necesario llegar a la conclusión de que tal cosa sea algo criminal. Simplemente no es habitual. No creo que nada criminal sucediera entre Taylor y los muchachos. Y si ellos eran pobres y él compartía su cama con ellos, eso me parece más bien caridad.

FISCAL: ¿Le chocó a usted eso?

WILDE: No. No veo la necesidad de sentirse *chocado*.

FISCAL: Me veo obligado a apremiarle. ¿Aprobaba usted su conducta?

WILDE: No, creo que yo sea nadie para aprobar o desaprobado la conducta de nadie.

FISCAL: ¿El saber que, habitualmente, esos muchachos

chos compartían la cama de Taylor no altera la opinión que tiene formada sobre él?

WILDE: No.

CLARKE: Me opongo a que se interrogue al testigo acerca de su opinión sobre otras personas.

JUEZ WILLS: Apoyo a Sir Clarke en su oposición, pero me parece que llega muy tarde.

FISCAL: ¿Hizo regalos a los muchachos que conoció en las habitaciones de Taylor?

WILDE: Mè es imposible contestar a una pregunta tan general y vaga.

FISCAL: ¿Recuerda haber dado una pitillera a Mavor?

WILDE: Sí. Me costó cuatro libras.

FISCAL: ¿También le dio una a Charles Parker?

WILDE: Sí. Pero mucho me temo que me costó solamente una libra.

FISCAL: ¿Era de plata?

WILDE: Sí. Me gusta regalar pitilleras.

FISCAL: ¿A los jovencitos?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Cuántas ha regalado?

WILDE: Más o menos siete u ocho, desde mil ochocientos noventa y dos a mil ochocientos noventa y tres.

JUEZ WILLS: No creo que el regalar pitilleras pueda impresionar a nadie, a menos que se sepa qué es lo que usted trata de decir, Sir Frank.

FISCAL: ¿Era literaria la conversación de esos jóvenes?

WILDE: No. Pero el hecho de que yo hubiera escrito una obra de gran éxito les parecía maravilloso, y yo me sentía agradecido por su admiración.

FISCAL: ¿De la admiración de esos jovencitos?

WILDE: Sí. Me gusta la alabanza. Me encanta que me alaben.

FISCAL: ¿Que esos jovencitos le alaben?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Esos jovencitos cuyo verdadero nombre usted ni recuerda?

WILDE: Sí. Admito que me agrada enormemente la alabanza y la admiración, y que me gusta mucho que la hagan mis inferiores... inferiores socialmente. ¡Me encanta!

FISCAL: ¿Qué placer puede encontrar en la compañía de esos muchachos de muy inferior posición social?

WILDE: Yo no hago distinciones de clase.

FISCAL: ¿Qué hacía con ellos?

WILDE: Les leía... les leía una de mis obras.

FISCAL: ¿No se le ocurrió a usted que, teniendo la posición que tenía, podía ejercer una influencia considerable sobre esos muchachos, ya fuera para bien, ya fuera para mal?

WILDE: No. Debo decir que no creo que haya hecho semejante cosa. La única influencia que yo podría tener sobre alguna persona sería la literaria. Por supuesto, en el caso de estos muchachos, no era cuestión de eso. De todas maneras, no veo qué poder pueda tener para influenciar a las personas.

FISCAL: Yo me refería a su influencia literaria.

WILDE: Me agrada enormemente que les guste, Me gustaba su compañía, simplemente porque me gusta ser celebrado.

FISCAL: ¿A usted, a un escritor, le gustaba la alabanza de esos muchachos?

WILDE: La alabanza de cualquiera es agradable. La alabanza de los escritores implica, casi siempre, una crítica.

FISCAL: ¿Hacía poco tiempo que conocía a Taylor,

cuando usted le invitó a cenar y le dio carta blanca para traer a sus amigos?

WILDE: Así es.

FISCAL: ¿Limitó el número?

WILDE: ¡Oh, no!

FISCAL: ¿Podía llevar los que quisiera?

WILDE: Bueno, en realidad yo no le dije que llevara una multitud.

FISCAL: ¿Entonces fué una coincidencia que la mesa estuviera puesta para cuatro y que Taylor llevara a los dos Parker?

WILDE: No. Creo que el mismo Taylor encargó la cena. Yo le dije que fuera a Kettner, porque hacía años que tenía la costumbre de cenar allí.

FISCAL: ¿Sabía usted ya que uno de los Parker era un ayuda de cámara y el otro un lacayo?

WILDE: No. Y aunque lo hubiera sabido, no me habría importado.

FISCAL: ¿No tiene ningún sentido de las diferencias sociales?

WILDE: No.

FISCAL: ¿Usted prefería a Charles?

WILDE: Yo no hacía distinciones entre ellos.

FISCAL: ¿Le gustan a usted los muchachos despiertos, señor Wilde?

WILDE: Sí... me gustan los muchachos despiertos. Charles Parker lo era y me agradaba.

FISCAL: ¿A usted no se le ocurrió pensar si no les haría más mal que bien a esos muchachos, al verse agasajados así por un hombre de su posición?

WILDE: No. Se divertían como se divierten en una fiesta los chicos de escuela. Eso era algo que no podían conseguir todos los días. No creo que les hubiera di-

vertido ser invitados a una costilla y un vaso de cerveza. A eso es a lo que estaban acostumbrados.

FISCAL: ¿Veía en ellos a chicos de escuela?

WILDE: Les entretenían los pequeños lujos del Kettner... las lamparitas rosadas y todo lo demás.

FISCAL: ¿Les dio vino para beber?

WILDE: ¡Por supuesto! Yo nunca ahorro con un invitado.

FISCAL: ¿Les dejaba beber lo que querían?

WILDE: No les limitaba la consumición. Pero siempre he considerado extremadamente vulgar que alguien tome demasiado vino en la mesa.

FISCAL: Después de la cena, ¿qué hicieron?

WILDE: Me despedí de los Parker y éstos se fueron con Taylor.

FISCAL: ¿No llevó a Charles Parker al Savoy?

WILDE: No. ¡Por supuesto que no!

FISCAL: ¿Era Taylor encantador?

WILDE: Encantador no es la palabra. Yo le encontraba despierto y agradable.

FISCAL: ¿Intelectual?

WILDE: Intelectual, no. Muy inteligente.

FISCAL: ¿Artista?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Con muy buen gusto para las esencias y...?

WILDE: Creo que es de buen gusto usar esencias. Creo que sus habitaciones estaban decoradas con muy buen gusto y eran alegres.

FISCAL: ¿Pero la calle Little College no era muy alegre, no es cierto?

WILDE: Pocas calles lo son. Conozco a varios artistas que viven muy cerca de allí.

FISCAL: ¿Le gustaba a usted el barrio?

WILDE: Me parecía particularmente bueno, cerca de la Abadía de Westminster.

FISCAL: ¿Es cierto que cuando se encontró con Parker en la calle Trafalgar le dijo: «Estás tan precioso como siempre?»

WILDE: No, no creo que haya usado esas palabras.

FISCAL: ¿Considera usted apropiadas esas palabras para dirigirse a un muchacho?

WILDE: No. Me parecería frívolo decirlas.

FISCAL: ¿A usted no le importa ser frívolo?

WILDE: ¡Oh, yo!...

CLARKE: Me opongo a que el interrogatorio sea en caminado hacia aspectos que nada tienen que ver con los cargos debatidos.

JUEZ WILLS: Mi opinión es que el interrogatorio está siguiendo un curso perfectamente regular.

FISCAL: ¿Cenó usted en el Savoy con algún hombre joven?

WILDE: No recuerdo. Usted me está hablando de tres años atrás. Lord Douglas pudo haber cenado conmigo por aquel entonces.

FISCAL: ¿Pero él sería perfectamente conocido por los mozos del Savoy?

WILDE: ¡Claro que sí!

FISCAL: ¿Donde usted era bien conocido lo sería él también?

WILDE: Oh, no sabría decirlo...

FISCAL: ¿Han estado juntos en el Savoy, el Albemarle, el Avondale, en Saint-James Place, en el Metropól de Brighton, en Cromer, en Goring, en el Albion de Worthing y en Torquay?

WILDE: Sí, pero en Saint-James Place no estuvo al mismo tiempo que yo, sino que le dejé mi piso.

FISCAL: ¿Le visitó alguna vez Charles Parker?

WILDE: Puede haberme visitado unas siete u ocho veces en Saint-James Place. Una vez cenó conmigo en el Kettner y después nos fuimos al Pavilion.

FISCAL: ¿Dónde le vio por última vez?

WILDE: En diciembre último, en la calle.

FISCAL: (*Lee una carta de Parker a Wilde*): «Siete, Camera Square. Querido Oscar: ¿Podré tener el placer de cenar contigo esta noche? Si puedes, por favor, contéstame por medio de un mensajero o telegráfame a la dirección arriba indicada. Espero que puedas y así pasaremos una agradable velada. Con saludos y disculpas, tuyo, fervorosamente, Charles Parker». ¿Recibió usted esta carta de Parker?

WILDE: Sí. Recuerdo haberla recibido.

FISCAL: ¿Fue usted a ver a Parker a su alojamiento en Chelsea?

WILDE: No. Estoy seguro de que no fui.

FISCAL: ¿Cuánto dinero le dio a Charles Parker en efectivo?

WILDE: Cuatro o cinco libras.

FISCAL: ¿Por qué?

WILDE: ¡Oh, yo les doy dinero con placer a los muchachos jóvenes!

FISCAL: ¿Recuerda a un joven llamado Scarfe?

WILDE: Sí. Taylor le trajo para que me conociera. Scarfe se presentó a sí mismo como un joven que había hecho dinero en Australia.

FISCAL: ¿Por qué se lo llevaron?

WILDE: Porque mucha gente, en ese tiempo, sentía gran placer e interés por conocerme.

FISCAL: ¿Scarfe le tuteaba?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿En seguida?

WILDE: Yo se lo pedí. Me encañta que me tuteen.

FISCAL: ¿Le regaló una pitillera?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Cenó a solas con usted?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Recuerda a Alphonse Conway?

WILDE: Sí. Le conocí en la playa de Worthing, el año pasado. Ambicionaba hacer un viaje por mar.

FISCAL: ¿Cuál es su medio de vida?

WILDE: Oh, ninguno en particular.

FISCAL: ¿No vendía diarios en el muelle?

WILDE: No. Nunca mientras yo estuve allí.

FISCAL: ¿En qué trabajaba la madre de Conway?

WILDE: Era viuda y alquilaba habitaciones.

FISCAL: ¿Le compró un traje?

WILDE: Sí. De sarga azul.

FISCAL: ¿Y un bastón?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Y se lo llevó a Brighton?

WILDE: Sí. Hicimos un viaje de veinticuatro horas a Brighton. Eso fue un mes después.

FISCAL: ¿Qué habitaciones tenía usted en Brighton?

WILDE: Dos dormitorios y una salita. Dormíamos en piezas contiguas.

FISCAL: ¿Cuándo vio a Conway por última vez?

WILDE: Fuera de este tribunal, hace dos días.

(Entró entonces en la sala del tribunal el marqués de Queensberry. Al no poder encontrar asiento, se quedó de pie, mordiéndose el ala del sombrero y mirando fijamente a Oscar Wilde. Wilde tomó frecuentes sorbos de agua, de un vaso que había a su lado).

FISCAL: ¿Conoce a Harrington?

WILDE: Sí. Le encontré en compañía de Schwabe, en el Café Royal.

FISCAL: *(Mostrándole a Wilde dos alfileres de corbata).* ¿Ha visto antes estos alfileres? ¿A quién se los dio?

WILDE: No los he visto nunca antes de ahora.

FISCAL: ¿Conoció a Wood por medio de una cita en el Café Royal?

WILDE: Sí. Me habían pedido que le ayudara y le llevé a comer al Florence. Yo ya había cenado.

FISCAL: ¿Entonces, por qué no darle cinco chelines para que se fuera a cenar?

WILDE: ¡No! Eso hubiera sido tratarle como a un mendigo. Me lo recomendaba Lord Douglas.

FISCAL: ¿Sabía que venía de la calle Little College, número trece?

WILDE: No, no lo sabía. Me dijo que era secretario, que no tenía trabajo y que estaba impaciente por conseguir un empleo. Yo no podía conseguirlo, pero le di dinero.

FISCAL: ¿Por qué se lo mandaron a usted para que le diera dinero?

WILDE: En realidad el dinero no era mío, sino de Lord Douglas, que estaba en Salisbury.

FISCAL: Creo que existe algo así como giros postales...

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Le dijo usted que su familia no estaba en su casa?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Por qué?

WILDE: Se lo dije en el curso de la conversación.

FISCAL: ¿Cuándo volvió a ver a Wood?

WILDE: Dos días después, al concertar una cita en el Café Royal.

FISCAL: ¿Se enteró después que Wood estaba en las habitaciones de Taylor?

WILDE: No.

FISCAL: ¿Quién le dijo primero que Wood deseaba dejar el país?

WILDE: Taylor. En esa época supe, por un anónimo, que mis cartas a Lord Douglas habían caído en manos de Wood, y que sería chantajeado por ellas. Fui a ver, con ese motivo, a Sir Georges Lewis, mi abogado. Taylor vino entonces a verme y me dijo que Wood estaba muy angustiado y preocupado. Se concertó una entrevista en la casa de la calle Little College. Las cartas me fueron entregadas por Wood en cuanto entró en la habitación.

FISCAL: ¿Dónde están?

WILDE: Las rompí todas. No tenían importancia.

FISCAL: ¿Pero usted le dio dinero a Wood por ellas?

WILDE: Yo le di entonces a Wood quince libras, pero como pago de las cartas. Yo había ido preparado para comprarlas, si valía la pena conseguir las.

FISCAL: ¿Efectuar qué compra?

WILDE: La de las cartas.

FISCAL: ¿Así que llevó dinero con ese propósito?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Podría declarar, bajo juramento, que ese pago no tuvo nada que ver con la devolución de las cartas?

WILDE: No tuvo nada que ver en absoluto.

FISCAL: ¿Y consiguió las cartas?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Le invitó a almorzar al día siguiente, y una suma adicional de cinco libras?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Y él se fue a Norteamérica?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Y desde entonces no ha tenido noticias suyas, por su intermedio o por intermedio de otros, hasta que apareció la petición de justificación del libelo presentado por Lord Queensberry?

WILDE: No.

FISCAL: ¿Conoce usted a un joven llamado Walter Granger?

WILDE: Era sirviente en el alojamiento de Lord Douglas, en Oxford. Me pidió si le podía conseguir un puesto en Londres.

FISCAL: ¿Se lo consiguió?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Dónde?

WILDE: En mi casa, en Goring.

FISCAL: ¿Cuándo llegó?

WILDE: Creo que en julio de mil ochocientos noventa y tres. Permaneció a mi servicio hasta que me fui de Goring en octubre.

FISCAL: Supongo que le habrá visto aquí.

WILDE: Sí.

FISCAL: Cuando estaba en el Savoy, ¿iban a verle muchos jovencitos?

WILDE: La mayoría de mis amigos son jóvenes.

FISCAL: ¿Estuvo enfermo en el Savoy?

WILDE: Sí.

FISCAL: ¿Le atendió un masajista?

WILDE: Sí.

FISCAL: En relación a los testimonios del hotel Savoy, ¿es cierto que el masajista y la camarera habían visto muchachos en su habitación?

WILDE: Es completamente falso. No había nadie.

FISCAL: ¿No había nadie allí, hombre o mujer?

WILDE: Nadie.

FISCAL: ¿Responde usted también de que el testimonio de la camarera es falso?

WILDE: Completamente falso.

FISCAL: ¿Niega que las sábanas estuvieran manchadas?

WILDE: Yo no examino la ropa blanca cuando me levanto. No soy una sirvienta.

FISCAL: ¿Estaban allí esas manchas, señor?

WILDE: Si estaban no eran causadas por lo que la acusación, maliciosamente, sugiere.

CLARKE: En su interrogatorio en el proceso Queensberry, se escribió un nombre en un papel, el nombre de una persona que le presentó a Taylor. ¿Fue esa persona, cuyo nombre se ocultó entonces, el señor Schwabe?

WILDE: Sí.

CLARKE: ¿Es el señor Schwabe una persona de buena posición material y social?

WILDE: Sí.

CLARKE: ¿Es el señor Taylor una persona educada y un buen músico?

WILDE: Sí. Es muy buen músico. Solía tocar y cantar muchísimas veces en su piso.

CLARKE: ¿Tenía usted alguna idea, en la época en que conoció a Taylor, de que era un hombre adicto a prácticas impropias?

WILDE: No tenía la más leve sospecha de algo semejante.

CLARKE: ¿Tenía usted algún interés en Wood, aparte del hecho de que Lord Douglas le conocía?

WILDE: Ninguno, aparte de que Lord Douglas me había pedido que me interesara por él y fuera amable.

CLARKE: ¿Cuando Wood le entregó las cartas, no se hizo ninguna tentativa de conseguir dinero por ellas?

WILDE: No. Me entregó las cartas y me dijo que estaba muy apenado de que yo hubiera pensado que era capaz de chantajearme.

CLARKE: ¿Entonces es positivamente inexacto que usted le entregara esas quince libras por las cartas?

WILDE: No le habría dado quince peniques por ellas. No tenían ninguna importancia.

CLARKE: ¿Había algo en ellas que usted hubiera querido que no se supiera?

WILDE: Ciertas personas podrían haber tachado de frívolas algunas palabras más, pero no tenían nada de malo esas cartas. No tenían ninguna importancia.

CLARKE: ¿Qué me dice usted del precio de la cena en Kettner?

WILDE: La cena era de precio fijo. Soy conocido en Kettner desde que salí de Oxford.

CLARKE: ¿Qué sabía usted de Charles Parker?

WILDE: Sabía que estaba interesado en trabajar en las tablas y que su padre le pasaba una mensualidad.

ALEGATO DE CLAUSURA DE LA DEFENSA

CLARKE: Con la venia de Su Señoría. Caballeros del jurado: Aún están fijas en mi pensamiento las críticas que, impulsado por la tensión de mis sentimientos, hice en las primeras horas de este mismo día. Por eso me creo en la obligación de declarar, ante todo, que reconozco la admirable honestidad con la cual el fiscal general, Sir Lockwood, ha interrogado al señor Wilde.

Les recuerdo a ustedes, caballeros, que su deber es simple y claro. Cuando ustedes se encuentran con un hombre que es atacado por testigos corrompidos, y vuelve a presentarse por tercera vez, para hacer un relato claro, coherente y lúcido de lo ocurrido, como el que ha hecho hoy el señor Oscar Wilde, me aventuro a decir que ese hombre tiene derecho a ser creído, contra una banda de chantajistas como la que han visto. Hay una larga tarea aún en este caso. Consiste en saber por qué razón ha sido puesto a cargo de la Corona. No discutiré ese punto, pero es importante recordar que si los chantajistas son escuchados en lugar del demandado, entonces la profesión de chantajista se volvería más destructiva que nunca.

Este proceso parece tener como objeto exclusivo la rehabilitación de todos los chantajistas de Londres. Wood y Parker, al declarar para la Corona, se han asegurado la inmunidad para pasadas ruindades e indecencias; y, basándose en el testimonio de Parker y Wood, se pide que condenen al señor Wilde. El señor Wilde no conocía nada acerca de los antecedentes de estos hombres. Le fueron presentados, y fue su pasión por la admiración y el reconocimiento lo que le llevó a tratarlos. Deberían cambiarse los papeles. Esos hombres deberían ser los acusados y no los acusadores. Es cierto que ni Charles Parker ni Wood hicieron nunca ninguna acusación contra el señor Wilde, antes de que se presentara el alegato de justificación del libelo de Lord Queensberry... pero ¡qué poderoso testimonio es ése en favor del señor Wilde! Porque ni Charles Parker ni Wood pensaron que tenían motivos para una acusación contra el señor Wilde. ¿Creen ustedes, caballeros, que hubieran permanecido año tras año sin tratar de

conseguir algo de él? Parker y Wood no hicieron anteriormente ninguna acusación, ni trataron de sacarle dinero al señor Wilde y esa circunstancia, entre otras pruebas convincentes, evidencia que no hay nada cierto en ninguna de las acusaciones contra Wilde.

Ustedes no deben actuar basándose en suspicacias o prejuicios, sino en una investigación de los actos y, basado en esos actos opino respetuosamente, caballeros, que el señor Oscar Wilde tiene derecho a un veredicto de absolución. Si después de una investigación del testimonio, sienten que es su deber declarar que las acusaciones en contra del detenido no han sido probadas, estoy seguro que se alegrarán de que la brillante esperanza que ha estado momentáneamente nublada por esas acusaciones y la brillante reputación que tan cerca estuvo de ser apagada por un torrente de prejuicios y que hace una semana viene siendo mancillada por la prensa, haya sido salvada de la ruina absoluta por el veredicto de ustedes. Un justo veredicto que servirá para que este brillante irlandés, para que este distinguido hombre de letras pueda vivir entre nosotros una vida con honor y fama, y darnos en la madurez de su genio joyas literarias, de las cuales las que nos dio en su primera juventud tan sólo son promesas.

ALEGATO FINAL DE LA ACUSACIÓN

FISCAL GENERAL: Acabamos de escuchar una brillante defensa. En cuanto a los sufrimientos que alega mi ilustre colega que fueron infligidos al demandado al ser interrogado tres veces, declaro que, bien lejos de colocarle en desventaja, existe una buena base para lle-

gar a la conclusión de que ahora está mejor preparado y tiene más facilidad para sus respuestas que antes.

Es sólo basándose testimonios que yo pido que condenen al demandado. Pero ustedes no apreciarán debidamente esos testimonios, hasta que no sepan la clase de hombre con el que se las tienen que ver. ¿Quiénes eran sus compañeros? Oscar Wilde es un hombre culto y con gustos literarios y, en mi opinión, sus compañeros debían haber sido sus iguales, y no esos muchachos ignorantes que han escuchado ustedes.

En cuanto a la declaración de Sir Clarke de que el propio Wilde pidió la investigación del asunto, debo recordarles, caballeros, la pertinente posición de los interesados en el caso de Lord Queensberry. Sir Clarke ha afirmado que Lord Queensberry se refería a hechos sucedidos dos años atrás y que, durante todo ese tiempo, los testigos del señor Wilde se habían perdido de vista. Pero yo les pregunto, ¿qué testigos se han perdido de vista? Les sugiero que fue el hecho de que Wilde no había vuelto a ver a Parker y podía confiar implícitamente en su íntimo amigo Taylor, lo que le incitó a acusar a Lord Queensberry.

CLARKE: Debo levantarme para oponerme a la retórica descripción del señor Fiscal general, al asegurar que existía una íntima amistad entre el señor Wilde y Taylor, cosa que nunca se pudo probar mediante testimonios fehacientes.

FISCAL: No se trata de retórica, sino de una simple enumeración de hechos. ¿Cuáles son los indicios de una íntima amistad? Se tutean. ¿No es Wilde un gran amigo, por propia declaración? ¿No le dice a Taylor que traiga sus amigos, que serán también «mis amigos»? ¿Yo averiguaré detenidamente si vienen de los es-

tablos o de la cocina! No es de extrañar que mi ilustre colega trate de separarlos ahora. Mi ilustre colega desea, como resultado de este proceso, que uno sea condenado y el otro quede libre para continuar su gran carrera literaria.

CLARKE: ¡Protesto!

FISCAL: Mi colega tiene la esperanza de proteger a Oscar Wilde mediante el falso hechizo del arte.

CLARKE: Su Señoría: Debo protestar contra esta línea de argumentación. Protesto enérgicamente contra la línea de conducta que sigue el Fiscal general.

FISCAL: Bah, puede protestar...

JUEZ WILLS: Hasta ahora no se ha hecho mención del veredicto en el otro caso.

CLARKE: Toda la argumentación está tan alejada del testimonio como nunca se ha visto en los tribunales de justicia.

FISCAL: Estoy aludiendo, Su Señoría, y afirmo que tengo el derecho a aludir, a la última solicitud dirigida por mi ilustre colega al jurado, mencionando la posición literaria de su cliente. En relación con esto, estoy tratando sobre su vinculación con Taylor. Y digo que esos hombres deben ser medidos con la misma vara.

CLARKE: Deberían haber sido juzgados equitativamente, en el orden legítimo.

FISCAL: ¡Oh, Su Señoría! Estas interrupciones no conducen a nada a mi colega.

JUEZ WILLS: El procurador general está perfectamente dentro de su derecho. Lo único objetable es la alusión al resultado del proceso Taylor.

FISCAL: Mi ilustre colega no parece haber ganado gran cosa con su exceso de objeciones. *(Risas)*.

JUEZ WILLS: *(Al público que atestaba la sala)* Estas in-

terrupciones son ofensivas para mí, más allá de lo que se pueda expresar. El tener que juzgar un asunto de esta naturaleza, mantener su equilibrio y cumplir con mi deber es bastante difícil. Pero el ser importunado por la explosión de sentimientos de personas insensatas que no tienen nada que hacer aquí, excepto satisfacer su morbosa curiosidad, es demasiado. Espero que ninguna interrupción de esta especie se volverá a oír durante el resto del proceso. Si vuelve a producirse otra vez algo semejante haré desalojar la sala.

FISCAL: *(Después de referirse a las relaciones Wilde-Douglas-Wood, habló de la famosa carta de Wilde a Douglas).* Yo sostengo que una carta así, escrita por un hombre y encontrada en poder de una mujer, tendría una sola interpretación. ¿Cuánto peor es la conclusión que puede sacarse cuando una carta así es escrita por un hombre a otro hombre? Se ha tratado de hacer creer que ésta era un poema, un poema en prosa, un soneto, una cosa muy hermosa que nosotros estamos demasiado abajo para apreciar. Caballeros, demos gracias a Dios, si es así, de que no sepamos apreciar cosas de esa naturaleza, salvo en su justo valor, que es aún más bajo que el de las bestias. Si esa carta hubiera sido vista por cualquier hombre de mentalidad recta, habría sido tomada como el testimonio de una pasión culpable. ¿Y a ustedes, hombres orgullosos de serlo, razonables y honestos, quieren distraerlos con esta historia del poema en prosa, del soneto, de la cosa bonita?

Basta un poco de sentido común para deducir que el señor Wilde trató con Wood y compró las cartas. En realidad, el propio testimonio del señor Wilde, que concuerda hasta cierto punto con el testimonio de Wood, prueba que el relato de este último es verdade-

ro. ¿Qué necesidad habría de que el señor Wilde diera una cena en un reservado o de decirles que su familia estaba fuera de la ciudad? Si lo que ha dicho el señor Wilde es cierto acerca de su encuentro con Wood, todo lo que tendría que haber hecho es haberle entregado el dinero que le habían encargado, y, si veía algo en el joven que le movía a compasión, añadir la suma que tiene que haber gastado en esa cena. En mi opinión Wood no tenía motivo para engañar al señor Wilde en esa ocasión. Creo que la transacción de las cartas no puede dar lugar más que a una interrogación. El señor Wilde sabía que eran cartas que debía recobrar; las compró y las hizo pedazos. Guardó solamente la que consiguió de Allen, porque estaba enterado de que el señor Beerbohm Tree tenía una copia de ella, así que era inútil destruir el original. Caballeros, si ustedes llegan a la conclusión de que el señor Wilde compró esas cartas, eso arroja algo de luz sobre su conducta. Demuestra que sabía con la clase de gente que había intimado y con la que seguía intimando.

El hecho de que el señor Wilde no haya vuelto a ver a William Parker, desde la cena en el Kettner, corrobora el testimonio de los Parker sobre la conversación que tuvo lugar en el transcurso de esa cena. Además, en el caso de Wood, el testimonio del propio Wilde contiene admisión tras admisión, hasta el instante en que su declaración se convirtió en una confesión. Más adelante, el testimonio del mozo del Savoy corrobora el de Charles Parker. El mozo Baker dijo que la cena había sido servida a Wilde y a un muchacho en una habitación privada. Parker ha descrito esa cena. Pero el señor Wilde no pudo dar ninguna explicación acerca de quién era su invitado. Sólo dijo que no era Charles

Parker. Más adelante, el testimonio de la señora Margery Bancroft, quien dijo que conocía a Wilde de vista perfectamente bien, también corrobora ese testimonio. Tan impresionada estaba por lo que había visto que presentó su queja a la casera, y se le exigió a Parker que dejara el alojamiento.

Mi ilustre colega ha dicho que estos testigos eran chantajistas y los ha prevenido para que no den un veredicto que facilitaría que este detestable comercio levantara su cabeza, con desvergonzada impudicia, en esta ciudad. El chantajista nace del hombre que ha cometido una indecencia con él, y ese hombre, con esa indiferencia da nacimiento al que tiene que pagar por haberla perpetrado. Si no existieran hombres deseosos de comprar el vicio, en su forma más detestable y asquerosa, no habría mercado para tales crímenes, ni puertas abiertas para que los chantajistas hicieran su entrada triunfal.

Con referencia a Taylor, quien en ocasión del primer proceso fue acusado por el señor Carson de conseguir jovencitos para Wilde, debo señalar que Taylor estaba en la sala de audiencia del tribunal y, sin embargo, no fue llamado a declarar. Luego uno podría pensar que, después del incidente Wood, se le pediría a Taylor que fuera más cuidadoso en la selección de los amigos que presentaba a Oscar Wilde. Pero no. Taylor tenía carta blanca para llevar a los amigos que quisiese. Llevó a Charles Parker y se ha puesto claramente de manifiesto que la intimidad del detenido con Charles Parker no era cuestión de una simple y corriente amistad. En relación con el testimonio de Parker debo rechazar la sugerencia de que el señor Russell, el procurador de Lord Queensberry o ninguno de los representantes de

la Corona, hayan dado dinero o gratificación a los muchachos que han declarado en este proceso. Todo lo que ha hecho la acusación ha sido tomar precauciones para que se comunicaran con estos muchachos y asegurar su asistencia al tribunal. Naturalmente, los testigos han sido llevados secretamente de lugar en lugar, y yo no tengo ninguna disculpa que presentar por el lógico procedimiento adoptado por la Corona en esta causa. Charles Parker, cuyo testimonio dio origen a la sugerencia que me ocupa, no puede haber tenido, en absoluto, ningún motivo siniestro para contar una historia que implicaba su propia vergüenza, y quizá hasta su propia condena, porque no se ha demostrado nunca, en ningún momento, que Parker, cualquiera que haya sido su pasada conducta, hubiese hecho la tentativa de sacarle dinero al señor Oscar Wilde. Voy a referirme ahora a los sucesos del hotel Savoy. Sir Clarke ha exagerado —sin mala intención, por supuesto— lo que dijo ayer Su Señoría con respecto a los dos casos de la persona o personas desconocidas. Mi ilustre colega ha tratado de hacer aparecer como excesivamente escaso el testimonio de esta causa. Pero, en realidad, Su Señoría ha dejado, sin reservas, parte del asunto a la consideración de ustedes, caballeros del jurado. Ahora bien; yo afirmo que hay amplio testimonio sobre los cargos del hotel Savoy en particular. El demandado no ha dado ninguna explicación a los descubrimientos hechos por los empleados del hotel. No es una respuesta terminante decir que el señor Wilde hacía todo abiertamente. Si el crimen fuera siempre cauteloso, siempre quedaría sin castigo, pero es en momentos de descuido cuando el crimen se descubre. ¿Por qué Lord Douglas, que dormía en el cuarto contiguo, no fue llamado para

negar las declaraciones de la camarera? Sostengo que ella y los otros testigos del hotel Savoy no tenían por objetivo el apañar una causa falsa.

Rechazo el cargo formulado contra la acusación, que afirma que hemos incluido asuntos fuera del proceso. No hay ninguna razón para que el señor Wilde no fuera interrogado con respecto a otras ofensas. El caso del joven Conway, en particular, es muy significativo. ¿Qué posible beneficio podría sacar un muchacho de su posición al ser llevado de Worthing a Brighton y ser alojado en un hotel durante toda la noche?

Ya he combatido la que creo que es una desafortunada apelación a ustedes, en nombre del pasado o el futuro literario de Oscar Wilde. Nada tenemos que hacer a este respecto en esta causa. Wilde tiene derecho a ser absuelto, si ustedes creen que es inocente, ya sea su destino alto o bajo. Pero, caballeros del jurado, si en conciencia ustedes le creen culpable, no les queda otro remedio que cumplir estrictamente el compromiso que contrajeron, bajo juramento.

EL JUEZ SE DIRIGE AL JURADO

Caballeros del jurado: Éste es un caso muy difícil y mi labor es muy grave. Preferiría juzgar de nuevo el crimen más horroroso que me haya tocado en suerte juzgar, que verme comprometido en una causa de esta naturaleza. Ésta es una causa que, a pesar de la terrible naturaleza de los cargos implicados, clama por una administración de justicia serena, firme, sin pasiones.

Cualquiera que sea la culpa o la inocencia del de-

mandado, está claro que el señor Wilde se vio obligado, como resultado del proceso Queensberry, a confesar que su conducta, en especial en lo que se refiere a Lord Douglas, había sido tal que Lord Queensberry está justificado por haber aplicado las palabras comprendidas en el libelo. En mi opinión es imposible, por lo tanto, que doce caballeros inteligentes, imparciales y honestos, puedan decir que no existía razón para que un padre indignado, un padre cariñoso y afectuoso, acusara a Wilde de alardear de lo que le ha acusado Lord Queensberry.

Habría preferido juzgar a los detenidos en diferente orden. Pero, por otro lado, no creo que el demandado haya sufrido a causa del curso determinado por la acusación. Tampoco pienso que el hecho de que el caso Taylor haya sido tratado en primer lugar pueda haber perjudicado de alguna forma la causa de Oscar Wilde.

En lo que a mí respecta, nunca he logrado persuadirme para hacer un resumen descolorido, que no sería bueno para nadie. De ahí que solicite que consideren mis opiniones en este proceso no como opiniones que deben adoptar, sino como material que suministro al juicio crítico de ustedes.

Será un mal día para la administración de la justicia en Inglaterra, aquel en que los jurados sometan ante cualquier juez del país —no importa cuáles sean sus conocimientos, experiencia o habilidad— su propio fallo independiente.

Hablando en general, debo admitir que es excesivamente dificultoso, si no imposible para un hombre, recordar exactamente dónde estaba o con quién estaba hace dos años. Creo que este hecho está a favor del demandado.

Llegando ahora a los testimonios, hay tres —o substancialmente cuatro— cargos en el proceso que deben ser considerados. Hay acusaciones de mala conducta por parte del detenido con Wood y Parker, y dos acusaciones con referencia a personas en el hotel Savoy. Al tratar del asunto de Wood me es imposible dejar de tratar también el de Lord Douglas. Ahora bien: Lord Douglas no está presente ni es parte interesada en estos procedimientos. Y debe recordarse, en su favor, que si ninguna de las partes le citó, él no podía ofrecerse voluntariamente como testigo. Cualquiera cosa, por lo tanto, que yo tenga que decir en perjuicio de Lord Douglas, surge, simplemente de los hechos que se han traslucido en el curso de los testimonios que han oído. Deseo, asimismo, no decir nada acerca de un hombre que se encuentra al comienzo de su vida. No quisiera comentar más, si puedo evitarlo, ni sobre él ni sobre Lord Queensberry. Pero me veo obligado a declarar que toda esta lamentable investigación ha surgido a causa de la asociación del demandado con Lord Douglas. Al parecer la familia Queensberry está muy desunida. Pero, aunque no hubiera más que odio entre padre e hijo, ¿qué padre no trataría de salvar a su propio hijo de la asociación sugerida por las dos cartas que ustedes han visto, escritas por Wilde a Lord Douglas? Evitaré decir si esas cartas implican conducta delictiva o no. Pero deben ser consideradas en relación a los otros testimonios del proceso. Son ustedes los que deben decidir si su contenido da alguna verosimilitud al relato de Wood.

En sí misma la carta exhibida por la acusación puede ser compatible con la más perfecta inocencia; no bastaría con ella. El señor Wilde proclama ser una persona

excepcional. Y por eso uno se pregunta con cuanta indulgencia se puede considerar esa carta. Tal vez yo sea torpe, pero, hablando personalmente, no alcanzo a ver la extrema belleza del lenguaje que se dice que se ha empleado. Sin embargo, las opiniones pueden diferir en ese punto. Pero supongamos que las cartas son poemas en prosa. Supongamos que son cosas cuyo valor literario e intelectual sólo pueden juzgar personas de alta cultura literaria. Pero, por eso, ¿dejarán de ser menos ponzoñosas para la gente joven? ¿Es adecuado el lenguaje de esas cartas para apaciguar y sujetar las pasiones que en un hombre joven no necesitan estímulos? Es extraño que a un hombre capaz de escribir tales cartas no se le haya ocurrido que cualquier joven a quien le fueran dirigidas sufriría en la estima de todos los que llegaran a conocerlas. Lord Queensberry extrajo de esas cartas las conclusiones a que hubieran llegado muchos padres, aunque él asumió una actitud en su manera de proceder que creo no habría tomado ningún caballero, cualesquiera fueran los motivos que tuvieran, al dejar en el club donde era socio el acusado una tarjeta que contenía la más ofensiva de las expresiones. Éste era un mensaje que no daba al demandado más que dos alternativas: o acusar criminalmente a Lord Queensberry o quedar marcado, públicamente, como un hombre que no podía negar una acusación infamante.

Encuentro aún más incomprensible que Lord Douglas diera a un muchacho como Wood una colección de trajes, que Oscar Wilde le regalara una pitillera. Ahora bien; Lord Douglas, que era íntimo de Wood, había recibido, previamente a eso, una carta del detenido de la cual me es difícil hablar con calma, ya que es

inconcebible que sea escrita por un hombre a otro. Son ustedes, sin embargo, los que deben considerar si esa carta es o no testimonio de sentimientos sucios o de sucios apetitos por ambas partes. A mi manera de ver es una carta sobre la cual la gente normal sacaría desagradables conclusiones.

Debo aún señalar que Parker y Wood fueron presentados al demandado para solicitarle su ayuda hace bastante tiempo. Y también que, aunque eran chantajistas muy avezados, durante este intervalo, sin embargo, no volvieron a ver a Wilde, ni trataron de hacer ninguna acusación contra él hasta ahora. Eso es en sí mismo, a mi parecer, un hecho extraordinario, y el que influye más abrumadoramente en el proceso. Hay algo de verdad en ese aforismo que dice que un hombre debe ser juzgado por las compañías que tiene. Caballeros; ustedes han visto a los Parker y han visto a Wood, y se harán la misma pregunta que yo: ¿Es ésta la clase de jóvenes con los cuales ustedes podrían sentarse a cenar? ¿Es ésta la clase de personas que ustedes pensarían hallar en compañía de un hombre culto? En cuanto al relato de Wood acerca de su visita a la casa de Oscar Wilde en la calle Tite, debo declarar que para mí es inconcebible que un hombre como Wilde pudiera ni siquiera arriarse a un hombre de la categoría de Wood. Pero el mismo Wilde ha dicho que es una persona excepcional que desprecia las diferencias sociales. Honradamente sólo se puede decir que a Wilde nunca le gustó Wood, ya que se había interesado por él porque se lo habían pedido. Si es cierto el relato de Wood sobre su visita a la calle Tite, creo que habría sido posible haber obtenido alguna confirmación. Pero la confirmación no ha sido lograda por el abogado de la acusación. Pienso

también que si Wood hubiera estado en esa casa, podría haber suministrado una descripción más detallada de esa visita de la que ha dado en el curso de su testimonio. En cuanto a las cartas que estaban en poder de Wilde, si en realidad eran tan inofensivas como dice, ¿por qué no las guardó? Le habrían sido útiles en respuesta a los presentes cargos, ya que él sabía, por el precio que esos hombres le habían puesto, que podrían ser exhibidas en su contra. Pero yo dudo mucho que esas cartas fueran inofensivas y triviales. En mi opinión la importancia del caso con referencia a Wood, depende del carácter original de Oscar Wilde. ¿Creen que Oscar Wilde actuó por caridad o por motivos inconfesables? A menos que crean que el testimonio de Wood tiene corroboración, no deben tenerlo en cuenta, porque Wood es un chantajista, una persona perteneciente al tipo más vil de hombre que produce la ciudad y que constituye una plaga para la sociedad.

PRESIDENTE DEL JURADO: En vista de la intimidad entre Lord Douglas y Wilde, ¿se dictó alguna vez una orden de arresto en contra de Lord Douglas?

JUEZ WILLS: Creo que no. Por lo menos no hemos oído hablar de ella.

PRESIDENTE DEL JURADO: ¿Se pensó en hacerlo, alguna vez?

JUEZ WILLS: Que yo sepa, no. Una orden de arresto no se puede dictar sin evidencia de algún hecho; tiene que haber algo más que una intimidad. No puedo responderles ni se puede discutir, ya que Lord Douglas puede ser llamado más adelante para responder a cualquier acusación. No fue citado en este proceso. Pueden existir miles de razones ignoradas por nosotros que impiden su presencia en calidad de testigo.

PRESIDENTE DEL JURADO: Pero a nosotros nos parece que, si debemos considerar esas cartas como testimonios de culpabilidad y si debemos deducir alguna culpabilidad de esas cartas, esta culpa debe recaer tanto sobre Lord Douglas como sobre Oscar Wilde.

JUEZ WILLS: Así es. Pero, ¿eso le procuraría algún atenuante al demandado? Nuestra presente investigación trata de saber si hay culpabilidad o no en Wilde. Tenemos que ocuparnos ahora del testimonio de su culpa. Creo que recibir tales cartas y continuar la intimidad con un hombre es tan fatal para la reputación del que las recibe como para el que las envía. Sentimos una disposición natural a preguntarnos, ¿por qué tiene que estar Wilde en el banquillo de los acusados y no Lord Douglas? Pero la suposición de que Lord Alfred Douglas sea perdonado porque es Lord Douglas, está totalmente injustificada, es completamente, absolutamente imposible.

Debo recordarles que cualquier cosa que pueda decirse a favor o en contra de Lord Douglas, no debe perjudicar al detenido. Y también recordar que no sería posible ninguna acusación basada en la mera exhibición de las cartas de Wilde a Lord Douglas. Lord Douglas se fue a París, como todos ustedes saben, a petición del demandado. Allí ha permanecido y no sé nada más sobre él.

Volviendo al caso de Charles Parker, tendrán presente que algunas de mis anteriores observaciones pueden aplicarse aquí, aunque, por supuesto, haya diferencia en los dos casos. Parker, al parecer, fue presentado a Wilde por Taylor, y no hay duda alguna de que Taylor era amigo de Oscar Wilde. Por otra parte el contacto probado por la acusación entre Wood y Taylor no es

muy grande. Las afirmaciones hechas por Wilde sobre la naturaleza inocente de sus relaciones con Parker son en verdad interesadas, y ustedes deben decidir si las explicaciones son satisfactorias. Si les parece que la visita a Park Lane tuvo lugar, es muy extraña. Debe recordarse que nada se puede decir contra la persona que confirmó esa parte del proceso, la señora Margery Bancroft. Si algo puede haberse encontrado en su contra, habría sido puesto de manifiesto por la defensa. Por lo tanto deben reconocer que ella no es una mujer despreciable; durante años se ha mantenido en su empleo. Su testimonio es bueno y digno de ser creído, porque es difícil hallar ningún motivo de maldad que la moviese a presentarse para infamar la honra de un hombre. Ahora bien, caballeros: Ustedes no deben sospechar que el mero acto de que dos hombres duerman juntos es algo que deba castigarse. La pobreza y la miseria frecuentemente llevan a que esto suceda, y hasta a que hombres y mujeres duerman juntos en prosmicuidad. Dios no permita que yo diga que eso deba considerarse un crimen serio. Pero cuando nos encontramos con un hombre que gasta cuarenta o cincuenta libras por semana, resulta asombroso que no se procure el uso exclusivo de una cama, y es natural preguntarse por qué no ofrecía otra habitación a su invitado. En cuanto al testimonio del mozo del hotel Savoy, ha pasado mucho tiempo para que un mozo recuerde haber servido una determinada cena en un hotel. La cuenta, asimismo, es muy elevada para una cena. Yo no sé nada sobre el Savoy, pero me parece que dieciséis chelines por cenar pollo y ensalada es una suma muy alta. Mucho me temo que nunca cenaré allí.

Debo declarar aquí que yo deseé que se solicitara tes-

timonio médico. Es un asunto nauseabundo, pero yo no retrocedo nunca ante detalles que considero absolutamente necesarios. El examen médico podría haber arrojado luz sobre lo que se decía eran manchas de vaselina o grasa. Luego, siempre con referencia a las condiciones en que estaba la cama, existía la posible justificación de una diarrea. No me siento capaz de valorar esa historia. He juzgado muchos otros casos similares, pero nunca oí nada semejante. Me dio la impresión de ser posible. Pero me habría fiado mucho más de un peritaje médico, un peritaje que, desgraciadamente, no hemos tenido. El peor estado de las sábanas no fue constatado el día en que la camarera Cotter dijo que había visto al muchacho en la cama. Existían las mismas marcas, dijo la sirvienta, pero no tanto.

Por supuesto que, debido al tiempo que ha transcurrido, no se puede confiar demasiado en las declaraciones de los sirvientes del hotel Savoy. En mi opinión es muy extraño que este asunto no haya sido investigado hasta dos años después. El testimonio de Migge, el masajista, es muy interesante. Pero tampoco es muy de creer.

El testimonio de Jane Cotter no es menos extraordinario, desde todo punto de vista. La parte del relato que me impresiona es el hecho de que, aunque el ama de llaves estaba enterada de lo que se había visto, no dio absolutamente ningún informe a la superioridad. Así la señora Parkins, el ama de llaves, se convirtió en cómplice. Sin querer decir que sea tan condenable como cualquiera de ellos, debo declarar que falló en gran medida su sentido de lo que es recto hacer en asuntos de esta clase. Ella misma ha admitido que la camarera Cotter se había quejado. Considero que si el

ama de llaves fue informada de las condiciones de esa habitación y de que se hubiera visto a un muchacho en la cama y, sin embargo, no dio ningún paso para evitar una cosa así en el futuro, se exponía a convertirse en cómplice de esos asuntos, si volvían a repetirse. Nos estremece contemplar un estado de cosas semejante en un hotel de primera categoría. Si se da por sentado que se toleraban semejantes prácticas de un hombre, por el hecho de pagar cincuenta libras por semana, entonces llegamos a la conclusión de que será posible tener una magnífica mansión dedicada al vicio, con todas las comodidades, en pleno centro de Londres.

Para terminar: Caballeros del jurado, ustedes deben decidir si hay evidencia de culpa o sospecha, solamente.

(El Jurado se retiró a considerar su veredicto a las tres y media. Volvió al tribunal a las seis menos veinte).

PRESIDENTE DEL JURADO: Su Señoría; hay testimonio respecto a uno solo de los cargos que se refieren a Saint-James Place.

JUEZ WILLS: *(Después de leer el testimonio de Price)*. Es mi opinión que esa parte de la causa no es de importancia esencial.

(El Jurado volvió a retirarse, pero regresó a la sala de audiencias sólo unos minutos después).

VEREDICTO

SECRETARIO DEL TRIBUNAL: Caballeros, ¿han llegado ustedes a un acuerdo sobre el veredicto?

PRESIDENTE DEL JURADO: Sí.

SECRETARIO: ¿Consideran al detenido, Oscar Wilde, presente en el banquillo de los acusados, culpable de vergonzosas indecencias con Charles Parker en el hotel Savoy en la noche de su primer encuentro?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le consideran culpable de una ofensa similar, una semana después?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le consideran culpable de la ofensa en Saint-James Place?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le consideran culpable de esa ofensa en más o menos la misma fecha?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le consideran culpable de una ofensa semejante con Alfred Wood, en la calle Tite?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le consideran culpable de la ofensa en la habitación número trescientos sesenta y dos del hotel Savoy?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le consideran culpable de la ofensa en la habitación número trescientos cuarenta y seis del hotel Savoy?

PRESIDENTE: Culpable.

SECRETARIO: ¿Le encuentran culpable en todas las

demandas del proceso, excepto en aquellas que se refieren a Edward Shelley?

PRESIDENTE: De esa acusación no es culpable. -

SECRETARIO: ¿Ése es el veredicto de todos ustedes?

PRESIDENTE: Culpable...

SENTENCIA

(Taylor fue puesto en la barra, al lado de Oscar Wilde).

CLARKE: Quisiera sugerir a Su Señoría que no dicte sentencia hasta las próximas audiencias. Hay una excepción alegada en el expediente que debe ser debatida. Opino que debería postergarse la sentencia para que sea considerado ese argumento.

GRAIN: No sé hasta dónde esto puede afectar a la causa de Taylor, pero creo que le afectaría en la misma medida. De manera que me hago eco de las observaciones de Sir Clarke y formulo la misma súplica.

FISCAL: Me opongo a esa súplica. El asunto ha sido debatido y decidido. Se relaciona con ciertas demandas que no están incluidas en este proceso. Pronunciar la sentencia ahora no puede afectar en ninguna forma a ningún alegato que pueda surgir en el futuro.

CLARKE: Los cargos por asociación ilícita figuran en el proceso.

JUEZ WILLS: Pero ya ha recaído un veredicto absoluto en ellos. ¿Sobre qué es la discusión?

CLARKE: Es acerca del procedimiento, que ha sido erróneo.

GILL: El asunto fue discutido ante el juez Charles y él sostuvo que el proceso era perfectamente válido.

FISCAL: La sentencia se puede pronunciar, sin perjuicio del alegato ante la Corte de casos reservados por la Corona.

JUEZ WILLS: Sobre la corrección del proceso yo no tengo ninguna duda. Pero, de cualquier modo, el que yo pronuncie la sentencia no interferirá la discusión del asunto promovido por la defensa. Creo que mi deber consiste en pronunciar la sentencia en seguida. Éste es un asunto acerca del cual no albergo la menor duda.

(A los detenidos)

Oscar Wilde y Alfred Taylor: El crimen por el cual han sido condenados es tan terrible que uno debe refrenarse severamente para no describir, con un lenguaje que prefiero no usar, los sentimientos que deben suscitarse en el pecho de todo hombre de honor que haya oído los detalles de estos dos terribles procesos. No tengo el más leve asomo de duda de que el jurado ha llegado a un veredicto correcto en esta causa. Espero que aquellos que a veces se imaginan que un juez es indiferente en una causa sobre decencia y moralidad, porque cuida de que ningún prejuicio interfiriera en ella, puedan comprobar que esta actitud es compatible con el sentimiento de la más grande indignación ante las horribles acusaciones presentadas contra ustedes.

No es necesario que les arengue. Personas que pueden hacer semejantes cosas deben estar muertas a toda sensación de vergüenza y uno no puede esperar producir ningún efecto sobre ellas. Éste es el peor caso que he tenido que juzgar. De que usted, señor Taylor, mantenga una especie de prostíbulo masculino, no existe ninguna duda. Y de que usted, señor Wilde, ha sido el centro de una corrupción que se iba propagando, una

corrupción de la peor especie, entre hombres jóvenes, tampoco existe la menor duda.

Bajo tales circunstancias, esperen la sentencia más severa que permite la ley. A mi juicio es totalmente inadecuada para una causa como ésta. La sentencia de este tribunal es que cada uno de ustedes sea encarcelado y condenado a trabajos forzados, durante dos años.

(Se oyeron algunos gritos de "¡Oh, oh!" y "¡Qué vergüenza!").

OSCAR WILDE: ¿Y yo? ¿No puedo decir nada, Su Señoría?

(El juez Wills no contestó. Hizo una señal con la mano a los guardianes, para que sacaran rápidamente a los detenidos de su vista).

El jurado fue disuelto.

El tribunal se retiró.